

Joaquín Berges



NADIE ES PERFECTO



Lectulandia

En Kenwood Manor, una gran mansión en medio de la campiña inglesa, los Whirlpool dan una gran fiesta con invitados de diferentes procedencias. Entre ellos, un investigador privado, al que encargan un difícil e inesperado cometido: desentrañar quién es el heredero de la familia. En sus pesquisas pronto sabrá que no lo tiene fácil, pues descubre algunas aficiones secretas de los aristócratas ingleses, y que por la casa pululan más personajes excéntricos de los que esperaba: desde el abuelo enloquecido que se declara inocente de un supuesto crimen, hasta chicas y pretendientes cazadotes, así como un impertérrito mayordomo, Harrods, que no le quita ojo, digno heredero del mítico Jeeves de P. G. Wodehouse.

Un divertidísimo vodevil que parodia las novelas inglesas de ambiente exclusivo y misterio.

Lectulandia

Joaquín Berges

Nadie es perfecto

ePub r1.0

Titivillus 06.09.17

Título original: *Nadie es perfecto*

Joaquín Berges, 2015

Editor digital: Titivillus

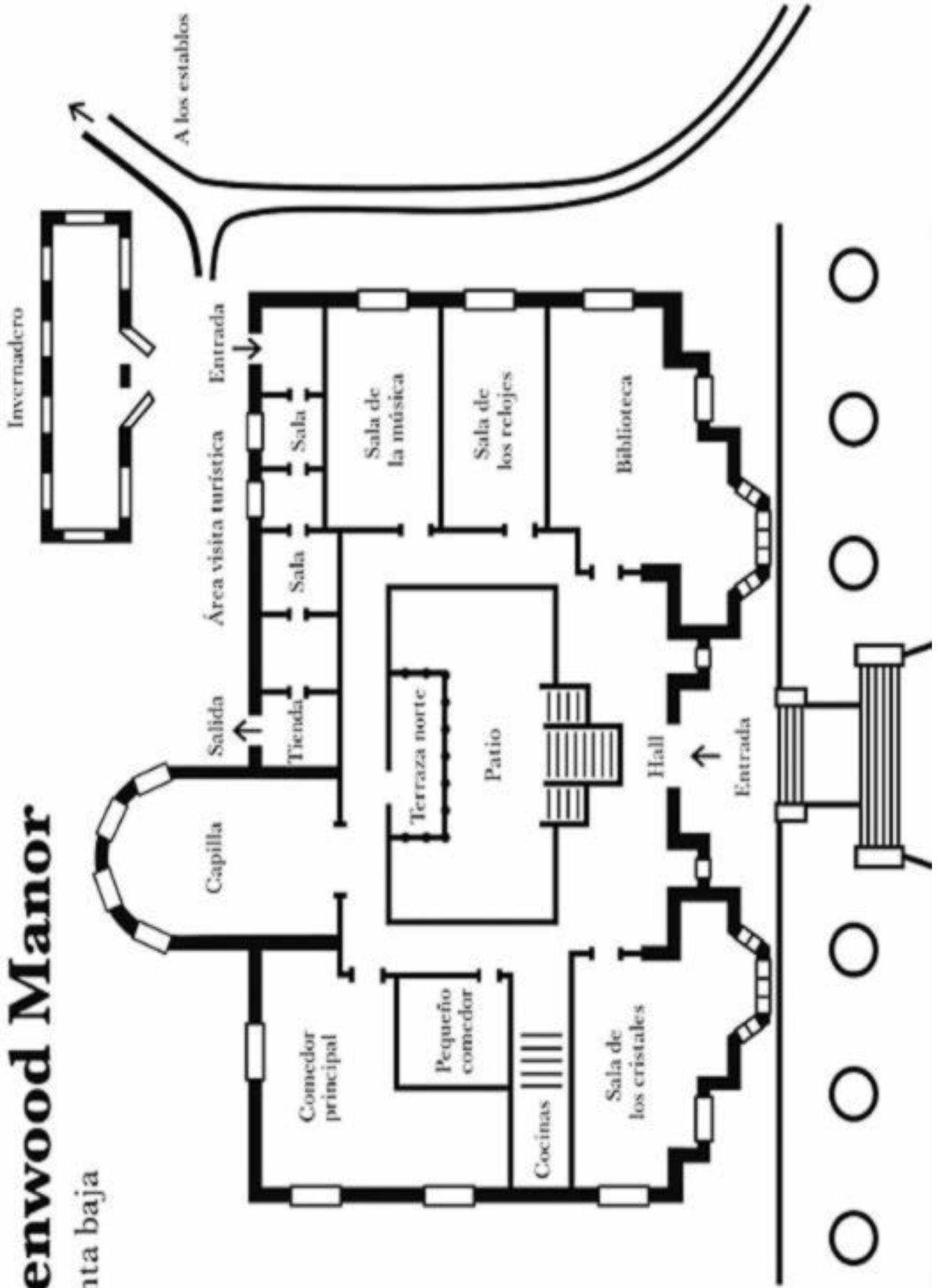
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

a Bux
a Marcos
a Miguel

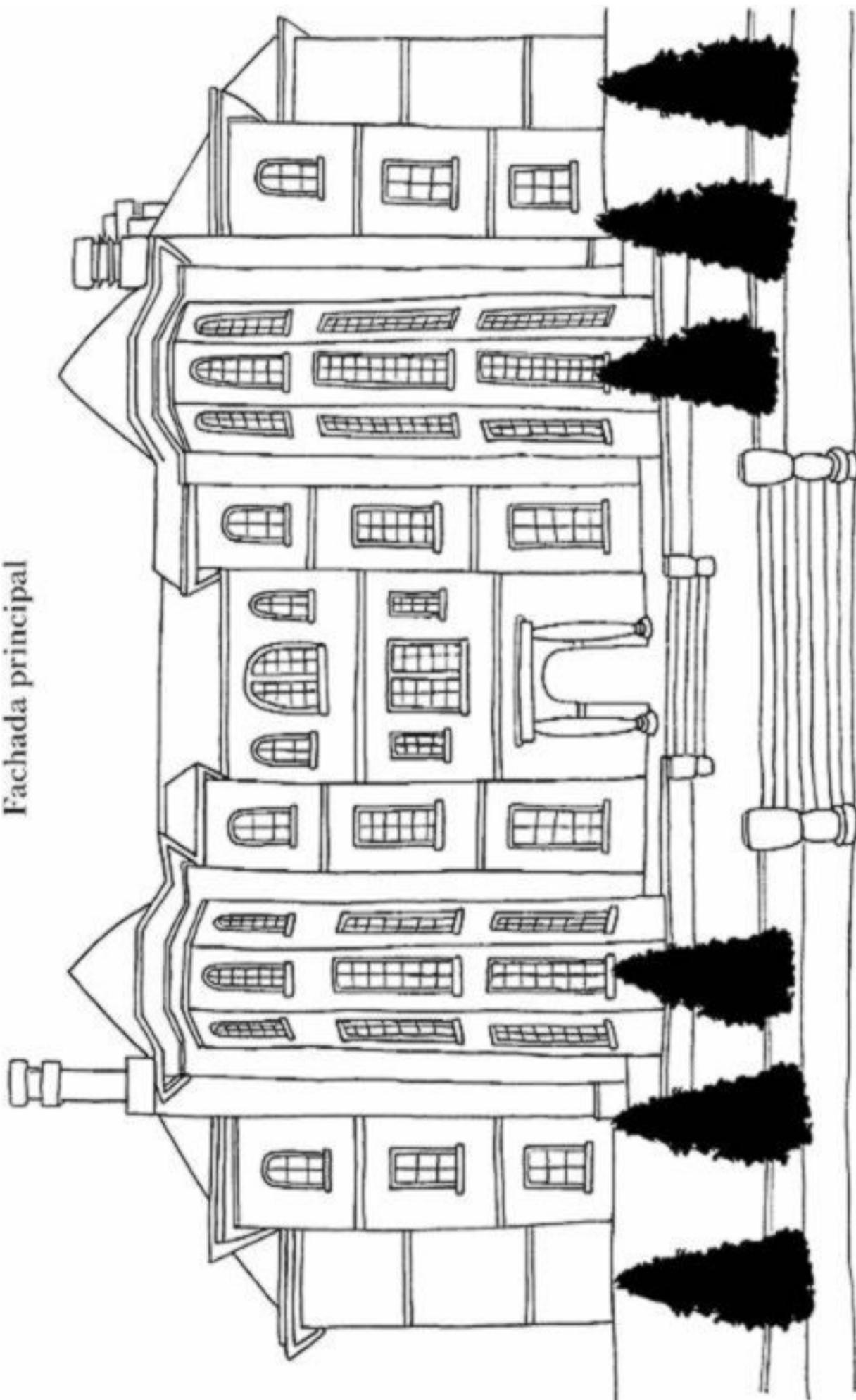
Kenwood Manor

Planta baja



Kenwood Manor

Fachada principal



No cabe duda de que la característica de la «realidad» es que carece de esencia. Esto no quiere decir que no tenga esencia, sino simplemente que carece de ella. (La realidad a la que me refiero es la misma que describió Hobbes, pero un poco más pequeña). Por lo tanto, el dictum cartesiano, «Pienso, luego existo», podría expresarse mejor por «¡Eh, allí va Edna con el saxofón!».

Woody Allen,
Cómo acabar de una vez por todas con la cultura

DRAMATIS PERSONAE

RHETT BULL: desconocido detective y protagonista de esta novela.

LORD WHIRLPOOL: propietario y señor de Kenwood Manor.

LADY WHIRLPOOL: esposa de Lord Whirlpool y señora de Kenwood Manor.

SONY WHIRLPOOL: hijo mayor de Lord y Lady Whirlpool.

THOMAS WHIRLPOOL: hijo menor de Lord y Lady Whirlpool.

VISA WHIRLPOOL: hija asimismo de Lord y Lady Whirlpool.

SAMUEL SONITE: excelente prometido de Visa Whirlpool.

HARRODS: imperturbable mayordomo de Kenwood Manor.

GENERAL MOTORS: militar retirado y padre de Lady Whirlpool.

HENDRICKS: perro igualmente retirado del General Motors.

SEÑOR HOOTSEIN-OVER: administrador de los bienes de Lord Whirlpool, experto en la historia de los pueblos godos.

PROFESOR BOSCH: reputado científico y amigo de Lady Whirlpool.

LORD WESTINGHOUSE: propietario y señor de Pioneer Hall. Enemigo acérrimo de Lord Whirlpool.

SPEEDO WESTINGHOUSE: hija de Lord Westinghouse y novia de Sony Whirlpool.

SIR REMINGTON: otro distinguido vecino de los Whirlpool.

LORD Y LADY THOMSON: encargados de celebrar la fiesta de bienvenida del nuevo vicario del condado.

BALLANTINES: colaboradora de Lord Whirlpool.

CARLING: colaboradora de Lord Whirlpool.

BAILEYS: colaboradora de Lord Whirlpool.

TERRY: colaboradora de Lord Whirlpool.

DYC: colaborador de Lord Whirlpool.

ROB ROY: colaborador de Lord Whirlpool.

INSPECTOR SAINSBURY: jefe de la policía local.

SARGENTO WALMART: ayudante del inspector Sainsbury.

MORRISONS: agente de policía.

SCHWPPS: guardia de seguridad, consagrado especialista en resolver crucigramas.

HONEYWELL: caballo de Visa Whirlpool.

BRIDGESTONE: caballo de Sony Whirlpool.

GRUNDIG: caballo asignado a Rhett Bull.

Nunca olvidaré el día que visité Kenwood Manor por primera vez. Permanece en mi memoria grabado al fuego que producen las emociones más intensas. Debió de ser hacia 1940 o quizá antes, en la década de los treinta, aunque tampoco puedo descartar que fuera un poco más tarde, probablemente después de 1950. Por no resultar demasiado impreciso, digamos que fue en algún momento de mediados del siglo xx. Fue un día inolvidable, quizá una tarde de sábado. Una tarde cualquiera. Lady Whirlpool, la dueña de la casa, me había invitado personalmente a la fiesta de cumpleaños de su esposo.

Kenwood Manor era lo que se conoce como una mansión de época, no sé precisar cuál, una lo suficientemente próspera para permitir que las casas tuvieran vuelo de escaleras a la entrada, grandes ventanales, terrazas con balaustradas, distintas alas para disfrutar del sol de la mañana o de la tarde e inmaculados jardines salpicados de fuentes y floridos parterres. Lo había visto en la invitación que había recibido por correo. Los Whirlpool habían vivido allí desde que se construyó la casa, hacía casi dos siglos, aunque confiaba en que se hubieran ido reproduciendo y mis anfitriones fueran alguno de sus descendientes.

Había llegado a los límites de la finca a bordo de mi recién adquirido descapotable, conduciendo por una sinuosa carretera que serpenteaba entre prados separados por pequeños muros de piedra y coquetas poblaciones compuestas por casas de piedra separadas por pequeños prados. Un paisaje encantador, quizá algo redundante. Detuve el coche un momento para quitarme varias briznas de paja de la cara y unos cuantos mosquitos que habían impactado contra mis gafas de conducir. Tomé la chaqueta del asiento trasero. Me ajusté el cuello de la camisa y comprobé que otros mosquitos habían formado un elegante estampado sobre su tela, a la altura del pecho. Luego reanudé la marcha y traspasé la frontera de Kenwood Manor con el aliento contenido, admirando la fronda de sus árboles centenarios sobre un enorme jardín de estilo francés con estatuas por todas partes, aunque no tantas como al principio creí porque varias comenzaron a moverse, demostrando que eran en realidad jardineros trabajando.

La mansión apareció poco después en el fondo de un pequeño valle, con cierta teatralidad, primero las chimeneas y el tejado, luego los muros de sus tres plantas, su fachada y por fin su entrada principal, ante cuya puerta detuve el vehículo, no sin antes recobrar el aliento. Más que nada para poder responder al cortés saludo con que me obsequió el mayordomo.

—Mi nombre es Harrods —dijo haciendo una fugaz reverencia—. Bienvenido a Kenwood Manor, señor Bull. Lady Whirlpool le está esperando en la terraza norte. Permítame ocuparme de su equipaje y de su automóvil.

—Gracias.

Se quedó inmóvil y me contagié.

—Para lo cual le ruego que lo abandone —tuvo que añadir.

Salté del coche y me cepillé la americana y la camisa con las manos. Es un gesto que hago muy a menudo, incluso cuando no voy lleno de mosquitos. Alcé la mirada para contemplar la entrada principal de la casa y quedé fascinado por sus imponentes hechuras arquitectónicas. Harrods dio una orden a otro sirviente para que se ocupara de mi maleta y mi bolsa de deporte.

—Acompáñeme, se lo ruego —me dijo.

Un tercer hombre montó en el coche y se lo llevó. Confié en que fuera otro sirviente de los Whirlpool. Ascendí las escaleras caminando detrás de Harrods sin poder evitar una sonrisa de euforia, como un niño entrando en un parque de atracciones. Estaba en una mansión inglesa con mayordomo, mozo de equipaje y un más que probable aparcacoches. Demasiado solemne como para permanecer serio.

Entramos en el *hall* y el mundo de los sonidos cambió por completo. Las pisadas de Harrods se amplificaron, lo mismo que mi respiración y mi pulso. Quizá por ello decidí dejar de sonreír. Frente a nosotros se desplegaba una suntuosa caja de escaleras de varios cuerpos, sostenida por recias columnas y querubines de mármol. Todo de época.

De pronto alguien se acercó por nuestra derecha.

—Yo no he sido —dijo un anciano mostrándome sus manos completamente ensangrentadas—. Ya estaba muerto cuando llegué. Lo juro.

Mi primera reacción fue de orden higiénico y me obligó a dar un paso atrás para que el anciano no me manchara la americana. Por suerte, Harrods intervino con presteza.

—Déjenos tranquilos, General —le ordenó en tono castrense.

—Pero es que yo no he sido —insistió el otro—. No he matado a nadie.

—Entonces, ¿por qué lleva las manos manchadas de sangre? —dije sin poder contenerme.

El sujeto se miró las manos y reaccionó como si fuera la primera vez que se las veía. Lanzó un grito, quién sabe si por descubrir que tenía manos o más concretamente porque las tenía manchadas de sangre, y se marchó por donde había venido repitiendo que él no había sido.

—Le pido disculpas —dijo Harrods—. Es el General Motors, el padre de Lady Whirlpool y, por tanto, el suegro de Lord Whirlpool.

Y se señaló la cabeza con el dedo índice.

—Hace unos meses que vive en Kenwood Manor y su salud se resiente con la edad.

—¿Es peligroso?

—No, no se preocupe.

—Pero llevaba las manos ensangrentadas y hablaba de un muerto.

—Le he dicho que no se preocupe. Todo tiene una explicación —dijo.

Y continuó andando sin decir una palabra más. Tomamos el pasillo de la izquierda caminando uno detrás del otro, como dos soldados en un desfile. Me habría gustado ponerme a su nivel, pero Harrods se movía con suma destreza, quizá para evitar que lo hiciera. Dimos la vuelta a una esquina y giramos nuevamente a la derecha, camino de una gran cristalera por la que entraba la luz del mediodía. Harrods se detuvo en seco, adoptó la misma posición de firmes que si estuviera en el ejército y dijo:

—Lady Whirlpool, ha llegado la visita que esperaba.

Una elegantísima señora se levantó de un banco en el que leía un libro y se acercó a nosotros.

—Ah, señor Bull —dijo con una sonrisa de bienvenida—, qué alegría que haya llegado tan puntual.

Y me tendió una de sus manos, no recuerdo cuál, probablemente la que no sujetaba el libro. Supongo que pretendía que se la besara pero decliné hacerlo. En lugar de eso se la estreché mientras me acercaba a ella para darle dos certeros besos, uno en cada mejilla. Harrods, que se había colocado junto a su señora, no se inmutó. O quizá lo hizo pero nuevamente sin alterar sus facciones.

—Casi lo olvido —rió Lady Whirlpool—. Ustedes, los mediterráneos, tienen sus propios usos y costumbres para saludarse.

—Le ruego que me disculpe —respondí devolviéndole la sonrisa—. Al ver sus mejillas coloreadas por la luz del mediodía no he podido evitar besárselas.

Ella dejó de sonreír.

—Es usted un adulador —dijo, no supe si para reñirme o para premiarme.

—¿Eso lo dice usted para reñirme o para premiarme? —Siempre me ha incomodado vivir en la incerteza.

Harrods inclinó levemente la cabeza.

—Me ocuparé de que su equipaje quede perfectamente colocado en su vestidor, señor Bull —dijo dirigiéndose a mí.

Y haciéndome sonrojar, porque eso me recordó que no había tenido tiempo de preparar un verdadero equipaje. Más bien al contrario. Después de hacer un rápido recuento mental de lo que iba a necesitar, opté por sacar la ropa sucia que había en el cesto de lavar y meterla tal como estaba en la maleta. Harrods dio un giro sobre sí mismo con impecable agilidad y se marchó. Lady Whirlpool se dedicó a examinarme y yo a examinar su terraza, una espléndida obra de hierro forjado, mármol, yedra, hormigas y flores de temporada que daba a un coqueto patio interior al final del cual había una fuente de agua que manaba entre azulejos.

—Tiene usted una casa preciosa, Lady Whirlpool —dije.

—Gracias.

—Muy de época.

—Es cierto, ¿no lo es?

Asentí sonriendo. ¿Qué clase de forma de hablar era esa? Di unos pasos hacia la

yedra que trepaba por la pared y cubría toda la fachada, según pude comprobar al elevar la vista hacia el cielo. Ella se acercó a mí pero no dijo nada. Yo tampoco. En realidad no sabía quién de los dos tenía que comenzar a hablar. Ni siquiera sabía qué demonios estaba haciendo allí. Me sentí incómodo. Era evidente que tenía que romper el hielo del silencio.

—Esta yedra tiene clorosis —dije tocando una hoja.

—No me diga.

—Añádale un poco de hierro en el agua de riego y verá qué cambio.

Chasquéé la lengua. No había elegido un buen tema de conversación.

—Le agradezco mucho que me haya invitado a la fiesta de cumpleaños de Lord Whirlpool —dije por fin con algo más de juicio.

—Ha sido un verdadero placer.

—Sinceramente, fue una sorpresa —confesé—. No me lo esperaba.

—¿Por qué no?

Le sostuve la mirada unos segundos tratando de sopesar su gravedad.

—No sé —respondí enarcando las cejas—, a veces uno se levanta de la cama un poco pesimista y cree que nadie va a invitarlo a su fiesta de cumpleaños, ni siquiera un desconocido del que no ha oído hablar en toda su vida.

Ella pasó por alto mi sarcasmo.

—Olvide sus pesimismo, señor Bull —dijo—, y disfrute tanto como pueda de su estancia en Kenwood Manor. Esta noche se celebrará la fiesta de cumpleaños de Lord Whirlpool y tendrá la oportunidad de conocer a nuestros encantadores vecinos y amigos. Incluso es posible que conozca también a alguno de nuestros enemigos. Mañana podrá disfrutar de la piscina, las pistas de tenis o los caballos. ¿Quiere que le enseñe la casa?

Y me ofreció su brazo cubierto de encaje, como su cuello y sus hombros. Y como el mantel de la mesita que había junto al banco. Paseamos muy despacio por el patio hasta llegar a la fuente de los azulejos, una vez allí sentí sed y fui a echar un trago, pero Lady Whirlpool me lo impidió señalando una rana que había a nuestros pies. Ignoro si quiso indicarme que el agua no era potable o que la rana era uno de esos príncipes encantados que aparecen en los cuentos de hadas. La cuestión es que me quedé con las ganas de beber. Y quizá también de besar a la rana. Salimos por una puerta contigua y volvimos al corredor por el que me había conducido Harrods, lo que me permitió admirar toda su recargada elegancia. Finalmente, entramos en una estancia llena de libros.

—No me lo diga —bromeé haciéndome el inspirado—. Este es el salón de la música.

—¿Cómo lo ha sabido? —replicó ella.

—¿Es el salón de la música? —repetí buscando algún instrumento musical que lo atestiguara.

—Así es —confirmó Lady Whirlpool—. Todos los libros que ve en esta estancia

tratan de la historia de la música o son partituras y libretos.

—¿En serio?

—Incluso algunos son falsos y contienen botellas de licor.

La miré sin comprender.

—¿Cómo dice usted?

—El licor conduce directamente a la música, señor Bull —matizó—. ¿Nunca ha tenido ganas de entonar una bella melodía tras ingerir una botella de un buen whisky escocés?

Reí su broma, pero ella no me devolvió la sonrisa, así que intuí que no hablaba en broma. O que sí lo hacía, pero muy en serio. Abandonamos el salón y continuamos por el corredor hasta la siguiente estancia, toda llena de relojes de sobremesa, de pared y de carillón.

—Le diría que hemos llegado a la sala de los relojes —me aventuré a decir—, pero quizá estemos en el salón de juegos.

Me miró sin comprender mi insinuación, invitándome a que me explicara.

—El tiempo no es más que un juego, Lady Whirlpool —dije tratando de devolverle la broma.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho —recaqué—. ¿Nunca ha visto una carrera de automóviles, motocicletas o incluso caballos en su categoría contrarreloj?

Ella negó con la cabeza, una sola vez a cada lado, y salió de la estancia para continuar el paseo. La siguiente puerta conducía directamente a la biblioteca. Esta vez no cabía ninguna duda: miles de ejemplares se apilaban en estanterías de madera maciza que llegaban hasta el techo en medio de un ambiente enrarecido, casi irrespirable.

—No me lo diga —insistí—, hemos llegado al gimnasio. Los libros son de pega, como los que ponen en los almacenes de muebles, y las estanterías esconden sofisticados aparatos para desarrollar los músculos.

—¿Cómo lo ha sabido? —dijo ella—. ¿Ha hablado con Harrods?

—¿Es el gimnasio?

Entonces compuso una mueca difícil de describir, con la boca abierta y los ojos cerrados, a medio camino entre quien trata de disimular la risa y quien ríe para disimular otra cosa, como si estuviera haciendo algún tipo de gimnasia facial. Yo la imité por si aquel gesto formaba parte de algún protocolo que desconocía. Luego recuperó su rictus habitual y lanzó una sonora carcajada que acabó de disipar cualquier duda sobre lo que había ocurrido.

—Discúlpeme —dijo olfateando alrededor—, solo estaba bromeando. Por supuesto que se trata de la biblioteca, aunque huele un poco raro. No sé a qué. Me ha puesto la broma demasiado fácil, demasiado...

—¿A huevo?

—Yo iba a decir demasiado a propósito.

—Me refería a que huele a huevo podrido.

—Es cierto —confirmó alzando su nariz ya de por sí respingona—. Llamaré a Harrods.

Y pulsó un botón que llevaba discretamente colgado del cuello, lo que significaba que no era solo un collar con una perla. Un zumbido muy penetrante invadió la estancia por espacio de unos segundos.

—Vendrá en un momento —dijo devolviendo el collar a su pecho—. Estos pulsadores han hecho la vida en Kenwood mucho más sencilla.

—No creo que Harrods sea de la misma opinión —repliqué.

Ella obvió mi comentario. O simplemente hizo como que lo obviaba.

—A propósito, ¿por qué ha compuesto esa horrible mueca cuando yo me he reído? —preguntó mirando hacia la puerta, donde había sucedido el hecho.

Su pregunta demostraba que Lady Whirlpool era muy observadora. Y muy quisquillosa también.

—Simplemente yo también me estaba riendo, Lady Whirlpool —respondí.

—¿Sin emitir ni una sola carcajada?

—Me río en silencio, sí —confirmé—. ¿Nunca ha oído hablar de la risa silenciosa?

—En toda mi vida.

—No me extraña —dije con un gesto de fastidio—. No somos aún muchos quienes la practicamos, pero le aseguro que es muy útil.

—¿Ah sí? —se extrañó ella.

—Sí. Le permite a uno reírse en las bibliotecas, los hospitales y las iglesias sin levantar ningún tipo de revuelo.

Y le hice una demostración abriendo mucho la boca, cerrando los ojos e incluso dándome palmadas en las piernas completamente mudo. En ese momento llegó Harrods.

—¿Me llamaba, Milady? —dijo sin alterarse en absoluto al verme hacer aquellos ejercicios gimnásticos.

—Sí, Harrods —respondió ella—, huele espantosamente mal. Lo más probable es que mi padre haya estado por aquí. Mande ventilar la estancia, por favor.

—Ahora mismo.

Harrods se acercó a unos interruptores que había junto a la puerta y accionó uno de ellos. Lady Whirlpool me tomó del brazo y volvimos al corredor.

—Mi padre es un hombre mayor —dijo bajando la voz—. No sabe muy bien lo que hace y a menudo descuida su aseo personal.

—Lo he notado —respondí.

—¿Conoce al General?

—Me lo he encontrado nada más entrar en la casa.

—Supongo que llevaba las manos llenas de sangre, ¿no las llevaba?

—Así es —contesté frunciendo las cejas, como asombrado o cejijunto—. Iba

diciendo que no había matado a nadie.

—Pobre hombre —suspiró ella—. Está obsesionado con la idea de la muerte.

Hice ese gesto que se hace con la mano para quitar importancia a las cosas y que es muy parecido al que se usa cuando nos molesta una mosca.

—Es normal a su edad —dije.

—No me refiero a su muerte. Está obsesionado con la idea de que ha habido un asesinato en Kenwood Manor.

Me puse instintivamente en guardia porque creí que me iban a encargar la investigación de ese asesinato, pero ella suspiró de forma despreocupada antes de añadir:

—Creo que ha leído demasiadas novelas policiacas.

—La literatura es un pasatiempo muy peligroso —admití convencido—. Le habría ido mucho mejor recurriendo a los libros de pega que contienen botellas de licor en su interior, como los que hay en su salón de la música.

—Es probable —repuso ella sin la intención de seguir hablando del tema.

Habíamos llegado al *hall* principal, justo donde arrancaban las escaleras, el lugar en que me había encontrado con el General Motors. Estuve a punto de aprovechar la coincidencia para preguntar de dónde procedía la sangre de sus manos, pero no tuve oportunidad de hacerlo porque en aquel momento un tropel de personas comenzó a bajar por las escaleras haciendo el mismo ruido que un escuadrón de caballería camino del campo de batalla.

Lady Whirlpool me empujó a un lado.

—Son los ayudantes de mi esposo —me informó elevando la voz—. Trabajan en el último piso. Tendrá ocasión de conocer a alguno de ellos esta noche.

No especificó nada más. Supuse que se refería a los que estuvieran invitados a la fiesta. No menos de quince personas pasaron delante de nosotros con todo tipo de artilugios mecánicos entre las manos.

—¿A qué se dedican? —pregunté mirando a Lady Whirlpool.

Ella negó con la cabeza y cerró un segundo los ojos. No iba a reírse esta vez.

—Se lo explicaré más tarde —respondió con un largo suspiro—. De momento le ruego que no suba a ese último piso. Es un lugar prohibido donde suceden cosas terribles.

—¿Qué cosas? —pregunté.

Pero ella no me respondió, quizá porque creyó que había pronunciado una exclamación en lugar de una pregunta.

—Adonde sí puede ir es al primer piso —dijo—, donde están las alcobas, los dormitorios y los cuartos de baño. Harrods le acompañará a su habitación.

No lo vi llegar, pero el aludido se personó inmediatamente a mi lado.

—Por aquí, por favor —dijo comenzando a subir las escaleras.

Antes de seguir su estela ascendente me volví hacia Lady Whirlpool.

—Gracias por enseñarme su estupenda mansión —dije alargando mi mano.

—Aún le queda mucho por ver —respondió ella aceptándola.

Harrods carraspeó. No supe si estaba cogiendo frío en la escalera o se estaba impacientando. Nuevamente me encontraba siguiendo sus acelerados pasos, incapaz de ponerme a su altura y mucho menos de adelantarlo. Doblamos las escaleras y accedimos al corredor del piso superior, desde cuya barandilla se veía el *hall* de entrada, completamente vacío. En la pared opuesta había unas puertas de madera entre las que posaban unos maceteros con plantas de interior que me parecieron de plástico hasta que vi a una sirvienta regándolas.

Harrods se detuvo al final del pasillo.

—Es aquí —dijo—. Su equipaje ya ha sido colocado en el armario.

Y abrió la puerta, invitándome a entrar, lo que me permitió ser el primero en percibir el aroma que procedía del interior de ese armario.

—¿Tiene servicio de lavandería? —pregunté después de carraspear una sola vez.

—Por supuesto —contestó Harrods—, deme lo que sea y en un par de horas se lo devolveré lavado y planchado.

Me rasqué la cabeza para hacerme el aturdido.

—Lo cierto es que no sé qué voy a ponerme esta noche —dije abriendo el armario y volviendo la cara hacia Harrods para librarme del tufo que desprendía mi ropa colgada—. Me he hecho un lío al hacer la maleta. Lo mejor será que me lo lave y planche todo.

—Como usted diga.

—De lo contrario me arriesgo a llevar ropa lavada con distintos detergentes —añadí poniendo los ojos en blanco—, y ya sabe lo molesto que resulta eso, Harrods.

Esta vez no me dio la razón ni hizo gesto de complacencia alguno.

—La otra posibilidad —propuso él— es que lavemos solo algunas prendas pero usando su detergente habitual, para evitar ese problema.

Me sostuvo la mirada antes de preguntar:

—¿Qué detergente usa, señor Bull?

—Extra de Marsella al acetato de Módena con aromas oceánicos de la isla de Svalbard —dije yo—, en el Ártico.

—Deme toda la ropa —resolvió Harrods—. No será ninguna molestia.

Lo hice volviendo a meterla en la maleta, como si estuviera a punto de marcharme de allí. Harrods la cogió e hizo una flexión de cuello.

—Que disfrute de su estancia en Kenwood Manor —dijo.

Y se marchó dejándome en la habitación con esa sensación de libertad que tiene uno cuando se libera de todas las etiquetas y protocolos y puede dar rienda suelta a sus verdaderos hábitos de comportamiento. Lo primero que hice fue descalzarme; lo segundo, curiosear por la ventana, desde la que se veía la parte de atrás de la mansión, incluyendo una esquina del patio que había recorrido con Lady Whirlpool. Lo tercero fue dar un grito de pavor que salió de mi garganta cuando vi que alguien salía de mi baño. Al principio creí que se trataba de algún miembro del servicio, un

fontanero o alguien de mantenimiento, pero no. Era una mujer joven.

—Perdona si te he asustado —dijo.

Y rubia.

—Necesitaba darme una ducha —añadió.

Y esculturalmente hermosa.

—Los baños de arriba estaban ocupados por las demás chicas.

Y desnuda.

—Este oficio es divertido pero muy sucio.

Y mojada.

—Soy Ballantines.

Y se acercó para darme la mano.

—Rhett —dije aceptándola.

—¿Has venido a la fiesta del Enmascarado?

Parpadeé varias veces, muchas, tantas que Ballantines parecía moverse a cámara lenta delante de mí. Estaba perplejo, quizá porque al desconcierto que me provocaron sus palabras se sumó la cercanía de sus pechos.

—He venido a la fiesta de Lord Whirlpool —logré decir.

—En ese caso nos veremos luego —respondió ella—. Hasta entonces.

Y se marchó de mi habitación, dejando un rastro de agua en el suelo de madera y un olor delicioso por todas partes. Casi inmediatamente me dirigí al baño con la nariz muy abierta. No quería perderme ninguna feromona que hubiera quedado flotando en el aire. Luego me desnudé y me metí en la bañera. Necesitaba recibir el mismo chorro de agua que había recibido Ballantines, como si el agua pudiera devolverme su halo de sensualidad. Después me dirigí a la cama y me tumbé sobre ella dando un largo suspiro, igual que un adolescente enamorado. Cerré los ojos con la intención de imaginar que acariciaba el cuerpo de Ballantines y me quedé dormido, pero afortunadamente soñé que acariciaba el cuerpo de Ballantines. Siempre me ha gustado tener mi mente bajo control, incluso cuando está en manos de mi subconsciente. O cuando estoy inconsciente, si es que alguna vez no lo estoy.

Me desperté cuando escuché el sonido que hace una puerta al cerrarse. Alguien había entrado en mi habitación, quizá el padre de Lady Whirlpool. Olfateé a mi alrededor en busca de su rastro pero no percibí ningún olor desagradable. Al contrario, un delicado aroma se coló por mis fosas nasales y se instaló en mi paladar. Sabía a flores confitadas, a hierba del monte, a hielo recién derretido, quién podía saber si procedente de la isla de Svalbard o de algún otro remoto lugar del Ártico. Me levanté y abrí el armario. Toda mi ropa lucía en su interior con un lustre y una perfección geométrica que no había tenido jamás, ni siquiera antes de haberla estrenado. El sonido de la puerta lo había provocado Harrods.

Abrí la ventana y me asomé al exterior para calibrar el color de la tarde. En realidad estaba tratando de averiguar la hora que era por si había llegado el momento de bajar a cenar, sobre todo considerando la latitud donde me encontraba y admitiendo que en determinadas latitudes se cena antes que en otras.

No sabía en qué iba a consistir la fiesta de Lord Whirlpool ni cómo debía ir vestido, así que decidí ponerme un par de camisas, una encima más elegante con pajarita y otra debajo más informal con corbata. De ese modo podía variar mi indumentaria fácilmente, adecuándola a la que llevaran los demás invitados. Era una buena idea aunque de ejecución algo incómoda al tener que vestir dos prendas del mismo tallaje. Abandoné la habitación moviéndome con ciertas dificultades, pero recuperé mi flexibilidad habitual mientras bajaba las escaleras, aunque para ello tuve que escuchar un par de costuras desgarrándose, lo que significaba que una de las camisas había cedido a la presión de la otra. Recé para que fuera la que me había puesto en primer lugar.

Estaba comprobando este último detalle cuando escuché mi nombre al pie de la escalera.

—Señor Bull, qué alegría volver a verlo.

Era Lady Whirlpool, que me tendía una mano copiosamente enjoyada, acorde con el resto de su atuendo. Llevaba tantos adornos que, si se hubiera colocado un par de guirnaldas de colores, habría parecido un árbol de Navidad.

—Lady Whirlpool —dije haciendo una reverencia—, espero ir correctamente vestido.

Y contuve un inoportuno aunque del todo justificado acceso de risa.

—Está usted muy elegante —mintió ella—. ¿Y yo? ¿Le parezco que voy correctamente vestida?

Y dio una vuelta sobre sí misma sin soltarse de mi mano, como si estuviéramos bailando una polca.

—Parece usted una artista de cine —dije tras sopesar que compararla con un árbol de Navidad habría sido poco delicado.

—No me hable del mundo del cine, por favor —rechazó ella con un gesto de

contrariedad que parecía de broma pero resultó ser sincero.

—¿Qué quiere que le diga, entonces? —repliqué yo, encogiendo los hombros con la escasa soltura que me permitían las prendas que llevaba encima—. ¿Que parece un árbol de Navidad?

Ella mudó su rostro de inmediato, de una forma casi automática, como si tuviera solo dos gestos, dos máscaras de quita y pon sobre la cara.

—No lo dirá en serio, ¿lo hará usted? —dijo riendo.

Y dio otra vuelta sobre sí misma, esta vez soltándose de mi mano y desplazándose por tanto un par de metros hacia la izquierda, que era hacia donde basculaba su centro de gravedad, según pude comprobar más tarde.

—Acompáñeme, por favor —añadió ya más calmada—. Los primeros invitados han hecho acto de presencia y se encuentran en el salón de los cristales.

Tomamos el corredor girando a la derecha y avanzamos hasta traspasar una puerta doble por la que se accedía a una amplia estancia llena de lámparas de cristal de roca. Por un momento temí encontrarme en la planta de iluminación de unos grandes almacenes. Suerte que Harrods estaba allí para tranquilizarme.

—¿Un ponche de *champagne*? —dijo sosteniendo dos copas burbujeantes.

Lady Whirlpool tomó una. Yo la otra. Habría sido ridículo tratar de coger la misma que ella. Las alzamos casi imperceptiblemente a modo de brindis y bebimos. Ella un sorbito, yo la copa entera.

—Adoro el ponche de *champagne* que prepara Harrods —comentó sonriendo a su mayordomo—. Lo hace usando un Château Grand Mottet fermentado en barrica. ¿Qué le parece?

Sonreí antes de responder para evitar que mi voz se contaminase de gases estomacales.

—Muy digestivo —dije.

—Lo cree usted, ¿no lo hace?

Carraspeé algo confundido por su forma de jugar con las preguntas.

—Si no lo creyera no lo habría dicho —respondí tratando de no parecer demasiado molesto—. ¿No le parece?

Y volví a sonreír, esta vez con la boca muy estirada, provocando el aleteo de las cejas de Lady Whirlpool sobre sus ojos, como mariposas desconcertadas. Lo mismo podía echarse a reír que pulsar su collar para que Harrods me atizara con la botella de *champagne*.

—Es usted todo un carácter, señor Bull —me aplaudió—. Y le confieso que esa es la razón principal por la que lo he invitado a venir.

Guardé silencio y esperé. Por fin iba a enterarme de qué demonios estaba haciendo allí, aparte de comenzar a sudar por llevar doble cantidad de ropa de lo necesario, pero en aquel momento Harrods le hizo un gesto a su señora. Habían llegado más invitados. Lady Whirlpool asintió. Ya iba. Antes de marcharse se acercó a mí para evitar que sus palabras se confundieran con el eco de las demás voces.

—Búsqueme en la biblioteca después del discurso de Lord Whirlpool —dijo en un susurro.

Y me abandonó en manos de Harrods.

—Permítame que le presente a algunos invitados —dijo este tomándome del brazo para que le acompañase hasta un grupo de refinados caballeros que había allí mismo.

—Señores, por favor —reclamó su atención—, les presento al señor Bull, invitado personal de Lady Whirlpool.

Ellos me honraron con una elegante flexión de cuello. Yo les correspondí doblando la cintura y haciendo unos arabescos con la mano derecha, como quien saluda a un monarca. Harrods se apresuró a rellenar el silencio pronunciando el nombre de los presentes.

—El profesor Bosch, el doctor Lynx, el señor Hootsein Over y el almirante Fisher Price.

—Profesor, doctor, señor, almirante —fui diciendo.

Harrods dio media vuelta y se largó, quién sabe si a preparar otro barreño de su afamado ponche. Me quedé a solas con aquellos respetables caballeros.

—¿Qué le trae por aquí, Bull? —me preguntó uno de ellos, cuyo nombre no logré recordar.

—Espero que lo mismo que a usted, Koss.

—Es Bosch —me corrigió—, acabado en *ch*. ¿No ha oído hablar de mí?

—Noch, o sea, no.

—Soy un científico revolucionario, el responsable de que los yogures contengan millones de lactobacillus y otras bacterias por el estilo.

—No sé a qué estilo se refiere.

—Me refiero a organismos unicelulares que solo pueden vivir en un determinado umbral de acidez y temperatura.

—No me sorprende —comenté.

—¿Se dedica usted a la bioquímica?

—No, pero yo mismo soy incapaz de vivir en determinados umbrales de acidez y temperatura. Y que yo sepa no soy un organismo unicelular. En determinadas ocasiones me he comportado como un insecto insignificante, un ave carroñera o un mamífero roedor miomorfo, pero, créame, nunca como un organismo unicelular.

Mis palabras los desorientaron. A los cuatro. Parecían estar posando para una foto de grupo. Bosch miró a Lynx, este hizo lo propio con Fisher Price. Los tres elevaron sus hombros y se marcharon a rellenar sus copas para poder elevarlas igualmente. Me quedé a solas con el señor de doble apellido.

—Discúlpeme —me sinceré con él—, pero no recuerdo su nombre.

—Hootsein Over —dijo él cuadrándose con innecesaria marcialidad—, pero puede llamarme Otsein Hoover, si lo prefiere. U Othoo Seinver. E incluso Hootsy Versein. Me da igual.

Las mariposas aletearon esta vez sobre mis ojos.

—Algunas personas amantes de los monosílabos me llaman solamente Ots —prosiguió él—, otras solo Hoo, pero soy incapaz de diferenciar dichos sonidos de una simple tos o una burla, así que le ruego que se dirija a mí usando mis dos apellidos. Y eso en el remoto caso de que quiera dirigirse a mí.

Lady Whirlpool se acercó a nosotros con nuevas copas en las manos.

—Veo que ya conoce a Ots, señor Bull —dijo repartiendo las copas—, tenga cuidado con él. Es el asesor financiero de Lord Whirlpool y conoce todos los secretos de esta familia. ¿No es así, Ots?

—Soy como el druida de una tribu celta, germánica o íbera —respondió Osti Hoonder—. Conozco los ingredientes de la poción mágica de los Whirlpool.

Lady ídem se rió a carcajadas, yo en silencio.

—¿No se estará usted refiriendo a lo que estamos tomando? —dije.

—No, no —negó él—, esto es el famoso ponche de Harrods. Los Whirlpool solo toman la poción mágica cuando aparecen sus enemigos, ya me entiende.

—¿Se refiere a una banda rival? —me aventuré a preguntar.

—¿Cómo dice?

—Ya sabe. Dos grupos de personas con intenciones criminales que controlan partes colindantes de la ciudad.

—No exactamente.

Quizá el fenómeno de las bandas rivales no se diera mucho por aquella parte de la campiña.

—¿Se refiere entonces a los inspectores de Hacienda? —volví a aventurarme.

—Me refiero a los Westinghouse —replicó él.

Y sin quererlo generó un eco a nuestro alrededor, como si hubiera pronunciado un poderoso conjuro. Lady Whirlpool se vio obligada a intervenir.

—Se lo explicaré todo más tarde, señor Bull —dijo enarcando las cejas para darme a entender que no debía seguir por ese camino—. He venido a buscarlo para presentarle a mis hijos.

Le hice un gesto a Ostien Hoolly y seguí a Lady Whirlpool por el salón de los cristales pensando en lo apropiado que era un nombre como aquel para una sala llena de copas de *champagne*. Ella se detuvo frente a un grupo de jóvenes que charlaban con la camaradería propia de los viejos amigos.

—Perdonadme un momento, por favor —les rogó juntando sus manos a modo de disculpa—, quiero presentaros al señor Bull, de quien ya os he hablado antes.

Alguno de los jóvenes allí presentes puso cara de afirmación y otros de negación, lo que significaba que Lady Whirlpool no les había hablado a todos por igual.

—Señor Bull —añadió ella mirando a sus tres hijos—, le presento a Sony, Thomas y Visa.

Apreté la mano que me ofrecía ella y besé la que me ofrecía el segundo de ellos. O algo así. Es fácil confundir los gestos del protocolo cuando uno está rodeado de

cristales llenos de burbujas y se encuentra ante una mujer tan atractiva como Visa. En lo que respecta al llamado Sony, no tuve que saludarlo de ninguna manera porque tal como escuchó su nombre se marchó.

Lady Whirlpool no le prestó ninguna atención.

—El señor Sonite es el prometido de Visa —dijo señalando al sujeto que había detrás de su hija.

—Excelente presentación —dijo este tendiéndome su mano derecha—. Llámeme Sam, por favor.

—Y el resto son amigos de la familia y compañeros de estudios de mis hijos —resumió mi anfitriona para no agobiarme con más nombres propios—. Lo dejo en buenas manos.

Y volvió a marcharse, puede que a seguir recitando nombres propios delante de otros invitados como yo.

—¿Cuál es su nombre de pila, señor Bull? —me preguntó Visa Whirlpool.

—Rhett —respondí.

—¿Red?

—No, Rhett, con doble te, como Rhett Butler.

El hermano de Visa Whirlpool se rió a carcajadas.

—¿En serio le pusieron el nombre de un personaje de ficción? —dijo.

—Mucha gente tiene nombres curiosos, ¿no los tiene? —respondí para conjurar mi primer impulso de romperle la nariz.

Sam me propinó lo que pretendía ser una palmada en la espalda y finalmente se convirtió en un golpe duro y seco que no me dolió más porque fue amortiguado por los tejidos de las prendas que llevaba puestas.

—No haga caso a Tomtom —me dijo—. Es un gracioso compulsivo de la peor calaña, puedo asegurárselo. Siempre está buscando el lado divertido de la vida, sin temer nunca pecar de impertinencia. Es una actitud excelente. Le ruego que lo disculpe.

—¿Cómo lo ha llamado? —dije inspirando el aire de la sala en busca de algo de cordura.

—Thomas es conocido como Tomtom —me explicó Sam—, nadie lo llama de otra manera. Según parece es así como él mismo se llamaba cuando era un niño, repitiendo su nombre abreviado. Y así es como ahora lo llamamos todos. ¿No es excelentemente enternecedor?

Sam hablaba con la voz engolada, el cuello estirado y el porte elegante que un selecto caballero se gasta en un selecto club de caballeros. Parecía una caricatura de sí mismo, como si estuviera imitándose en un concurso de disfraces. Tuve ganas de romperle la nariz a él también. Si no lo hice fue porque Visa me había robado momentáneamente toda la energía con solo una mirada y una pregunta. Era una pelirroja de pómulos tan pronunciados como sus caderas, una mujer de bandera capaz de enmudecer al ejército de cualquier país, de cualquier bandera. Tuve que hacer un

verdadero esfuerzo para retirar la mirada de su rostro primero y de su cuerpo después.

—¿Ha visitado ya Kenwood Manor, señor Bull? —me preguntó Tomtom, quizá para hacer las paces conmigo.

—Solo una parte.

—¿Y qué le parece?

—Es una excelente mansión de época.

—Muy interesante.

—Al menos la parte que he visitado.

Antes de continuar hablando, Tomtom miró a su futuro cuñado durante una interminable décima de segundo.

—Y dígame, señor Bull —me preguntó haciendo una pausa y cruzándose de brazos—, ¿de qué época diría que es la mansión?

Resoplé emitiendo un audible suspiro y apuré mi copa de espumoso para dejar claro que detesto que me hagan preguntas. Es un trauma que adquirí en mi etapa estudiantil.

—De la época de los sueños, por supuesto —respondí con las manos abiertas, como demostrando que no escondía nada en las mangas de las camisas.

Sam Sonite fue el primero que reaccionó a mis palabras. Me palmeó la espalda y soltó una generosa carcajada mucho más audible que mi suspiro.

—Excelente respuesta, Bull —dijo—. Es usted todo un poeta.

Y acompañó a Tomtom en busca de más ponche, dejándome a solas con Visa Whirlpool. Evité mirarla durante unos segundos. Su presencia era tan estimulante que hube de soportar la carga de una erección bajo los pantalones y me vi obligado a darle conversación.

—No le he caído muy bien a su hermano Sony —dije después de descartar cualquier clase de comentario sobre lo molestas que son las erecciones inoportunas.

—No es usted —repuso ella negando con la cabeza—. Es él. No le gusta la vida en sociedad.

—¿No le gustan las fiestas?

—No le gusta nada. Es un amargado.

Bajó la cabeza y se miró los pies para continuar hablando, como si se estuviera dirigiendo a ellos en lugar de a mí.

—No sé a qué rama de la familia ha salido —dijo con un lamento—, con lo sociables y vivaces que son mis padres.

—Debo admitir que no conozco aún a su padre.

—¿No conoce al Enmascarado? —me preguntó sonriendo maliciosamente.

Por un momento temí que me hubiera dormido y estuviera teniendo una de esas pesadillas en las que lo real se funde con lo absurdo en patética sintonía.

—¿A quién, qué? —dije trastabillándome.

Ella aprovechó la cercanía de uno de los camareros para sustituir nuestras copas vacías por dos llenas de ponche.

—¿No le ha puesto al corriente mi madre sobre la ocupación principal de mi padre? —dijo brindando conmigo.

—Todavía no —respondí—. Hemos quedado más tarde en la biblioteca.

—Me encantaría estar presente en esa reunión —dijo ella—. No sé lo que está tramando y quiero averiguarlo.

—Nos veremos allí después del discurso de Lord Whirlpool —le informé.

—Excelente —respondió ella, tomando prestada la muletilla de su prometido.

Visa Whirlpool dio por terminada la conversación. Depositó su copa en una bandeja, ambas vacías, me dedicó una última sonrisa y salió del salón en busca de sus jóvenes compañeros. Yo me volví disimuladamente contra la pared más cercana e introduje una mano en mi bragueta para colocar cada cosa en su sitio.

—¿Tocándose el pajarito? —comentó alguien a mi espalda dándome un azote en el trasero.

Y provocándome tal respingo de sorpresa que a punto estuve de atizarle a un camarero cuando saqué la mano de la bragueta.

—Es inútil negarlo, Bull —repitió la voz todavía sin rostro—. Le he pillado jugando con su pajarito.

Era Osti Hooper, quién si no.

—¿Cómo se atreve a tocarme por detrás? —dije muy enfadado.

—No querrá que le toque por delante —replicó con una mueca de complicidad—. Vamos, no disimule La cercanía de Visa Whirlpool provoca este tipo de tormentas hormonales. A mí me pasa lo mismo cada vez que hablo con ella.

—Es una mujer muy atractiva, sí —admití sin saber si era más peligroso seguirla la corriente o enfrentarme a él.

—Es un demonio —precisó levantando un dedo—. Una chica culta, guapa, sexy, joven y rica. ¿Qué más se puede pedir? Resulta irresistible desde todos los puntos de vista imaginables. Y puedo garantizarle que la he observado desde unos cuantos.

Sonrió mientras afirmaba repetidamente con la cabeza, ladeándola un poco hacia la derecha para dar a entender que su grado de sinceridad no era el producto de ningún delirio.

—Venga conmigo —dijo de pronto, devolviendo su cabeza a su ángulo habitual —, le presentaré a más invitados. Está usted en franca desventaja, dado que es un recién llegado y no conoce a nadie.

—Gracias, Ots —dije usando el monosílabo para subrayar mi gratitud.

—Preferiría que no me llamase así, Bull —protestó él—. Si no quiere pronunciar mi apellido completo, diríjase a mí como Otsein-H u O-Hoover.

—De acuerdo.

—Si todavía quiere acortarlo más le aceptaría Ots-H e incluso O-Hoo, pero nunca Ots-Hoo salvo que lo pronuncie al revés y me llame Ooh-Sto.

Me sujeté ambas manos a la espalda mientras él se detenía ante un grupo de personas.

—Permítame presentarle a unos cuantos invitados que han venido del extranjero. Señores, señoras, les presento al señor Rhett Bull.

—Mucho gusto.

—La señora Braun, de Múnich; el señor Carrier, de la Bretaña francesa; el cónsul New Pol, de los Estados Unidos, y el doctor Bisak, de la parte flamenca de Bélgica.

Fui estrechando y besando sus manos, además de alguna mejilla, aunque una vez más no recuerdo si acerté con el protocolo y es posible que depositara dos sonoros ósculos en las mejillas del cónsul americano.

—No no ha ha pro pronuncia cia do bi bien mi a ape lli llido —reclamó el doctor belga, con audibles problemas de fonación—, es co con ze zeta. Bi Bi Bizak.

—Por supuesto, discúlpeme —dijo Osti Hoosflein.

—¿A qué se dedica, señor Bull? —preguntó la señora alemana.

—Soy detective privado —respondí.

Y levanté un coro de murmullos, algunos carraspeos y un par de carcajadas.

—¿No hablará en serio? —repuso el cónsul mirando a derecha e izquierda, como si buscara a alguien o temiera ser encontrado por alguien.

—Muy en serio —respondí con aplomo.

—¿Y qué está haciendo aquí? —insistió el cónsul—. ¿Acaso se ha producido algún incidente del que no hayamos sido debidamente informados?

Sonrió pero creo que en el fondo se habría sentido más relajado si se hubiera echado a llorar.

—¿No han hablado con el General Motors? —continué dirigiéndome a todos ellos—. Tan pronto como lo vean, pregúntenle por el muerto y se enterarán.

Los dejé sumidos en un desconcierto silencioso y cabizbajo que aproveché para desaparecer. Busqué a Harrods con la mirada pero me topé con algo mejor.

—Ballantines —dije llegando hasta ella—. Está usted tan hermosa vestida para una fiesta como desnuda al salir de la ducha...

—¿Sí? —respondió ella halagada.

—... lo cual no dice mucho en favor de su vestuario, ¿no cree?

Ella procesó el significado de mis palabras y se puso seria.

—¿No le gusta mi vestido? —dijo separándose dos pasos de mí para que pudiera admirarlo.

—No me haga caso —rehuí el combate dialéctico—. Solo estaba bromeando. Me alegro de verla. ¿Quiere tomar algo?

—Estoy esperando a mis compañeros.

—Puede esperarlos con una copa en la mano —dije, y le hice señas a uno de los camareros para que se acercara—. Tenga, una copa llena de burbujas.

Sorbió la copa y se quedó mirando las burbujas.

—Es un fenómeno curioso, ¿verdad? —dije admirando las mías—. Todas estas bolitas subiendo para arriba. ¿Adónde creen que van?

—Son aire y vuelven al aire al que pertenecen —respondió Ballantines, haciendo

un giro de cabeza para que su espléndida melena se posara sobre uno de sus hombros.

Lástima que no fuera uno de los míos.

—Es usted mucho más poetisa que yo —exclamé y, antes de que ella pudiera replicar nada, añadí—, y no me haga preguntas trampa porque le aseguro que, si no lo creyera, no lo habría dicho.

—¿De dónde es usted? —me preguntó frunciendo muy graciosamente el entrecejo.

—Del sur.

—¿Del sur de dónde?

—Piense en un lugar, cualquier lugar —la reté con la mirada—, y considéreme del sur de ese lugar.

Ella cerró los ojos un par de segundos.

—¿Qué me dice de la Antártida?

Por suerte para mí sus compañeros entraron en ese momento en el salón de los cristales. Eran dos hombres y dos hembras tan hermosas como Ballantines. O más. No sabría decirlo a ciencia cierta porque todavía no las había visto desnudas. Hicimos las presentaciones, quizá algo caóticas porque sus nombres tenían un exótico acento, como si en realidad fueran apodos de guerra.

—Son nuestros nombres artísticos —explicó uno de los sujetos, que se había presentado como el gran Dyc.

—Trabajamos con el Enmascarado y no nos gusta usar nuestros verdaderos nombres —explicó el otro—. Yo ya casi no me acuerdo de cómo me llamo.

Asentí educadamente para celebrar la comicidad de su comentario.

—¿Dónde está el viejo? —preguntó el gran Dyc mirando a Ballantines.

—No tengo ni idea —respondió ella—. Cuando hemos acabado me he duchado, me he cambiado de ropa y me he ido a dar un paseo. Este señor puede confirmarlo porque me he duchado en su habitación.

El gran Dyc y el otro sujeto me miraron de arriba abajo. Ignoro si se preguntaban qué hacía Ballantines duchándose en mi habitación o por qué mi camisa tenía dos cuellos.

—Me gusta vestirme a conciencia —dije para disuadirlos de interesarse por la primera cuestión—. Nunca se sabe cuándo vas a pasar frío en este clima tan difícil.

—A última hora he visto al viejo muy cansado —comentó el gran Dyc dirigiéndose a sus compañeros—. Me tiene muy preocupado.

—Dinos la verdad, Ballantines —preguntó el otro—. ¿Has notado algo raro la última vez?

—No recuerdo —contestó la aludida.

—¿Cómo no vas a recordarlo? —insistió el inquisidor—. Hablo de cuando tú estabas sobre la banqueta del piano y él estaba detrás interpretando la sonata número veintinueve de Scarlatti con la mano derecha.

—Era la treinta —matizó el detallista Dyc.

—Da igual.

—No da igual. La veintinueve es un *presto* y la treinta es un *moderato* con estilo fugado. Suenan muy diferentes.

Ballantines hizo la señal de *stop* con una mano.

—Después de casi dos horas y media actuando alrededor del piano —dijo con parsimonia—, os puedo asegurar que prácticamente no soy capaz de sentir nada, así que no puedo responderos.

Su parlamento tuvo la virtud de sumirme en un desconcierto lleno de interrogantes que me hizo tambalear y derramar el contenido de mi copa sobre la chaqueta del detallista Dyc.

—Es un Château Gran Moffet fermentado en barrica —dije con rapidez—. Completamente indeleble. Déjelo secar un par de horas y lo comprobará.

Chasqué los dedos para subrayar mis palabras en el mismo momento en que alguien apagó las luces del salón. No supe qué había sucedido exactamente, pero aproveché el desconcierto reinante para largarme de allí, como medida cautelar. Entonces sonó una música de fondo seguida de unas fanfarrias de viento y muchos silbidos. Un foco iluminó el exterior de la mansión. La gente se dirigió hacia las ventanas, como si Kenwood Manor hubiera naufragado y allí estuvieran los botes salvavidas. A través de una de las ventanas vi a un flamante superhéroe en el jardín. No le faltaba ningún accesorio. Llevaba capa, trajecito ajustado, antifaz y letra ese serigrafiada en el pecho. Los invitados se convirtieron en el público de aquella aparición y comenzaron a aplaudir.

—Es un hombre increíble —decían.

—Está loco.

—Es un payaso.

—¿Alguien ha visto mi copa?

—Excelente.

No necesité mucho tiempo para comprender que aquel recién llegado era el mismísimo Lord Whirlpool. Lo que ya me costó más fue entender por qué llevaba una ese de Superman en el pecho si se hacía llamar el Enmascarado. Aquel detalle, no sé por qué, me secó por completo el gaznate y tuve que unirme al tipo que había perdido su copa en busca de algo para beber.

Mientras tanto Lord Whirlpool había entrado ya en el salón de los cristales con sin par grandilocuencia. Y la luz había vuelto.

—¿Cómo lo estáis pasando, grandísimos majaderos? —gritaba el superhéroe, como si tuviera superpoderes en la voz.

Sus invitados se acercaban a saludarlo y abrazarlo. O simplemente a tocarlo. Lord Whirlpool actuaba como un ídolo de masas entrando en su club de fans.

—Maldita sea —continuaba vociferando—, ¿dónde está ese hombre del demonio? Harrods, venga aquí ahora mismo y tráigame algo de beber. Y por lo que más quiera, sirva de beber a mis invitados. ¿A qué cree que han venido? ¿A verme

llegar vestido de superhéroe?

Y acabó su frase lanzando unas estentóreas carcajadas al aire, como si estuviera realmente loco y quisiera convocar al mismo demonio. Harrods se acercó a él con una botella de *champagne* recién abierta. Lord Whirlpool bebió un buen trago directo de la botella y comenzó a rociar a los invitados que tenía más cerca, como hacen los campeones después de las carreras automovilísticas. Uno de los rociados fue el ya previamente rociado Dyc, pobre tipo. A continuación el Enmascarado comenzó a pasearse orgullosamente por el salón para recibir el pláceme de los demás invitados. Cuando llegó a mi altura, di un paso adelante para hablar con él.

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿Quién demonios es usted? —dijo él.

—Mi nombre es Rhett Bull —respondí.

—¿Quién?

—Rhett, con dos tes, no con de, como Rhett Butler, ya sabe, el apuesto y quizá algo soberbio norteño que protagoniza *Lo que el viento se llevó*, película rodada íntegramente en technicolor.

Creí que este dato serviría para captar su atención, por lo novedoso de este sistema de proyección fílmica, pero lo que en realidad provoqué fueron sus carcajadas, nuevamente próximas a la locura.

—¿Quién ha traído a este imbécil a mi fiesta? —preguntó en voz muy alta para que sus invitados se rieran de mí.

Sin apenas pestañear fui a agarrarle de las solapas y casi me caigo a sus pies, comoquiera que los trajes de superhéroe no contienen esta pieza de sastrería.

—Soy un invitado de su esposa —le dije muy serio—. Su yedra del patio tiene clorosis. Su suegro huele fatal y es sospechoso de haber cometido un asesinato, su hijo Sony sufre un trastorno antisocial de la personalidad, su futuro yerno provoca ese tipo de trastorno en el prójimo y su esposa lleva un timbre sobre el pecho para llamar a Harrods a cualquier hora del día o de la noche. ¿De verdad cree que soy un imbécil?

Lord Whirlpool se apartó de mí y me miró desde la distancia, como si necesitara cierta perspectiva para valorarme o tuviera una presbicia galopante.

—Dígame, ¿qué quería preguntarme?

Y esta vez fue él quien se acercó a mí, aceptando el reto en forma de confianza que le había lanzado a la cara.

—Tiene usted aparcacoches —le dije—, ¿verdad?

Cuando Philips Whirlpool terminó de saludar a sus invitados, reclamó a grandes voces un poco de silencio y se subió a un pequeño estrado que había en una de las esquinas de la estancia, digamos a estribor. Con un rápido y hábil movimiento corporal se deshizo de su disfraz de superhéroe y apareció vestido con un elegante esmoquin negro bajo el que lucía una camisa con chorreras. Al ver que él también llevaba puestos dos atuendos sonreí para mis adentros. Y casi me atraganto. Los invitados le aplaudieron con abierto entusiasmo, como si todo aquello formara parte de un espectáculo al que ya estuvieran acostumbrados. Lord Whirlpool se dirigió a ellos con su estilo agresivo y lenguaraz, usando palabras malsonantes y dichos populares. Supongo que, en el fondo, estaba haciéndose pasar por otra persona, un habitante en las antípodas de aquel mundo de mármol, cristal y piedras preciosas, quizá porque a su edad ya estaba harto de tantos minerales.

A su manera agradeció la presencia de sus invitados. Dijo sentirse orgulloso de poder celebrar su sesenta cumpleaños rodeado de tantos amigos y camaradas, aunque no le cabía ninguna duda de que estaban allí para poder comer y beber por la cara y a su antojo, cito más o menos de memoria. Su mala educación provocaba la hilaridad de los invitados, que lo jaleaban cada vez con más intensidad. Se felicitó a sí mismo por no sentir ningún deterioro ni merma física en ninguna parte de su anatomía y retó a los presentes a cualquier clase de competición deportiva, laboral o sexual para demostrarlo.

Lady Whirlpool asistía a aquella demostración de mal gusto desde el lado contrario de la sala, a babor de la embarcación, tomando otra copa del ponche de su fiel Harrods. Me fijé en ella durante unos segundos y comprendí que Ballantines estaba equivocada. Algunas de las burbujas de aquella bebida, si no todas, no se dirigían hacia el aire, sino más bien a disimular la vergüenza de Lady Whirlpool. Y a colorear sus mejillas.

—Todavía es una mujer atractiva, ¿verdad?

Lo que parecía la voz de mi conciencia era en realidad la de mi inseparable Ostin-Hoopy, que me seguía a todas partes. Me volví a mirarlo con la cara más adusta que pude improvisar.

—No me mire así, por lo que más quiera —protestó él con ojos de inocencia—. Me asusta usted, Bull. Solo estaba tratando de darle conversación para que se integre lo antes posible en la fiesta.

—Discúlpeme —dije.

—No se preocupe —sonrió él—, pero no niegue que Lady Whirlpool ha sabido conservar sus atractivos.

—No lo niego —afirmé.

—Especialmente en una noche como esta, cuando se maquilla, se peina y se viste de manera especial para sus invitados —dijo.

Y se quedó mirándola embelesado.

—Así es, Otsi Hoo-Hoo —respondí apretando uno de sus hombros.

Él se arrugó la frente con la mano que tenía libre, la que no sostenía ninguna copa.

—Haga el favor de dirigirse a mí como es debido —dijo poniéndose muy serio—, se lo suplico. Si tiene dificultades para recordar mi apellido, debido a su longitud o exotismo, le permito que me llame por mi nombre de pila.

No me atreví a dar ningún suspiro de alivio. No todavía.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté.

—Aloysius Bernardus Constantine —respondió.

De alguna manera lo suponía.

—Un nombre por cada una de las tres primeras letras del alfabeto —añadió—. Mis padres eran muy ordenados.

Estuve a punto de responder que prefería seguir llamándole por su apellido pero no tuve ocasión de hacerlo porque en ese momento un fuerte estruendo sacudió el salón de los cristales. Era precisamente el sonido de unos cristales rompiéndose en pedazos, como si el barco se hubiera empotrado contra una roca. O un continente. Aunque en realidad era al revés: una roca había sido lanzada contra una de las ventanas del salón.

—Yo te maldigo, Whirlpool.

Las palabras sucedieron al impacto de la roca. Las pronunció un sujeto alto y corpulento, de pelo cano y espesa barba, que había entrado por uno de los ventanales y hablaba con las manos alrededor de la boca a modo de altavoz.

—Ahora y siempre, te maldigo —continuó diciendo—. En tu sesenta cumpleaños y encima de tu tumba, el día que te mueras de una jodida vez. No eres más que un montón de escoria embutida en un esmoquin de seda. Me arrebataste lo que más quería en este mundo y no estoy dispuesto a que me quites nada más.

Hizo una pausa para beber algo. Se estaba quedando sin voz. Cogió un par de copas de ponche que alguien había dejado olvidadas por allí cerca y se las tomó de sendos tragos.

—¿Y ustedes qué diantres hacen aquí? —añadió dirigiéndose a los invitados de Lord y Lady Whirlpool—. ¿No saben quién es este hombre que dice ser su amigo? ¿No lo saben?

Nadie respondió.

—Creen que es un respetable caballero de la alta sociedad que se dedica a fornicar honradamente con sus múltiples amiguitas, pero están muy equivocados. Yo les diré quién es de verdad: un traidor de la peor calaña, un embustero, un embaucador y un ladrón de guante blanco que no conoce el significado de la palabra longanimidad.

Hizo otra pausa, esta vez para respirar y carraspear un par de veces.

—A decir verdad yo tampoco sé lo que significa esa palabra —prosiguió—, así

que digamos mejor que no conoce el significado de la palabra nobleza. Por eso lo maldigo.

El silencio que siguió a sus palabras fue incómodo, denso, y estuvo salpicado de pequeñas toses nerviosas, como a menudo sucede en los auditorios donde se escucha música en directo, clubs nocturnos y cabarets incluidos. El rival de Lord Whirlpool se dirigió hacia la ventana por la que había entrado con intención de marcharse, pero antes de hacerlo se dio la vuelta.

—Una cosa más antes de irme —dijo con una teatralidad quizá ya algo exagerada—. El ponche de *champagne* está mucho más sabroso con un Chablin Fountain o un Verger de Normand. El Château Grand Mottet lo hace insoportablemente ácido. No lo olvide, Harrods.

Y, entonces sí, se marchó por donde había venido, como una intempestiva ráfaga de viento. Los invitados de los Whirlpool se volvieron hacia su anfitrión completamente desconcertados. No sabían cómo debían reaccionar. Lord Whirlpool levantó muy despacio ambos brazos, los recogió delante de su pecho y comenzó a batir palmas. Los invitados se unieron a él, yo incluido, y nos fundimos todos en un entregado aplauso, al que no faltaron un par de bravos, dos excelentes y una petición de que se repitiera aquel numerito.

—La banda rival —dijo Osty Hoopein acercándose a mi oreja derecha.

—¿Cómo dice?

—Permítame indicarle que acaba usted de conocer al mayor enemigo de Lord Whirlpool —respondió señalando hacia la ventana rota—. Se trata de Lord Westinghouse, el vecino de los Whirlpool, un primo lejano con quien mantienen un pleito por las lindes de sus tierras desde hace más de doscientos años.

—No parece tan mayor —comenté.

—Quiero decir cuando el entonces señor de Kenwood Manor trató de invadir los campos que rodean Pioneer Hall, que es la casa de los Westinghouse.

Asentí haciéndome el interesado aunque no lo estaba. En realidad me interesaba bastante más encontrar otra copa de ponche, aunque estuviera elaborado con Gran Moffet en lugar de con Chaplin Frontón.

—Desde entonces son rivales —continuó el administrador de Lord Whirlpool—, uno como invasor y el otro como invadido. No se soportan, igual que sucede en cualquier tipo de invasión de las que se han producido a lo largo de la Historia. A ningún pueblo le place ser invadido por otro. Ha ocurrido con los vándalos y los hispanos, los romanos y los galos, los ostrogodos, los francos, los sajones, los hunos...

—Ya, ya —dije para hacerlo callar.

—... los suevos, los burgundios, los jutos, los frisones, los alanos, los tervingios, los istaevones o los gépidos, entre otros.

Guardó un silencio expectante, como quien espera una inevitable pregunta.

—Observo que es usted un amante de los pueblos invasores e invadidos —dije

engolando la voz y torciendo el cuello.

Lástima que no encontrase la forma de introducir el adjetivo excelente en mi comentario.

—Me encanta la Historia, sí —respondió él sonriendo—. Tengo muchos libros y enciclopedias. Adoro leer los avatares de los pueblos godos desde sus más remotos orígenes. Me ayudan a combatir el aburrimiento.

—¿Se aburre usted?

—De un modo espantoso.

—¿No le parecen interesantes las finanzas de Lord Whirlpool?

Suspiró tan profundamente que después de hacerlo me pareció más delgado.

—Caballos de pura raza, tierras en distintos lugares y parajes, inmuebles urbanos —fue enumerando—, obras de arte, capital mobiliario, títulos y acciones, inversiones en el extranjero, subastas, muebles, objetos de anticuario y una de las colecciones filatélicas más completas del país. ¿Quién podría aburrirse con tantas distracciones?

Afirmé con la cabeza sin ninguna convicción. Por la cara que ponía debía de ser cierto que se aburría mucho, como un soldado romano en su campamento esperando el ataque de los irreductibles ostrogodos, por decirlo en su propio lenguaje.

—Parece una gran fortuna —dije para animarlo—. Muy valiosa.

—No lo sé —respondió él elevando los hombros y poniendo los ojos en blanco—. Resultaría muy complicado valorar todo ese patrimonio.

—Al menos los sellos de su colección filatélica tendrán el precio marcado —repliqué con un guiño y un codazo de complicidad.

Pero él no me siguió el juego. O quizá le aticé demasiado fuerte.

—¿Por qué dice eso? —preguntó cruzándose de brazos—. El precio que figura en un sello no tiene nada que ver con su verdadero valor. ¿No ha leído usted a Denon?

—¿A quién?

—¿O a Sharp y Crolls?

—Pues no, la verdad.

—Ya se nota —repuso él—. El valor de un bien no depende de su precio sino de su singularidad en el mercado al que pertenece.

—Claro —dije sin ninguna convicción.

Y Hoospy-Ospy se dio cuenta.

—Quizá sea un argumento demasiado teórico para un detective privado —añadió con un gesto de desdén.

—¿Qué insinúa? —Me revolví yo muy dignamente—. ¿Que la labor de un detective carece de base teórica? ¿No ha leído usted a Wimsey? ¿O a Fen y Marple?

—¿Quiénes son esos tipos?

—Se nota que no los ha leído.

Opsty-Toppy cabeceó varias veces, igual que hace un caballo cuando quiere afirmar algo.

—Es usted muy listo para no haber leído a Denon —dijo retándome.

—Lo mismo que usted para no haber leído a Wimsey.

Tuve la intención de rematar mi argumentación con un corte de mangas, pero él me lo impidió por el expeditivo método de lanzar una sonora carcajada.

—Me gusta usted, Bull —dijo sin dejar de reír—. De verdad. Es digno de pertenecer a la tribu de los greutungos.

No supe si aquello era un piropo, un insulto o una condena. Y no tuve la oportunidad de saberlo porque en ese momento apareció el padre de Lady Whirlpool.

—Yo no he sido —dijo de nuevo con las manos cubiertas de sangre—. Ya estaba muerto cuando he llegado. Ha sido espantoso.

Me separé de él y agucé el olfato. Con independencia de que sean bípedos o cuadrúpedos, nunca me he fiado de los seres vivos que huelen mal.

—General Motors —lo saludó Otsy-Poopsy recuperando su desenvuelta camaradería—, me alegro de verle. ¿Cómo le va?

—Mire mis manos —replicó el viejo mostrándolas—, es sangre del muerto. Hay que llamar a la policía.

Otsey-Josly me miró negando con la cabeza, como dando a entender que debía seguirle la corriente.

—El General Motors es como uno de esos bardos que abundaban en las aldeas galas durante la Antigüedad —dijo guiñándome un ojo—. Conviene amordazarlo y atarlo a un árbol cada vez que hay una fiesta.

El viejo no le hizo ningún caso y se volvió hacia mí.

—Llame a la policía —repitió dando un paso al frente—, y pregunte por el inspector Sainsbury. Es amigo mío.

—Quite, quite —exclamé horrorizado por su cercanía—. A quien voy a llamar es a Harrods para que traiga el ambientador y abra las ventanas.

Nada más escuchar el nombre del mayordomo, el viejo abandonó la sala a toda la velocidad que le permitieron sus piernas, que no fue mucha, con las manos en alto para que todo el mundo pudiera verlas. En otras circunstancias se habría formado un alboroto a su alrededor, pero, después del volumen de Gran Moffet que se había consumido a esas alturas de la velada, la gente no se sorprendió ni asustó en modo alguno sino que se unió al ritmo del anciano, componiendo una de esas cadenas humanas que serpentean por los salones en las noches de fiesta.

—Lady Whirlpool le espera en la biblioteca, señor Bull. —Alguien vertió cuidadosamente estas palabras en mi oído izquierdo—. No creo que sea necesario indicarle el camino.

Era Harrods, que me miraba con un brillo de rencor en los ojos, el que corresponde a quien ha tenido que escuchar en público un reproche sobre su ya mítico ponche de *champagne*.

Hice esperar algo más de lo necesario a Lady Whirlpool porque me perdí por los pasillos, las escaleras y las puertas de Kenwood Manor. Había muchos, muchas, y Harrods no caminaba delante de mí para iluminarme. Me sentía atrapado en un laberinto sin salida. Y, pese a no haber estado nunca en un laberinto, no era la primera vez que me sentía así.

—Señor Bull, le estaba esperando.

Con estas palabras me recibió Lady Whirlpool poco después, cuando finalmente acerté con la puerta correcta. La estancia estaba a oscuras y en completo silencio. Claro que el silencio se rompía cuando ella o yo hablábamos, mientras que la oscuridad permanecía.

—Acérquese, no tenga miedo —siguió diciendo—. No he encendido ninguna luz porque no quiero que nadie nos sorprenda hablando a solas.

No dije nada y ella lo notó.

—Tranquilo —añadió—, me he traído dos jarras del ponche de Harrods. Y dos copas.

Su voz sonaba distinta, aquejada de la pastosidad propia del *champagne*, ya fuera Grand, Petit o Très Petit Moffet. Era más que audible que aquella señora iba de ponche hasta la rabadilla, sirva esta jocosa expresión para indicar su grado de intoxicación etílica. Una vez que mis pupilas se acostumbraron a la escasez lumínica, me aproximé a ella y me senté en un pequeño diván que había enfrente.

—Tenga. Beba.

Me tendió una copa con el célebre brebaje.

—Supongo que se estará preguntando por qué le he invitado a venir aquí —comenzó a largar Lady Whirlpool, mirando a su alrededor—, y no me refiero a esta sala sino a esta mansión, invitándole a la fiesta de cumpleaños de mi esposo sin habernos conocido con anterioridad a esta efeméride.

Al llegar a esta palabra se detuvo un momento, quizá porque en lugar de efeméride dijo esmesférico.

—He oído hablar muy bien de usted, señor Bull —prosiguió—. Fuentes de todo crédito y confianza me han contado con qué presteza y discreción resolvió usted el caso del testamento persa y el gato incomprensible. Su fama le precede.

—Es al revés —la corregí.

—¿Precede usted a su propia fama?

—Lo que era incomprensible era el testamento.

—Por supuesto —aceptó ella rellenando su copa y la mía, así como salpicando mis calcetines, mis zapatos y la alfombra que había bajo estos últimos—. Da igual quién preceda a quién, señor Bull. Necesito de sus servicios. Y de su discreción.

No creí necesario responder nada. Tan solo afirmé imperceptiblemente con la cabeza, confiando en que Lady Whirlpool tuviera buena vista.

—Hace años que deseo saber una cosa, una cosa importante. Muy importante, ¿comprende? Y daría la mitad de lo que tengo por cumplir mi deseo.

Me parecieron unos honorarios más que justos.

—Usted dirá —dije.

—Kenwood Manor no solo es una mansión de época —replicó ella subiendo el tono de voz—, es mucho más que eso. Campos que llegan hasta donde no alcanza la vista, cuadras con caballos, valiosas participaciones mercantiles, objetos antiguos, una pinacoteca sin igual y joyas que valen una fortuna.

Había olvidado citar la colección filatélica y el igualmente valioso salón de la música y su contenido, pero no quise interrumpirla.

—Quien herede esta mansión se hará con una fortuna incalculable, señor Bull.

Dijo mi nombre para que respondiera algo.

—Lo supongo —dije.

—¿Sabe usted quién será esa persona?

—Su hijo mayor.

—¿Sony?

—¿Tiene algún hijo mayor que Sony?

—¿Y por qué no Visa o el pequeño Tomtom? —replicó ella, con ese resabio que solo puede proceder de un sacrificado ejercicio como la maternidad.

—Si eso es lo que le preocupa, usted lo que necesita es un notario, Lady Whirlpool —tuve que decir—, y yo no soy ni un simple abogado.

Me abstuve de añadir que, lejos de ser abogado, ni siquiera había terminado mis estudios.

—Sé muy bien quién es usted y a lo que se dedica.

Tragué saliva de puro susto, temiendo que supiera realmente quién era yo y a lo que me dedicaba.

—Escúcheme con atención —añadió acercándose a mí, según confirmó mi siempre alerta sentido del olfato—. Sé perfectamente cuál es mi hijo mayor, pero ignoro cuál es el hijo mayor de Lord Whirlpool.

Asentí como podría haber negado, dudado o colocado las manos en forma de gafas sobre los ojos. No entendía nada.

—¿Entiende lo que quiero decir? —preguntó ella para ahorrarse la molestia de tener que decirlo.

—Por supuesto —mentí—, pero preferiría oírsele decir a usted.

Aguardé un par de segundos hasta que escuché el fastidioso chasqueo de su lengua.

—No sé quién es el padre de mis hijos.

Tosí molesto, sin saber si me molestaba más la naturaleza de aquella confidencia o el tacto de mis calcetines mojados sobre mis tobillos.

—¿No lo sabe?

—No lo sé.

—¿No?

—Señor Bull —me amonestó Lady Whirlpool—, una mujer de mi posición se ve obligada a soportar una intensa vida social, asistir a multitud de actos, fiestas, reuniones y trabar relaciones con una gran variedad de seres humanos de ambos sexos. ¿Me comprende usted?

Me abstuve de manifestar mi admiración por lo elegantemente que había descrito la ligereza de sus cascos.

—La comprendo.

—He vivido mucho, esa es la verdad —dijo suspirando—. Y fruto de esa intensidad vital es el asunto que nos ocupa, dado que no sé si concebí a mis hijos con Lord Whirlpool o con otra persona.

Traté de disimular el bochorno que sorprendentemente me causaron sus palabras bebiendo un poco de ponche.

—Por eso le he invitado a Kenwood Manor —añadió cuando me hube calmado—, porque quiero que descubra quién es el verdadero padre de mis hijos. No puedo arriesgarme a que alguien impugne su herencia en el futuro.

Guardé un silencio obligado, tomé una de las jarras y traté de servirme más ponche de *champagne*. Apenas una cuarta parte del líquido cayó en la copa. El resto fue a parar directamente a la alfombra.

—No soy un experto en genética, Lady Whirlpool —respondí palpando la alfombra con la mano—, ya le he dicho antes que ni siquiera terminé mis estudios.

¿Realmente había llegado a decirlo?

—No se preocupe, señor Bull —contestó ella—. Ya tengo un analista genético y conoce la naturaleza de mi problema. Se trata de un científico de primera fila, una eminencia de renombre internacional que ha desarrollado un método infalible para certificar los parentescos de consanguineidad mediante el análisis de los flujos orgánicos de los sujetos estudiados.

—¿No hablará en serio? —dije.

—Muy en serio —respondió ella—. He conseguido también que mis hijos aporten ese material orgánico imprescindible.

—¿Sí?

—Y tengo incluso el resultado de esos análisis.

Achiné los ojos y me rasqué la nuca, como quien no cree lo que oye, no ve bien y sufre un ataque de urticaria.

—Pero me falta el análisis de Lord Whirlpool —añadió ella—, y no se moleste en recordarme lo sencillo que sería obtener una muestra de sus flujos orgánicos más íntimos, usted ya me entiende, porque hace años que Lord Whirlpool y yo no mantenemos más relaciones que las estrictamente protocolarias. Por eso le necesito a usted.

No creí que la vieja fuera a insinuarse tan pronto. Y tampoco creí que sus palabras fueran a ponerme tan cachondo.

—Lady Whirlpool —dije para hacerme el estrecho, actitud que no pensaba sostener más allá de lo estrictamente necesario—, no quisiera que me malinterpretase pero...

—No ponga excusas, señor Bull —repuso ella con una estimulante prueba de energía—, no antes de escuchar mi oferta.

—Usted dirá.

Hizo una breve pausa.

—Cinco mil libras —dijo muy despacio.

Tosí descolocado. En realidad no sabía si tenía que pagar o cobrar dicha cantidad si accedía a acostarme con ella.

—Cinco mil libras si obtiene una muestra de los flujos orgánicos de mi esposo y me la trae aquí dentro.

Y me dio un frasquito de cristal.

—¿A qué flujos orgánicos se refiere exactamente? —Tuve que preguntar, algo molesto por haber malinterpretado sus palabras.

—A los intrínsecamente masculinos.

—¿Y cómo voy a hacer yo semejante cosa? —respondí a la defensiva, con un gesto de asco que no pude disimular—. ¿Por quién me ha tomado?

—Señor Bull —contraatacó ella—, le recuerdo que mi marido es conocido como el Enmascarado. Tampoco le estoy pidiendo un imposible, ¿lo estoy haciendo?

Estudí el caso en silencio durante cinco segundos preguntándome qué relación podía haber entre el apelativo de su esposo y la misión que me estaba encomendando.

—¿Y no puede encargárselo a alguien del servicio? —dije pensando en Harrods.

Ella emitió dos chasquidos con la lengua.

—No puedo confiar este asunto a nadie conocido —dijo—. Compréndalo. Necesito a un completo desconocido como usted.

—No sé si podré hacer algo, digamos, tan singular —repliqué.

—¿Diez mil?

—Lady Whirlpool, se lo ruego —dije con una cara de indignación que me sale muy bien—, le aseguro que no es una cuestión de dinero.

—Por supuesto que no, señor Bull. Solo estoy tratando de compensarle por tener que ocuparse de un asunto tan delicado.

Resoplé pensativo.

—Yo creo que con veinte mil me sentiría más que compensado.

—El doble de compensado, para ser exactos —matizó ella—. Trato hecho.

Era posible que me hubiera quedado corto. Tal vez habría podido sacarle veinticinco mil. Cerré los ojos para concentrarme y ordenar mis pensamientos, pero no noté ninguna diferencia, dado que tampoco veía gran cosa cuando los tenía abiertos.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —pregunté.

—Cuanto antes mejor —repuso ella—. Tómese el tiempo que necesite, pero

necesite el menor tiempo posible. ¿Me explico? Tráigame esa muestra y deme la oportunidad de averiguar quién es el heredero de Kenwood Manor.

—¿Y si no es ninguno de ellos?

—¿Cómo dice?

Volví a cerrar los ojos.

—¿Qué sucedería si ninguno de sus hijos fuera de Lord Whirlpool?

—Eso es imposible —dijo.

Y me obligó a acercarme a ella para que pudiera distinguir mi mirada de escepticismo.

—Improbable al menos —añadió.

—¿Cómo lo sabe?

—Señor Bull, aparte de mi esposo, solo ha habido un caballero con el que he intimado más allá de la amistad... —Se detuvo un momento, como quien se da cuenta de que ha incurrido en una inexactitud—, en aquella época, quiero decir.

—¿En qué época? —pregunté abriendo los ojos.

—Cuando era joven y quería ser madre —confesó antes de emitir un hondo y aburbujado suspiro, quizá un eructo—. Ahora todo es distinto. En primer lugar, porque Lord Whirlpool lleva una vida disoluta y libertina que detesto; y en segundo porque he descubierto que el sexo es un pasatiempo recreativo tan fascinante como la caza, el bádminton o el bridge.

Y se pasó al diván donde yo estaba.

—No sé si Harrods le ha mencionado el poder estimulante de su ponche —me dijo al oído—. Es un poderoso afrodisiaco.

En realidad dijo agrofrisiaco, pero la comprendí igualmente.

—Quítese la chaqueta —añadió mientras me desabrochaba con desenvuelta pericia los botones de la camisa.

Debo confesar que había vuelto a cerrar los ojos sin importarme el grado de oscuridad de la estancia. Con independencia de su edad, condición social u ocupación laboral siempre me ha gustado ser desnudado por una mujer. Lady Whirlpool me había quitado ya la pajarita y la camisa e incluso había comenzado a desabrocharme la bragueta del pantalón. Para no aburrirme mientras tanto coloqué mis manos sobre sus pechos, pasatiempo que siempre me ha parecido muy entretenido. Ella comenzó a ronronear como una gata en celo, moviendo sus pechos para que mis manos pudieran recorrerlos en toda su extensión, que era bastante considerable. Quizá había llegado la hora de meter mi mano bajo su vestido y acceder a sus interioridades, cuestión a la que no pude dedicarme porque en ese momento la puerta de la biblioteca se abrió, las luces del techo se encendieron y unos pasos se acercaron hasta nosotros mientras una voz resonaba en el aire.

—¿Madre?

Era más o menos lo mismo que había exclamado yo al verme sorprendido en aquel trance, medio desnudo y al lado de mi anfitriona, una mujer bastante más

mayor que yo. Y de mucha más altura social.

—¿Estás aquí, madre? —repitió la voz.

Era Visa Whirlpool. Se había cruzado de brazos delante de nosotros, con el peso de su cuerpo echado a un lado de la cadera y un pie al frente, como quien contempla la estampa del pecado. Lady Whirlpool dio un grito de sorpresa, o tal vez de espanto, y yo me llevé las manos al pecho para taparme.

—El señor Bull ha tenido un acceso de calor —dijo Lady Whirlpool, improvisando ante su hija—, se ha mareado y no he tenido más remedio que desvestirlo para que volviera en sí.

—Eso mismo —corroboré.

—¿Qué estás diciendo, madre?

—Te estoy explicando por qué este señor está desnudo de cintura para arriba.

Visa Whirlpool lanzó una risotada al aire.

—¿Quién está desnudo de cintura para arriba? —preguntó señalándome—. El señor Bull lleva una camisa y una corbata. Quizá no estén muy bien combinadas pero no está desnudo.

Lady Whirlpool me miró con una mano en la boca, sin respirar, como si estuviera inmersa en un tanque de agua, preguntándose cómo demonios había podido volver a ponerme tan rápidamente la ropa que ella misma me había quitado y de dónde diantres había sacado aquella corbata. Yo también sonreí, e incluso me levanté del diván con la doble intención de poner fin a aquella incómoda escena y de paso darle una patada a la americana y la camisa que había a mis pies, en el suelo, para ocultarlos debajo del diván. Casi había olvidado que llevaba puestas dos camisas. A veces olvidamos lo mucho que vale el hombre prevenido, mucho más que el doble del desprevenido.

—Creo que habéis bebido demasiado ponche de Harrods —conjeturó Visa, al ver las dos jarras vacías—. Os estaba buscando. El señor Bull me ha informado de que os ibais a encontrar aquí después del discurso de papá y quiero saber para qué.

—No es nada de tu incumbencia —dijo escuetamente su madre.

Visa me miró. Yo me encogí de hombros. Lady Whirlpool pulsó su collar y Harrods no tardó en aparecer.

—Le ruego la máxima discreción, Rhett —añadió Lady Whirlpool dirigiéndose a mí de una manera más informal que de costumbre, quizá porque ya era bastante informal hurgar en la bragueta de un tipo como yo.

Y aceptó la mano que le tendía Harrods mientras se escoraba hacia la izquierda, lo que me hizo suspirar. Sé por experiencia que las personas que se escoran hacia babor cuando han bebido mucho guardan secretos inconfesables en su interior.

Yo también deseaba abandonar la biblioteca, pero Visa Whirlpool se interpuso entre el diván y el camino hacia la puerta. Por un momento temí que fuera a propasarse conmigo, como había tratado de hacer su madre, una situación que me inquietaba y me seducía a partes iguales, tal vez porque era consciente de que en ese momento iba vestido con una sola camisa y una sola corbata.

—¿Tiene la bondad de concederme un minuto, señor Bull? —me pidió con una elegancia sobreactuada, como si quisiera levantar un muro de diferencia social entre ella y yo.

O puede que se hubiera dado cuenta de que le estaba mirando hipnóticamente el canalillo de su escote. No sé. Las mujeres como Visa Whirlpool siempre me han parecido difíciles de entender, no digamos cuando se va de ponche de Harrods hasta los calcetines.

—Me disponía a volver a la fiesta —respondí para hacerme el estrecho.

—Yo misma le acompañaré dentro de unos minutos —dijo ella sentándose y obligándome a sentarme a su lado—. Quiero que me diga qué está haciendo aquí.

Y me miró a los ojos con la misma intensidad que había gastado yo con su escote.

—¿Se refiere a esta sala o a Kenwood Manor en general? —inquirí.

—Me refiero a ambas cosas —respondió ella, tratando infructuosamente de que su tono de voz no pareciera autoritario—. Quiero saber quién le ha invitado y para qué.

—Ya —respondí con intención de ganar tiempo.

Aunque enseguida me di cuenta de que usar un monosílabo para ganar tiempo no era una buena idea. Ella no tardó en replicarme, usando además otro término aún más corto, monolétrico.

—¿Y?

—Me invitó su madre, una mujer sin parangón.

—¿Para qué?

—Parangón.

—¿Para qué lo invitó?

—Para hacerme una petición casi paranormal.

—¿Para qué?

—Paranormal, ¿está sorda?

Visa Whirlpool se quitó el chal que llevaba sobre los hombros. Como cabía esperar, la desnudez de su escote se vio ampliada hacia sus hombros, componiendo una bellísima y simétrica estampa.

—Deje de jugar con las palabras, señor Bull —dijo muy seria—. Mi madre me preocupa mucho. Últimamente se comporta de un modo muy extraño. No se encuentra bien.

—Mañana por la mañana tendrá un poco de dolor de cabeza —repliqué alzando

los hombros—. Puede apostar a que sí.

—No me refiero a eso.

Comprendí que se refería a otra cosa, pero no quise seguir jugando con las palabras.

—Su madre de usted me ha pedido que le haga un favor especial —dije a modo de confesión—. Y no se preocupe, no tiene nada que ver con ningún crimen. Discúlpeme si no puedo contarle de qué se trata. He dado palabra de no hacerlo. Si dijera una palabra más rompería la palabra dada, ¿no le parece?

Visa Whirlpool se revolvió en el asiento. Tal vez estaba a punto de quitarse el vestido, dado que el chal no había surtido ningún efecto. Quién sabe cuántos vestidos podía llevar puestos una mujer de su altura social.

—Un favor especial —dijo repitiendo mis palabras—. Ya entiendo.

Asentí en silencio. Asentir y decir que sí a la vez habría resultado algo redundante.

—No me va usted a contar nada, ¿no es así?

Negué igualmente en silencio. Y por los mismos motivos.

—¿Y si le hiciera una oferta al respecto? —insistió ella.

De forma instintiva me llevé la mano a la bragueta.

—No estoy interesado en el dinero —mentí.

—¿Quién está hablando de dinero? —Parafraseó Visa, taladrándome las pupilas con sus ojos.

Esta vez quien se revolvió inquieto en su asiento fui yo. Pese a ser más vieja que su hija, o precisamente por eso mismo, me seducían más las procaces maneras de Lady Whirlpool que las de Visa, aunque tampoco podía descartar la posibilidad de que se me estuviera pasando el efecto del ponche de Harrods.

—Señorita Whirlpool —dije.

—Lámeme Visa.

Creí que había dicho que no estaba hablando de dinero.

—Visa —repetí obedientemente—. No puedo traicionar a quien me ha contratado.

—¿Está usted seguro? —insistió, entrecerrando graciosamente los párpados.

Sí, lo estaba. Su cercanía, su aroma y la tersura de su piel así me lo indicaban. A mi edad era más fácil satisfacer sexualmente a una abuela borrachina que a un bombón completamente sobrio como el que tenía delante. Era inútil negarlo. Me levanté con intención de dar por acabada la conversación cuando algo se me cayó al suelo y rebotó contra la alfombra.

—¿Qué es esto? —dijo Visa, cogiendo el frasquito que me había dado Lady Whirlpool—. ¿Es suyo?

—Así es.

—¿Se lo ha dado mi madre?

Negué con la cabeza y las manos.

—Me lo ha dado mi médico —dije.

—¿Su médico?

—Estoy enfermo —respondí tratando de no tartamudear—. Tomo mucho paracetamol y tengo que hacerme un análisis de orina.

—¿Para qué?

—Paracetamol.

Visa Whirlpool agitó su cabeza como hacen los perros después de mojarse. Estaba claro que mis palabras le producían el mismo efecto que un chorro de agua fría. Se peinó su media melena con ambas manos y me miró fijamente. Por un momento temí que comenzara a ladrarme. O a gruñirme. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Comprendió que no iba a poder sonsacarme nada, dio una patada de rabia contra el suelo y desapareció dejando en el aire el eco de sus pisadas. Fue un sonido extraño, ajeno a su comportamiento, seguramente porque los perros no suelen llevar zapatos de tacón.

Suspiré un par de veces mientras me apoyaba en la pared. La conversación con Lady Whirlpool primero y su hija después me había dejado sin energía. Eso y que no había probado bocado desde hacía más de quince horas, según deduje al consultar uno de los relojes de la biblioteca y escuchar el rugido de mis tripas. O era capaz de llegar a la sala de los cristales lo antes posible o corría el riesgo de morir de inanición allí mismo.

Salí de la biblioteca mirando a diestro y siniestro, como quien delinque. Recorrí el pasillo pegado a la pared, como quien pretende atrapar a quien delinque, y llegué a la sala donde estaban los demás invitados mostrando las palmas de las manos, como quien ha sido víctima de un delito. Las mesas estaban llenas de platos, pero estos estaban completamente vacíos. Los camareros iban de aquí para allá recogiendo todo. Había pasado tanto rato hablando con las Whirlpool que me había perdido la parte sólida del *catering*. Por suerte todavía quedaba algo de líquido.

—¿Dónde se había metido? —me preguntó alguien a la espalda—. Se ha perdido una cena excepcional: canapés variados, selección de ahumados, quesos de distintas procedencias, verduritas en tempura, magret de pato, jamón cocido, cordero asado, delicias de marisco...

—No siga, por favor.

—Y perdices escabechadas.

Miré a Josty-Frosty con un atisbo de rabia en los ojos, como si Visa Whirlpool me hubiera mordido previamente y me la hubiera contagiado.

—Pero no se preocupe —añadió mi interlocutor—, todavía falta el postre y puedo asegurarle que va a gustarle mucho.

—Eso espero —confesé—. Estoy muerto de hambre.

—¿No ha comido usted bien? ¿No le han gustado las mariconadas con las que nos ha obsequiado el cabronazo de Harrods? ¿Habría preferido algo menos delicado? ¿Es usted vegetariano, crudívoro, lacto-cerealiano o algo así?

Lord Whirlpool había escuchado mi comentario y se encontraba frente a mí, con los brazos en jarras y las piernas abiertas, componiendo la viva imagen de la osadía.

—No ha comida nada el muy gilipollas —respondió por mí el acusica Josty-Potsy—. En realidad ha desaparecido de esta mierda de fiesta durante un jodido rato.

Lo miré con ojos de reproche, sin comprender su inesperado cambio de registro lingüístico, y él negó imperceptiblemente con la cabeza, durante un solo segundo, como dando a entender que todo tenía una explicación.

—Mi esposa también ha desaparecido —dijo Lord Whirlpool, quién sabe si pensando en voz alta—, ¿no le parece curioso?

—Mucho, sí.

—Maldita sea —exclamó dándome una palmada en la espalda que estuvo a punto de partirme la espina dorsal en dos pedazos—, no me dé la razón como a los locos y ría mis chistes.

Jossy-Popsy rió a mandíbula batiente, como un loco.

—Por supuesto —dije cuando recuperé la voz—, era solo un chiste.

—Demonios, claro que lo era —repitió él—. No creería que iba a acusarle de estar tramando algo con mi esposa nada más llegar a esta casa, ¿lo haría usted?

Entonces fui yo quien reí, pero esta vez abandonando mi costumbre de hacerlo en silencio. Y sin realizar ningún tipo de gesto o pantomima, puede que obligado por las circunstancias pues aún me dolía la espina dorsal.

—Recuérdeme su nombre —me pidió Lord Whirlpool—, se lo ruego.

—Bull —recité yo—, Rhett Bull.

Al escucharlo frunció el ceño y se quedó momentáneamente pensativo. Quizá mi nombre le sonaba de algo.

—Bull —repitió señalándome con un dedo—, dígame una cosa. ¿Es usted capaz de mantener una erección en público?

Si hubiera tenido algo en la boca lo habría escupido violentamente.

—¿Cómo?

—Por todos los diablos, ¿es usted capaz de hacerlo o no? —insistió él—. No creo que le haya formulado una pregunta tan difícil.

—Solo hay dos posibles jodidas respuestas —apuntó Osty-Posty.

—No sé —dije yo—, supongo que sí, pero lo cierto es que no he probado nunca. ¿Por qué lo pregunta?

Lord Whirlpool le dio un manotazo al aire, como pidiéndome que me olvidara del asunto. O quizá trató de darle un bofetón a Osty-Crosty y lamentablemente falló.

—No me haga caso —dijo—, le ruego que me disculpe. Solo estaba pensando en voz alta. Si lo hubiera hecho en voz baja no se habría enterado de nada. Tenemos problemas en la planta de arriba de Kenwood Manor.

Y señaló el techo con uno de sus dedos índices.

—¿Ahí arriba? —repetí yo.

—No pretenderá hacerme creer que Candy no le ha contado nada sobre mí —

añadió él—, ¿verdad?

—¿Candy?

—Se refiere a Lady Whirlpool —me sopló Josty-Flosty en voz baja.

—Claro —dije.

—Puede que mañana nos falte personal —dijo Lord Whirlpool—. Quizá le necesitemos.

—Se lo agradezco mucho, pero...

—Le pagaríamos bien, ¿no es así Ots?

—Tres de los grandes —respondió el aludido—, de los jodidamente grandes, y un poco de poción mágica para rendir como es debido.

No supe qué responder. No tenía ni la más remota idea de lo que me estaban proponiendo.

—Piénselo —concluyó Lord Whirlpool— y suba mañana a la segunda planta de Kenwood Manor. Allí se sentirá tan fascinado como los grandes marineros de los siglos pasados.

Tampoco supe qué responder a eso.

—Lo digo porque descubriré un nuevo mundo lleno de tesoros y riquezas sin igual, maldita sea —tuvo que añadir él.

Por toda respuesta moví la cabeza hacia un lado y parpadeé dos veces. Lo mismo podía ser un sí que un no. O incluso la evidencia de que me había dado un ictus en alguna parte del cerebro.

—Y otra cosa, Ots —dijo Lord Whirlpool—, tenemos que estudiar los contratos de derechos de imagen. Los abogados lo han cambiado todo.

—Tranquilo —replicó Josty-Fisty tocándose la sien derecha—, esos picapleitos no son más que unos hijos de puta sin escrúpulos. Les daremos por el culo tan fuerte que desearán que su aparato digestivo no termine nunca.

Lord Whirlpool asintió confiado, como quien escucha la respuesta que esperaba. Se dio la vuelta y se unió a otro grupo de invitados. Yo oteé la sala poniéndome de puntillas, con el doble objetivo de buscar algo para comer y tratar de librarme del malhablado financiero de Lord Whirlpool. En ese momento alguien se dirigió a nosotros.

—¿Han visto a mis lactobacillus?

Era el profesor Bosch, escorándose claramente hacia la derecha por efecto de las múltiples burbujas que recorrían su sistema circulatorio.

—Hace mucho rato que no los veo —añadió—. Son tan traviosos. Siempre se están escondiendo.

Osty-Joffy me lanzó una mirada de disculpa y se batió en cobarde retirada, dejándome a solas con aquel científico chiflado.

—¿Busca usted a sus bacterias? —Me vi obligado a preguntar.

—Así es, ¿las ha visto? No han podido ir muy lejos dado que son bastante sedentarias. Como no tienen cilios, flagelos ni nada parecido apenas pueden moverse

y toda su actividad es anaeróbica.

Levanté una ceja en un claro gesto defensivo.

—Si usted fuera una bacteria tampoco se movería mucho —añadió—. Otra cosa es que fuera un virus y se instalara en un organismo pluricelular, claro, entonces sí podría ir de aquí para allá. —Se pasó una mano por la frente, como si de verdad estuviera preocupado por sus bichos—. ¿Dónde se habrán metido?

—¿Ha mirado en el frigorífico de los Whirlpool? —sugerí con doble intención.

—Buena idea —aplaudió él—. Iré a ver.

—Le acompañaré.

—¿Le interesan a usted los lactobacillus?

—En este momento me interesa cualquier cosa comestible.

El profesor asintió convencido, como si comprendiera la naturaleza de mi interés.

—¿Sabe usted dónde está la cocina de Kenwood Manor? —dijo.

—Ni idea.

—Entonces sígame.

Lo hice. Salimos de la sala de los cristales y tomamos una puerta a la izquierda, bajamos unas escaleras, atravesamos un elegante pasillo adornado con jarrones y entramos en la antesala de la cocina. Lo supe porque al fondo vi a varios sujetos vestidos de blanco y tocados con gorros de cocinero. A nuestra derecha había dos grandes puertas metálicas. El profesor abrió una de ellas y me empujó a su interior. Era una cámara frigorífica de varios metros cuadrados de superficie.

—Usted busque por ahí —dijo mientras él comenzaba a buscar por allá.

—De acuerdo —respondí con dos croquetas congeladas en la boca.

No tardé en encontrar varias bolsas de bombones de chocolate en uno de los estantes y me los fui guardando dentro de la camisa. Cogí tantos que pronto dejé de notarme el tórax y el abdomen. Un poco después dejé de sentir el bajo vientre. Entonces el profesor me dio otro empujón para que me escondiese dentro de una gran caja que había en el centro de la cámara. Alguien había abierto la puerta metálica y había entrado.

—Tú empujas y yo tiro, ¿de acuerdo? —dijo una voz.

—A la de tres —respondió otra.

La caja en la que nos habíamos metido comenzó a moverse. El profesor Bosch me miró con ojos asustados, adoptó una postura fetal y comenzó a acunarse en voz baja, repitiendo la vocal *a* en distintos tonos. Algo más gallardo que él, comencé a palpar a mi alrededor, a tientas, para averiguar dónde nos habíamos metido. Las manos se me llenaron de una nata deliciosa que comencé a devorar con una glotonería tan infantil, o más, que la conducta de mi compañero de aventuras. Nos estábamos desplazando en varias direcciones, no puedo concretar cuántas ni cuáles porque no es fácil orientarse con la cara llena de nata.

De pronto nos detuvimos, la caja se abrió por un lateral, alguien entró y se acurrucó a nuestro lado.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó una voz femenina.

Era una situación realmente delicada. Tanto que por un momento temí estar soñando.

—Estamos buscando los lactobacillus del profesor Bosch —respondí señalando al pobre diablo.

—¿Los qué?

—Pero aquí no están —añadí—. ¿Y usted?

La caja volvió a moverse.

—Soy la sorpresa de la tarta.

—¿De qué tarta?

Y entonces, accionada por algún resorte automático, lo que se abrió fue la caja entera para dejar al descubierto a Ballantines completamente desnuda, al profesor Bosch en posición fetal y a un servidor con los labios, el bigote y el mentón manchados de nata, y una panza enorme llena de bombones, lo que me proporcionaba un ligero parecido con Santa Claus. Ballantines también llevaba nata en el cuerpo, pero dispuesta en sus pechos y partes pudendas, como si vistiera una sugerente ropa interior comestible.

—¿Qué significa esto?

—¿Qué hacen ustedes ahí?

—¿Profesor Bosch?

Los invitados no tardaron en dividirse en dos grandes grupos: los que comenzaron a aplaudir porque habían bebido tanto que les daba igual ver cómo salían de la tarta Santa Claus, una mujer con bragas de nata y un chiflado acunándose que los tres cerditos vestidos de primera comunión, por decir algo irrisorio, y los que igualmente comenzaron a aplaudir, pero con gestos de incompreensión en el rostro, señal de que no habían bebido tanto o lo habían hecho bastante antes. Entre estos últimos se encontraba Lady Whirlpool, que me miró con el entrecejo escorado a la izquierda, como preguntándome qué demonios estaba sucediendo. Harrods se acercó con dos camareros y dio instrucciones de que se llevaran al profesor Bosch, que se resistía a abandonar su postura fetal y acallar sus cada vez más audibles cánticos de cuna.

No tenía más que una salida. Me concentré en mi papel y fui repartiendo bombones entre los invitados mientras articulaba la estentórea y conocida risa de Santa Claus, actuando con su característica campechanía, sin dejar de moverme por la sala hasta que no me quedaron más bombones. Inmediatamente después salí al pasillo y anduve un buen trecho dejando un eco de risotadas a mi espalda, algún silbido e incluso un par de sonoros insultos. No sé cómo lo hice, pero llegué a la terraza de Lady Whirlpool y pude limpiarme los restos de nata en el estanque de la rana, que me miraba insistentemente como si quisiera ser besada.

No me fue difícil regresar a la sala de los cristales. Tan solo tuve que seguir el rastro de nata que previamente había dejado en el suelo. Cuando llegué junto a los demás invitados, la tarta ya había sido repartida. Y consumida. No había rastro de Ballantines ni del profesor Bosch. Unos camareros recogían los platos mientras otros comenzaban a servir bebidas espirituosas. Me había quedado sin postre. Y Osty-Hosty venía hacia mí escorándose tanto hacia la izquierda que acabó charlando con otros invitados. Llegué a la conclusión de que no tenía nada más que hacer allí. Hambriento y decepcionado, me encaminé hacia las escaleras y subí a la primera planta de Kenwood Manor en busca de mi dormitorio, husmeando por los distintos rellanos y vestíbulos para ver si encontraba al General Motors frente a algún cadáver ensangrentado.

Una vez en el dormitorio me quité los zapatos y me dejé caer sobre la cama, no sé si cansado por todo lo que había vivido o simplemente debilitado por la desnutrición que padecía. De inmediato tuve que accionar el interruptor de la luz.

—¿Quién está ahí? —dije mirando al otro lado de la cama, donde me había topado con un cuerpo que parecía pertenecer a un ser vivo.

—Soy yo.

Era ella.

—¿Qué haces aquí?

—No tengo ganas de ir al hotel del pueblo a estas horas, no después de todo lo que he bebido. Y comido.

Suspiré de pura envidia. Era Ballantines.

—He vuelto a usar tu ducha para quitarme la nata que llevaba encima —prosiguió—, y me he tumbado en tu cama con la esperanza de que me dejes pasar la noche contigo. Lo sé todo sobre ti.

Jamás he escuchado unas palabras más peligrosas en toda mi vida, especial aunque no exclusivamente si las pronuncia una mujer que te mira fijamente a los ojos. Parpadeé varias veces e incluso articulé la vocal *a*, como el profesor Bosch, aunque sin intención de acunar a nadie. ¿Qué podía saber aquella muñeca? ¿Lo de Lady Whirlpool, lo del frasquito de cristal, lo de los lactobacillus o, peor aún, algo de mi vida anterior?

—¿Lo sabes? —repetí.

—Ajá.

—Nunca antes había hecho un puente a un automóvil para ponerlo en marcha —dije casi de carrerilla—, y además lo hice porque me daba vergüenza aparecer en una mansión tan elegante como esta a bordo de mi verdadero automóvil, que está muy viejo y no es descapotable.

Hice una pausa para poder respirar.

—Lo que yo sé es que eres gay —dijo ella.

—¿Eso es lo que sabes?

Ballantines asintió y se restregó los ojos de sueño, gesto que yo aproveché para carraspear en busca de cierta dignidad.

—Se nota a la legua —añadió—. Te he visto haciendo manitas con el administrador de Lord Whirlpool en la fiesta.

—Eso puedo explicarlo.

—Y hasta el propio Lord Whirlpool lo ha dicho.

—¿Sí?

—Sí, justo cuando has salido de la tarta conmigo y el señor que estaba tumbado en el suelo, ha dicho que eras un maricón.

Entonces asentí yo.

—Quizá lo haya dicho en sentido figurado —dije—, ¿no crees?

—Lord Whirlpool nunca habla en sentido figurado —rechazó ella muy convencida—. Y, además, no tienes por qué negarlo. Estoy aquí precisamente por eso.

¿Estaba ahí precisamente porque Lord Whirlpool nunca hablaba en sentido figurado?

—Puedes apostar a que si fueras heterosexual no estaría acostada en tu cama.

—¿Significa eso que tú también eres homosexual? —me animé a preguntar, contagiado por aquel perverso juego dialéctico.

—¡Cómo voy a ser homosexual! —protestó ella, mostrándome las palmas de sus manos—. ¿Es que no sabes quién soy?

No recordaba haber sido informado al respecto, así que no podía descartar la posibilidad de que fuera otra candidata a heredar Kenwood Manor.

—Tan solo hablaba en sentido figurado —dije.

—Alguna vez he tenido que prestarme a juegos lésbicos, no lo niego —comentó ella, creyéndome más al tanto de su biografía—, pero soy totalmente heterosexual.

—Entiendo —dije sin entenderlo del todo.

—Si tú fueras heterosexual, no podría dormir contigo sin ocasionarte una larga y dolorosa erección —añadió señalando mi entrepierna—. Pero siendo homosexual no hay problema.

—Ningún problema —corroboré haciendo un grácil trompo sobre mí mismo para ocultar la erección a la que se refería.

Ella sonrió al verme hacer ese gesto tan amanerado, satisfecha de poder pasar la noche con alguien que le diera calor y compañía, sin que eso supusiera demasiado calor ni demasiada compañía. Yo también sonreí. En realidad me daba igual que me considerase homosexual si gracias a eso me permitía pasar la noche junto a su escultural anatomía.

—¿Tienes novio? —me preguntó de pronto.

—¿Quién? ¿Yo? —Me fallaron los reflejos.

No es fácil asumir que uno es homosexual en tan poco tiempo.

—No, no, qué va —reaccioné enseguida, dando uno de esos manotazos al aire, como si su suposición me pareciera ridícula—. Soy un espíritu libre.

—Igual que yo —confesó Ballantines—. Ven, tumbate aquí y cuéntame más cosas sobre ti, como si fuéramos dos amigas que no se ven desde hace mucho tiempo.

Y abrió las sábanas de la cama, dejando al descubierto el sitio que me reservaba junto a unos muslos dorados, una cadera sinuosa y unos pechos altivos que me hicieron trastabillar y caer de bruces sobre el colchón, circunstancia que me permitió mantener oculto el volumen de mi verdadera hombría.

—¿Qué quieres saber? —pregunté posando mi mentón sobre las palmas de mis manos, como una colegiala traviesa.

Solo me faltaban la faldita de cuadros y los calcetines largos.

—Qué haces aquí, por ejemplo. Nunca te había visto antes y, que yo sepa, al Enmascarado no le van los gays.

Me eché a reír con coquetería, como quien oculta un secreto de juventud. Lo cierto es que me estaba metiendo tanto en mi papel que hasta la hombría se me había encogido, sirva esta ordinaria expresión para describir mi estado de ánimo.

—He venido hasta aquí guiado por el amor —dije ya completamente fuera de mí. Ballantines abrió mucho los ojos y aplaudió con entusiasmo.

—¿No me digas?

Asentí y hasta me puse colorada, quiero decir, colorado.

—¿Y quién es él?

—No puedo decírtelo.

Ella se sentó en la cama y me hizo un hueco en su regazo para que dispusiera mi cabeza.

—¿Somos o no somos amigas? —preguntó haciéndose la enfadada mientras comenzaba a acariciarme el cuero cabelludo con sus afiladas uñas rojas.

Cerré los ojos y me abandoné a aquel delicioso pasatiempo.

—Se trata de Sony —dije después de evaluar desde un punto de vista homosexual a todos los jóvenes que me habían presentado en la fiesta.

—¿Sony Whirlpool? —repitió ella dejando de acariciarme.

No consideré necesario añadir que no había otro Sony en la casa.

—No me sorprende —comentó volviendo a masajearme—. Es muy guapo, pero también muy huraño. No sé qué has podido ver en él.

—Eso mismo, cariño —contesté otra vez metido en el papel—. Solo los hombres guapos y huraños merecen la pena. Los feos suelen ser divertidos y asequibles. Nada me pone más cachondo que un tío bueno difícil.

—Pues estás de suerte —rió divertida—, porque Sony Whirlpool es difícilísimo, además de heterosexual, claro.

—¿Cómo lo sabes? —dije abriendo los ojos e incorporándome un poco para dejar constancia de mi mosqueo, gesto que dispuso mis labios a escasos centímetros de uno de sus pezones, no puedo recordar cuál, dada su estimulante y a la vez desconcertante

simetría.

—Conozco a varias chicas que le han tirado los tejos sin ningún éxito —respondió Ballantines—, incluso puede que yo misma lo haya hecho también un par de veces.

—¿Y?

—Y nada.

—¿Entonces cómo sabes que es heterosexual?

—Porque está enamorado de una mujer.

Me llevé una mano a la frente y suspiré violentamente. Puede que fuera una sobreactuación algo vulgar, pero sirvió para que Ballantines dejara de acariciarme el cuero cabelludo y comenzara a pasar sus uñas por mi pecho.

—¿De quién?

—De la hija de Lord Westinghouse —dijo Ballantines.

Y luego guardó unos segundos de silencio que empleó en encender un cigarrillo y compartirlo conmigo.

—¿Recuerdas al tipo que ha entrado en la sala de los cristales durante el discurso de Lord Whirlpool?

—Sí.

—Pues su hija.

—¿Y qué sucede? —indagué—. ¿Es un amor prohibido o algo así?

—Algo así —confirmó ella espirando el humo del cigarrillo—. Las dos familias están enemistadas por un conflicto territorial desde hace muchos años. Los Whirlpool nunca permitirán que un hijo suyo se case con una Westinghouse. Y viceversa.

Terminamos el cigarrillo y nos miramos a la cara. Tenía tanto apetito que me habría gustado empezar a comerle los labios y terminar por sus talones, degustando por el camino todos los órganos que se escondían dentro de aquel cuerpazo. No solo me había metido momentáneamente en mi papel de gay sino que además me sentía muy cerca del canibalismo. Debí de desprender una extraña combinación de feromonas y jugos salivares porque Ballantines me tomó por el cuello, elevó mi rostro hacia ella y me besó en los labios.

—Lo siento —dijo cuando hubo terminado—. No he debido hacer una cosa así. Supongo que los besos de las mujeres te dan asco.

Esta vez sí tuve dificultades para proseguir con mi actuación, en parte porque el pene se soltó de mis muslos y se quedó mirando al techo, convirtiendo mis calzoncillos en una pirámide de base circular sobre mi bajo vientre. Y también porque comencé a marearme, cerré los ojos y acabé perdiendo la noción de la realidad. No puedo saber si me dormí vencido por el cansancio o me desmayé debido a la inanición. O a la emoción que sentí cuando Ballantines me besó. Solo sé que me desconecté del mundo durante unas cuantas horas con una sonrisa de gratitud en la boca.

Cuando me desperté, Ballantines ya se había marchado, una vez duchada y vestida. Lo supe porque la bañera estaba mojada y su ropa había desaparecido. Pensar otra cosa, como por ejemplo que había lavado su ropa en la bañera y se había ido desnuda, habría sido ridículo. Estuve casi un minuto orinando todo el ponche de Harrods, esta vez sin burbujas, mientras escuchaba los tremendos rugidos que profería mi sistema digestivo. Parecía un fiero y hambriento animal que necesitara comer con urgencia. Abrí el armario y me vestí lo más informalmente posible, aunque debo admitir que habría resultado mucho más informal salir de la habitación en calzoncillos. Accedí a la escalera y dejé que mi olfato fuera guiándome por los distintos pasillos de Kenwood Manor hasta que llegué a un pequeño comedor del que salía un delicioso e inconfundible aroma a huevos revueltos, beicon y salchichas. Supuse que era el desayuno. Pensar otra cosa habría sido ridículo.

—Buenos días.

Saludé escueta y fugazmente porque había otros seres vivos en la sala, pero ni me fijé en sus identidades ni tuve otra intención que tomar un plato, llenarlo de alimentos y sentarme a un extremo de la larga mesa que había en el centro para devorarlo sin interrupciones. Era algo que había visto hacer muchas veces a los animales salvajes del parque zoológico. Al fin y al cabo un costillar de carne cruda no es tan distinto de un plato de huevos revueltos cuando uno se siente verdaderamente hambriento.

—Buenos días, Bull —me saludó una voz conocida, adornada por una desconocida jovialidad.

Levanté la vista del plato un solo segundo. Y eso después de agarrarlo con las dos manos y bajar la cabeza para que ningún otro ser vivo pudiera acceder a él. Era el profesor Bosch, que parecía completamente repuesto de su episodio de catalepsia fetal, si es que puede llamarse así lo que le había sucedido. Leía el periódico mientras bebía algo de un vaso.

—Los he encontrado —añadió señalando el vaso—. Estaban aquí dentro, en el yogur líquido que estoy bebiendo.

Puse una cara a medio camino entre la sorpresa y la incompreensión, pero lejos de la curiosidad. Fue un simple truco para acallar la incontinencia verbal que notaba en mi interior, insultos incluidos.

—Los lactobacillus —me recordó él—. Se encuentran la mar de a gusto en el medio ácido del yogur. Y juntos forman un alimento lleno de propiedades para el sistema digestivo.

—¿Usted cree? —comenté yo mirando mis huevos revueltos.

—Es un alimento del futuro —explicó él—, funcional y nutritivo. Las generaciones venideras se hartarán de tomarlo, ya lo verá.

Alcé el pulgar de la mano derecha a modo de asentimiento. No quería arriesgarme a abrir la boca. Y conste que el profesor parecía mucho menos chiflado cuando estaba

sobrio.

—Sin embargo —añadió—, hay dos o tres millones de lactobacillus que todavía no he encontrado. Ya aparecerán. Son tremendamente juguetones. Seguro que habrán ido a una fiesta de disfraces. Les encanta disfrazarse, claro que no sé de qué podrían disfrazarse dos o tres millones de bacterias. ¿Lo sabe usted?

Negué muy convencido.

—Quizá de salmonelas o legionelas —siguió él—. O puede que de bacilo de Koch.

Resoplé de pura incomodidad. Soy capaz de mostrarme benevolente con un hombre borracho, pero no con uno sobrio. Y serio, como aquel profesor.

—Buenos días, Rhett.

Visa Whirlpool entró en la sala con la frescura de una ráfaga de viento. Llevaba pantalones ajustados, botas altas, chaleco acolchado y un casquet en la mano. No estoy seguro de si iba disfrazada de salmonela o de bacilo de Koch. Se sirvió un café y se sentó a mi lado.

—¿Monta usted?

—¿Perdón?

—A caballo —me aclaró—. Hemos recibido un potro nuevo y vamos a probarlo. Se llama *Grundig*, es hijo de una yegua alemana muy famosa.

—Lo siento —me disculpé mientras masticaba—, he quedado con su padre.

—Su padre es *Miele*, un semental bávaro.

Carraspeé una sola vez.

—Bueno, yo he quedado con su padre de usted —dije esbozando una sonrisa—, el Enmascarado.

Los pómulos de Visa enrojecieron y sus párpados aletearon como si quisieran echarse a volar, tal era la longitud de sus pestañas y la poesía que inspiraban. Por suerte para sus globos oculares no lo hicieron.

—Eso ha tenido gracia —comentó el profesor Bosch sin siquiera molestarse en mirarnos.

—¿Está libre esta tarde? —insistió Visa apurando su café.

Torcí la cabeza en ese ambiguo gesto que no parece significar ni sí ni no y significa que depende de lo que vayan a proponerte.

—Pase a buscarme por las cuadras —añadió ella, puesta en pie y dispuesta a marcharse—. ¿Ha traído botas de montar?

—No, lo siento —respondí como un autómatas—. Me las dejé junto al florete que uso para practicar esgrima.

Ella ignoró mi chanza.

—Harrods le proporcionará unas —resolvió ella—. Pídaselas y daremos un paseo.

Me lanzó una mirada de despedida y tocó el hombro del profesor con idéntica intención. Salió del comedor con la misma frescura con la que había entrado, lo cual

no dice mucho en favor del café que se había tomado. Yo me levanté en busca de más comida, pero una voz me lo impidió.

—Lord Whirlpool le espera en la segunda planta.

Era una voz que me resultaba cada vez más familiar.

—Gracias, Harrods —contesté sin volverme—. Iré en cuanto haya terminado de desayunar.

Le oí revolverse inquieto y comprendí que mi desayuno había terminado.

—Milord ha insistido en que suba de inmediato —prosiguió Harrods, arrebatándome mi plato y mis cubiertos—. De lo contrario cerrará las puertas de la segunda planta y nadie podrá entrar ni salir de allí en un buen rato.

—¿Ni siquiera los lactobacillus del profesor? —respondí visiblemente molesto por tener que irme de aquel acogedor comedor lleno de huevos, beicon y salchichas.

—Las normas de Lord Whirlpool conciernen exclusivamente a los seres pluricelulares —respondió él.

Qué chistoso.

—Sígame.

Pasé junto al profesor y le toqué el hombro en señal de despedida. No sé si quise dejarle mi adiós o tomar el que le había dejado la encantadora Visa Whirlpool, como si en un solo gesto cupiese toda la frescura de la juventud. Harrods me condujo por escaleras y pasillos a su ritmo acostumbrado. Estuve a punto de pedirle las botas de montar y subirme sobre él. Para ganar tiempo.

—Bull —me saludó Jolly-Pooffy ya en el segundo piso—, pase y siéntese. Guarde silencio y mantenga la calma.

Me senté en un sofá de piel que había junto a una mesita, frente a una cama de matrimonio iluminada con un potente foco. Jossy-Pufflein se sentó a mi lado.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté.

—¿Le gusta el sexo? —respondió elevando una ceja.

Negué con la cabeza muy disgustado. No sabía lo que iba a suceder, pero era evidente que mi fama de homosexual me había precedido.

—Creo que ha habido un malentendido —dije.

—No se preocupe —respondió él dándome una cariñosa palmada en una de mis rodillas—. Le parecerá la cosa más romántica del mundo.

Resoplé y me puse en guardia. Si aquel tipo volvía a acercarse a mí iba a asestarle un rodillazo tan fuerte que ni él mismo sería capaz de pronunciar su nombre. Al fondo del dormitorio se abrió una puerta por la que apareció una preciosa morena. Fue directamente a la cama, se quitó la bata y se tumbó sobre ella, sobre la cama, desnuda, como si posara para un retrato. Entonces advertí que había más gente al otro lado de la habitación, varias personas a las que no pude identificar. Quizá eran pintores con sus óleos y sus pinceles o simples mirones como nosotros. Daba igual. La cuestión es que no estábamos solos y, dadas las circunstancias, eso me tranquilizó.

La morena comenzó a moverse de manera sensual sobre la cama más o menos

igual que un reptil. Lo hacía muy concentrada, inmersa en el papel, como una imitadora profesional. Incluso sacaba la lengua y la movía vertiginosamente como hacen las serpientes. Luego tomó un pequeño consolador con forma de pera a medio madurar y comenzó a acariciarse sus partes íntimas. Fue un gesto muy sensual y estimulante pero muy alejado también del universo de los animales de sangre fría que trataba de imitar, reprobación que estuve a punto de compartir con Jommy-Puffy.

—Preste atención ahora —dijo él en voz baja, propinándome un contundente codazo.

Mis párpados se quedaron congelados mientras mi mandíbula se abatía bajo mi cráneo por culpa de la gravedad terrestre y otros puntos de mi anatomía sufrían un pinchazo, escalofrío o estrangulamiento, comoquiera que un hombre apareció por la misma puerta que la morena, se subió a la cama y se acopló a ella con toda naturalidad y sin ningún juego previo, adoptando varias posturas y ejecutando los movimientos a distintas frecuencias, como quien cree dominar todos los resortes de un mecanismo y no quiere perder el tiempo en descubrir nuevas posibilidades de funcionamiento.

—Qué perfección anatómica y qué eficiencia energética —dijo Puffy-Folly cuando terminaron.

Y se levantó del sofá para rodear discretamente la cama y guiarme hasta la puerta por la que había salido aquella eficiente pareja.

—Venga conmigo —dijo volviéndose hacia mí—. Aquí es donde se cambian de ropa.

—¿Quiénes?

No pudo responderme porque Lord Whirlpool se acercó a saludarnos. Solo iba vestido con un cinturón y una capa de superhéroe. Nada más. Resultaba tan ridículo que tuve que hacer un esfuerzo para sostenerle la mirada sin reírme en sus narices.

—Ah, Bull, qué alegría verlo —me dijo—. ¿Le ha gustado la actuación de Carling y el gran Dyc?

—Una buena combinación, sí.

—Son unos verdaderos artistas —remató él.

Y me pidió que me apartase un momento para que los aludidos pudieran pasar camino de los baños. Es probable que fueran a darse una ducha, aunque no supe muy bien si juntos, como dos tortolitos enamorados, o cada uno por su lado. Lord Whirlpool me tomó del brazo con intención de presentarme al resto de los presentes, todos en paños menores. Entre ellos estaba mi adorada Ballantines.

—Ya se conocen ustedes, ¿no es así?

Levanté la barbilla como quien saluda a una vieja conocida. Ballantines me miró sorprendida.

—¿Qué hace él aquí? —le preguntó a Lord Whirlpool.

Eso mismo pensaba preguntarle yo a ella.

—Ha venido por si Rob Roy no se encuentra en condiciones de actuar. Tiene un

virus.

—¿Rob?

Lord Whirlpool la miró sin comprender su estupor.

—¿Has llamado a Rhett para que sustituya a Rob? —preguntó Ballantines, convirtiendo su estupor en un juego de palabras.

Lord Whirlpool asintió elevando los hombros y, entonces sí, recibió en la cara la carcajada que yo había logrado contener.

—No sé de qué te ríes, querida —protestó mi anfitrión—. Lo más probable es que tenga que follar contigo.

Y me miró en busca de un gesto de apoyo, o algo parecido, lo que me permitió lanzarle otra carcajada a la cara, aunque nada tuvo que ver con la risa sino con la fuerte impresión que me causaron los planes que tenía reservados para mí. Lord Whirlpool se limpió la cara con su capa y se marchó de nuestro lado negando con la cabeza, como quien está harto de tratar con enfermos mentales. Fue un gesto que comprendí muy bien.

Ballantines me empujó entonces hacia una esquina del camerino.

—¿Qué haces aquí? —me dijo en voz baja.

—He estado viendo la actuación de Carling sentado en un sofá.

—¿No se lo has dicho?

—No creo que le importe. Había más gente mirando.

—No me refiero a Carling, me refiero a Lord Whirlpool —insistió ella—. No se lo has dicho.

—¿El qué?

—Que eres gay —insistió apretando mi brazo.

—Ah, eso. No lo he considerado necesario.

—¿Por qué no?

—No sé —respondí improvisando—, quizá porque no me gusta hablar en público de mi condición sexual. Siempre he sido muy pudoroso en cuestiones íntimas. No puedo evitarlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Puedo ir a un psicólogo.

—Me refiero a que, si Rob Roy sigue indispuerto, tendrás que hacerme el amor.

Cerré los ojos un momento mientras disimulaba una inoportuna sonrisa de complacencia.

—Haré un esfuerzo —dije.

—No podrás —sentenció ella—. Créeme. He tratado de hacer el amor con gays muchas veces y nunca lo he conseguido.

—¿No?

—No hay forma de conseguir una erección lo suficientemente duradera para completar la penetración. Por mucho interés y empeño que yo le ponga no hay nada que hacer, ¿qué te pasa?

De pronto me temblaron las piernas y me sentí débil, mucho, no sé cómo explicarlo, como aquejado de poco vigor o de poca fuerza o resistencia. Tuve que sentarme y aceptar el vaso de agua que me ofreció Ballantines.

—¿Lo ves? —dijo ella confundiendo mi estado—. Solo de pensarlo te pones enfermo. Es imposible. Tendrás que decírselo a Lord Whirlpool.

—Tres minutos.

Un tipo había abierto la puerta que daba al dormitorio, dicho estas palabras y desaparecido. Ballantines me dejó con mi vaso de agua y salió de allí con otra chica y dos tíos, uno de los cuales era Lord Whirlpool ataviado con su disfraz de superhéroe, al que había añadido un gran antifaz que le cubría la frente, los ojos y parte de la nariz. Parecía que iba a una fiesta de carnaval pero, a juzgar por la escasez de su vestimenta, de una zona tropical del planeta.

—Aquí está usted.

Osty-Toffy vino a rescatarme de aquel trance y me condujo de nuevo al sofá de piel, desde donde acerté a contemplar cómo el Enmascarado se disponía a cubrir sexualmente a la bellísima Ballantines, mientras el otro tío se lo hacía con la otra chica. Me encontraba tan excitado que estuve a punto de volverme hacia mi compañero de sofá para cogerle la mano.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó este.

—No es nada. Hace un poco de calor.

—Es natural —comentó asintiendo—. Entre la calefacción, los focos, las tetas de Ballantines y el chochito de Baileys aquí no se puede estar de calor.

Me vi obligado a sonreír cortésmente aunque perfectamente podría haberme echado a llorar. Me encontraba tan incómodo como si cientos de hormigas me recorriesen el cuerpo, se metieran por todos y cada uno de mis orificios y esfínteres y se dispusieran a colonizar mi organismo convirtiéndolo en un gigantesco hormiguero.

El Enmascarado estaba muy bien dotado, más de lo que yo habría augurado para un hombre de su edad. Ballantines lo estimuló sin tener que hacer ningún esfuerzo. Luego él la estimuló a ella y finalmente compusieron la imagen tradicional de un coito. Un casquete, para los menos letrados.

—Es una escena muy hermosa —dijo Froky-Friky.

Supongo que se refería a que la otra pareja también se había acoplado anatómicamente y los cuatro formaban una especie de ballet sincronizado como los que actúan en los cabarets. Quizá al numerito le faltaba una cantante interpretando un tema de Cole Porter. Yo seguía con el cuerpo cubierto de hormigas. Algunas me mordían, otras se desplazaban por mi interior y otras trataban de abrir nuevos accesos de entrada al hormiguero.

—Mire, ahora por el culete —dijo Folly-Folly.

Y lanzó una risotada que él mismo enmudeció con sus propias manos, como si en lugar de un adulto imbécil fuera un chiquillo igualmente imbécil contemplando una escena morbosa en compañía de un amigo. Tuve que apartar la mirada de la escena

para tratar de controlar el hormiguero en que me había convertido. Solo me faltaba una hormiga reina poniendo centenares de huevos por todas partes.

Fucky-Fucky me observó atentamente pero esta vez sin atisbo de preocupación, tan solo divirtiéndose al comprobar mi actitud mojigata y pueril, como si en efecto aquel espectáculo de sexo en directo me estuviera escandalizando. Lo que Fucky-Chochy no sabía era que en ese preciso momento me habría peleado a muerte con el Enmascarado para apartarlo del cuerpo de Ballantines, por cuyos orificios me habría gustado entrar disfrazado de hormiga reina, bacilo de Koch o intrépido superhéroe vestido con antifaz y capa.

—Y ahora fíjese, fíjese —volvió a reclamar mi atención el chiquillo imbécil—, llega la apoteosis final.

Me fijé, me fijé y, en efecto, los machos parecían a punto de culminar la escena, quién sabe si también al unísono.

—Es como la traca final de unos fuegos artificiales —añadió Jerky-Choffy, abriendo las manos para expresar su entusiasmo—, el no va más de la ruleta francesa, la bandera de cuadros de una carrera automovilística, la batalla definitiva entre dos pueblos enfrentados, el punto final de una buena escena sexual.

Reaccioné a su discurso golpeándome sonoramente las rodillas, quizá para evitar darle un certero sopapo en la nariz. Me era imposible permanecer por más tiempo a su lado. Por suerte, la escena terminó enseguida y el mismo tipo que antes había dicho lo de los tres minutos anunció un descanso de una hora. El Enmascarado y el otro macho se retiraron por la puerta de atrás. Las hembras se demoraron un poco más mientras se limpiaban los restos de la apoteosis final.

—Discúlpeme —dije para evitar decir algo más oportuno, pero menos educado como «que le follen».

Y me levanté del sofá, consciente de la magnífica oportunidad que se me presentaba para conseguir una muestra de flujos de Lord Whirlpool. Al fin y al cabo, y pese al hormiguero que llevaba dentro y pugnaba por abrirse paso a través de mi uretra, no debía olvidar que tenía una misión que cumplir.

Me acerqué a Ballantines sonriendo y aplaudiendo.

—Has estado estupenda —le dije—, una interpretación muy lasciva. Permíteme.

Y con toda naturalidad tomé el pañuelo con que se estaba limpiando los restos orgánicos del Enmascarado y lo metí en el frasquito que me había dado Lady Whirlpool. Ballantines me miró con cejas de extrañeza, como quien asiste al ritual de un fetichista, pero no dijo nada. Simplemente volvió los ojos hacia Baileys, quién sabe si invitándome a recoger también una muestra del otro macho. Guardé el frasco en el bolsillo de mi chaqueta y me limpié las manos en las sábanas de la cama. Luego acompañé a las chicas a la estancia de atrás, donde tomaron sendas duchas.

Lord Whirlpool apareció también recién duchado, máscara excluida, junto a un apuesto joven.

—Este es Rob Roy —dijo haciendo las presentaciones—. Rob, Rhett, Rhett, Rob.

Su boca sonaba como un motor viejo que se niega a arrancar.

—No voy a necesitar sus servicios esta vez, Bull —prosiguió señalando a Rob Roy—. Este grandísimo hijo de puta se ha repuesto de sus virus y podrá satisfacer sin problemas a la maravillosa Ballantines.

—¿Seguro? —respondí yo, mirando a aquel grandísimo hijo de puta.

—Sí, sí, tranquilo —dijo este—. No es necesario que se moleste.

—No es ninguna molestia.

Lord Whirlpool pronunció una sonora carcajada que remató con dos igualmente sonoras palmadas en mi espalda.

—Cómo va a ser una molestia hacerle el amor a una beldad como Ballantines —dijo mientras me arreaba—. Me gusta usted, Bull, es un auténtico cachondo. Seguro que folla como un animal salvaje. Le avisaré cuando tengamos alguna baja. Y ahora, si nos disculpa, tenemos que preparar la siguiente escena. Es una doble penetración protagonizada por Rob, Ballantines y yo mismo.

—No faltaba más —dije.

Lord Whirlpool cogió a Rob Roy por los hombros y se alejó un par de pasos de mí. Supuse que tenía que hacerle una pregunta importante.

—¿Qué prefieres, Rob: culete o chochito? —le dijo.

—La última vez me tocó culete —respondió el aludido—, así que supongo que ahora me toca chochito, ¿no?

Tragué saliva y me escoré hacia la derecha.

—¿Qué le pasa, Bull?

—Este hombre no se encuentra bien —informó Culy-Chochy, apareciendo detrás de mí—. Hace un rato le ha pasado lo mismo. Sufre una crisis aguda de palidez, como si fuera a desmayarse.

—Que lo vea el profesor Bosch —propuso Lord Whirlpool.

—No, no —intervine yo, recuperando el ángulo recto con el suelo—, ya estoy mejor. No se preocupen por mí.

Lo dije porque en aquellas circunstancias consideré más apropiado que cada uno se preocupara de sí mismo.

Abandoné la segunda planta de Kenwood Manor e hice llamar a Harrods. Le di el frasquito con órdenes expresas de que lo entregara inmediatamente a Lady Whirlpool sin hacer preguntas ni comentarlo con nadie. No se extrañó lo más mínimo, quizá porque estaba al corriente del plan de la vieja. O porque todas las consignas que recibe un mayordomo de una mansión de época son así de reservadas. Simplemente asintió con un gesto mil veces ejecutado y me invitó a pasar al comedor donde se iba a servir el almuerzo.

Era la misma estancia del desayuno. La mesa estaba dispuesta para no menos de doce personas. Ni tampoco más. Traté de adivinar los platos que contendría el menú e incluso me pregunté con qué comensales compartiría aquel almuerzo. No acerté ni uno, de los platos quiero decir. Los comensales fueron el profesor Bosch, Sam Sonite, Visa, Tomtom, Sony, Focky-Focky, tres tipos a los que había saludado la noche anterior y cuyo nombre había olvidado (y eso en el supuesto de que alguna vez lo hubiera sabido), Lady Whirlpool y yo. Había un asiento vacío a mi derecha, siempre y cuando no estuviera ocupado por los dos o tres millones de lactobacillus del profesor.

—¿Ha recibido mi envío, Lady Whirlpool? —dije aprovechando que mi anfitriona se había sentado a mi izquierda.

Ella me miró muy seria, con las cejas fugazmente pronunciadas, como quien manda un sutil recado de silencio. Algo así como un «cierra la boca, capullo», pero en fino.

—Esta noche en la biblioteca —susurró mientras dos camareros comenzaban a servir el vino—, y asegúrese de que mi hija no lo sigue esta vez.

—Descuide —dije.

Y me bebí la copa de vino de un trago.

—¿Qué planes tenéis para esta tarde, hijos míos? —preguntó Lady Whirlpool, mirando hacia quien cabría esperarse.

—Hemos quedado con Rhett para montar a *Grundig* —contestó Visa. Y luego, dirigiéndose a mí con su copa en la mano, añadió—: ¿Estás preparado?

Fue la primera vez que me tuteó.

—Sí —respondí con un inicial aunque poco sólido aplomo—. No sé, quizá no.

—¿No has ido a pedirle las botas de montar a Harrods? —me recordó ella.

—¿Tendrá un par de mi número?

—Harrods tiene de todo —rió Visa—. Podría incluso decirse que lo que no tiene Harrods no existe.

Hubo un coro de risas alrededor de ese comentario.

—Has creado un excelente eslogan publicitario, Visa, ¿no lo has hecho? —dijo Sam Sonite aplaudiendo—. Deberías dedicarte a la publicidad. Sabes captar la esencia de las cosas usando las palabras.

—En ese caso —intervine—, a lo que debería dedicarse es a la poesía.

Tomtom se acodó muy despacio sobre la mesa.

—¿Le interesa a usted la poesía, Bull? —me preguntó.

—Está bien cuando te apetece leer algo sugerente pero no dispones de mucho tiempo —dije.

—Excelente respuesta.

Y el coro de risas estalló esta vez en mi honor.

—¿Dónde está el abuelo? —preguntó Visa.

La silla que tenía a mi derecha estaba reservada para él. El anciano apareció caminando con sus prisas habituales, aunque sin dar voces y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Se sentó a mi lado y me saludó.

—Yo no he sido —dijo escuetamente.

Le miré las manos con un inevitable gesto de asco y me escoré hacia Lady Whirlpool. Cualquier centímetro que me separase de aquel sucio anciano valía su peso en oro, en el remoto supuesto de que las medidas de longitud pudieran pesarse.

—¿Te has lavado las manos, papá? —le preguntó Lady Whirlpool.

El anciano mostró sus palmas, y a punto estuvo de rozarme con ellas. Suerte que reaccioné a tiempo y me eché literalmente en brazos de mi anfitriona.

—Le ruego que me disculpe, Lady Whirlpool —tuve que improvisar—. He sufrido un ligero mareo.

—¿Está usted enfermo?

Estudiaba una respuesta adecuada cuando Chorry-Focky respondió por mí.

—Me temo que al señor Bull aún le dura la fuerte impresión que ha sufrido al ver en acción al Enmascarado —dijo.

—En ese caso, no me extraña que sufra mareos —comentó Lady Whirlpool bebiendo un poco de vino mientras señalaba con las cejas hacia el techo—. A veces me siento como si viviera debajo del mismo infierno, si entiende lo que quiero decir.

—Yo no he sido —volvió a decir su padre.

—El señor Bull le entiende perfectamente —insistió Bocky-Bocky—. Esta mañana ha visto una estimulación femenina, dos parejas fornicando y una soberbia eyacula...

No pudo terminar de hablar porque la mesa entera prorrumpió en un sostenido y unánime lamento.

—Repórtese usted, Ots —le riñó Tomtom—. Estamos a punto de comer.

—Tan solo trataba de explicar el estado de ánimo del señor Bull —protestó Bocky-Locky.

Tomtom miró al contable de su padre con ojos inclementes, como si tuviera superpoderes y pudiera fulminarlo con la mirada, por bocazas.

—En realidad —dije para calmar la situación—, lo único que me pasa es que tengo mucho apetito. Anoche apenas pude probar bocado y esta mañana Harrods no me ha dejado terminar el desayuno.

—Excelente excusa.

Un mastín blanco cruzó entonces el salón en busca de alguien. Se tropezó con una de las patas de la mesa y con las piernas de Visa Whirlpool, dio dos vueltas sobre sí mismo y acabó tumbándose a la derecha del General Motors.

—Le presento a *Hendricks* —dijo Lady Whirlpool—. Es el perro de mi padre.

—Mucho gusto —respondí.

—Está completamente ciego —siguió explicándome—, por eso se ha tropezado contra la mesa, pero conserva intacto su olfato y es capaz de encontrar a mi padre en cualquier parte de la casa. ¿No le parece asombroso?

—Lo asombroso sería que no lo hiciera —repliqué tocándome la nariz.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó ella muy ofendida. Y dejando claro que no estaba predispuesta a la risa esta vez.

—Que es normal que se tropiece contra la mesa si es ciego —aclaré.

—Por supuesto.

La fortuna me sonrió y los camareros trajeron por fin la comida. Se trataba de platos muy grandes sobre los que apenas había una muestra de algo comestible junto a unos dibujos hechos con distintos condimentos y salsas. Qué derroche de vajilla. Y de artes plásticas. Tantos platos, cubiertos y salsas de colores para terminar la comida casi con el mismo apetito que tenía al principio. Nunca hasta entonces había tenido sentimientos hacia el personal de servicio de las mansiones de época, pero aquella tarde sentí lástima por el pobre diablo que tuviera que ocuparse de lavar aquel inútil juego de vajilla.

Sony Whirlpool fue el primero en levantarse de la mesa y abandonar el salón, sin haber abandonado en ningún momento su mutismo.

—Le ruego que disculpe a mi hijo Sony, señor Bull —dijo Lady Whirlpool—. Me temo que no es muy simpático con las visitas.

—No se preocupe —respondí para tranquilizarla—, ya sabemos cómo son los adolescentes de hoy en día.

—¿Adolescentes? —repitió ella—. ¿Por qué dice eso? Sony tiene treinta y un años.

Carraspeé un par de veces para disimular. Quizá lo había considerado algo más joven de lo que era.

—No lo decía por él —afirmé airosamente—. Solo estaba pensando en voz alta. ¿Sabemos o no sabemos cómo son los adolescentes de hoy en día?

—Es un excelente tema de conversación, señor Bull —dijo el prometido de Visa Whirlpool levantándose de la mesa—, pero me temo que tendremos que dejarlo para otra ocasión.

Visa y Tomtom se levantaron también.

—Antes de marcharos quiero informaros de algo importante —anunció Lady Whirlpool—. Mañana espero una visita muy especial. Se trata de los Thomson.

Sus hijos asintieron.

—Lady Thomson es la encargada de seleccionar la casa en la que se dará la fiesta de bienvenida al nuevo vicario —prosiguió Lady Whirlpool—. Así que os ruego un poco de colaboración para causarle una buena impresión. ¿De acuerdo?

—Muy bien —respondió Visa—, pero no te hagas muchas ilusiones.

—¿Por qué no?

Visa suspiró en silencio y elevó un segundo sus hombros, como quien no quiere profundizar en lo que acaba de insinuar. Supongo que estaba pensando, como yo, en las andanzas del Enmascarado y sus chicas, en los cadáveres ensangrentados que iba encontrando su abuelo, las intempestivas visitas de Lord Westinghouse y los efectos secundarios del ponche de Harrods. Era evidente que no creía en las posibilidades de Kenwood Manor como candidata para organizar esa fiesta de bienvenida. Quién sabe qué pasaría cuando a su debido tiempo el nuevo vicario se marchara del condado hacia otro destino. Entonces sí, Kenwood Manor podría ser una excelente opción para celebrar su fiesta de despedida.

—Nos vemos luego, Rhett —dijo condensando todo lo anterior en una última mirada.

Se acercó a su madre, le dio un beso en la mejilla y se marchó. El General Motors aprovechó el momento para darle a *Hendricks* una croqueta que había quedado en su plato. Me pareció un gesto generoso y simpático, mucho más furtivo que un beso.

—No irá a decirme que ahora no ha sido usted, ¿verdad? —dije guiñándole un ojo para hacerle saber que contaba con mi discreción.

Pero el viejo se puso nervioso, se levantó precipitadamente y salió del comedor gritando su frase característica, mientras *Hendricks* se tropezaba con las piernas del profesor Bosch, uno de los tipos cuyo nombre no recordaba y dos camareros que retiraban el postre, antes de terminar saliendo al pasillo y tomar el sentido contrario al del anciano, lo que significaba que el perro podía tener mal olfato o buen juicio.

—Con su permiso, Lady Whirlpool —dije levantándome yo también—, quisiera estirar un poco las piernas. ¿Le importa si doy un paseo por los alrededores de Kenwood Manor mientras me fumo un cigarrillo?

—Si quiere dar la vuelta completa, necesitará varios cigarrillos. —Oí que decía el siempre atento Joffy-Toffy.

Sin molestarme en responderle abandoné el comedor siguiendo el rumbo del General. Aunque no era esa la misión que me había encomendado Lady Whirlpool, quería averiguar algo más sobre él, si bien no tardé en perder tanto el rastro del General en particular como el sentido de la orientación en general. Lo único que no perdí fueron las ganas de salir de allí. Me faltaba el aire. Tardé varias puertas en acertar con una que diera al exterior de la mansión. Me puse tan nervioso que acabé necesitando de verdad ese cigarrillo que había citado como una simple excusa para marcharme del comedor. La vida es así. Lo que ha sido una excusa hace un momento se convierte en la razón de nuestra existencia durante los siguientes diez minutos. O las siguientes diez horas. O diez días. Si se prolonga durante más tiempo, es mejor

aceptar que elegimos una excusa incorrecta.

Cuando terminé de aspirar el humo del cigarrillo comencé a respirar el aire puro de los jardines de la mansión, ambos fluidos confundidos en mi nariz por un delicioso aroma mentolado de fondo. Paseé sin prisa pero no sin rumbo. Quería dar la vuelta al edificio para, además de recoger pistas sobre el General, tratar de encontrar el garaje y comprobar si mi descapotable seguía en Kenwood Manor. Rodeé dos pistas de tenis, una piscina con forma de uve doble y un cuadrilátero cubierto de albero que debía de servir para pasear a los caballos, según me indicó mi olfato. Evité entrar en las caballerizas que había junto al cuadrilátero por el siempre efectivo método de no franquear ninguna de sus puertas y, a cambio, salté una valla que me mostró la otra fachada de la mansión, más sombría que la que acababa de recorrer, con una yedra trepadora a la que, a juzgar por su aspecto, no solo no le faltaba ningún nutriente sino que probablemente le sobraba alguno, lo que demostraba que el mundo de los vegetales, igual que el de los animales, está muy mal repartido. O que las yedras prefieren la sombra, como si fuesen reos de vocación.

Junto a la fachada trasera había un pabellón cubierto por planchas de cristal cobijando una comuna de plantas, igualmente prisioneras en una mazmorra transparente iluminada por el sol. Tuve la tentación de abrir las puertas de cristal para liberar a aquellas maltrechas prisioneras, pero me detuve a tiempo de considerar que las plantas tienen ciertas dificultades para moverse sin la ayuda de los jardineros. Y, además, es posible que su concepto de libertad sea distinto al nuestro y para ellas un invernadero donde poder tomar el sol sea lo mismo que para nosotros, y para la mayoría del ganado ovino y caprino, una pradera florida por donde corretear a voluntad.

Al rodear el invernadero vi con estupor una fila de gente, nutrida pero no bulliciosa, que comenzaba junto a una puerta abierta y terminaba unos metros más atrás. A juzgar por los colores de sus atuendos, y sus múltiples accesorios, deduje que eran turistas curiosos. La mayoría entretenía la espera leyendo sus guías y consultando sus mapas. Me acerqué hasta un cartel de bienvenida que indicaba el acceso público a Kenwood Manor. Y las tarifas de la visita. Excombatientes y ancianos con el precio rebajado. Niños gratis. Sonreí. Era curioso que los niños pudieran entrar gratis en una mansión como aquella, llena de frágiles objetos de cristal y porcelana. Quizá sus padres tendrían que repasar las coberturas de su seguro de responsabilidad civil. Quién sabe, tal vez era precisamente lo que estaban haciendo y por eso leían con tanta concentración mientras aguardaban su turno de entrada.

Me asomé a la puerta de acceso y me gané el reproche de uno de los guardias de seguridad, un tipo corpulento que estaba sentado junto a una mesa sobre la que había una revista y un lapicero. Supongo que me tomó por uno de esos tipos que se cuelan en las filas. Al objeto de despejar sus dudas no solo me colé sino que no hice ninguna mención de pagar el importe de la entrada.

—Tiene usted que comprar un *ticket* —me dijo.

—Señor mío —respondí engolando la voz, como habría hecho Sam Sonite—. Sepa usted que soy un invitado personal de Lady Whirlpool.

El guardia me miró de abajo arriba, escaneando mi aspecto para poder confirmar el significado de mis palabras.

—He venido a Kenwood Manor en misión especial —añadí.

—¿Es usted un miembro de la ley?

—Algo parecido —contesté—. Mi profesión está íntimamente ligada a la policía.

—¿Es usted un ladrón?

Fruncí las cejas y torcí la cabeza. Qué clase de mente era capaz de hacer esa clase de relaciones semánticas.

—¿Contrabandista?

—Mi profesión está ligada a la policía por la parte legal —tuve que aclararle—, igual que la suya, espero.

—Por supuesto —respondió—, discúlpeme. Me encanta hacer sopas de letras y crucigramas y siempre estoy jugando con las palabras.

—Entiendo.

—Llámelo deformación profesional.

Preferí no llamarlo de ningún modo. Todo lo que quería de él era un poco de información.

—¿Cómo se llama usted?

—Schwpps —dijo.

Lo miré en silencio. Quizá se había resfriado.

—Es un nombre peculiar porque se escribe sin vocales.

—¿En serio?

—Sí, mi padre prefería las consonantes.

—Claro —dije poniéndole una mano en el hombro, como quien habla de igual a igual con alguien a quien considera claramente inferior—. Y dígame, esto, Sueps, ¿cómo van las cosas por la mansión?

—¿A qué se refiere?

—Imagino que tendrá usted que hacer sus rondas de patrulla regularmente y estará al tanto de lo que sucede por aquí.

Él encogió los hombros y asintió.

—Así es —dijo—, patrullo tanto por el interior como por el exterior de la casa.

—¿Y ha encontrado algo extraño últimamente?

—Defina extraño.

—Extraño, ña: raro o singular —dije.

Se quedó pensativo.

—Creo que no —dijo.

—Piénselo bien —insistí—, ¿sabe si todos los visitantes que han entrado en la mansión han conseguido salir después?

Volvió a quedarse pensativo.

—¿Es usted inspector de Hacienda? —preguntó.

—No, simplemente me estaba preguntando si algún turista se ha quedado alguna vez en el interior de la mansión.

—Kenwood Manor no es una pensión ni un hotel.

—Quizá alguien no pudo salir porque se sintió de repente indispuerto y, por ejemplo, comenzó a sangrar.

—¿Cómo dice?

—¿No ha encontrado últimamente ningún cadáver en la mansión?

Él me miró con una ceja más alta que la otra.

—¿Es usted periodista? —preguntó.

—¿No le he dicho que mi profesión estaba íntimamente ligada a la policía?

—Puede ser un periodista judicial.

—Defina judicial.

—Del latín *iudicialis*, perteneciente o relativo al juicio, a la administración de justicia o a la judicatura.

—No lo soy.

—Entonces, ¿por qué quiere saber si he encontrado un cadáver en Kenwood Manor?

—Digamos que soy un tipo curioso. Ya sabe, del latín *curiosus*.

—Claro.

Él chasqueó la lengua y yo resoplé con los carrillos llenos de aire, dos formas distintas de expresar el hartazgo que puede llegar a causar el prójimo.

—Mire, Sueps —añadí en voz baja—, en esta casa suceden cosas muy extrañas, ya sabe a qué me refiero puesto que le he definido el término. Lo único que quiero es saber si entre esas cosas extrañas ha habido algún asesinato.

—¿Es usted abogado?

—No.

—¿Fiscal, procurador, juez?

Suspiré por la nariz, como si estuviera fumando el aire. Estaba claro que aquel tipo no iba a serme de ninguna ayuda.

—Ha sido un placer charlar con usted —dije dándole la mano—, ahora, si me disculpa, quisiera echar un vistazo por la zona turística de la casa.

—Defina vistazo.

Me adentré por un pasillo que comenzaba allí mismo y llegué a una estancia poco iluminada en la que se proyectaban unas diapositivas sobre la historia de Kenwood Manor. Frente a la pantalla había unas sillas de madera. Sobre ellas unas cuantas señoras; sobre alguna de ellas, un niño pequeño. Me senté para contemplar las imágenes. Era un montaje de fotografías antiguas de la mansión y sus habitantes, acompañadas por una grabación de fondo que proporcionaba datos, contaba anécdotas y señalaba fechas importantes de la casa. También aparecían retratos de

señores igualmente antiguos que guardaban un ligero parecido con Lord Whirlpool. Sonreí sin inmutarme, para mis adentros: estaba contemplando el árbol genealógico de los Whirlpool, cuyas futuras ramas dependían precisamente del curso de mis investigaciones. Tuve la intención de compartir esta ocurrencia con la señora que tenía a mi lado, pero no pude hacerlo porque, tan pronto como me volví hacia ella, se llevó un dedo a la boca para reclamar mi silencio. Fue un gesto defensivo a la vez eficaz y elegante que pensé emplear cuando estuviera ante el contable de Lord Whirlpool.

De cualquier modo el montaje audiovisual era soporífero. Habría sido más estimulante ver una escena protagonizada por Ballantines y el Enmascarado. Me levanté y tomé de nuevo el pasillo hasta la siguiente sala, igualmente en penumbra pero mucho más alta y espaciosa. Me asomé un momento. Era una capilla primorosamente adornada con objetos dorados de todas las formas y tamaños. Estaba vacía pero llena de solemnidad, con vidrieras de colores, velitas encendidas junto al altar, estatuas totalmente inmóviles en distintas posiciones, incienso en el aire y eco por todas partes. Aunque nunca he tenido creencias religiosas y me gustan más las terminaciones plateadas que las doradas, hice una breve reverencia y proseguí andando por el pasillo rumbo a otras estancias. Una de ellas era un comedor enorme en forma de ele con una mesa de madera de la misma forma, lo cual no me sorprendió en absoluto porque era imposible que allí hubiera cabido un tablero con forma de uve doble.

Al final del pasillo había un pequeño *hall* con unos servicios y un mostrador donde se despachaban libros sobre la historia de los Whirlpool, fotografías y *souvenirs* de Kenwood Manor, como reproducciones troqueladas de las vidrieras de la capilla o un recortable de la mansión y sus dependencias principales. Lástima que no hubiera ninguna alusión a las ardientes hazañas del Enmascarado. Mi instinto comercial me decía que se habría vendido mucho mejor la ropa interior de Ballantines que una foto del invernadero de Lady Whirlpool, salvo que en el invernadero hubiera posado Ballantines sin su ropa interior. De igual modo se habría vendido muy bien una estampita troquelada que representara a la inolvidable Carling en acción, o una reproducción de su juguete con forma de pera a medio madurar. Los Whirlpool, Hosty Flossen o quienquiera que gestionara aquel negocio turístico tenían mucho que aprender todavía. Suspiré, negué con la cabeza y a punto estuve de compartir mis pensamientos con la señora que reclamaba silencio, pero alguien me lo impidió.

—¿Guardia de tráfico? ¿Guardaespaldas? ¿Funcionario de prisiones?

El guardia de seguridad me había seguido hasta allí y habría continuado atosigándome con sus conjeturas de no haber sido por la oportuna aparición de Harrods.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo.

Me fastidió que se encarase conmigo en lugar de hacerlo con mi insistente

perseguidor, que era quien de verdad merecía una reprimenda.

—Estaba dando un paseo y vi la puerta de acceso para los turistas —respondí tratando de dar una imagen de inocencia absolutamente insostenible.

—Usted no es un turista —me corrigió el mayordomo sin inmutarse—. Es el detective privado de Lady Whirlpool y tengo algo para usted. Le ruego que me acompañe.

Al oír aquello el guardia chasqueó los dedos y apretó los labios, como el concursante que se lamenta por haberse quedado sin tiempo de acertar la respuesta correcta.

Salimos de la mansión y volvimos a entrar por una puerta cercana desde la que partían unas escaleras que daban al sótano. Accedimos a lo que parecía un almacén de trastos viejos. Harrods encendió la luz y se agachó para buscar algo en un rincón. Mientras lo hacía dejé que mi mirada vagara por entre los trastos circundantes. Había de todo: ropas, calzado, accesorios, herramientas, menaje, productos de limpieza y abundante material para practicar la equitación. Con razón había acuñado Visa Whirlpool el eslogan publicitario sobre Harrods.

—No comprendo lo que acabo de ver ahí arriba —dije dirigiéndome al trasero de Harrods, que era la única parte de su anatomía que quedaba a la vista.

Ni Harrods ni su trasero hicieron ademán de responderme.

—¿Por qué los Whirlpool permiten que los turistas entren en su casa? —proseguí, adoptando un tono de escepticismo—. ¿Qué pasa con su intimidad? ¿Tan mal van sus asuntos financieros?

Esta vez sí, Harrods dejó lo que tenía entre manos y se volvió hacia mí, aunque seguí contemplando su espalda a través del espejo que tenía detrás.

—Yo tampoco comprendo muy bien la teoría de la relatividad general de Einstein —respondió—, ni la paradoja de Schrödinger, ni el principio de incertidumbre de Heisenberg. Y no pasa nada.

Asentí con firmeza, completamente confundido.

—Aquí están —dijo.

Y pareció que hubiera encontrado a los Whirlpool en una de las cajas de cartón.

—Tenga, pruébeselas —añadió—. Creo que son de su número.

Me tendió un par de botas de montar mientras me sostenía la mirada una décima de segundo más de lo necesario, gesto que interpreté como un desafío. Digamos un brevísimo desafío.

—No me caben —dije tratando de calzármelas.

—Será mejor que quite los papeles de periódico que hay dentro —me recomendó él.

Lo hice.

—Tampoco me caben.

No estaba dispuesto a dar facilidades, ni Harrods a dejarse engañar. Se acercó a mí, bajó la cremallera de las botas y me las puso.

—¿Qué le parecen?

—¿No tiene un número más? —dije como si estuviera en una verdadera zapatería—. Me aprietan un poco en el empeine.

—Eso es cosa del fabricante —respondió él—, que usa una horma estrecha. Tendrá que arreglarse con ellas.

—¿No las tiene en negro?

Ya he dicho que no iba a dar facilidades. Harrods me lanzó esta vez un desafío

visual no tan breve.

—Solo me quedan unas rojas y blancas que se pone Lord Whirlpool en Navidad cuando se disfraza de Santa Claus y aparece en el salón cargado de regalos —dijo de carrerilla, como si guardara aquella respuesta en la recámara de su lengua—. No creo que sean apropiadas para montar a caballo con la señorita Visa.

—Depende del color del caballo —dije yo lo más rápidamente que pude para estar a la altura de su lengua.

—No tenemos caballos rojos en Kenwood Manor.

—No me extraña —comenté—. Es un color muy poco visto en el exterior de los seres vivos, cangrejos y guacamayos excluidos.

Harrods elevó una ceja de una manera tan imperceptible que pareció que en realidad descendiera la otra.

—Y también mariquitas —añadí.

—Por supuesto —admitió él sin intención de continuar aquella absurda discusión—. Puedo subir al vestidor de Lord Whirlpool y buscarle otras botas, si esas no le sirven.

—No se moleste —concedí magnánimamente—. Me las arreglaré. Al fin y al cabo el que va a correr es el caballo.

Harrods apagó la luz, cerró la puerta y ascendió las escaleras con las botas en la mano, dando por hecho que yo lo seguía pero sin volverse ni una sola vez para comprobarlo. Cuando salimos de nuevo al exterior señaló las caballerizas con un certero golpe de cuello, me dio las botas y se marchó, dejándome encarado hacia las cuadras, por las que sin embargo no sentí ninguna querencia, quizá porque había confesado que montaba a caballo cuando en realidad no lo hacía.

No era el momento para entretenerse con inútiles divagaciones, menos aún cuando descubrí a Visa Whirlpool vestida de amazona, con su cabello recogido en una coleta, su casquet puesto y esos pantalones ajustados que hacían de su trasero uno de los más redondeadamente perfectos que había visto en mucho tiempo, el de Harrods incluido.

—Ven aquí, Rhett —gritó agitando las manos sobre su cabeza—. *Grundig* ya está preparado.

Estuve a punto de responderle de la misma forma, gritando y agitando las manos sobre mi cabeza para que supiese que *Grundig* podía estar preparado, pero que yo no lo estaba en absoluto. En lugar de eso emprendí un ligero trotecillo que me llevó hasta ella. Solo me faltó relinchar, lo que demuestra el poder electromagnético que puede tener la perfección anatómica de ciertas partes del cuerpo.

—Hace una tarde espléndida para montar a caballo —comentó cuando llegué junto a ella.

—Yo con un paseo en bicicleta me conformo —repliqué tratando infructuosamente de mirarla a los ojos.

—Te presento a *Honeywell* —dijo señalando a su izquierda, sin prestar atención a

mis palabras.

Como no había nadie allí, supuse que estaba presentándome a uno de esos amigos invisibles que suelen tener las chicas ricas y algo solitarias.

—Mucho gusto, señor Honeywell —respondí educadamente, mirando al vacío que había junto a ella—. Es un placer conocerle. Tiene usted un aspecto estupendo. Seguro que hace mucha compañía a Visa en las noches de invierno, cuando los dos se acuestan juntos en la cama, muy apretaditos, ella con su pijama de fantasía ceñido a su cuerpo caliente.

En ese momento un mozo de cuadra salió de las mismas con un caballo.

—Me refería a mi caballo —dijo Visa, mirándome con cejas de interrogación.

—Yo también —respondí con rapidez—. Siempre me dirijo a los caballos tratándoles de usted, ya sabe, como hacía ese político tan famoso con nombre de brandy.

Ella se atusó la coleta, desde el cuero cabelludo a la punta, como si fuera una yegua coqueta. Suspiró y carraspeó, creo que por ese orden.

—Si te refieres al emperador Carlos I —dijo—, no les hablaba de usted sino usando la lengua alemana.

Se produjo el silencio. El mozo miró al suelo, igual que el caballo. Por un momento me acordé del prometido de Visa.

—Excelente memoria —dije.

Y comprendí de dónde procedía su gusto por encajar dicho adjetivo delante de todo sustantivo posible.

—Tan solo estaba bromeando —añadí, al ver que aparecía un nuevo mozo de cuadra con otro caballo—, ¿montamos?

Sufrí una incómoda erección al confesar mi deseo más primario a la persona con quien habría querido satisfacerlo. Esa circunstancia, unida a mi impericia, hizo que montase sobre la grupa del caballo con la barriga apoyada en la silla, las manos colgando por un lado y las piernas por otro.

—Alehop —dije riendo, mientras simulaba unos ejercicios de natación.

Trataba de adoptar la verticalidad propia del jinete, una posición que Visa ya mantenía sobre *Honeywell* con desenvuelta elegancia.

—¿No será la primera vez que montas a caballo, verdad? —preguntó Visa visiblemente preocupada.

La pregunta me pareció inoportuna e impertinente pero no me hizo desistir, tal vez porque ya estaba más cerca de alcanzar la verticalidad.

—No, no, al contrario —respondí—. Hace unos años trabajé en un espectáculo del Salvaje Oeste americano.

En aquel momento *Grundig*, mi caballo, se movió y yo me caí de su grupa. Me llevé la mano al pecho y me hice el muerto.

—A menudo me disparaban desde una diligencia y tenía que tirarme del caballo —expliqué levantándome del suelo—, como acabo de hacer ahora mismo.

—¿Y no te has lastimado?

—He realizado este ejercicio cientos de veces, Visa. No te preocupes.

Volví a subir a la grupa de *Grundig*, ayudándome esta vez de un salto previo que solo sirvió para que el animal comenzara a galopar de improviso. Me agarré a sus crines y lancé el típico grito del Salvaje Oeste, que fue celebrado con unos sinceros aplausos por la hasta entonces incrédula Visa.

—Eres una caja de sorpresas, Rhett —dijo llegando a mi lado con *Honeywell*—. Sabes galopar sin ir montado en la grupa del caballo. Es algo muy difícil de hacer.

—Puedes apostar a que sí.

—Supongo que utilizarás una técnica muy depurada.

—Es tan depurada que puedes caer en el error de creer que es simple improvisación —respondí haciendo una graciosa mueca para mitigar el dolor de riñones que me había causado el galope tendido.

—Tienes que enseñarme a hacerlo —propuso ella volviendo a aplaudir—, sería la envidia de Tomtom.

—Ni lo sueñes.

—Rhett, por favor.

Su tono añorado y su belleza sureña me convirtieron en un galán de cine durante unos instantes.

—No juegues a hacerte la Scarlett O’Sullivan conmigo —dije elevando la ceja como habría hecho el mismo Rhett Butler.

Y puesto que Visa tuvo una reacción omisa, decidí explicarme mejor.

—Ya sabes a quién me refiero —dije—: a la protagonista de *Lo que el viento se llevó*, esa caprichosa mujer que se comporta todo el tiempo como si deshojara una margarita entre las manos.

—Es O’Hara.

—Eso he dicho.

Y arreé a mi montura, sin tomar la precaución de agarrar sus riendas primero, de resultas de lo cual di una voltereta hacia atrás y caí al suelo con los pies por delante.

—Tachán —dije cuando fui consciente de lo ocurrido.

Y recibí los aplausos tanto de Visa como de los dos mozos de cuadra que seguían mis evoluciones desde la distancia. Es incluso posible que *Grundig* quisiera aplaudirme también, pero tenía las manos apoyadas en el suelo. Volví a subirme sobre él y galopé junto a Visa Whirlpool hacia los prados cercanos. Me caí alguna vez más, así que tuve que buscar nuevas explicaciones.

—Así se cae uno cuando es atacado por los indios. Así cuando es atacado por los confederados. Así si recibe un balazo en la frente. Así si le alcanza una flecha en el corazón.

Visa reía mis ocurrencias con deliciosa amabilidad, aunque no sé si me creía o las tomaba por las típicas bromas que gasta quien domina un arte y no quiere darse importancia. Y si así era, puedo afirmar que me encontraba ante una ingenua capaz de

tener un amigo invisible y llamarlo Honeywell. Entre caída y caída llegamos a los límites de la finca, marcados por una graciosa valla de madera que, pese a mis esfuerzos por evitarlo, *Grundig* no dudó en saltar, provocando mi lanzamiento al espacio. En otra década el vuelo que protagonicé habría sido considerado una proeza digna de recogerse en los anales de la historia de la aviación tripulada. Otra cosa bien distinta fue el aterrizaje.

—Ahora sí que te has lastimado —dijo Visa desmontando y acercándose a mí—, y no trates de hacerme creer que te gusta comer tierra.

—No —dije escupiendo un buen trozo—, esta vez me he hecho daño. Se supone que tenía que dar un mortal hacia delante y volver a caer sobre la grupa del caballo. Lo he ensayado muchas veces y siempre me ha salido bien, pero hoy no.

Visa pasó uno de sus brazos por mi espalda y me retuvo a su lado, cerca de su regazo, como si estuviéramos posando para una escena de película. Su perfume de hembra transpirada, mezclado con el olor de los caballos y el sabor a raíces y hormigas de la tierra, me produjo un placer equívoco y ambiguo, casi un dolor.

—Toma un poco de agua —dijo ella.

Y luego, ya tarde, añadió.

—Así podrás enjuagarte la boca para quitarte toda la tierra, de lo contrario te la vas a tragar.

Me la tragué. Y me la habría tragado diez veces más si así hubiera conseguido que aquella chica rica y solitaria me regalase su perfume, su aliento y sus demás fluidos corporales.

—Estaré bien enseguida —dije—, la tierra es un poderoso reconstituyente.

—¿En serio?

—Mucho más que el ponche de *champagne* de Harrods. Te lo aseguro.

Visa me ayudó a recuperar la verticalidad, esta vez sobre la misma tierra que había ingerido. Me palpé el costado y vi que me bailaban dos costillas.

—Estoy perfectamente —dije.

Y solté un grito de dolor que provocó la sorpresa de Visa.

—Me encanta gritar —añadí con una mueca de felicidad muy difícil de sostener—. ¿A ti no? Es el mejor remedio que existe contra la tensión.

Y grité tres veces más, como Tarzán de los monos en medio de la jungla llamando a sus elefantes.

—¿Puedes montar? —me preguntó ella—. Ya que hemos llegado hasta aquí quisiera comprobar una cosa.

—¿Qué cosa?

—No te preocupes. Tú no tendrás que hacer prácticamente nada. Tan solo calmarme un poco porque es algo que me pone a cien.

Maldije mi suerte. Las pocas mujeres bonitas que se me han insinuado a lo largo de mi vida lo han hecho siempre en las peores circunstancias posibles, como aquella. No podía hacerle el amor a Visa Whirlpool con dos costillas rotas y todo el cuerpo

magullado.

—Visa, escucha —comencé a decir—, a mí también me gustaría comprobar esa cosa, pero no puedo hacerlo mientras estoy pisando las tierras de tu familia.

No niego que fue una excusa un poco peliculera, de modo que lo afirmo.

—Si es por eso, no te preocupes —respondió ella—. Ya no estamos en las tierras de Kenwood Manor. La valla que has saltado es justamente la frontera que separa nuestra finca de la de los Westinghouse.

El estómago me dio un vuelco: la tierra que había ingerido era de los vecinos.

—Precisamente lo que quiero hacer es comprobar si mi hermano Sony ha venido a ver a Speedo.

—¿Espido?

—Speedo, sí. Es la hija menor de los Westinghouse. Mi hermano se entiende con ella. Es horrible.

—¿Nariguda?

—No, no.

—¿Cejijunta?

—Lo que es horrible es la situación: una Westinghouse junto a un Whirlpool.

—No es tan horrible si te gustan las uves dobles.

Visa se levantó y me ayudó a hacer lo mismo.

—Tengo que comprobarlo personalmente —dijo—, pero no te preocupes. Lord Westinghouse es amigo mío, así que si no puedes seguir vuelve a la cuadra.

—No me hables como a un caballo —repliqué guiñándole un ojo—. No eres una emperatriz ni tienes nombre de brandy.

Volvimos a montar, yo con signos de dolor, esto es, gritando para conjurarlo, mientras Visa me imitaba y me daba la razón.

—Es cierto que libera la mente —dijo alargando la última vocal de esta frase durante varios segundos.

Y nos fuimos los dos gritando prado arriba, como si Tarzán se hubiera encontrado con Jane y ambos siguieran llamando a sus elefantes.

En lo alto de una colina cercana se erigía majestuosamente Pioneer Hall, la mansión de los Westinghouse, un edificio de ladrillo rojo y ventanales blancos con el que habrían conjuntado las botas que me había ofrecido Harrods hacía un rato. Era una casa de época, de eso no cabía duda. De lo que sí cabía duda era de qué época sería. Llegué junto a Visa sujeto fuertemente al cuello de *Grundig*. No se me ocurrió una idea mejor para permanecer sobre él. El pobre se estaba empezando a poner nervioso. Y no me extraña. A mí también me habría fastidiado tener que soportar el peso de un hombre estando tan cerca de Visa Whirlpool.

—Sé exactamente lo que estás pensando —dijo ella volviéndose hacia mí desde lo alto de *Honeywell*.

—Lo dudo —respondí.

Era difícil que una hembra tan candorosa fuera consciente de su potencial erótico.

—Estás pensando que estoy loca.

—¿Por qué dices eso?

—Es de locos venir hasta aquí para espiar a mi hermano.

Di una vuelta entera sobre mí mismo admirando el paisaje. Cuando terminé Visa Whirlpool ya no estaba frente a mí, lo que podía significar dos cosas: o ella había arreado a *Honeywell* o yo había dado una vuelta y media.

—¿Por qué vas abrazado a *Grundig*? —me preguntó confirmando mi segunda suposición—. ¿No prefieres cabalgar sujetando las riendas, como todo el mundo?

—Me encariño enseguida con los animales —dije.

—Ya lo veo.

—Con todo tipo de animales —maticé sin necesidad de recordarle que ambos éramos primates de la familia de los homínidos.

—¿Qué me dices de los insectos?

—Me refería a animales de sangre caliente.

—¿Como los murciélagos y las ratas?

No pude seguir delimitando a qué especie de animales me refería porque *Grundig* comenzó a trotar hacia los establos de los Westinghouse, quién sabe si en busca de alguna yegua que ya conocía o de algún otro ejemplar del reino animal. Visa pasó junto a mí galopando sobre *Honeywell* al estilo *jockey*, de pie sobre los estribos, arqueando la espalda y mostrándome la popa de su cuerpo en sus tres dimensiones, lo que me hizo sentir tan agitado como un mar embravecido tras el paso de un barco cargado hasta la borda.

—So, caballo.

Grundig se detuvo a pocos metros de los establos y comenzó a mordisquear unas hierbas del camino. De haber tenido el cuello más largo, yo habría hecho lo mismo. Desmonté y permanecí a su lado. Él me miró sin decir nada, dándome a entender que estaba hambriento. Visa también se apeó de su caballo detrás de unos árboles

cercanos y me hizo señas con los brazos para que me acercara. Eso o que tenía mucho calor y se estaba abanicando. No soy bueno interpretando señas sin palabras, ni con humanos ni con caballos.

—Está en la casa —dijo.

Y señaló al establo, donde como es lógico había varios caballos, ninguno de los cuales me hizo ninguna seña.

—Es *Bridgestone*, el caballo de mi hermano.

—¿Cuál de ellos?

—Mi hermano Sony, el mayor.

—Me refiero al caballo.

—El marrón con las patas negras —indicó señalando con un dedo extendido—. Está junto a la yegua de la hija de Lord Westinghouse.

—¿Cuál de ellas?

—La blanca con las crines grises.

—Ahora me refería a la hija de Lord Westinghouse —aclaré—. He olvidado su nombre.

—Se llama Speedo.

Asentí y solté las riendas para que *Grundig* comiera un poco más de hierba del suelo.

—Speedo y Sony son inseparables desde que eran niños —añadió Visa—. Siempre se han necesitado mutuamente. Ni mi madre ni Lord Westinghouse han logrado separarlos nunca. Y puedo asegurarte que lo han probado todo.

—Si quieres que se separen, lo mejor es que se casen —me aventuré a decir—. Verás lo rápido que salen corriendo y gritando en direcciones opuestas.

—Eso es justo lo que no tiene que suceder nunca —replicó ella secamente—. Ese matrimonio sería la declaración de guerra entre los Whirlpool y los Westinghouse.

—O su unión definitiva.

Visa Whirlpool perdió por un momento sus encantos. Cualquiera que me hubiera mirado con tanta severidad los habría perdido igualmente.

—¿No has oído lo que he dicho? —dijo escupiendo las palabras—. Eso no puede suceder nunca.

—Ya lo sé —respondí—, pero a veces los rivales se unen para zanjar sus diferencias. Es algo que sucede a menudo en el mundo de los negocios.

—¿Por quién nos has tomado? —preguntó ella lejos aún de recuperar sus encantos.

La conversación no pudo continuar porque en ese momento Sony y Espido salieron de las cuerdas seguidos por *Bridgestone*, el caballo de Sony. Hacían una bonita pareja, y no me refiero a Sony y su caballo. Este acarició la melena de Espido y se subió sobre *Bridgestone*, aunque es fácil suponer que habría preferido acariciar las crines de *Bridgestone* y subirse sobre Espido.

—Que no nos vean —dijo Visa acercándose a mí y recobrando todos sus encantos

a la vez—. Sony va a pasar por aquí mismo, así que procura que *Grundig* no relinche. La última vez que me pilló espiándolo se puso hecho una furia.

—Y a *Grundig* qué le importa si espías a tu hermano o no —repliqué yo sin acabar de comprender.

—Silencio.

Sony Whirlpool pasó junto a los árboles que nos cobijaban montado sobre *Bridgestone*, mientras Espido se despedía de él agitando la mano desde las cuabras. Eso o que estaba tratando de librarse del mal olor de las mismas, que llegaba incluso hasta donde nos encontrábamos Visa y yo.

—Será mejor que tomemos el té —propuso Visa.

No comprendí su forma de razonar. ¿Teníamos que tomar el té para superar el trago de ver a Sony besándose con una vecina rival? ¿Teníamos que tomarlo para soportar el olor de los caballos? ¿Era quizá, simple y llanamente, la hora de la merienda? Visa me guió de vuelta a los campos de Kenwood Manor y se detuvo bajo un roble centenario que parecía un sauce.

—Un rayo lo partió por la mitad —me explicó mirándolo fijamente—, por eso sus ramas llegan hasta el suelo.

—Mala hierba nunca muere —comenté chasqueando la lengua.

—Este es mi árbol especial, Rhett —replicó ella con un gesto de condescendencia—. Sus ramas me han cobijado desde que era una niña. Su tronco ha soportado mis lágrimas muchas veces. Sus raíces han escuchado mis lamentos de adolescente y mis dudas existenciales.

Sinceramente no me sorprendió que el pobre estuviera doblado por la mitad. Pocas cosas me han aburrido tanto en la vida como los lamentos femeninos, quizá porque todos los que he escuchado iban proferidos contra mí.

—Siéntate ahí, en esa piedra grande —añadió Visa.

Y sacó de las alforjas de *Honeywell* un mantel de cuadros, dos copas y una botella de *champagne*, así como unos sándwiches de queso y unas galletitas saladas. Sorprendentemente no había traído ninguna clase de té. Lo extendió todo junto al roble y se sentó frente a mí. Para entonces yo ya había cogido unas flores silvestres y las había dispuesto en el centro del mantel.

—Has arrancado un rosal de los que cría mi madre —me indicó Visa, pasándome la botella de *champagne* para que la descorchara—. Un rojo carmesí de Persia. No creo que le haga mucha gracia.

—Lo siento mucho —me excusé—. Tan solo quería darle un toque bucólico a la merienda.

—Estamos tomando el té en un prado salpicado de margaritas, bajo un roble centenario, junto a dos caballos que pastan. ¿Te parece poco bucólico?

El corcho de la botella salió disparado y dio en el tronco del roble. Por un momento temí que fuera a emitir un crujido y comenzara a caerse. Habría tenido su gracia. Un ser vivo capaz de soportar las pajas mentales de una niña malcriada que

cae bajo los efectos de un Gran Moffet que ni siquiera estaba lo suficientemente frío.

—Salud —dije.

Visa bebió. Bebió y comió. Bebió, comió y suspiró. Bebió, comió, suspiró y se tendió sobre las ramas del roble que rozaban el suelo. Cerró los ojos y se dejó llevar por una música inaudible. O al menos eso me pareció. No puedo asegurarlo a ciencia cierta dada la idiosincrasia de ese tipo de música. Yo también bebí. Bebí y comí. Bebí, comí, vi a Visa tendida sobre las ramas y suspiré muy fuerte. Incluso llegué a mirar al árbol para que me echara una mano, o una rama, y me dejara tumbarme junto a ella, pero no recibí más respuesta que la inacción y el silencio. Supongo que no merecía otra cosa después de haberle acertado con el corcho de la botella en su viejo tronco.

—Lord Westinghouse estuvo enamorado de mi madre —dijo entonces Visa Whirlpool abriendo los ojos y recostándose sobre un brazo.

Me miró fijamente para comprobar el efecto que me causaba su confianza, de modo que tuve que sobreactuar.

—¡No! —dije elevando los hombros y ciñendo las cejas sobre el principio de la nariz.

Ella esbozó una fugaz y encantadora sonrisa.

—Sabía que te sorprendería —dijo—. Fue hace muchos años, en su juventud, antes de casarse con mi padre.

Para demostrarle que seguía el curso de sus palabras, y quizá también porque me estaba empezando a doler la frente, relajé el gesto de mis cejas y asentí en silencio.

—Se conocieron en el baile anual de Sir Remington —prosiguió mientras buscaba algo en los bolsillos de su chaqueta—, un vecino que vive más al norte. Winston se enamoró de mi madre en cuanto la vio. ¿Tienes un cigarrillo?

—¿Winston?

Le ofrecí mi cajetilla y mis cerillas, y por primera vez en mi vida me di cuenta de que todo el campo semántico del tabaco se pronuncia en diminutivo.

—Winston Westinghouse era y sigue siendo un hombre muy atractivo —dijo Visa exhalando el humo hacia el roble, que no era más que lo que le faltaba al pobre, pues tanto *Grundig* como *Honeywell* le habían dejado ya un recado en forma de boñiga—. Y mi madre era la joven más hermosa del condado. Supongo que ya te habrás dado cuenta de su todavía evidente belleza.

—Sí —admití—, aunque no conozco a todas las jóvenes del condado.

—Me gusta tu sentido del humor —sentenció ella.

Quizá creyó que estaba bromeando.

—¿Y qué pasó entonces? —dije, esta vez sí, interesándome por la historia, que parecía ir calentándose poco a poco.

—Su amor era imposible.

—¿Winston era gay?

—No. Se trataba de mi abuelo.

—¿El General Motors? No puedo creerlo.

—No me refiero a eso —se apresuró a añadir—. No me malinterpretes. Simplemente se negó a que su hija se casara con Lord Westinghouse.

—Ya —afirmé cabeceando—, por el tema de las tierras.

—Exacto.

El sabor de la tierra volvió a mi boca. Cabeceé de nuevo un par de veces y traté de beber *champagne*, pero me fue imposible hacer las dos cosas a la vez.

—¿Y qué paso después?

—Pues que mi abuelo buscó un pretendiente más apropiado para ella. ¿Me sirves más *champagne*?

—Tu padre —dije y, por miedo a parecer descortés, tuve que añadir—. Ahora mismo.

Rellené su copa y dejé que unas gotas cayeran al suelo. El roble se merecía una alegría después de las confidencias adolescentes de Visa, el corchazo, el humo de los cigarrillos y las cagadas de los caballos.

—De modo que fue un matrimonio concertado —apunté.

—¿Qué matrimonio no lo es? —dijo ella.

—No lo sé. No estoy casado.

—Yo tampoco estoy casada.

—Pero estás prometida.

—Eso es distinto.

—Más que distinto es previo.

—No pienso casarme con Sam.

—¿Entonces no estás prometida?

—No.

—¿Lo prometes?

Rió. Nuevamente creyó que estaba haciendo gala de mi sentido del humor. Es algo que me sucede a menudo con las mujeres. Puede incluso que también con los hombres. Y quién sabe si con los caballos.

—Sam me ha cubierto de regalos y atenciones desde el primer día que nos conocimos —continuó confesando—. Ha sido muy gentil y es difícil resistirse a la gentileza de un hombre como él, pero hay algo entre nosotros que no acaba de funcionar. Ignoro por qué. No sé si me entiendes.

Miró al roble y esta vez el que me pareció que cabeceaba era él, seguramente porque se sabía esa historia de memoria. O simplemente estaba haciéndole saber que entendía lo que decía. Visa apuró su copa y se dispuso a recoger el mantel.

—Y ahora basta de charla. Debemos volver —dijo como si no quisiera seguir hablando y deseara volver—, o nos arriesgamos a que en Kenwood Manor piensen que hemos sufrido algún tipo de accidente.

—Qué tontería —reí palpándome las dos costillas flotantes de mi tórax.

Me subí a la grupa de *Grundig* y estuve a punto de atarme firmemente a la silla

usando las riendas. No obstante, si lo hubiera hecho, habría tirado de su cabezota hacia atrás y el pobre no habría podido ver por dónde pisaba, de manera que nos habríamos caído los dos. Puestos a caernos, mejor me arriesgaba a caerme yo solo, aunque debo confesar que el regreso a las cuadras fue un agradable paseo. *Grundig* seguía los cuartos traseros de *Honeywell* y yo los de *Visa*, ambos moviéndose al trote, con un ritmo constante que parecía infinito y que sin embargo terminó en cuanto llegamos a las cuadras y nos separamos. Yo me separé de *Grundig* y *Visa* de *Honeywell*. Y luego, una vez en la mansión, *Visa* y yo también nos separamos, pero el recuerdo de su trote quedó inseparablemente unido a mi memoria de jinete.

Después de darme una ducha, cambiarme de ropa y tirar a la basura la que me había servido para montar, botas excluidas por si tenía que devolvérselas a Harrods, decidí bajar a comer algo en algún sitio. Me daba igual que fuera en el comedor donde había desayunado y almorzado, en las cocinas de Kenwood Manor o en la cámara frigorífica en la que había estado junto al profesor Bosch. No importaba que hubiera más comensales o me encontrara solo. Tenía un hambre voraz y me habría zampado uno a uno los tres millones de lactobacillus que el profesor seguía sin encontrar. No obstante, a quien de verdad me encontré fue a Harrods, que una vez más usó sus innegables dotes de persuasión para conducirme hasta la biblioteca, donde me esperaba Lady Whirlpool.

En esta ocasión la luz de la lámpara central estaba encendida y había ruido en la sala, en concreto un sonido agudo que se volvía grave por momentos y resultaba completamente insoportable, como el chirrido de una puerta mal cerrada en un día de viento. Por puro instinto miré hacia los ventanales que daban al jardín, pero las contraventanas estaban cerradas. Quizá aquel tostón provenía del piso superior. O del inmediatamente superior a este último.

—¿Le gusta Beethoven? —preguntó mi anfitriona, que ya llevaba una copa en la mano.

—¿Quién?

—El compositor —me informó—. Es el concierto para violín en Re mayor, opus 61. ¿Lo había escuchado alguna vez?

—Si hubiera escuchado algo con un nombre tan largo tenga la seguridad de que lo recordaría.

—Es una obra maestra, ¿no lo es? —prosiguió sin hacer mucho caso de mis malabares semánticos—. Beethoven la compuso cuando tenía treinta y seis años, poco antes de quedarse sordo.

—Quizá ya estaba sordo cuando la compuso —me apresuré a decir.

Mi anfitriona me miró con ojos de disgusto.

—No diga tonterías —dijo—. ¿No le gusta la música clásica alemana?

—En cuestiones clásicas alemanas prefiero la cerveza —respondí con mi velocidad acostumbrada.

Y mis palabras le provocaron un hondo suspiro, que remató con un trago, como si quisiera hacer un intercambio de fluidos: unos centímetros cúbicos de aliento por unos mililitros del líquido de su copa.

—Nunca sé cuándo me habla usted en serio y cuándo en broma —dijo a modo de protesta.

—Yo tampoco sé cuándo me toma usted en serio y cuándo en broma —respondí del mismo modo.

Lanzó un manotazo al aire, como dándome por imposible, se dirigió al tresillo y

se sentó. Me indicó el diván que tenía delante para que tomase asiento frente a ella, no sin antes darle un par de manotazos a la tapicería para acolcharla. Nos encontrábamos en la misma disposición que la noche anterior, con la diferencia de que esta vez yo vestía una sola camisa y una sola corbata.

—Tengo los análisis del frasco que le ha entregado a Harrods —dijo entrando en materia—. ¿De dónde lo ha sacado?

—Me lo dio usted misma.

—Me refiero a su contenido.

—Eran flujos orgánicos intrínsecamente masculinos del Enmascarado —respondí.

—No puede ser —replicó.

Y negó tan firmemente con la cabeza que uno de sus pendientes estuvo a punto de salir despedido y acertarme en plena cara.

—¿Qué dicen los análisis? —pregunté intrigado.

—Algo absurdo.

—Con frecuencia la verdad es completamente absurda.

—No esta vez —volvió a negar con firmeza.

Me agaché por si el otro pendiente salía despedido de su oreja. Lady Whirlpool extrajo un folio de un sobre que había en la mesita y lo miró con expresión atónita.

—Según estos análisis —dijo como si leyera—, Lord Whirlpool es hijo de Lord Westinghouse.

Enmudecí tan súbitamente que incluso tuve la intención de tragarme las últimas palabras que había pronunciado antes, algo que al final no hice puesto que ni siquiera fui capaz de recordarlas. Lady Whirlpool se dio cuenta de mi estado de ánimo y reaccionó con presteza. Puso una copa vacía en mi mano y, a juzgar por el color que fue adquiriendo, la llenó del mismo brebaje que estaba tomando ella.

—¿Qué le parece? —dijo volviendo a su sofá.

—Prefiero el ponche de Harrods. Es más explosivo.

—Me refiero a los análisis —matizó.

—No sé. No suelo beber análisis —repliqué—. ¿Hay alguna posibilidad de que Lord Whirlpool sea el hijo biológico de Lord Westinghouse?

—Debo reconocer que sí —respondió ella—, siempre y cuando la paternidad pueda ejercerse a los tres años de edad.

No acabé de entender sus palabras, pero compuse una mueca a medio camino entre la burla y la ironía, cerca del cinismo. Es algo que consigo hacer elevando el ojo derecho más que el izquierdo, torciendo el labio en sentido contrario y sujetándome la nariz con dos dedos.

—Lord Westinghouse tenía tres años cuando mi esposo nació —dijo ella, quién sabe si conmovida por la expresión de mi mueca—. Es imposible que sean padre e hijo.

En ese momento mis dedos soltaron la nariz y se reunieron entrelazados para

sujetar mi barbilla. Algo no encajaba. Y no me refiero a mis dedos.

—¿Cómo es posible que tenga usted los análisis de Lord Westinghouse? —pregunté con un mosqueo muy mal disimulado.

—Usé un frasquito —respondió Lady Whirlpool—. Igual que usted.

La miré con la misma severidad que había empleado ella al hablar de la música del compositor alemán, movimiento de negación de cabeza incluido. Si hubiera llevado pendientes en las orejas le habría apuntado directamente entre las cejas.

—Está bien —dijo vencida y desarmada—, le ruego que me disculpe. Quizá debería habérselo contado todo desde el principio.

—Habría sido lo mejor, ¿no lo habría sido?

—No se burle, se lo ruego. Es más difícil de lo que piensa.

En modo alguno pensaba que burlarse fuera asunto fácil, pero no dije nada.

—Winston Westinghouse y yo estuvimos enamorados. Fue hace muchos años, cuando éramos jóvenes y teníamos toda la vida por delante.

Suspiró de un modo melodramático, como quien de pronto se da cuenta de que tiene toda la vida por detrás, pero no fue más que una excusa para liquidar el contenido de su copa y volver a rellenarla.

—Mi padre se negó a bendecir nuestra unión —continuó diciendo—. Ya se puede imaginar por qué. El desencuentro de nuestras familias es un asunto tan antiguo como ridículo, pero el amor que sentíamos el uno por el otro no solo no se extinguió sino que se avivó aún más ante la adversidad. ¿Comprende lo que quiero decir?

Me puse en guardia. Nunca he sido bueno interpretando las elipsis lingüísticas y los silencios de los demás. Tenía que encontrar un modo elegante y a la vez efectivo de hacérselo saber a mi clienta.

—Lo que yo comprenda o deje de comprender no tiene nada que ver con lo que usted me cuente o me deje de contar —dije.

Ella se quedó perpleja, inmóvil salvo por sus inquietas pestañas, pero no tardó en reaccionar y llevarse la copa a la boca. Debió de pensar que me estaba refiriendo a asuntos propios del oficio de detective.

—Le comprendo —dijo afirmando con la cabeza—, y le ruego que comprenda por qué le pedí a Lord Westinghouse que llenase el frasquito. Hace años que no compartimos más que una buena amistad, pero en aquel tiempo, antes de que aquella horrible mujer se entrometiera, fuimos amantes.

—¿Se refiere a Lady Westinghouse?

—No pronuncie el nombre de esa mujer en esta casa. Se lo ruego —dijo muy alterada—. Es una mujer monstruosa.

—¿Antipática?

—No sé cómo calificarla. No me gusta decir palabrotas ni usar frases malsonantes.

—¿Se refiere a que es una buscona?

Negó sin intención de decir nada.

—¿Una cazarrecompensas? —insistí.

Volvió a negar, pero esta vez su intención fue diferente.

—Me refiero a que es una zorra mal parida y una hija de la grandísima puta —dijo, y luego sonrió con una más que perversa ingenuidad—. ¿Me he expresado con claridad?

Su descripción había sido ciertamente soez, pero no dejaba lugar a dudas.

—Con total claridad —respondí.

—Ella puso fin a la relación amorosa que Winston y yo mantuvimos durante varios años. Fue la causante de mi infortunio. La odio.

No me sorprendió su declaración después de saber lo que opinaba de ella.

—Entonces, ¿cabe la posibilidad de que Lord Westinghouse sea el padre de alguno de sus hijos? —dije.

—Así es.

—Y, dado que dispone usted de las muestras biológicas de todos ellos, sospecho que ya sabe usted de quién.

—En efecto, de uno de ellos.

Me crucé de brazos y de piernas, a la expectativa, pero no escuché una sola palabra más.

—Entiendo —dije como si el silencio fuese más explícito que las palabras.

—Y también sé que no es el padre de mi marido —añadió.

—Por supuesto que no.

—Ni tampoco de mis otros dos hijos.

La información entraba en mi mente con ciertas dificultades, quizá porque nunca me ha gustado hablar de temas familiares, ni siquiera mientras trabajo. O simplemente porque me faltaba un buen lubricante. Me levanté para servirme un poco más de vino y casi me tropiezo conmigo mismo. Se me olvidó que había cruzado las piernas.

—Algo ha salido mal —dijo Lady Whirlpool mientras me tendía su copa para que se la rellenase.

—Sí —acepté con deportividad—, casi me caigo.

—El profesor Bosch no tiene ninguna duda al respecto —prosiguió sin prestarme atención—. Sus analíticas genéticas nunca fallan.

Por suerte no me había llevado todavía la copa a la boca. De lo contrario habría hinchado los mofletes y rociado el vino sobre mi anfitriona.

—¿Quién ha dicho que es su analista?

—El profesor Bosch —repitió ella algo incómoda—. Ha tenido usted la oportunidad de conocerlo, ¿no la ha tenido?

—¿Se refiere al chalado ese que va buscando las bacterias de los yogures por todas partes?

—Pues claro que sí.

No tuve más alternativa que dejar la copa sobre la mesita, cerrar los ojos y abrir la

boca en completo silencio para que Lady Whirlpool comprendiera que me estaba tronchando de risa. Al hacerlo sentí en las costillas un pinchazo tan agudo que casi quiebro el silencio de la risa con un aullido de dolor.

—¿De qué se ríe? —dijo ella—. Liebherr Bosch es una eminencia mundial en los campos de la bioquímica y la genética.

—¿Liebherr Bosch? —repetí incrédulo—. ¿Se refiere usted al tipo que sacaron anoche de la tarta de cumpleaños de Lord Whirlpool hecho un ovillo sobre sí mismo?

—Simplemente adoptó una postura defensiva.

—Llevaba el pulgar derecho metido en la boca.

—Yo también me chupo los dedos cuando estoy nerviosa.

—Y canturreaba como si fuera un bebé a punto de dormirse.

—Basta —exclamó Lady Whirlpool levantándose tan enérgicamente como si quisiera salir volando de allí—. No permitiré que nadie insulte al bueno de Liebherr en mi propia casa. Puede que sea algo excéntrico, no lo pongo en duda, pero a estos sabios de la ciencia hay que tomarlos como son. Ni usted ni yo podemos comprenderlo, dado que no somos ningunos sabios.

Me dolió escuchar aquellas palabras, seguramente porque a nadie le gusta que le recuerden lo que no es. No tuve más remedio que excusarme con una casi imperceptible y quizá por eso elegante genuflexión, tras la que volví a tomar asiento.

—¿Y ahora qué hacemos? —dije.

—Tráigame otra muestra del Enmascarado —respondió proporcionándome otro frasquito de cristal.

Asentí en silencio. Si lo hubiera hecho en voz alta no habría asentido sino afirmado.

—Y trate de averiguar a quién pertenece la muestra que ha logrado obtener.

—¿Para qué?

—Señor Bull —dijo Lady Whirlpool susurrando—, ha dado usted con un hijo secreto de Winston Westinghouse. Averigüe quién es.

Abrí tanto los ojos que temí ver más allá de donde enfocaban.

—¿Cómo voy a hacer semejante cosa? —dije—. No soy un sabio excéntrico.

—Pero es usted un admirable detective privado —respondió ella acercándose al tocadiscos para apagarlo.

Comencé a aplaudir sin emitir ningún sonido, simplemente juntando las palmas de mis manos muy despacio.

—Excelente réplica —añadí.

Y contemplé cómo salía de la biblioteca y me dejaba hundido en el sofá, enmudecido y pensativo, con una copa de vino vacía en una mano y una nueva incógnita completamente llena en la otra. Los datos que me había proporcionado eran en verdad inesperados y muy intrigantes. ¿Era posible que el General Motors se estuviera vengando de todo lo sucedido en el pasado asesinando a los Westinghouse, uno detrás de otro, como un criminal en serie? ¿Quién podía ser el hijo secreto de

Lord Westinghouse y qué estaba haciendo en la segunda planta de Kenwood Manor?
Y, quizá la cuestión más desconcertante de todas, ¿quién en su sano juicio podía llamarse Liebherr?

Salí de la biblioteca en busca de algo para comer. Nuevamente mi sistema digestivo se quejaba de la falta de alimento emitiendo unos significativos gruñidos que solo podían tener un significado. Me dirigí al comedor, donde encontré a Harrods recogiendo la mesa con la ayuda de dos camareros.

—Siento mucho que se haya perdido la cena, señor Bull —dijo acercándose a mí. No sé por qué pero no le creí.

—Sabe muy bien que he estado reunido con Lady Whirlpool.

—Por supuesto —afirmó él—, acabo de ordenar que le sirvan a Milady una cena ligera en su habitación.

—Es una idea excelente —aplaudí, cada vez más satisfecho de encontrar el modo de encajar ese adjetivo en mi conversación—. Me apunto.

—No creo que Milady esté dispuesta a compartir la intimidad de su dormitorio con usted —replicó él sin rendirse a ningún gesto que diera pie al doble sentido o la complicidad.

—Quería decir en mi propia habitación —le corregí—. ¿Puede servirme algo de cenar en mi habitación?

—Lo siento, pero me temo que eso no es posible —dijo abriendo los brazos y las manos en señal de pretendida desolación—. Los camareros han terminado su jornada laboral y se marchan ya. La única opción es que vaya usted mismo a la cocina y se prepare algo de comer. Puedo acompañarlo, si lo desea.

Lo último que me apetecía en ese momento era protagonizar otra de aquellas carreritas que echábamos Harrods y yo cuando nos desplazábamos por el interior de Kenwood Manor. Decliné su oferta y traté de recordar el camino que había recorrido junto al profesor Bosch, Liebherr para los amigos, la noche anterior. Tenía la esperanza de que algún cocinero se hubiera rezagado y pudiera ayudarme a preparar algo comestible, pero no fue así. No había nadie en la cocina. Encendí una luz y miré a mi alrededor. Creo que, salvo en las tiendas especializadas de las grandes ciudades o en la fiesta anual del condado en el que me encontraba, nunca había visto tantos electrodomésticos juntos. Había enormes fogones de gas, un par de frigoríficos, un horno eléctrico, batidoras, amasadoras, exprimidoras, picadoras, ralladoras y otras máquinas con la misma rima consonante.

Lo que no encontré fueron cazos, cazuelas ni cacerolas. Ni ollas ni sartenes. Abrí uno de los frigoríficos y repasé su contenido, íntegramente consistente en comida cruda prevista para los menús del día siguiente. Lo único comestible que había eran unos botes de salsa y un gran recipiente de cristal lleno de caldo. Lo saqué del frigorífico y busqué un cazo donde poder calentarlo. No encontré nada apropiado ni en los armarios que había bajo los fogones y los fregaderos ni sobre la encimera. Entonces recordé que en un pasillo cercano había visto unos jarrones vacíos, ideales para mi propósito. Salí en busca de uno de ellos, lo lavé en el fregadero, vertí una

buena ración de caldo en su interior y lo dispuse sobre uno de los fogones.

Esperé impaciente. El estómago me rugía como un león cautivo. De pronto escuché un crujido. Quizá se me había partido por la mitad, pobre órgano de la digestión condenado a pasar hambre desde el mismo momento en que había entrado en Kenwood Manor. Pero no, el crujido lo había pronunciado el jarrón, que en aquel momento se estaba partiendo en dos pedazos llenándolo todo de caldo todavía frío. Maldije en silencio.

—Cuidado con lo que dice, Bull.

No había sido tan en silencio como yo creía.

—Va usted a condenarse a los infiernos.

Miré a mi espalda y vi a Jospy-Pospy sentado en una silla, removiéndolo con una cucharilla el interior de una taza de porcelana.

—Ah, es usted —dije tranquilizándome.

—¿Quiere que le sirva una infusión? —propuso señalando su taza.

—Lo que quiero es cenar algo —confesé—, cualquier cosa. He estado reunido con Lady Whirlpool y me he perdido la cena.

—Lo sé, lo he notado —replicó—. Hemos tomado crema de guisantes con cebolla caramelizada y pavo asado con ciruelas pasas a la salsa Worcester, seguido de helado de mango con crujiente de avellanas. No se ha perdido gran cosa. En realidad estoy aquí porque soy incapaz de hacer la digestión.

—No me diga.

—Había mucha comida. Creo que he cenado demasiado.

—Había mucha comida porque faltábamos unos cuantos comensales —protesté.

—Insinúa usted que me he comido su parte.

—¿Por qué no?

—¿Quiere que se la devuelva? —me amenazó.

—No, gracias.

Suspiré y me puse a recoger el caldo del suelo con la ayuda de un trapo. Osty-Puffy se levantó, abrió un cajón y me lanzó una tableta de chocolate. Estuve a punto de cogerla con la boca y lanzarle un ladrido de agradecimiento.

—¿Por qué ha tratado de calentar el caldo en ese jarrón? —me preguntó mientras observaba cómo me metía varias porciones de chocolate en la boca.

—No sé dónde están las cacerolas.

—¿Ha mirado al cielo?

Me crucé de brazos y elevé una ceja. Estaba empezando a perder la paciencia.

—Haga lo que le digo —insistió él—. Se lo ruego.

Lo hice y casi me atraganto con el chocolate. Varias ollas, cazos y sartenes colgaban de unas barras metálicas que discurrían sobre los fogones.

—No las había visto.

—El jarrón que acaba usted de romper es de la dinastía Ming. ¿Sabe a qué me refiero?

—¿Qué son? —pregunté con fastidio—. ¿Los vecinos de los Westinghouse? ¿Los de Sir Remington?

—Quiero decir que era un jarrón chino.

—En ese caso no tendría mucho valor —dije sonriendo muy aliviado—. Los chinos lo están fabricando todo en serie al precio más barato posible.

—No me entiende —me aclaró Hochi Polly—. Me refiero a la dinastía china Ming, del siglo xv. Su valor era incalculable.

Entonces lancé otra maldición, pero esta vez bien audible. No me gusta romper las cosas en general, pero odio romper las cosas de valor incalculable.

—No se preocupe —me animó aquel espontáneo tasador—. No creo que se den cuenta de que falta uno. Tienen varios.

—¿Tienen varios jarrones de valor incalculable? —pregunté con la boca llena de incredulidad.

Y de chocolate.

—Así es.

Me senté frente a él, en una silla como la suya, y me terminé la tableta, no sin antes hacer un esfuerzo para despegar mis dientes, que se habían quedado prácticamente pegados al masticar. Ciertamente no era la cena que habría deseado tomar, pero al menos sirvió para calmar al león que se había instalado en mi estómago.

—¿A cuánto asciende la fortuna de los Whirlpool? —pregunté aprovechando la intimidad que nos proporcionaba una cocina llena de cacharros colgando sobre nuestras cabezas.

Joppy-Froppe se extrañó al escuchar una pregunta tan indiscreta, aunque no procediera más que de la pura curiosidad.

—No puedo responderle —repuso elevando los hombros.

—Es una pregunta demasiado comprometedor —añadí comprensivo—. Le ruego que me disculpe. No pretendía...

—No se trata de eso —me interrumpió llevándose la taza a la boca para dar el último sorbo a su brebaje.

—Entonces, ¿por qué no puede?

—Porque no tengo la menor idea.

En ese momento fui yo quien elevó los hombros y, comoquiera que él los mantenía en esa posición, debimos de parecer dos marionetas actuando en un pequeño escenario. Quizá las cacerolas eran las encargadas de tirar de los hilos para mover nuestros cuerpos y darnos vida.

—¿Cómo dice? —repliqué haciendo memoria—. ¿No era usted el entendido en valor y precio que había leído a Lenon, Zapp y Boss?

—Denon, Sharp y Crolls.

—No me mienta —dije negando con la cabeza en plan marioneta incrédula—. ¿Cómo es posible que no sepa a cuánto asciende esa fortuna?

—Se lo aseguro —insistió él—. Lo ignoro por completo.

Miré a derecha e izquierda, hacia arriba y hacia abajo en busca de algo que pudiera explicar su comportamiento.

—No se sorprenda —dijo Jotty-Potty—. No hay nada extraño en lo que le digo. En realidad es muy sencillo de explicar.

—Pues usted dirá —respondí.

Y me crucé de brazos, o quizá fueron las cacerolas las que activaron las cuerdas apropiadas y cruzaron mis brazos por mí.

—Ya le dije ayer que me aburría, ¿no se acuerda? El mundo de las finanzas y los negocios me aburre soberanamente. Lo más probable es que todo se deba a que no entiendo una palabra de contabilidad ni de contratos ni de leyes ni de asuntos tributarios.

Puse una cara de incredulidad difícil de describir, más o menos como la que pondría un náufrago en una isla llena de burdeles, casinos y casas de apuestas.

—No ponga esa cara de náufrago en una isla llena de burdeles, casinos y casas de apuestas, se lo ruego —me riñó Flosky-Porky—. Lo que le estoy contando no tiene nada de particular. Conozco muchos casos como el mío, estudiantes a los que sus familias pagaron unos carísimos estudios en una exclusiva universidad privada y todo lo que hicieron fue dedicarse a visitar los *pubs* del condado, acompañados siempre de alegres señoritas y complacientes criados. Fueron años felices. A algunos nos gustaba la alegría de las señoritas. A otros la complacencia de los criados. Daba igual. Fueron buenos tiempos para todos.

Elevé las cejas un solo segundo. No quería mostrar mi sorpresa ni emitir ningún juicio sobre lo escuchado. Simplemente quería elevar las cejas un solo segundo.

—En aquellos años conocí a los Whirlpool —continuó Porky-Porky—. Philips estudiaba en la misma universidad que yo. Nos hicimos amigos y compartimos la alegría de varias señoritas. Luego, una vez terminados nuestros estudios, me propuso gestionar su patrimonio. No tuve más remedio que aceptar. Su padre, el antiguo Lord Whirlpool, que todavía vivía por aquel entonces, trató de ponerme al día de sus finanzas, pero fue imposible. Tienen un montón de negocios por todas partes, tanto aquí como en el extranjero, y se dedican a sectores muy dispares. Es todo muy complicado. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—Por eso, desde hace años, me he desentendido de todo y he tirado la toalla. Lo único que hago cuando estoy en mi despacho es leer revistas especializadas y enciclopedias de Historia.

Suspiró y se quedó mirando al suelo, abatido y quizá avergonzado por confesar algo que resultaba ridículo incluso ante un currículum como el mío. Creí necesario decir algo, y hacerlo rápido.

—Por eso se sabe usted tantos nombres de pueblos godos —dije, quizá innecesariamente.

—En efecto —confirmó él levantando la cabeza para mirarme—. Si me hubiera dedicado a leer enciclopedias de botánica o zoología me habría resultado más difícil hacer referencia a los pueblos godos. Veo que me entiende.

Y a continuación emitió un gemido que no supe si provenía de la insatisfacción en general o de la que particularmente le provocaba mi falta de empatía.

—¿Y Lord Whirlpool no ha sospechado nunca de usted? —pregunté ya con más juicio.

Y también con más mala leche.

—Nunca —respondió él sin dudar—. He tenido suerte. Sus negocios van viento en popa. Yo lo único que tengo que hacer es responderle con contundencia, usando abundantes insultos y palabras malsonantes, y él interpreta mis respuestas según le conviene.

—¿Como si le estuviera hablando en una especie de lenguaje en clave?

—Algo así.

—Curioso —dije de nuevo pensativo—, pero hay algo que no entiendo.

—Dígame.

Porky-Torpy parecía dispuesto a responder a todas mis preguntas.

—¿Por qué me ha contado todo esto a mí?

Él me miró extrañado, meneando la cabeza y elevando los hombros.

—No se da cuenta de que puedo traicionarle y contárselo todo a los Whirlpool —añadí con cara de hipótesis.

—Se lo he contado precisamente porque sé que no hará nada semejante.

—¿No? —Me reí—. ¿Y cómo puede estar tan seguro?

—Porque acaba usted de cargarse un jarrón de la dinastía Ming valorado en medio millón de libras.

Me quedé mirando las piezas del jarrón roto.

—¿No decía que su valor era incalculable? —dije.

—Es incalculable justo hasta que alguien lo rompe.

—Asombroso juego conceptual —aplaudí.

Porky-Lerdy se levantó, me tendió su mano derecha por encima de la mesa y se ajustó con la otra el nudo de la pajarita, que le iba grande. Yo se la estreché, la mano, quiero decir, no la pajarita. Firmamos una tregua dialéctica sin necesidad de usar ninguna palabra, más bien siguiendo un pacto de no agresión basado en lo que sabíamos el uno del otro. Era una de esas enseñanzas que no se imparten en ninguna exclusiva universidad privada pero que todo el mundo acaba aprendiendo en algún momento de su vida.

Con el estómago lleno de chocolate subí a mi habitación procurando hacer el menor ruido posible. Lo último que me apetecía era mantener más conversaciones con los habitantes de aquella singular mansión. Tal vez si me hubiera encontrado con uno de los cocineros habría hecho una excepción. Solo quería meterme en la cama y olvidarme de todo, cerrar los ojos y liberar a ese otro yo que protagoniza nuestra vida

cuando nos olvidamos de todo, cerramos los ojos y liberamos a ese otro yo que protagoniza nuestra vida cuando nos olvidamos de todo, cerramos los ojos y etcétera etcétera. Sin embargo, mi cama no estaba vacía, ni fría.

—Hola.

Ballantines me estaba esperando con la cabeza apoyada sobre una mano y la mano descansando sobre el codo y el codo sobre la cama y la cama sobre el suelo y etcétera etcétera. Nuevamente posaba frente a mí como una maja desnuda a punto de ser pintada por un maestro de los colores.

—Te estaba esperando —dijo con cara de aburrimiento—. Has tardado mucho.

—He estado buscando algo que llevarme a la boca.

—No me hables de cosas que se llevan a la boca, por favor —se quejó ella—. He tenido un día durísimo.

—Me refería a algo comestible.

—Yo también.

Me quité la camisa y los pantalones, di una grácil vuelta sobre mí mismo para sujetar mi hombría entre los muslos, me tumbé junto a ella y admiré su piel dorada al contraste con la blancura de las sábanas, la ausencia de braguitas, su tripita adornada con el cráter de su ombligo, sus pechos y su cuello de porcelana china.

—Ahora cuéntame lo que has hecho hoy —dijo en cuanto dejé de mirarle el cuerpo y apoyé la cabeza en la almohada, a escasos centímetros de su boca y sus ojos.

—Te he visto en acción sobre la cama.

—Eso ya lo sé. Me refiero a lo que has hecho luego, por la tarde.

—He estado montando a caballo.

—¿Con tu amado Sony?

—¿Con quién?

Por un momento había olvidado el texto de mi papel.

—Ah, sí —reaccioné con prontitud, como si un apuntador me hubiera recordado quién era—. Visa Whirlpool y yo hemos cabalgado hasta Pioneer Hall, la mansión de los Westinghouse. Allí estaba Sony.

—¿Te ha visto?

—Espero que no.

—¿Por qué dices eso? —exclamó—. Si te hubiera visto habrías tenido la oportunidad de que se fijara en ti.

—Claro —respondí fascinado por la simplicidad de su argumento—. Lo que pasa es que Sony había ido a ver a su novia.

—No debes rendirte al primer contratiempo —me animó Ballantines, comenzando a buscar otra postura más cómoda.

—No, por supuesto que no —contesté llevándole la corriente—, pero es que eso significa que Sony es heterosexual, Ballantines. Mi amor es imposible. Nunca me querrá.

Fingí un llanto muy poco creíble porque en lugar de sorber el aire hacia dentro lo

espiré hacia fuera y pareció que me estaba sonando la nariz sin la ayuda de un pañuelo. Pero mi gesto despertó la ternura de Ballantines. Eso o que, como estaba a punto de cambiarse de postura, se había aproximado a mí con el fin de ahuecar su lado de la cama. Es igual, la cuestión es que acabé tumbado sobre ella, mi rostro sumergido entre sus pechos, mis manos abrazando su cuello, mis piernas haciendo más fuerza aún sobre mi hombría cautiva.

—Háblame de él —me pidió Ballantines mientras acariciaba mis cabellos.

Emití un sonido bilabial, siniestro y grave, que ella interpretó como parte de mi disgusto, pero que en realidad significaba que me estaba ahogando. Sus pechos estaban tan bien rellenos que se habían adaptado a mis perfiles como si quisieran formar el molde de mi rostro.

—¿De Sony? —dije cuando me recobré de la asfixia—. ¿Qué quieres que te diga?

—No sé, algo, cualquier cosa, todo. —Se estaba comportando como una adolescente hablando de sus primeros escarceos amorosos—. Dime cómo te sientes cuando piensas en él.

Como no podía aguantar más, creí que había llegado el momento de aprovechar la coyuntura lingüística.

—Mira —dije.

Y liberé el pene de entre las piernas.

—¿Qué te parece? —pregunté.

Y se me quedó mirando muy fijamente, puede que pensando si le había formulado una pregunta concreta o había expresado una simple exclamación para que comprendiera mi grado de excitación.

—Te pone como una motocicleta —dijo sentándose sobre la cama para acercarse a mi sexo.

—Ya lo ves.

Me miró con ojos traviosos.

—¿Y si te la toco yo?

Tuve la intención de responderle, pero no pude hacerlo porque justo en ese momento tosí inoportunamente. O quizá se trató de un estornudo, o un escalofrío, o un lamento que me obligó a cerrar los ojos una décima de segundo.

—¿Se te viene abajo si te la toca una mujer? —insistió.

No supe qué hacer. Por toda respuesta dejé que mis hombros se elevaran al unísono mientras ponía una cara entre el delirio y la estupefacción, cerca de la pura imbecilidad.

—No sé —dije—, nunca he permitido que me la toque una mujer.

—¿Por qué no?

—Me da asco —mentí como un imbécil.

—¿Te doy asco yo? —dijo ella retirándose de mi lado, quién sabe si ofendida o haciéndose la ofendida—. Lo que me faltaba por oír, después del día que llevo.

Hizo una breve pausa que yo aproveché para mantenerme en silencio. Y, como no

me pareció suficiente reacción, miré alternativamente a derecha e izquierda moviendo solo los globos oculares.

—Tú no sabes lo difícil que resulta estar todo el día rodeada de hombres desnudos y excitados —siguió diciendo.

Se supone que yo debería haberme relamido al escuchar una perversión tan apetitosa desde el punto de vista homosexual, pero no quise sobreactuar.

—Antes de ducharme en tu baño he tenido que tirar las bragas a la papelera —añadió señalando hacia el baño—. No sabes cómo estaban de pegajosas.

De pronto noté que una bombilla se encendía sobre mi cabeza.

—¿Tenías las bragas manchadas de flujos masculinos? —pregunté adoptando un tono aséptico más que inapropiado.

—¿Te excitaría que así fuera? —repuso ella.

—¿De quién eran esos flujos?

—¿Necesitas conocer su procedencia para excitarte?

—Compréndelo, es una forma de personificarlos. No me gustan los flujos masculinos anónimos por muy intrínsecos que sean.

—Eran del Enmascarado, por supuesto —respondió ella—. Esta tarde hemos participado en un *ménage à trois* con final interior.

Me abstuve de preguntar qué demonios era aquello, quizá porque la bombilla seguía encendida y estaba empezando a deslumbrarme.

—Creo que voy a marcharme —dijo ella abandonando la cama.

—No me dejes así, por favor —le pedí señalando la obstinada firmeza de mi virilidad.

—¿Cómo?

Quizá me estaba desenmascarando demasiado pronto.

—Sin saber si se viene abajo si la toca una mujer.

Ella suspiró muy despacio y regresó a la cama muy deprisa, volviendo a ser la niña adolescente que descubre los secretos de su cuerpo junto a su mejor amiga.

—Entonces, ¿ya no te doy asco?

—Claro que no.

—¿Puedo? —preguntó aproximándose.

—No sé, supongo que sí —dije mordiéndome el labio inferior—. No creo que consigas nada, pero no puedo negar que tengo curiosidad por saber qué sucede.

Ballantines se retiró el cabello con una mano mientras con la otra agarraba el miembro viril, que en ese momento estaba más duro de lo que había estado jamás, quizá porque a él también le excitaba ese juego de equívocos que estábamos practicando. Dispuso la otra mano justo en la corona sobre la que se despliega el glande y se agachó para depositar un casto beso en la punta del mismo. Y todo ello en el supuesto de que un beso dado en la punta de la polla pueda ser de alguna manera casto.

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta y ambos nos sobresaltamos.

—¿Quién puede ser? —dije.

—¿Esperas a alguien?

—No, ¿y tú?

—Nadie sabe que estoy aquí.

Me encaré con la puerta, aunque me temo que no fui muy original.

—¿Quién es? —dije.

—Soy Harrods, señor Bull —escuché que decía desde el otro lado—. Me permite pasar, por favor. Será solo un minuto.

No esperó a que dijera ni que sí ni que no. Movi6 la manivela de la puerta y la hizo chirriar. Ballantines se ocult6 bajo las sábanas haciéndose un ovillo, igual que el profesor Bosch, pero con su boca peligrosamente cerca de mis piernas.

—Le ruego que me perdone —dijo Harrods aproximándose con una bandeja entre las manos—. Le traigo algo para comer. Si no lo quiere ahora, puede tomarlo mañana por la mañana a modo de desayuno. Son unos sándwiches de pepino.

—Gracias, Harrods —respondí notando algo caliente y húmedo entre las piernas—. En realidad ya casi no tengo hambre.

Y comoquiera que Ballantines comenzó a jugar con mis cositas, me vi obligado a alargar la última vocal que había pronunciado.

—Eeeeeeeh —algo así.

—¿Le sucede algo? —preguntó el siempre solícito Harrods.

—No es nada, solo estaba bostezando.

Y de nuevo sentí la necesidad de alargar la vocal.

—Oooooooh.

Harrods empezó a mirarme con la cabeza ladeada, como hacen los perros cuando no comprenden a su amo.

—Bostezo usando diferentes vocales —dije como si dijera una obviedad—. Mucha gente lo hace.

—Claro —aplaudí él divertido—, había olvidado sus pintorescos hábitos de comportamiento.

Ballantines me estaba haciendo enloquecer.

—Dios —dije sin poder evitarlo.

—¿Qué le pasa?

—¿A qué pintorescos hábitos se refiere? —le pregunté agarrándolo de la chaqueta—. Dígamelo, por todos los santos. Dígamelo.

La excitación que me estaba provocando aquella mujer invisible me impedía hablar con ninguna clase de naturalidad.

—Me refería a su costumbre de reírse en silencio —contestó Harrods con toda la prudencia posible.

—Ah, sí —contesté yo alzando la voz hasta el delirio—. La risa en silencio. Dios mío, la risa en silencio. Cómo me gusta. Me encanta, ¿me oye? Adoro el silencio, no obstante lo cual también me gusta mucho el ruido.

Harrods me miró con las cejas muy arrugadas, como si se encontrase ante alguien poseído por el mismo demonio.

—¿Seguro que se encuentra bien? —preguntó.

—Me encuentro de puta madre —contesté vocalizando con violencia—. Hacía mucho tiempo que no me encontraba tan tan tan bien —y luego me vi obligado a subrayar mi discurso—: Coño, joder.

Y me agarré más fuerte aún a Harrods.

—Señor Bull —se quejó este—, le ruego que me deje marchar.

—Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya.

Ballantines estaba empleándose a fondo y yo no podía más. Me encontraba a punto de sacar la bandera de cuadros de una carrera automovilística, cantar el no va más de la ruleta francesa y accionar los fuegos artificiales de una gran fiesta. Harrods comenzó a forcejear para librarse de mí y marcharse.

—No puedo irme si no me suelta —dijo ya visiblemente incómodo.

—No se marche aún, por Dios —respondí con los ojos en blanco—. Le he tomado mucho cariño y quiero darle un abrazo. Venga aquí Harrods. Acérquese, acérquese más, más, más.

Y mientras me relajaba muscular y psicológicamente, le di un largo abrazo a Harrods, apoyando mi cabeza en su estómago e incluso sujetándole una mano. Él permaneció inmóvil, asustado y confuso, sin saber lo que estaba sucediendo ni entender la naturaleza de mi comportamiento. A continuación emití un largo suspiro, dos exclamaciones de ese lamento amable que sucede a la tensión satisfecha y una amplia sonrisa.

—Gracias, Harrods —dije después de separarme de él y carraspear un par de veces—. Ha sido usted muy amable. Ahora, se lo ruego, vaya al baño, mire en la papelera y busque unas bragas sucias. Méталas en uno de esos frasquitos de cristal y lléveselo a Lady Whirlpool. ¿Hará eso por mí?

Harrods puso la boca en posición de responder un expresivo «¿qué?», o quizá un «¿cómo?» o un «¿dónde?», pero no dijo nada. Se ajustó el cuello de la camisa y la corbata, dio un paso hacia atrás, otro hacia la derecha y uno más hacia delante para volver a la derecha. Parecía estar bailando alguna clase de danza popular del condado. Finalmente procesó mis palabras y se dirigió al baño, momento que yo aproveché para levantar las sábanas y encararme con Ballantines.

—¿Por qué has hecho eso? —le dije.

No me contestó salvo con una sonrisa de complicidad. Estuve a punto de aprovechar la oportunidad para llevarle un frasquito de cristal a Lady Whirlpool y descartar la posibilidad de que yo mismo fuera un hijo ilegítimo de su marido.

—¿Se refiere a estas de color rosa, señor? —dijo Harrods sujetando con dos dedos una prenda de ese color.

Volví a levantar las sábanas y vi que Ballantines afirmaba con la cabeza.

—Esas mismas —respondí.

Harrods se quedó mirándome con ojos destellantes. Lo mismo podía volver a bailar su danza folclórica que levantar las sábanas y descubrir a Ballantines.

—Solo quería comprobar de qué color eran las bragas que llevo puestas ahora mismo —dije para disimular.

Y, como Harrods no se movía de su sitio y Ballantines me estaba pellizcando los muslos para indicarme que no podía aguantar más tiempo allí debajo, me vi obligado a continuar hablando.

—Azules —dije—. Las llevo azules. Puede retirarse, Harrods.

Y Harrods se retiró, no sin antes dar media vuelta, tratando de comprender lo que había sucedido allí en aquellos interminables cinco minutos que a buen seguro tardaría mucho tiempo en olvidar.

En cuanto se cerró la puerta, Ballantines salió de debajo de las sábanas.

—Uf, no podía más —dijo—, me estaba ahogando.

—¿Por qué has hecho eso? —repetí.

—¿No te ha gustado?

—No diría yo tanto.

—¿Entonces?

—No me lo esperaba.

—Simplemente he aprovechado la oportunidad que me han dado las sábanas.

—¿Qué oportunidad?

—La de tocarte sin que me vieras. Así podías fantasear un poco.

—¿Con Harrods en la habitación?

—Es una buena fantasía, ¿no? —repuso ella con una sonrisa—. De todos modos no te preocupes, es algo que hago a menudo.

—¿Sí?

—Si no es por la mañana es por la tarde, siempre tengo alguna escena de garganta profunda parecida a esta.

—Ya.

Otra vez los tecnicismos propios de su oficio.

—Precisamente por eso no lo entiendo —añadí.

—¿El qué?

—Te pasas el día protagonizando escenas calientes y ahora, por la noche, cuando podrías liberarte de todo, vienes a mi cama y me haces esto que tan profundamente me has hecho.

Antes de contestarme se retiró un mechón de pelo que tenía sobre los ojos. Quizá quería observar con más detalle mi reacción al escuchar su respuesta.

—Tú no eres un compañero de trabajo —dijo—, ni un novio, ni un ligue, ni un amigo. No eres ni siquiera un hombre. Eres algo así como una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre. Y eso te hace muy especial para mí.

—¿Sí?

—Quiero averiguar si todavía conservo los suficientes encantos para seducir a

alguien que en teoría no se siente atraído por las mujeres.

Medité un momento antes de responder.

—Muy edificante —dije.

—Mi deseo sería convertirte en heterosexual —prosiguió ella—. Lograr que mis encantos femeninos pudieran cambiar el signo de tu naturaleza. Mostrarte mi trasero y convertirte en un hombre. ¿No has pensado alguna vez en hacer algo así?

—¿Quieres que te enseñe el culo?

—¿No has pensado nunca en acostarte con un hombre heterosexual y seducirlo hasta convertirlo en homosexual?

—¿Qué dices? Claro que no.

—Eso es porque no confías en tus poderes de seducción —sentenció ella—. Yo en cambio sí creo en los míos, hasta tal punto que voy a proponerte un reto.

—No pienso enseñarte el culo.

—Antes de que te vayas de Kenwood Manor me estarás haciendo el amor como un loco, agarrado a mis caderas mientras proclamas la masculinidad de tu sexo. Ya lo verás.

Salvo en mis sueños más secretos, nunca había escuchado un discurso tan estimulante y visionario a la vez. Quizá por eso mismo me dormí inmediatamente, como si el lenguaje de los sueños pudiera provocar la somnolencia de la misma forma que las palabras de esperanza reconfortan o las de rencor desalientan. Permanecí tumbado en mi cama hasta bien entrada la mañana, según constaté cuando, al levantarme, vi que la luz del sol entraba por la ventana para iluminar los restos de migas que había dejado Ballantines después de comerse la cena que iba a servirme de desayuno.

Salí de mi habitación con tanta determinación como si no fuera a regresar nunca. No me dirigí al comedor sino directamente a la cocina. Estaba dispuesto a todo para ingerir algún alimento de una santa vez, incluso a hacerme pasar por uno de los cocineros o camareros, o técnico del servicio de mantenimiento de los electrodomésticos si era necesario, pero una vez más el destino fatal de Kenwood Manor se cruzó en mi camino.

—Buenos días, Bull, viejo amigo —me saludó Gilly-Polly, dándome una palmada en la espalda.

Se encontraba junto al profesor Bosch, que mantenía una conversación a través de un teléfono que colgaba de la pared.

—Está muy preocupado —me dijo Gilly-Gilly señalando a su compañero—. Lleva toda la mañana hablando por ese aparato. ¿Ha desayunado ya?

Por fin un poco de cordura en sus palabras.

—No —respondí—, lo cierto es que no he podido hacerlo todavía. Harrods me subió unos sándwiches pero, pero, pero...

Me atasqué y trastabillé porque me di cuenta de que no podía contarle a aquel chiflado en qué deliciosa compañía había pasado la noche.

—Pero ¿qué?

—Que han desaparecido.

En ese momento el profesor Bosch colgó el teléfono.

—Por todos los microorganismos eucariotas del reino animal —exclamó muy enfadado—. Qué mala suerte la mía.

—Se trata de sus lactobacillus —me informó Gilly-Lolly—. Siguen sin aparecer.

Decidí encararme con el profesor.

—¿Dónde están?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —respondió con restos de enfado en la boca—. Nadie sabe nada de ellos. Ni siquiera la policía. Es inútil.

Me quedé pensativo un par de segundos, más o menos el tiempo que tardé en colocar mis dedos índice y pulgar sobre mi entrecejo. Pretendía evitar que la incipiente jaqueca que estaba gestándose allí mismo se dispersara por el resto de mi cabeza.

—¿Quiere decir que estaba hablando con la policía sobre sus bacterias? —pregunté muy lentamente, con el natural pudor que ocasiona preguntar una gilipollez.

Gilly-Mingy asintió con la cabeza en señal de apoyo.

—Sí, estaba hablando con el departamento de la policía científica —explicó el profesor Bosch—. Son los únicos que tienen lo que hay que tener para encontrarlos.

Hice un gesto de comprensión.

—¿Se refiere al valor o a la paciencia? —dije.

—Me refiero al microscopio.

—Ajá —repliqué con los dedos todavía pegados al entrecejo—. Me voy a desayunar.

Sentía un imperioso deseo de huir a toda prisa del campo de acción de aquella pareja de tarados mentales, pero Gilly-Chorry demostró ser un inoportuno con muy buena memoria.

—¿Qué me estaba contando de unos sándwiches que le había servido Harrods? —me preguntó al tiempo que se interponía en mi camino.

—Que han desaparecido —respondí—. Anoche estaban pero hoy ya no.

El profesor Bosch pareció interesado en mis palabras.

—¿De qué eran los sándwiches? —inquirió.

—De pepino.

—¿De pepino? —repitió él—. Qué interesante.

—¿En qué estás pensando, Liebherr? —le preguntó Gilly-Focky—. ¿No creerás que se trata de tus lactobacillus?

—¿Por qué no? Les encanta el pepino.

Me vi en la obligación de aportar algún dato concreto a la investigación.

—Yo no he visto a nadie.

—Señor Bull, por favor —me reprendió el profesor—, son organismos microscópicos. Es imposible verlos a simple vista. Por eso los voy perdiendo por todas partes.

—Comprendo —dije.

—¿Le importa si echo un vistazo a su habitación con la ayuda de mi propio microscopio?

—En absoluto —concedí apartándome para abrirle el paso—. Haga lo que quiera, yo voy a ver qué encuentro para comer.

—Pero ¿qué le pasa a usted? —me interrumpió Milly-Molly agarrándome del brazo—. Está todo el día pensando en la comida. Por Taunais, dios del trueno y la tormenta, nos encontramos en uno de los pocos lugares del condado donde es posible ver completamente gratis cómo el bueno de Dyc se acuesta, por ejemplo, con Carling y Ballantines a la vez.

—Sí, pero es que...

—Vamos. No hay tiempo que perder. Si no estamos en la segunda planta en cinco minutos ya no nos dejarán entrar.

Agaché la cabeza completamente resignado a mi suerte. Pese a la hambruna que estaba pasando era consciente de que tenía una misión que cumplir. Si quería averiguar la identidad del hijo secreto de Lord Westinghouse que se había disfrazado de Enmascarado debía darme prisa.

—De acuerdo —concedí.

Y me dejé guiar escaleras arriba sujeto firmemente por la mano de mi acompañante, que no me liberó hasta que no estuvimos sentados en el mismo sofá que el día anterior, frente a la cama.

—Por cierto —dijo mientras esperábamos a que comenzara el espectáculo—, debo confesarle que me satisfizo en grado sumo la conversación que mantuvimos anoche en la cocina.

—No me diga.

—Sí, creo que ahora nos conocemos mejor y hemos dado el paso definitivo para dejar de ser simples conocidos y convertirnos en verdaderos amigos.

La diferencia entre un imbécil y un hombre normal es que nunca sabes cuándo el primero te está hablando en serio o se está burlando de ti.

—Excelente —dije por decir algo.

—Me refiero a esa clase de amigos unidos por una relación fraternal y sincera en la que no hay secretos ni mentiras, ni chantajes ni trapos sucios.

Como no podía volver a decir «excelente», traté de buscar un sinónimo lo más cercano posible.

—Chachi —dije.

—Y es curioso —continuó hablando Milly-Polly, después de darme una cariñosa palmada en el brazo—, porque yo estaba convencido de que usted, Rhett, si me permite decírselo, me consideraba un idiota sin ninguna gracia.

Si hubiera estado bebiendo algo me habría atragantado. Lo sé porque me atraganté con mi propia saliva.

—Ah —fue todo lo que logré articular.

—No sé por qué —continuó él—, pero se me había metido en la cabeza que usted se reía de mí. Qué estúpido soy, ¿verdad?

—Mucho, sí.

—Pero ahora todo ha cambiado y somos amigos. Y en prueba de mi amistad voy a hacer algo por usted que le complacerá mucho.

Lo miré con las tripas en la mano, literalmente muerto de hambre. Quizá llevaba un sándwich de pepino en el bolsillo de la americana o una manzana o un plátano o un simple paquete de pipas.

—Le voy a permitir que me llame Hootsy-Ovy —dijo entonces aquel cenutrio—. Es un apelativo al que solo respondo en la más estricta intimidad, de modo que le ruego que lo considere una prenda de mi sincera amistad. ¿Qué le parece?

Inspiré tan fuerte el aire de la sala que a punto estuve de tirar el foco que iluminaba la cama.

—No encuentro una sola palabra decente que decir —repliqué.

Y le provoqué un ataque de risa franca y feliz. Y estúpida, porque no encontraba ninguna palabra decente que decir debido a que solo acudían a mi boca insultos y juramentos en varias lenguas.

—Calle, calle, que ya salen.

En efecto, Carling y Ballantines aparecieron en el dormitorio seguidas de un tipo que reclamaba el silencio de todo el mundo, aunque no lo hacía discretamente poniéndose un dedo en la boca sino a voz en grito. Se quitaron sus batas y lucieron

sendos y espectaculares conjuntos de lencería fina que tuvieron la virtud de estimular mi libido.

—Van a hacer el número del espejo —me chivó Mary-Pilly, acercando su boca a mi oído—. Es una maravilla. Observe con atención.

Las dos mujeres juntaron las plantas de sus pies y comenzaron a ejecutar los mismos movimientos, y además al unísono, como si un espejo las separase y una fuera el reflejo de la otra. Juntaron sus manos, sus pechos, sus nalgas y sus labios, aunque no todo al mismo tiempo, componiendo un vistoso número que, por un momento, me recordó las imágenes que se ven a través de un caleidoscopio.

—¿Qué le dije? —continuó susurrando Mary-Polly—. Siga observando.

Carling y Ballantines recibieron entonces a dos caballeros con las manos atadas a la espalda, como si fueran presos condenados a realizar trabajos forzosos, en su caso desnudar a las dos chicas sin más ayuda que sus bocas y sus dientes.

—Espléndido —aplaudió Mery-Chorry—, qué habilidad, qué pulso y qué perfección ortodónica.

No recuerdo mucho más porque en ese momento cerré los ojos y me abandoné al ejercicio de la imaginación, acaso el sexto sentido del que tanto hablan los científicos. Me vi ocupando el lugar de uno de aquellos condenados, acariciando el cuerpo de Ballantines con los labios y la lengua, como si le estuviera tejiendo un vestido de besos y lametones. Chorry-Chorry me creyó dormido y no me prestó atención hasta que, un rato después, salí de aquel trance sensorial y abrí los ojos.

Carling y Ballantines habían desaparecido, lo mismo que sus maniatados compañeros. La cama estaba ocupada por el Enmascarado, el bueno de Dyc y una pelirroja exuberante. El Enmascarado se hallaba tumbado en la cama, la pelirroja sobre él y el pícaro de Dyc detrás. No sé con qué criterio se habrían repartido los orificios esta vez, pero estaba claro que a este último le había tocado culete.

—Menuda siesta se ha echado —me dijo Cully-Chochy una vez que ambos machos hubieron culminado la escena—. Se ha perdido lo mejor.

—¿Qué ha pasado?

—El desafortunado Dyc ha tenido un gatillazo.

Me quedé mirando a aquel tipo con cara de estupefacción.

—No me mire así —protestó—. ¿Cree que los profesionales del sexo son infalibles?

Me encogí de hombros. No sabía que el desafortunado Dyc fuera un profesional del sexo, y en todo caso estaba convencido de que cualquier profesional estaba sujeto a una total falta de infalibilidad, pero no iba a darle la razón a aquel estúpido. Y además me sentía incapaz de pronunciar semejantes palabrejas con el estómago vacío.

—No ha aguantado lo suficiente y ha sacado la bandera de cuadros antes de que hubiera acabado la carrera automovilística —me explicó Choffy-Choffy, como si yo estuviera interesado en los detalles del lance—. Ha sido inoportunamente precoz. No

puede usted imaginarse la bronca que le ha echado el director.

Seguía estupefacto. No sabía qué estaba pasando allí ni de qué director me estaba hablando, así que decidí hacerme el sorprendido para dejar claro lo lejos que quedaba de mí el campo semántico de la precocidad en cualquiera de sus manifestaciones.

—¿Sí? —dije.

—¿A usted no le ha sucedido nunca?

—¿El qué? ¿Que me haya echado la bronca el director? Nunca. Siempre he sido mi propio jefe. Y ahora, si me disculpa, tengo que irme.

Dejé a Peny-Pony meditando los distintos matices de mi respuesta y me dirigí a la puerta que daba a las duchas, tal como había hecho el día anterior. No pretendía saludar a nadie, ni siquiera a Ballantines. No quería dar ánimos al desafortunado Dyc después de su gatillazo ni nada parecido. Lo que me proponía era no perder de vista al Enmascarado cuando se quitara la máscara para comprobar su verdadera identidad, así que me encerré en uno de los retretes contiguos a las duchas, me subí al inodoro y esperé unos minutos.

El ya más tranquilo Dyc comenzó a ducharse primero, en silencio, con el agua tan caliente que el baño entero se llenó de vapor y me hizo creer que estaba en el interior de una nube. De pie, sobre un inodoro y en una nube. A mitad de la ducha desapareció. El susodicho Dyc, no la nube. Por un momento creí que se había evaporado, como el agua caliente, pero pronto comprendí que se encontraba en el retrete que había junto al mío.

El Enmascarado entró entonces en las duchas y comenzó a murmurar una alegre melodía mientras se colocaba bajo el agua, confundido en una densa nube de vapor que velaba tanto el tono de su voz como la alegría de la melodía. Las posibilidades de distinguir su rostro desde donde me encontraba eran remotas. Y sin embargo tenía que identificarlo, una vez supuesto que se habría quitado la máscara para ducharse. Había llegado el momento de pasar a la acción. Me quité la ropa, la apilé sobre el inodoro, salí del retrete y me sumé a la nube de vapor colocándome bajo el chorro de una ducha, junto al Enmascarado, que inmediatamente me tomó por el ya más tranquilo Dyc.

—¿Qué te ha pasado antes? —me preguntó.

Como supuse que no iba a poder apreciar si me encogía o no de hombros y dado que, pese a la densidad y humedad del ambiente, no quería arriesgarme a que me identificara por el timbre de mi voz, pronuncié un sonoro lamento.

—No te preocupes —siguió diciendo el Enmascarado—. Eso nos ha pasado a todos alguna vez.

No sabía qué responder, de manera que volví a pronunciar otro lamento.

—Lo que tienes que hacer es tratar de pensar en otra cosa —siguió aconsejándome el Enmascarado, creyéndome su compañero de aventuras—. Mientras fornica, quiero decir. Lo mejor es que realices un ejercicio intelectual para mantener la mente ocupada. Te recomiendo cualquier tema relacionado con la ciencia, que es la

madre de todo el conocimiento humano procedente de la observación, la experimentación y el razonamiento. A mí me encantan los asuntos científicos.

Me costaba creer lo que estaba oyendo, pero no podía decir ni una palabra.

—Esta tarde, por ejemplo —continuó—, he estado pensando en cómo sería el mundo si la Tierra tuviera forma de plátano. ¿Lo has pensado alguna vez?

Negué en silencio, confundido entre el vapor de agua.

—El perímetro del ecuador sería pequeñísimo —me explicó— y los polos estarían más alejados que nunca. Las estaciones serían extremas y habría una gran diferencia climática entre las puntas del plátano y su parte central.

En ese momento escuché el inconfundible sonido que provoca la cisterna de un inodoro. El aliviado Dyc había terminado en el retrete y era probable que volviera a la ducha. Apenas tenía unos segundos para acercarme un poco más al Enmascarado y comprobar la identidad de su rostro.

—Desde el espacio la Tierra no parecería un plátano —siguió diciendo este—, sino una luna en cuarto menguante. La rotación sería más acusada en la parte convexa que en la cóncava y el centro del planeta sería un destino vacacional al que todo el mundo querría viajar para tomarse un banana split.

Me coloqué las palmas de las manos sobre el rostro, como quien se horroriza de algo o se frota la cara bajo la ducha, y me acerque a él.

—¿Qué te parece? —Escuché que me decía a modo de conclusión—. Creo que mañana, mientras esté fornicando, pensaré en cómo sería el mundo si la Tierra tuviera forma de sandía.

Traté de no desorientarme con su atropellado y absurdo parlamento y separé unos milímetros mis dedos para descubrir con húmedo pavor que el Enmascarado que tenía frente a mí no era otro que el novio de Visa Whirlpool.

—¿Sam? —exclamé sin poder evitarlo.

—Dime —respondió él.

En ese instante percibí una sombra a mi lado y me escabullí hacia el retrete donde había dejado mi ropa.

—¿Qué quieres? —repitió Sam—. ¿Es que nunca te has preguntado cómo sería la Tierra si tuviera la forma de una sandía?

Ignoro qué cara puso el aliviado Dyc, que no sabía de qué iba la conversación, al escuchar esa pregunta. Todo lo que sé es que apenas un minuto después salió de las duchas, quizá porque le aburría la cháchara de aquel inesperado Enmascarado recién desenmascarado o simplemente porque ya había terminado de asearse. Pasó junto a los retretes y llegó a la zona del vestuario donde escuché el característico rumor que produce quien se seca con una toalla. Yo también habría necesitado una. De hecho tuve que secarme con los pantalones mientras trataba de ordenar mis pensamientos.

El descubrimiento de que el Enmascarado era Sam Sonite me había provocado un ataque agudo de interrogantes imposible de calmar. ¿Por qué se preguntaba aquel idiota cómo sería la Tierra si tuviera la forma de una sandía si esa era exactamente la

forma que tenía? ¿Y si tuviera la forma de un plátano? ¿Qué implicaciones atmosféricas y medioambientales tendría un planeta con un ecuador dotado de un perímetro muy inferior a la distancia que mediaba entre sus polos?

El Enmascarado también abandonó las duchas. La nube de vapor se fue condensando o sublimando o algo así, hasta que desapareció. Esperé unos minutos más y salí del retrete, asomándome a la zona de vestuario con mucho sigilo. Todavía iba desnudo. Llevaba mis pantalones extendidos en el brazo para que se secaran cuanto antes. El vestuario estaba vacío. Sam Sonite y el recién duchado Dyc ya se habían marchado, no sé si continuando la conversación que supuestamente habían iniciado en la ducha o convencidos de que ambos estaban medio sordos. Seguramente habían salido por una puerta que había al fondo y daba a una escalera de caracol por la que se accedía a la primera planta sin volver a pasar por el dormitorio donde estaba la cama con el foco.

Precisamente de allí, del dormitorio, me llegó un sonido muy familiar parecido al que provoca una locomotora de vapor que se acerca desde la distancia, lo que significaba que la actividad sexual continuaba al otro lado de la puerta. Un bulto de ropa reclamó mi atención desde una esquina. Tanto el Enmascarado como el recién duchado Dyc habían dejado sus toallas y sus atuendos en el suelo, supuse que a la espera de que el servicio de limpieza se hiciera cargo de ellos. Me agaché para examinar el disfraz del primero, que consistía en su célebre máscara, un cinturón ancho y una ridícula capa.

A lo lejos escuché el pitido final del tren un minuto antes de que la puerta del dormitorio se abriera y entraran dos chicas acompañadas por el tipo que mandaba en la estación. Sin encontrar otra idea mejor para camuflarme, me puse la máscara, el cinturón y la capa. Fue un impulso inevitable. Supongo que los disfraces tienen una magia especial que nos fascina. A veces me pregunto si no será que nos hacen desaparecer del mundo transfigurados en otro personaje que nos proporciona un cómodo y seguro anonimato.

—¿Aún estás aquí? —dijo el jefe de estación, confundidome con el Enmascarado—. Si no te importa vamos a repetir la escena de esta mañana. Ha habido un problema técnico. Te doy dos minutos.

—¿Es a mí? —dije señalándome el esternón.

—Sí, a ti, a ti —respondió él—. ¿Sabes a cuál me refiero?

No supe a cuál de mí se refería. Y como no le respondí, se vio obligado a refrescarme la memoria.

—Triple anal con final exterior.

Parecía estar enseñando sus cartas después de una buena mano en una partida de póquer.

—¿Triple qué?

—¿No te has leído el guión?

Lanzó un impropio que prefiero no repetir, quizá porque no lo recuerdo.

—¿Qué guión? —dije.

—Qué guión va a ser —respondió él—, el que te he dado esta mañana.

Y se fue dando un portazo, dejándome inmóvil y aturdido, todavía mojado, con mi máscara, mi cinturón y mi capita sobre los hombros. Y con solo dos cosas claras en la cabeza: que allí pasaba algo que nadie me había contado y que probablemente por eso mismo me había metido en un buen lío. Sin embargo, y pese a todo, mis atributos sexuales reaccionaron de la manera más estimulante de las posibles, ansiosos por comprobar qué era una triple anal con final exterior.

Resoplé un par de veces. No sabía qué hacer. Tenía miedo de que descubrieran que no era el verdadero Enmascarado, ya fuera Lord Whirlpool o su futuro yerno. Me miré en el espejo que había sobre los lavabos y comprobé que tanto mis piernas como mi torso se parecían bastante a los de Sam Sonite y los de este a los de Lord Whirlpool, de manera que apliqué la propiedad transitiva de las piernas y los torsos y encontré la entereza suficiente para dar varios pasos en dirección al dormitorio. El resto lo hizo el jefe de estación, que abrió la puerta, me cogió de un brazo y tiró de mí hasta la cama, donde me esperaban Carling, Ballantines y otra chica a la que todavía no conocía y que, sin embargo, colocó sus cuartos traseros a mi disposición inmediatamente, quizá cumpliendo algún ritual de bienvenida de alguna remota cultura de las que habitan este planeta con forma de sandía.

—Estimúlalo un poco, cariño —escuché decir al jefe de estación dirigiéndose a Carling.

—Muy bien —respondió ella acercándose a mí con una sonrisa.

No hace falta decir que, pese a mi galopante hipoglucemia, el miembro viril se comportó como cabría esperar de un órgano tan fácilmente impresionable, así que el jefe de estación ordenó silencio, sacó su banderita y su pito y dio la orden de partida. Las tres chicas se colocaron a cuatro patas sobre la cama, mostrando sus respectivos traseros a la luz del foco que nos iluminaba. Me asomé a ellos con una curiosidad tal vez inoportuna y comprobé que habían sido previamente lubricados por alguna clase de potingue al uso. Inmediatamente comprendí lo que era una triple anal con final exterior. Tan inmediata y rápidamente lo hice que me vacié mansamente sobre el pompis de la primera chica, que era mi querida Ballantines.

—Corten —gritó el jefe de estación.

—¿Cómo que corten? —dije yo muy asustado, llevándome las dos manos a la entrepierna.

El jefe de estación se dirigió hacia mí con los signos característicos de la mala educación.

—Me voy a cagar en mi puta madre —dijo tan soezmente que estuve a punto de tapan los oídos de Ballantines—. Vaya día de mierda que llevo. Primero el pobre Dyc y ahora tú. ¿Qué cojones os pasa?

—Es que no he desayunado —alegué levantando un dedito.

Él me miró ladeando la cabeza y dando dos pasos hacia atrás, como si fuera a

hacerme un retrato. Por suerte para la historia de la fotografía no era esa su intención. Me hizo bajar de la cama y me llevó a un rincón de la habitación.

—¿Sam? —me dijo atisbando por entre los agujeros de la máscara que llevaba puesta—. ¿Eres tú? ¿O es usted, Milord?

—Soy yo, soy yo —dije, esta vez sí, muy seguro de mis palabras—. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —repitió él.

Y consideré que era un buen momento para aprovechar su desconcierto.

—¿No tendrás algo de comer? —dije.

—Para esta tarde tengo una escena con dos cunnilingus —respondió mirando unos papeles que llevaba en la mano—. Si te interesa, te la reservo.

No supe si me tomaba el pelo o me hablaba en serio. No sabía lo que ponía en aquellos papeles ni comprendía aquel lenguaje lleno de tecnicismos.

—¿Vas a poder consumir la tripe anal o llamamos al otro Enmascarado? —dijo.

—¿Al otro? —repetí con una entonación a medio camino entre una exclamación y una pregunta.

Pretendía hacerle creer que conocía perfectamente la identidad de ese otro enmascarado, pero que de alguna manera me sorprendía su propuesta. Y debo reconocer que expresar algo tan prolijo sin poder gesticular, con la sola ayuda de mis aparatos de fonación y completamente en ayunas no resultó nada fácil.

—De acuerdo —concedió el jefe de estación—. Te doy una segunda oportunidad, pero no me falles.

—Tranquilo —dije.

Y lo hice con la misma firmeza que podría haberle dicho: «bebe mucha agua que es buena para el riñón» o «si alguna vez vas a vivir a un planeta con forma de plátano, elige la parte cóncava, que tiene la rotación más suave». Simple y llanamente no sabía cómo salir de aquel atolladero. Lo único que sabía era que no podía volver a la cama donde me esperaba mi adorada Ballantines y sus dos compañeras. Podría decirse que en lugar de una huida hacia delante opté por una huida hacia atrás, concretamente hacia la puerta de las duchas, que quedaba a mi espalda.

—Si me disculpan un momento —dije.

Y desaparecí de la escena a toda prisa, dejando al jefe de estación de una pieza, sin tiempo de pedir que se cortara nada esta vez. Dos tipos entraron corriendo detrás de mí con gran estrépito de pasos y voces, así que no pude recuperar mi ropa ni desembarazarme del disfraz. Todo lo que pude hacer fue continuar mi huida, siempre hacia atrás, saliendo por la puerta que daba a la escalera de caracol y dando tantas vueltas que en algún momento me pregunté en qué parte de mi anatomía sería más fuerte la rotación.

La escalera terminaba en un pasillo por el que comencé a correr sin ningún estilo, a lo loco, notando cómo la capita del Enmascarado revoloteaba a mi espalda. Estuve a punto de levantar una mano y adoptar una posición horizontal en el aire para ver si

había suerte y la capita me permitía volar, pero no quise comprometerme más de lo necesario, tal vez porque estaba empezando a marearme y las fuerzas podían fallarme en cualquier momento. Por pura lógica, y recordando mis escasos conocimientos de física aerodinámica, pensé que era menos arriesgado desmayarme mientras corría que mientras volaba. Los dos gorilas del jefe de estación seguían persiguiéndome, tal como me indicaban sus jadeos e insultos. Me llamaron cabrón, bastardo, hijoputa, picha floja y farsante, lo cual significaba que eran muy intuitivos o muy observadores. O ambas cosas.

Mi frenética carrera me hizo doblar una esquina e incorporarme a un pasillo más ancho que conocía bien. Era el que conducía al comedor, justamente el lugar al que necesitaba llegar con urgencia, aunque antes tenía que librarme de los gorilas que me insultaban, así que frené en seco y me metí en el salón de la música o en el de los relojes o en una de aquellas estancias que me había mostrado Lady Whirlpool nada más llegar a Kenwood Manor. Cerré la puerta y eché el cuerpo hacia delante, sujetándome a mis propias rodillas para recuperar el resuello mientras escuchaba las siguientes palabras:

—Yo no he sido.

—¿General Motors? —farfullé.

—Ya estaba muerto cuando he llegado —añadió mostrándome sus manos manchadas de sangre, como hacía siempre.

Suspiré en silencio, decepcionado al comprobar que la paciencia de un superhéroe enmascarado también tiene sus límites. Luego miré por todas partes en busca del cadáver, pero todo lo que vi fue que el viejo llevaba los pantalones bajados.

—¿A qué muerto se refiere? —dije.

—¿Quién es usted? —preguntó él sin hacerme ningún caso.

—Soy yo, ¿no me recuerda?

—No.

Entonces comprendí que el General no había asistido nunca a las orgías que protagonizaba su yerno. Y decidí aprovechar la oportunidad.

—Soy el Zorro —dije.

—¿Quién?

—El Zorro, ¿no ha visto mis películas?

El abuelo me miró de arriba abajo y afirmó con la cabeza.

—¿Y qué hace usted aquí? —preguntó.

—Vengo a hacer justicia.

—¿Desnudo?

—Llevo mi capa —maticé señalándola.

Él la miró por encima de mi hombro y luego desvió la vista hacia mi bajo vientre.

—Se le ve el pajarito —dijo.

—Es lo que pasa si vas desnudo.

Entonces se dio cuenta de que llevaba los pantalones bajados.

—Vale —admitió subiéndoselos—, pero yo no he sido.

—Eso tendrá que probarlo —repliqué acercándome a él—. Ahora he de hacerle una pregunta importante.

—¿Qué quiere?

—Quiero saber por qué no permitió que su hija se casara con un Westinghouse.

El General dio dos pasos hacia atrás, como si le hubiera serigrafiado una zeta en el pecho con mi afilado florete.

—Respóndame —insistí.

—Eso es algo que pasó hace mucho tiempo.

—¿Qué le han hecho los Westinghouse para que los odie tanto?

La pregunta fue tan directa que el viejo no pudo esquivarla y mis palabras le acertaron en toda la cara, como un buen puñetazo.

—Todo el mundo sabe lo que me hizo esa gente —dijo pronunciando su respuesta más despacio de lo habitual—. Lo que nadie sabe es lo que yo les hice a ellos.

Guardé silencio porque creí que el viejo estaba a punto de decirme algo importante, probablemente la confesión de un crimen, pero en ese momento la puerta de la biblioteca o de la sala de los relojes o de donde diantres estuviéramos comenzó a temblar a punto de ser abatida por los gorilas que me perseguían.

El General Motors miró la puerta primero y luego a mí en busca de una explicación.

—El Zorro tiene muchos enemigos —le expliqué—. Usted no tiene nada que temer. No es un superhéroe enmascarado. No puede imaginarse lo difícil que es ser un superhéroe en estos tiempos de crisis posbélica.

—¿De verdad?

—Solo dígame qué les hizo a los Westinghouse.

El viejo estaba demasiado asustado para poder hablar.

—Dígamelo —exigí.

—Solo puedo decirle que la boda entre mi hija y Winston no podía ser —dijo mirándome tan firmemente que por un momento creí encontrarme ante una persona cuerda—. Era una boda imposible.

No me pareció que entre las dos frases hubiera grandes diferencias de significado, pero no pude manifestar esta crítica de orden semántico ni seguir con el interrogatorio porque la puerta estaba cediendo ya y la luz del pasillo comenzaba a iluminarnos. Tenía los segundos contados.

—Hágame un favor —le ordené.

—¿Qué quiere?

—Desnúdese y escúcheme bien. Voy a contarle una cosa.

El aroma de la comida guió mis últimos pasos hacia el comedor, donde ya se encontraban Lady Whirlpool, el sin par Locky-Locky, Sam Sonite y Visa Whirlpool, el profesor Bosch, una señora muy distinguida y dos señores desconocidos, uno de ellos dormido. Saludé a los presentes con una energía impropia de mi hipoglucemia y me senté junto a Lady Whirlpool.

—¿A qué huele usted? —dijo acercando su nariz a mi americana.

—He estado en el segundo piso de Kenwood Manor —respondí para hacerla callar—. ¿Ha analizado usted la nueva muestra que le di anoche a Harrods?

—Así es.

La miré porque pronunciar una sola conjunción, en este caso copulativa, me pareció menos expresivo que una mirada.

—Después de comer nos reuniremos con el profesor Bosch en la biblioteca —dijo volviendo a acercarse para que los demás comensales no la escucharan—. Y por lo que más quiera, cámbiese de americana.

Asentí porque negar habría sido de mala educación, pero no pensaba cambiarme una sola prenda de mi atuendo antes de ingerir algún alimento. Sam y la deliciosa Visa Whirlpool me miraban intrigados por los cuchicheos de su madre política y biológica, respectivamente.

—¿Han pasado ustedes una buena mañana? —pregunté dirigiéndome a él.

—Excelente —contestó como cabría esperar.

—¿De verdad? ¿Qué ha hecho usted? Cuénteme.

—Rhett, por favor —protestó Visa—. Eso no es de tu incumbencia, ¿lo es?

Sam mostró sus manos abiertas, como si no tuviera nada que ocultar o estuviera vendiendo una crema hidratante contra el agrietamiento de la piel.

—No pasa nada, Visa —comenzó a decir clavándome los ojos entre las cejas—. He estado ocupándome de mis negocios, señor Bull.

—¿Qué negocios son esos?

—¿Qué negocios son esos? —repetió como si estuviera aprendiendo a hablar mi idioma—. Realizo todo tipo de actividades bursátiles, señor Bull. Compró y vendo acciones, entro y salgo de las empresas.

Sonreí con una complacencia que contrastaba con el eco de mi estómago vacío.

—¿Entrar y salir? —repetí, como si ahora fuera yo quien estuviera aprendiendo a hablar su idioma—. ¿No querrá decir meter y sacar?

Visa Whirlpool torció la cabeza y su melena resbaló hasta su hombro produciéndome un escalofrío de admiración. Eso o que el vacío de mi estómago se me había pasado al duodeno.

—¿Qué estás intentando decirnos, Rhett? —preguntó devolviendo su melena a su verticalidad habitual.

—Son cosas más, Visa —dije valorando la posibilidad de pedirle que pasara el

resto de la comida con la cabeza torcida—. No me hagas caso.

Y sonreí con esa suficiencia forzada que experimenta quien sabe más de lo que dice pero menos de lo que su interlocutor cree que sabe. Por suerte para todos, los camareros comenzaron a servir los entrantes. No recuerdo cómo eran, los entrantes, quiero decir, aunque a decir verdad tampoco recuerdo a los camareros. En aquel momento me habría comido la servilleta, con sus ribetes de organdí bien crujientes. Los platos fueron colocados en el centro de la mesa a la espera de que Lady Whirlpool diera su visto bueno y los comensales pudiéramos servirnos, el señor que se había quedado dormido excluido.

—Señor Bull —dijo mi anfitriona—, permítame presentarle a Lord y Lady Thomson.

Y señaló a la señora distinguida y al señor dormido.

—Mucho gusto —dije yo, perturbado por el aroma de la comida.

—El gusto es nuestro —respondió Lady Thomson, usando un educado plural para disculpar a su marido.

—Son unos buenos amigos de la familia —me explicó Lady Whirlpool—, y están aquí para realizar una misión muy delicada. ¿No es así, Rowenta?

La aludida sonrió y asintió. Y puede que hasta guiñara un ojo.

—¿Y qué misión es esa? —pregunté rápidamente para no demorar el visto bueno de la señora de la casa y poder empezar a comer.

—Lady Thomson es la encargada de organizar este año la fiesta de bienvenida del nuevo vicario —explicó Lady Whirlpool.

—¿De veras? —dije sujetándome las manos.

—Ella y su esposo, aquí presente, están visitando todas las casas del condado y han venido a Kenwood Manor para comprobar personalmente si reúne los requisitos necesarios.

—En ese caso, mi querida Rowenta —dije con una traviesa sonrisa—, les recomiendo que no dejen de visitar la última planta.

—Señor Bull, por favor —me riñó mi anfitriona.

Aunque no supe si lo hacía por mencionar ese lugar de su casa o por tratar con semejante familiaridad a su invitada.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Lady Thomson.

—Solo estaba pensando en un modo de mantener despierto a su esposo —dije.

Las dos damas se miraron entre sí desconcertadas, o mejor dicho una desconcertada y la otra aterrada.

—Subir escaleras es un ejercicio físico de lo más estimulante —resolví con los brazos abiertos de pura inocencia—, ¿no lo es?

Lady Whirlpool guardó silencio y hasta cerró los ojos. Lo mismo podía estar bendiciendo la mesa que conteniéndose para no darme un sopapo. No hizo ni una cosa ni otra porque justo en ese momento algo entró en el salón y comenzó a armar barullo por debajo de la mesa, levantando por igual quejas y lamentos de las señoras

y los señores allí reunidos, Lord Thomson nuevamente excluido.

—¿Qué sucede? —preguntó Lady Whirlpool.

—Es *Hendricks* —respondió Zocky-Zocky palmeando al animal en el lomo—. Está buscando algo, pero parece muy confundido. Se ha chocado con mis piernas y ahora se ha quedado atrapado entre las patas de mi silla.

No hace falta decir que el animal buscaba a su dueño y que, una vez liberado de la silla de Patty-Locky, me encontró a mí en su lugar. Lady Whirlpool me miró con el ceño tan fruncido que era prácticamente imposible que me viera. Por toda respuesta le sonreí y traté de comportarme de la manera más natural posible, sin olvidar que en ese momento me habría comido hasta las orejas del chucho, lo cual comprometía notablemente mi naturalidad.

Palmeé a *Hendricks* en la cabezota y hasta le pedí que me diera la patita.

—¿Qué significa esto? —preguntó la dueña de la casa.

No supe a qué se refería en concreto.

—Me está dando la pata —repliqué—, como si fuera humano. Es un truco muy habitual que demuestra la relación fraternal que existe entre el hombre y el perro.

—Eso ya lo veo, por todos los santos —se lamentó ella poniéndose de pie—. Lo que quiero saber es por qué lleva usted la ropa de mi padre.

Y, usando la servilleta, soltó un latigazo sobre la mesa que, además de despertar a Lord Thomson, impactó sobre uno de los entrantes cuya salsa me salpicó en la cara.

—¿De su padre? —Me hice el extrañado mientras me limpiaba la salsa con la mano y me relamía los dedos.

Y acto seguido me quedé mirando la americana y los pantalones que llevaba puestos como si fuera la primera vez que me veía vestido.

—Lleva usted un traje de mi padre —perseveró ella, tocándome la solapa de la americana—, por eso huele tan mal. Hasta *Hendricks* se ha dado cuenta.

Volví a acariciar la cabezota del perro, en parte para pensar en una coartada y en parte para limpiarme la mano.

—Todo tiene una explicación, Lady Whirlpool —dije quitándome la americana.

—En ese caso, démela.

No le hice caso y la colgué en el respaldo de la silla. Los demás comensales parecían tan preocupados como Lady Whirlpool, incluido el atónito Lord Thomson.

—Si no le molesta —respondí educadamente—, hablaremos más tarde, cuando estemos a solas.

Pero mis palabras estuvieron muy lejos de tranquilizarla.

—Me es imposible probar bocado si no tengo la seguridad de que a mi padre no le ha sucedido nada malo. Es un hombre anciano, tiene un comportamiento más que singular y estoy muy preocupada por él.

—No sea usted paranoica, Lady Whirlpool, se lo ruego —le dije sin perder la sonrisa ni la compostura—. Para interpretar ese papel ya tenemos aquí a otros comensales más idóneos. Le aseguro que al General Motors no le ha sucedido nada

malo.

—Dígame entonces por qué lleva su ropa.

—Ya le he dicho que se lo contaré enseguida —dije sentándome y poniéndome la servilleta sobre el regazo—, en cuanto terminemos de comer. Tiene todo una pinta estupenda. *Bon appétit*, señores.

Fui a coger el tenedor y el cuchillo de la mesa pero un violento manotazo me lo impidió.

—Acompañeme a la biblioteca, se lo ruego.

—¿Ahora?

Lady Whirlpool había adoptado un tono de voz inconfundible para cualquiera que haya estado casado un tiempo superior a dos meses. Sin embargo, lo más intimidante fue la presencia del solícito Harrods, que se había colocado detrás de mí y había movido mi silla sin esperar siquiera a que yo separase el trasero del asiento.

—Liebherr, por favor —añadió Lady Whirlpool dirigiéndose a la mesa—, acompañenos usted también.

El profesor Bosch se levantó, cogió una caja de madera que había junto a su silla y nos acompañó hasta la biblioteca, donde Lady Whirlpool y yo tomamos asiento. El profesor Bosch se acomodó en la alfombra y Harrods se quedó fuera.

—No me gusta abandonar a mis invitados en medio de una comida —comenzó a decir Lady Whirlpool—, así que, si no le molesta, iré directa al grano.

—Vaya donde quiera.

—Usted tiene algo que contarme y yo tengo algo que contarle a usted, de manera que tendrá que elegir. ¿Prefiere hablar o escuchar?

Lo que prefería era comer, incluso comer hablando o escuchando, pero no tuve más remedio que escuchar en ayunas. Por su parte el profesor Bosch había sacado un pequeño microscopio de la caja de madera y estaba de rodillas en la alfombra mirando por su ocular.

—La muestra que consiguió el primer día es distinta de la que consiguió ayer —dijo la señora carraspeando un par de veces, quizá por el sofoco de tener que hablar nuevamente de temas masculinos—. ¿De dónde las sacó?

—Ambas proceden del Enmascarado.

Ella elevó las cejas y miró hacia la alfombra.

—¿Es eso posible, Liebherr? —preguntó.

El profesor Bosch lanzó dos sonidos guturales en forma de contestación negativa. Eso o que estaba jugando a ser un perro y había lanzado dos gruñidos. De hecho, estaba mirando por el ocular del microscopio con sus cuatro extremidades apoyadas en la sufrida alfombra.

—Ya lo oye —tradujo Lady Whirlpool—. Es completamente imposible. ¿Sabe lo que eso significa?

Apreté los labios y comencé a afirmar repetidamente con la cabeza como quien de pronto lo comprende todo, aunque en realidad no entendía nada. Solo lo hice para

ganar tiempo.

—¿Puede un hombre tener dos tipos de flujos orgánicos distintos, Liebherr? —preguntó ella sin dejar de mirarme.

Y de nuevo los dos sonidos guturales.

—¿Está usted seguro de que ambas muestras corresponden al Enmascarado? —insistió.

—Lo estoy —dije tan seguro de mí mismo que hasta yo mismo me creí, olvidando que una de ellas procedía de las bragas que Ballantines había tirado a la papelera de mi cuarto de baño.

—En ese caso, no es necesario que le diga nada más, ¿lo es?

—No, no. Es suficiente.

Cualquiera que fuese la conclusión a la que había llegado la buena señora debía de tener un punto divertido porque diría que sus labios comenzaron a sonreír.

—Es toda una sorpresa —dijo—. ¿No lo es, Liebherr?

El aludido lanzó un solo gruñido en señal de afirmación. Seguía mirando por el ocular del microscopio a cuatro patas. Solo le faltaba mover la colita, en el supuesto de que no la estuviera moviendo ya. Su dueña recogió la barbilla y parte de los pómulos entre sus manos e inspiró muy profundamente el aire de la sala.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo devolviendo el aire a su sitio.

—Quizá plantear el caso en voz alta nos ayude a buscar una solución —propuse con los ojos entrecerrados de quien está sumido en sus pensamientos.

—Es una buena idea.

—¿Me hace el honor, Lady Whirlpool?

—¿Qué quiere que diga?

—Veamos —dije con un súbito aire de resolución—. Yo comenzaré a esbozar el planteamiento y usted lo acabará. ¿Le parece bien?

—¿Y por qué no al revés? —planteó ella, demostrando tener el cerebro de una buena hembra de *Homo sapiens*.

—Porque preferiría ser yo quien tuviera la oportunidad de reflexionar al final —repuse—, mientras usted habla.

—Me parece bien.

—Y a su perro —añadí—, ¿le parecerá bien?

—¿A quién se refiere usted?

Comprendí que había metido la pata.

—Al perrofesor Bosch —reaccioné con presteza—, aquí presente.

Y escuché un solitario gruñido a modo de respuesta.

—De acuerdo —dije concentrándome esta vez de verdad, lo cual se me hizo particularmente difícil al no tener cerca una cerveza, un licor o una copa del ponche de Harrods—, veamos. La primera muestra demostró que Lord Westinghouse tenía un hijo desconocido que en modo alguno podía ser Lord Whirlpool.

Lady Whirlpool asintió.

—La segunda muestra resultó ser distinta de la primera, de lo que se deduce que no se corresponde con el hijo desconocido de Lord Westinghouse. —Me callé hábilmente, si es que no es siempre hábil callarse, y resoplé con mofletes hinchados—. Siga usted, se lo ruego.

No puso pegas esta vez.

—Como el profesor Bosch sostiene que no es posible que un hombre tenga dos tipos de flujos distintos —dijo—, la única conclusión posible es que el flujo de la segunda muestra corresponda a un hombre distinto del de la primera.

Esta vez fui yo el que asentí, pero sin abandonar mi pose de pensador, que consistía en apoyar la mejilla sobre el puño izquierdo y el codo izquierdo sobre la mano derecha. Y todo eso sin perder el equilibrio.

—Si ambas muestras procedían del Enmascarado —prosiguió ella—, la única posibilidad es que...

—Demonios, aquí están —dijo de pronto el profesor Bosch.

—¿Ha encontrado sus lactobacillus? —preguntó Lady Whirlpool.

—No, pero he encontrado un poblado habitado por ácaros del polvo.

—¿No me diga? —repliqué.

Y lancé un resoplido de impaciencia.

—¿No me cree? —protestó aquel perrillo pulgoso todavía a cuatro patas—. Venga a comprobarlo.

—No será necesario —se apresuró a contestar Lady Whirlpool—, le creemos, profesor. ¿No es así, señor Bull?

Me miró con las cejas levantadas y los ojos saltones, reclamando una credulidad que no estaba dispuesto a manifestar. Luego se recostó en el sofá y se peinó un mechón de pelo que se le había soltado del moño.

—¿Por dónde íbamos? —añadió—. Me he perdido.

Se había perdido en su propio sofá.

—Estaba usted diciendo que si ambas muestras pertenecían al Enmascarado, la única posibilidad era que...

—Ah, sí. ¿Es necesario que siga?

Me abracé el tronco de mi propio cuerpo, en ese gesto tan característico que usan los cursis para demostrar autocomplacencia y cariño, pero que en mi caso sirvió para tener mis brazos a buen recaudo no fueran a hacerle un corte de mangas a aquella señora tan bien peinada.

—Sí, por favor, se lo ruego —dije con una sonrisa encantadora—. El ejercicio dialéctico me está resultando altamente provechoso.

—Me alegro —sonrió ella mientras yo cerraba los ojos para concentrarme—. Bueno, pues la única conclusión posible es que haya más de un Enmascarado.

—Amplíe ese punto —dije sin abrirlos.

—Mi marido puede tener un doble, o varios dobles, que le ayuden a protagonizar sus aventuras sexuales.

—Siga.

—Alguien que se parezca físicamente a él y sea irreconocible con un antifaz.

—Ya veo —dije.

Pero mantuve los ojos cerrados.

—De ese modo podría entenderse que usted trajera una muestra de un hijo de Lord Westinghouse el primer día y del padre de dos de mis hijos el segundo.

Ni siquiera el profesor Bosch se atrevió a romper el silencio que siguió a las enigmáticas palabras de Lady Whirlpool. Yo tampoco lo hice. Tenía la cabeza y los intestinos hechos un lío. El asunto que se me planteaba era ya lo suficientemente peliagudo para resolverlo bien alimentado, con el estómago vacío resultaba irresoluble.

—Discúlpeme si no le digo de qué hijos se trata —añadió Lady Whirlpool haciéndose la estrecha—, pero no quiero darle demasiadas facilidades. Ni tampoco predisponerlo para que saque conclusiones erróneas.

—Por supuesto —dije.

En realidad me daba igual si me lo decía o no. Mi labor se limitaba a obtener una muestra de flujos masculinos de un sujeto que fornicaba con antifaz y capita para que un tipo que había perdido sus mascotas unicelulares sacase las conclusiones científicas oportunas. Nada más. Lady Whirlpool debió de leerme el pensamiento porque pareció sentirse incómoda. Se quitó los zapatos, subió las piernas al sofá y las dispuso plegadas a la izquierda del resto de su cuerpo.

—¿Comprende mi postura? —me preguntó.

—Sí —dije levantándome—, a mí también se me duermen las piernas cuando paso mucho rato sin moverme.

—Ahora le toca a usted —añadió ella sin la menor intención de moverse de allí—. Dígame por qué lleva la ropa de mi padre.

—Pues verá —dije.

Y me callé, porque en aquel momento, como si los ruidos hubieran estado esperando la orden oportuna para entrar en escena, se escucharon varios golpes en la puerta de la biblioteca, acompañados de ladridos y voces humanas, aunque tampoco puedo descartar la posibilidad de que los ladridos fueran igualmente humanos. Lady Whirlpool volvió a colocar los pies en el suelo, una rápida y sabia reacción dado que nunca sabe uno cuándo va a tener que salir corriendo del lugar en que se encuentra, especialmente si se escuchan golpes cercanos.

—¿Qué ocurre? —dijo.

La puerta de la biblioteca se abrió y vimos cómo *Hendricks* entraba al trote, se estampaba por este orden contra los volúmenes de la L a la M de la Enciclopedia Universal, la mesita que había junto al sofá, el trasero del profesor Bosch y conmigo mismo, al extremo de que me vi obligado a volver a sentarme debido a la inercia que traía el animal. Detrás de él venía el General Motors vestido de Enmascarado y los dos gorilas de Lord Whirlpool.

—Ese es el señor que me ha dado el disfraz —dijo el General señalándome.

—¿Está seguro? —le preguntó uno de los gorilas.

—*Hendricks* lo ha encontrado porque lleva mi ropa.

El otro gorila avanzó hacia mí y yo me coloqué junto a *Lady Whirlpool*.

—¿Qué ha sucedido, padre? —preguntó ella.

—Yo no he sido.

—¿Qué quieren ustedes? —continuó preguntando, esta vez dirigiéndose a los gorilas de su marido.

—Cumplimos órdenes de *Lord Whirlpool*, *Milady* —respondió el gorila que no me estaba persiguiendo.

Lady Whirlpool observaba a su padre sin dar crédito, como con usura.

—¿Por qué vas vestido así, padre? —dijo.

—Soy el Zorro —respondió el anciano.

Lady Whirlpool suspiró con tanta energía que tuvo que sacarse un pañuelo para sonarse la nariz.

—¿El Zorro? —repitió—. ¿Qué clase de Zorro va vestido así?

—Soy un Zorro nudista —contestó el General *Motors* señalándome de nuevo—. Me lo explicó todo este señor.

Lady Whirlpool me miró de reojo, como tratando de calibrar la distancia a la que quedaba mi hígado por si decidía soltarme un buen codazo.

—¿Qué te ha explicado este señor exactamente?

—Pues lo del Zorro.

—¿El qué?

—Que en las dos primeras películas el Zorro era *Douglas Fairbanks* pero que, cuando se cansó de interpretar el papel, le cedió la espada y el disfraz a *Robert Livingston*. Y que un poco más tarde este le pasó el papel a *Tyrone Power*.

—¿Eso te ha explicado este señor?

Di un paso atrás temeroso de los codos y las demás articulaciones de *Lady Whirlpool*.

—Sí —prosiguió el General—, cuando *Tyrone Power* también se cansó de ser el Zorro, le cedió la espada y el disfraz a este señor, que ha sido el Zorro durante un tiempo y ha cambiado ciertas costumbres del personaje.

—¿Eso ha hecho?

—Sí. Por ejemplo, ya no lleva espada y se ha vuelto nudista.

—Ya.

—Y ahora, después de otra crisis de identidad, yo he sido el elegido para dar vida al nuevo Zorro y continuar la saga. Y cuando yo me canse del papel, tendré que pasar el testigo a otro Zorro y así sucesivamente, de un actor a otro, hasta el fin de los tiempos. ¿No te parece maravilloso?

Lady Whirlpool no se movió ni un milímetro.

—Delirante —dijo.

Y se volvió hacia mí.

—¿Qué significa todo esto?

Yo mostré las palmas de mis manos en señal de calma. Todo tenía una explicación, pero había un problema, porque esa explicación me incriminaba delante de los gorilas de Lord Whirlpool, de modo que no podía dársela. Tampoco podía darle la razón al viejo y reconocer que todo lo que había dicho era verdad, si bien es cierto que lo era, aunque respondía a un embuste que había tenido que improvisar descuidadamente cuando iba a ser capturado por los dos gorilas allí presentes.

Sin poder articular palabra ni expresarme por medio de ningún otro gesto opté por subirme al sofá, pronunciar dos ágiles zancadas, saltar al suelo de la biblioteca y salir corriendo por la puerta que todavía estaba abierta, consiguiendo que tanto los gorilas de Lord Whirlpool como el Zorro en versión nudista, su hija y quién sabe si los ácaros del polvo de la alfombra comenzaran a perseguirme, algunos unos simbólicos metros, otros con más perseverancia, sin intención aparente de dejarme escapar.

Corrí como un fugitivo buscando el lugar más apropiado para pasar desapercibido cuando uno corre: una persecución policial, una carrera popular, una maratón, esa clase de cosas. Entonces se me ocurrió que podía acelerar mi huida dirigiéndome hacia el garaje de Kenwood Manor para recoger mi automóvil o hacia los establos para montar uno de los caballos de los Whirlpool.

Como no sabía dónde estaba el primero me dirigí hacia los segundos. Allí encontré a Visa Whirlpool aparejando a *Honeywell*.

—Buenas tardes —farullé con escasa distinción, a punto de caerme al suelo.

—¿Qué te sucede?

Traté infructuosamente de hacerme el sorprendido.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Porque llevas el miedo pintado en la cara —enumeró Visa—, has llegado aquí corriendo como un loco y hueles como si te hubieras duchado con aguas fecales.

—Necesito un caballo —dije.

Y me sentí un digno sucesor de Fairbanks, Livingston y Power.

—¿Quieres dar un paseo? —me preguntó Visa.

—Eso mismo.

—De acuerdo —concedió—, los mozos de cuadra no tardarán en aparejar a *Grundig* y podremos dar un paseo como el de ayer.

—Perfecto —acepté mirando hacia la casa, de donde salían ya los gorilas y el Zorro nudista—, pero no hace falta que le pongan la silla.

—¿Quieres montar a pelo?

—¿Por qué no?

—Es muy incómodo.

—Me hará recordar mis tiempos en el espectáculo del Salvaje Oeste —expliqué justo cuando los gorilas y el Zorro dieron con mi rastro y empezaron a caminar hacia los establos—. Muchas veces me tocó hacer de indio.

Y como vi que mis palabras o mi tono de voz no eran lo suficientemente convincentes, improvisé un supuesto discurso en idioma arapahoe o similar.

—Anda janda ma ma ruca ruca tof tof.

Traté de imitar una lengua exótica de vocales abiertas encadenadas y, quizá por ello, reconozco que lo de tof tof sobraba.

—¿Qué haces?

—Te estoy hablando en la lengua de los arapahoes.

Y viendo que los gorilas estaban ya muy cerca, me vi obligado a ser más explícito.

—Vamos, no hay tiempo que perder —dije, y luego lo traduje al arapahoe—. Uma uma sira maganda.

Que lo mismo podía ser el idioma de un indio que de un centroafricano, un indonesio o un elfo de los bosques con las orejas puntiagudas. Los mozos sacaron a *Grundig* del establo y ambos montamos. No me refiero a *Grundig* y a mí, sino a Visa y a mí. Yo lo hice con inusual puntería, clavando mis nalgas sobre la grupa del caballo como no lo había conseguido hacer en toda la tarde anterior, sin duda espoleado por la cercanía y corpulencia de mis perseguidores, el Zorro nudista excluido. Hundí mis talones en los costados de *Grundig* y este salió galopando tras *Honeywell*, mientras yo gritaba una antigua consigna guerrera que más o menos consistía en la vocal *a* sostenida durante varios segundos.

Cuando consideré que ya me había alejado lo suficiente, volví la cabeza y descubrí que mis perseguidores se detenían, completamente abatidos al no poder darme alcance. Entonces sonreí con irónica perversión: estábamos protagonizando una montería al revés: el zorro perseguía al fugitivo cazador.

Igual que hicimos la tarde anterior nos dirigimos a Pioneer Hall, no sé si por simple inercia, porque Visa quería averiguar si su hermano Sony había ido a visitar a la hija de Lord Westinghouse o porque no había otro destino mejor para dos jinetes a caballo, uno de ellos de ascendencia arapahoe. La cuestión es que esta vez nos fue imposible pasar desapercibidos. En cuanto llegamos a las inmediaciones de la mansión, un sujeto nos saludó con los brazos extendidos desde la terraza del primer piso.

—Es Lord Westinghouse en persona —me indicó Visa—. Lo conociste en la fiesta de mi padre. Probablemente nos invitará a tomar el té. Ya te dije que éramos amigos. Aceptaremos su invitación y nos iremos enseguida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y, por favor, Rhett, procura no decir por qué estás aquí ni lo que has descubierto hasta ahora, en el supuesto de que hayas descubierto algo. ¿Me entiendes?

—No sé.

—Sospecho para qué te ha llamado mi madre —añadió ya en voz baja—, y no conviene que nadie se entere. Te recuerdo que, además de un primo lejano, Lord Westinghouse es el mayor enemigo de mi padre. Si te hace alguna pregunta comprometida lo mejor será que le respondas con otra pregunta.

—¿Por qué?

—Quizá una más larga.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Esa puede valer.

Asentí, me puse un dedo en la boca y sonreí de la manera más bobalicona posible. El plan no sonaba nada mal. Todo lo contrario. Me imaginé una mesa llena de pastelitos y sándwiches, todo regado con uno de esos té s especiados que tienen suntuosos nombres de época. Dejamos las riendas de nuestros caballos en manos de un amable sirviente y nos dirigimos al encuentro de Lord Westinghouse, que ya se aproximaba a nosotros con los brazos todavía extendidos, como un ave zancuda dispuesta a levantar el vuelo.

—Mi querida e intransferible Visa —dijo con otra sonrisa bobalicona, que no me sorprendió lo más mínimo dados los encantos de la recién llegada.

—Winston —correspondió ella—. ¡Qué alegría me da verlo!

Se besaron en una sola mejilla. Recíprocamente, quiero decir.

—Me disponía a tomar el té —dijo Lord Westinghouse, plegando ya sus brazos—. ¿Tendréis la amabilidad de acompañarme? Hay sándwiches de pepino, bollitos de mantequilla y bombones de menta.

No hace falta añadir que inmediatamente se me hizo la boca agua.

—Le presento al señor Rhett Bull —dijo Visa señalándome—. Es un amigo de la

familia por parte de mi madre.

—Mucho gusto —me saludó Lord Westinghouse.

Acepté su apretón de manos mientras estudiaba el cuidado con que Visa me había alejado de cualquier relación o parentesco con Lord Whirlpool.

—Nunca había oído hablar de usted —añadió él examinando mi rostro.

—¿Quién se tomaría la molestia de hablar de mí? —dije mirando al infinito, como quien filosofa.

Lord Westinghouse frunció el ceño y volvió a dirigirse a Visa.

—¿Tenéis apetito? —dijo.

—¿Lo tiene usted? —respondí con rapidez.

Y le guiñé un ojo a Visa, para que viera lo obediente que estaba siendo. Lord Westinghouse, por su parte, le ofreció el brazo y nos condujo a la parte posterior de la casa, desde la que arrancaba un jardín de estilo indefinido lleno de estatuas, jardineros, maniqués u otras figuras antropomorfas sin identificar. Nos sentamos a la mesa y unos camareros vestidos de negro (o con el uniforme blanco sucísimo) nos sirvieron el té, junto con unos platos llenos de bollitos de mantequilla. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarme sobre ellos. Sobre los pastelitos.

—Visa y yo somos buenos amigos —dijo Lord Westinghouse tomando su mano y besándola como si quisiera comérsela.

—Lo somos, sí —replicó ella—, ¿no lo somos?

Reí sus palabras y gestos sin ningún entusiasmo porque acababa de darme cuenta de que el viejo podía estar flirteando con su propia hija, una información que no podía compartir con ninguno de los dos.

—¿No le parece una muchacha encantadora? —añadió Lord Westinghouse dirigiéndose a mí.

—¿Se lo parece a usted? —dije yo.

—Así es.

—¿Y no ha pensado que, por la diferencia de edad que hay entre ustedes, podría ser su hija? —continué diciendo.

—Rhett, por favor —exclamó Visa regañándome—. No es necesario que seas tan grosero.

—Déjalo, querida —intervino Lord Westinghouse con galantería—. Tiene razón. Soy lo suficientemente mayor para ser tu padre, lo que pasa es que no puedo evitar la atracción que siento por ti. Me recuerdas tanto a tu madre cuando tenía tu edad.

Y suspiró tan hondamente que puse una mano tras los bollitos de mantequilla para que no se cayera ninguno.

—¿De qué conoce usted a Candy? —me preguntó cruzándose de brazos.

Visa me lanzó una mirada tan penetrante que, de haber estado a lomos de *Grundig*, me habría tirado al suelo. Debía tener cuidado con lo que decía.

—¿Es realmente posible conocer a Candy? —respondí.

—¿Cómo dice?

—¿Somos capaces de conocer a los demás si muchas veces ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos?

Visa me interrumpió.

—Rhett, por favor. Deja de hacer preguntas y responde de una vez.

—Tenemos algunos amigos en común —dije.

—¿De veras? —replicó él con suspicacia.

Era evidente que estaba poniendo a prueba mi sinceridad. Solo le faltaba tomarme el pulso y comprobar si mis pupilas se dilataban al hablar. Para sostener mi argumento tenía que pensar en alguien que pudiera ser a la vez amigo mío y de Lady Whirlpool. La primera persona que acudió a mi cabeza fue Trocky-Mocky, pero no me atreví a nombrarlo. No quería enfadar a Lord Westinghouse confesándole mi amistad con el contable de su rival y, además, me sentía incapaz de pronunciar correctamente su nombre. Supongo que uno no puede considerarse amigo de otra persona si ni siquiera sabe cómo se llama.

—Así es —contesté al fin—, soy íntimo amigo de Liebherr Bosch.

Lord Westinghouse estalló en una risotada tan explosiva que me obligó a poner los brazos a modo de parapeto para evitar nuevamente que los bollitos salieran despedidos de la mesa.

—¿Se refiere usted a ese payaso que va buscando bacterias por todas partes?

—Le ruego que no se ría de mis amigos —dije muy dignamente.

Y al escucharme lancé una inevitable pedorreta de risa, que a ellos les pareció de desdén. No podía creer que estuviera allí sentado, ante una mesa llena de comida, defendiendo a aquel lunático.

—No pretendía reírme de él —matizó Lord Westinghouse—, pero estará de acuerdo conmigo en que es un hombre muy extraño.

—Usted no puede entenderlo —dije levantando una mano—. Liebherr es un genio, un hombre increíble. A decir verdad resulta increíble que sea un genio. ¿Comemos?

Lord Westinghouse cogió un sándwich de pepino y Visa un bombón de menta. Yo, aprovechando que ya tenía la mano levantada, la dejé caer sobre los bollitos de mantequilla. Tomé el plato entero y me lo puse en el regazo, como quien teme llenarlo todo de migas.

—¿Dónde está Speedo? —preguntó Visa mirando a su alrededor—. Hace días que no la veo.

Y, haciéndose la despistada, le dio un mordisco al bombón con su preciosa boca sonrosada.

—Anda por los establos —explicó nuestro anfitrión, señalando con los ojos hacia su izquierda—. Tu hermano Sony viene a verla a menudo.

—Lo sé y no lo apruebo, Winston —dijo Visa.

—Yo tampoco —contestó él—. No soporto a tu hermano. Me recuerda demasiado a tu padre.

—A mí me pasa lo mismo con Speedo —replicó Visa—. Me recuerda demasiado a su madre.

—Te ruego que no ofendas a mi esposa.

—Ni usted a mi hermano.

Se volvieron hacia mí, como pidiendo un arbitrio entre las partes.

—Na masa dada —dije yo.

Y se miraron sin comprender lo que había querido decir, que era «no pasa nada», pero con la boca llena de bollitos de mantequilla. Quizá creyeron que estaba hablando en arapahoe. Winston se levantó y sacó una pipa del bolsillo de su chaqueta. La encendió con una cerilla y caminó unos pasos que parecieron errabundos pero que lo colocaron hábilmente detrás de Visa, en cuyos redondeados hombros posó sus manos.

—Siento haberte ofendido, Visa —dijo.

—Lo mismo digo —respondió ella, colocando su mano derecha sobre la izquierda de Lord Westinghouse.

—En realidad tú y yo no deberíamos discutir, dado que pensamos de la misma manera —continuó este—. Ninguno de los dos aprueba esa relación.

Negó con la cabeza un par de veces y el humo de su pipa subió hacia el cielo componiendo un enigmático mensaje, incluso para un indio de verdad.

—Ya —aceptó ella.

—Te confieso que hay veces que no puedo reprimirme y tengo ganas de gritar a todo volumen, pegarle una patada al destino y pronunciar en voz alta una palabra malsonante, no sé cuál, una lo suficientemente expresiva...

—Hostias —exclamé yo.

—Sí, hostias —aceptó él—, o cojones o mierda o váyase a tomar por el mismo culo. Ese tipo de cosas.

Ellos no me entendieron. Mi exclamación había sido completamente sincera porque en ese momento me había dado cuenta de que Sony Whirlpool podía ser el hijo de Lord Westinghouse, y por tanto el hermanastro de Espido, así que su relación amorosa podía resultar mucho más improcedente de lo que ambos creían.

—¿Estás bien, Rhett? —dijo Visa mirándome con preocupación, como quien se da cuenta de que se ha perdido algo.

—No te preocupes por mí —dije con aire resuelto—, al menos mientras queden bollitos de mantequilla. ¿No se come usted esos sándwiches de pepino?

—No tengo hambre.

—A mí me encantan —dije cogiendo tres—. Y además son muy ricos en lactobacillus.

—¿No me diga?

En ese momento llegaron los camareros de negro y recogieron la mesa. Los miré con ojos de reproche, casi con odio. Debería haberme abalanzado sobre ellos cuando había tenido la oportunidad. Visa se levantó y se dirigió a Lord Westinghouse.

—Debemos irnos ya —le dijo—. Siento que este encuentro no haya servido más

que para subrayar nuestras diferencias. Daría cualquier cosa por encontrar el modo de separar a Sony y Speedo.

—Parecen muy unidos —contestó él—. No se me ocurre absolutamente nada para conseguirlo.

—A mí tampoco —afirmó Visa.

—¿Y a usted Rhett? —me preguntó Lord Westinghouse—. ¿Se le ocurre alguna idea, por extravagante o insólita que esta fuera, que pudiera hacer imposible el amor que sienten el uno por el otro?

Y me provocó un incontenible ataque de tos que me hizo atragantarme con el último bocado de un bollito y vomitar todo lo que había comido allí mismo, sobre el césped del jardín, ante la atónita mirada de los jardineros, los maniquíes o las estatuas. Visa se disculpó en mi nombre, me ayudó a subir al caballo y me guió de vuelta a Kenwood Manor sin dirigirme la palabra, aunque al menos tuvo el detalle de mostrarme sus nalgas mientras montaba sobre los estribos de *Honeywell*.

—Deja a *Grundig* en su cuadra y acompáñame a dar una vuelta —dijo en cuanto llegamos a los establos—. Tengo algo que preguntarte.

—No pienso moverme de los establos en toda la noche —repliqué.

Visa desmontó y me miró con las cejas tan elevadas que parecían los bigotes de *Honeywell*, a quien estaba liberando del bocado y las riendas.

—¿Por qué no?

—Hay varios sujetos en Kenwood Manor que me persiguen —dije haciéndome el interesante.

—¿Quiénes?

—No puedo responderte a eso —dije suspirando de impotencia mientras desmontaba—, ni siquiera con otra pregunta.

Visa dejó que uno de los mozos del establo se ocupara de *Honeywell* y se colocó las manos en las caderas. Parecía a punto de interpretar el aria central de una opereta que tratara sobre caballos y Amazonas.

—Rhett —dijo acomodando su cadera a un lado para que sus curvas se recortasen contra la paja que había apilada frente al establo—. Esta vez no vas a librarte de mí. Tienes que responder a mis preguntas.

Y se acercó a mí moviéndose con tanta sensualidad que temí volver a sufrir un episodio de precocidad orgánica masculina, allí, de pie, frente a la paja.

—Visa, te lo ruego —dije recordando el modo de hablar de los galanes de opereta.

—Está bien —concedió ella resoplando—. Te ayudaré a dejar a *Grundig* en su cuadra. Ven.

Tomó al caballo de las riendas y se colocó ante mí para que pudiera admirar sus curvas. Las suyas, quiero decir, las de Visa.

Suspiré y chasquéé la lengua dos veces. No era posible. Visa Whirlpool se me estaba insinuando en el peor momento posible desde el punto de vista de mi

metabolismo. La suerte me era esquiva una vez más. Aun así me dispuse a seguir sus pasos sin pensar en las consecuencias, como un autómatas. O un adolescente.

Dejamos a *Grundig* en su cuadra y accedimos a la contigua.

—Puedes pasar aquí la noche, si quieres —me dijo—. Esta cuadra está libre.

—¿Está incluido el desayuno? —pregunté muy en serio.

—Por supuesto —respondió ella muy en broma—, mira, hay paja por todas partes. Puedes empezar a comer cuando quieras.

No me quedó más remedio que esbozar una sonrisa. No tenía fuerzas ni ganas de pronunciar ni una simple carcajada. Visa ahuecó la paja de una esquina de la cuadra y se tendió sobre ella, de costado, con la cabeza graciosamente apoyada en la mano derecha, dejando que la gravedad terrestre peinase su cabello.

—Siéntate a mi lado —dijo como si estuviera sentada—. No tengas miedo.

—No tengo miedo —repliqué.

—Te comportas como si lo tuvieras.

—Lo que tengo es hambre.

—Eso es porque has vomitado la merienda.

Me dejé caer a su lado sin fuerzas para discutir. Ni para permanecer de pie. Visa acercó su cabeza a la mía, tanto que pude percibir el olor de sus feromonas. O tal vez alguna de las yeguas del establo estaba en celo.

—Quiero que sepas una cosa, Rhett —dijo desabrochándose dos botones de la blusa—. Cuando me lo propongo puedo ser una mujer muy persuasiva, mucho más que mi madre.

—¿Y Sam?

—Y mucho más que Sam.

No era eso lo que había tratado de preguntar. Negué con la cabeza pero muy despacio, por temor a marearme.

—No quiero aprovecharme de una mujer prometida —dije.

Y Visa lanzó una carcajada tan fuerte que hasta *Grundig* relinchó en la cuadra de al lado.

—¿Dónde crees que estás? —dijo—. ¿En una de esas operetas que representan en los teatros de la ciudad?

—Lo digo en serio. No quiero aprovecharme.

—No vas a aprovecharte, descuida. El sexo no es más que un simple trueque emocional. Yo te doy algo que tú quieres y tú me das algo que yo quiero a cambio.

Volví a negar.

—Eso no suena a trueque emocional —señalé.

—¿Por qué no?

—Porque tú me ofreces sexo a cambio de información.

Ella se encogió de hombros hasta conseguir que sus pechos se juntaran unos centímetros más de lo normal.

—Te aseguro que la información que te pido es de lo más emocional.

Me odié a mí mismo por la estupidez que iba a decir.

—No puedo aceptar tu oferta —dije.

—¿No te gusto?

Creo que era la primera vez en mi vida que una mujer realmente hermosa me preguntaba semejante cosa. Hasta entonces solo lo habían hecho mujeres que al lado de Visa Whirlpool habrían parecido caricaturas de sí mismas. Y, quizá porque siempre había contestado que sí, incluso sin abrir los ojos ni fijarme en el físico de quien quería saberlo, no supe cómo reaccionar esta vez. Ni tuve tiempo para nada porque Visa se abalanzó sobre mí y me cubrió el rostro de besos.

—Dime quién es el heredero de Kenwood Manor —dijo entre susurros que olían a menta y proclamaban una lujuria a la vez elegante y sucia, si es que tal combinación es posible—. Dímelo y seré tuya aquí mismo.

—¿Tuya?

Parpadeé varias veces. ¿Quién usaba ahora frases de opereta? A decir verdad alguno de esos parpadeos procedía de la excitación que me provocaba sentir el cuerpo de Visa sobre mí, sirva de prueba que tenía su pecho izquierdo en la palma de mi mano derecha. La situación era insostenible, hasta tal punto que acabamos cayendo sobre la espalda de Visa. Ahora era yo quien estaba sobre ella, pero su pecho seguía en mi mano. Miré su rostro, nuevamente recortado contra la paja del establo, y consideré que aquella era una manera de morir prácticamente perfecta. Lo digo porque era consciente de que si aceptaba hacerle el amor me condenaría a muerte. Mi cuerpo desnutrido no podría soportar el gasto energético que requería aquel trueque emocional, una conclusión a la que llegué en cuanto pude ver y tocar el sujetador de Visa, que me pareció una prenda de ensueño. Cerré los ojos y me dejé llevar, inmolándome entre la paja y los pechos de mi amante hasta que algo cayó sobre nosotros relinchando furiosamente.

Al principio creí que era un caballo. No hay que olvidar que nos encontrábamos en un establo. Y que desconocía los límites a los que podían llegar los trueques emocionales de Visa Whirlpool, pero enseguida me di cuenta de que no era un caballo, ni una yegua. Ni siquiera se trataba de un cuadrúpedo, aunque cuando se puso a cuatro patas lo pareció.

—Déjalo en paz, lagarta —dijo.

Y le lanzó un arañazo a la cara que Visa esquivó con la misma felinidad que había sido lanzado.

—¿Ballantines? —dije como si fuera un camarero ante un cliente dubitativo.

—Hola —respondió la aludida.

—¿Qué haces aquí?

—Te he buscado por todas partes.

Pero no pudo seguir hablando porque Visa se lanzó sobre ella y ambas rodaron por el suelo hasta una esquina de la cuadra, donde se agarraron de los pelos y la ropa hasta desnudarse de cintura para arriba. No encuentro la manera de calificar la

reacción de mis ojos al ver aquella estampa. Si antes habían parpadeado, ahora iniciaron unos movimientos a medio camino entre un espasmo de incredulidad y un mohín de regocijo, proporcionándome el efecto visual de un estroboscopio.

—Guarra —dijo una.

—Puta —contestó la otra.

La escena era de un idealismo tan acusado que me hizo dudar de mi estado de vigilia. Quizá estaba soñando. Me habría pellizcado para comprobarlo, pero en aquel momento Ballantines le bajó los pantalones a Visa y las bragas de esta última quedaron a la vista.

—Zorra —dijo una.

—Buscona —contestó la otra.

Era una prenda del mismo color y los mismos patrones florales que el sujetador, un sueño de lencería que me deprimió inmediatamente, tan pronto como comprendí que, si no hubiera sido por mi penoso estado físico y la aparición de Ballantines, en ese mismo instante podría haberlas tenido entre mis manos o mis dientes. Ni siquiera descarté la posibilidad de que fueran unas bragas comestibles, confeccionadas con hilos de caramelo, miel o alguna sustancia alimenticia capaz de elevar mi nivel de azúcar en sangre.

—Por favor, dejad de pelearos —dije en voz muy baja.

No es que no tuviera fuerzas para hacerme oír, que no las tenía. Era más bien que no quería hacerme oír. A esas alturas de la pelea ambas se habían desprendido de sus ropajes y peleaban en bragas sobre un charco lleno de barro.

—Hijaputa —dijo una.

—Culona —contestó la otra.

—¿Culona? —repetí yo—. ¿Quién ha dicho eso?

No me importaba que se insultaran, pero no iba a consentir que faltaran a la verdad. Por lo demás podían decirse lo que quisieran, siempre y cuando siguieran retozando sobre aquel barrizal. Era una escena beligerante y sensual, digna de aparecer en una película. O en un documental sobre conducta animal. O en un anuncio de detergente para prendas delicadas. En la cuadra de al lado se escuchaba un relincho grave y sostenido. Era *Grundig*, que debía de estar rabioso al no poder contemplar el espectáculo. En ese instante Visa Whirlpool se levantó y dio dos pasos hacia atrás, mostrándome las dos caras de sus nalgas, dado que a esas alturas las bragas las tenía tan arriba que parecía vestir un vulgar taparrabos.

—Esto no va a quedar así —dijo.

No sé si se refería al modo en que llevaba puestas las bragas o a la situación en general. Se puso los pantalones, recogió su blusa y su fusta y se volvió hacia mí.

—Rhett —dijo—, has perdido la oportunidad de tu vida.

No dije nada porque estaba seguro de que iba a concretar un poco más.

—Estaba dispuesta a hacerte pasar un rato inolvidable.

—Puedes irte tranquila —respondí con una media sonrisa algo forzada—. Te

aseguro que ha sido un rato completamente inolvidable.

Y se marchó de la cuadra, no sin antes proferir un último insulto contra Ballantines, que ya se levantaba del charco de barro y parecía una estatua de arcilla, como si se hubiera convertido en una diosa recién esculpida.

—Has sido muy valiente —dije.

—No iba a consentir que esa lagarta te hiciera el amor —respondió ella, tratando de quitarse el barro de la cara.

—¿No?

—Ella solo te quiere para sonsacarte información.

—¿Y tú?

Se acercó hasta mí y se agachó para situarse a mi altura, colocando sus sucios pechos a escasos centímetros de mis ojos.

—Yo te quiero para que me hagas sentir una mujer atractiva.

—Ya eres una mujer atractiva.

—Soy una mujer atractiva en la pantalla —dijo muy seria, pese a tener un ojo totalmente invisible y varios chorretones de barro cayéndole por las mejillas a modo de largas patillas—. Quiero serlo también a este lado de las cámaras.

Fui a decir algo pero Ballantines me lo impidió poniéndome un dedo en la boca. Y de paso ensuciándome los labios.

—No hace falta que me recuerdes que eres homosexual —dijo—. Ya sabes lo que pretendo.

Tampoco hace falta añadir que no era eso lo que iba a decir.

—¿Sabes lo que pareces ahora mismo? —dije.

—¿La diosa Venus saliendo de un mar de barro?

Negué.

—¿Una estatua de arcilla?

Volví a negar.

—Una india arapahoe.

Eso era lo que iba a decir.

Ballantines se duchó en la cuadra de al lado, junto a *Grundig*, con la ayuda de la manguera que usaban los mozos del establo para lavar a los caballos después de los paseos. No escuché ningún relincho ni ningún bufido esta vez, ni siquiera un simple pataleo, así que una de dos: o *Grundig* se había quedado inmóvil y boquiabierto o él sí era un caballo homosexual. Ballantines apareció ante mí con el cabello mojado sobre los hombros y el cuerpo enrollado en una manta. Estaba aún más atractiva que cuando se duchaba en mi habitación de Kenwood Manor.

—Ha sido una buena pelea —dijo sentándose a mi lado, sobre la paja—. Tenía mucha fuerza la estúpida niña.

—Te ruego que no la insultes —repliqué.

Ella me miró muy fijamente, como si estuviera lejísimo y necesitara unos prismáticos para verme.

—¿Habrías preferido que hubiera ganado ella? —preguntó.

—Es mi anfitriona.

—Y yo voy a ser tu amante, desagradecido —contestó muy enfadada—. O al menos iba a serlo. Quizá debería buscarme otro homosexual con quien comprobar el poder de mi feminidad.

Me detuve a pensar un par de segundos con las escasas neuronas que me quedaban vivas.

—Un poco estúpida sí que es a veces —dije—, la muy cabrona.

Y logré que Ballantines me diera un beso húmedo que sabía a paja, barro, saliva y aliento de caballo.

—Espera, por favor —añadí separándola unos centímetros de mí—. No puedo besarte ahora ni puedo dejar que me hagas el amor. No así.

—¿Qué sucede? ¿Prefieres ir a tu habitación?

—No es eso —dije poniéndome una mano en la frente—. Es que me estoy mareando.

—¿Qué tienes?

—Hambre —confesé—. Un hambre atroz.

—¿No has comido?

Negué con los ojos. Traté de hacerlo con la cabeza pero esta vez no me acompañó en el movimiento.

—No he desayunado ni he comido —dije—. Tan solo he tomado el té.

—¿Solo el té?

—También he tomado bollitos de mantequilla, pero luego los he vomitado.

—¿Y por qué has hecho una cosa así?

—Es largo y posiblemente tedioso de explicar —dije agitando una mano—. Necesito ingerir cualquier clase de alimento lo antes posible.

Quizá pudiera extraerle algo de leche si chupaba con suficiente fuerza sus

pezones.

—Espera —dijo.

Y se levantó en busca de su ropa, que yacía completamente mojada en un montón, junto a la puerta de la cuadra. Hurgó en uno de sus bolsillos y sacó dos frasquitos de cristal.

—Toma —dijo dándomelos.

Los frasquitos contenían un líquido blancuzco que inmediatamente me repugnó.

—¿Qué es esto? —dije y exclamé a un tiempo.

—Algo que tomo muy a menudo.

—Demonios, qué asco —añadí.

Y pronuncié una arcada más grande que la que daba acceso a los establos.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó ella sin entender mi reacción—. Es yogur líquido. Lo sirven de postre en el almuerzo.

—¿Sí?

—Sí. Me he llevado un par de frascos para tomármelos más tarde, a modo de tentempié. No sabes lo agotador que resulta mi trabajo.

Abrí uno de ellos y me lo llevé a la nariz.

—No se esnifa —especificó Ballantines—. Es mejor beberlo.

—Ya sé cómo se toma —protesté sin dejar de mirar el contenido del frasco—, solo estaba tratando de imaginar a qué sabe.

—Es un poco ácido pero está rico. Y resulta muy digestivo.

—Ya.

Tomé de un trago el contenido de uno de los frascos y me guardé el otro en el bolsillo del pantalón. No sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de comer de nuevo y era mejor ser prudente. Luego me tumbé sobre la paja y coloqué mi cabeza en el regazo de Ballantines. Ella me acarició el pelo con sus dedos abiertos, como si en vez de manos tuviera peines. Luego lo hizo con sus dedos cerrados. Quizá no tenía manos y estaba dotada de distintos accesorios al final de sus extremidades superiores, como esas navajas suizas que parecen un taller ambulante.

—¿Ya te sientes mejor? —dijo después de unos minutos.

Y me miró con la cabeza graciosamente torcida hacia un lado para que nuestros ojos pudieran encontrarse.

—Mucho mejor.

—¿Puedo hacerte el amor? —dijo en un travieso susurro.

No respondí. Simplemente me recosté contra la paja del establo, igual que un niño bueno, sin protestar ni tomar ninguna iniciativa, tratando de actuar como un homosexual en un experimento científico sobre la orientación sexual. Ballantines se colocó sobre mí, a horcajadas, y unió por así decir su feminidad con mi masculinidad. Lo que vino después fue una especie de paseo a caballo, ella cabalgando sobre mí, yo trotando al compás. Una escena más que apropiada si tenemos en cuenta el lugar donde nos encontrábamos. De vez en cuando se agarraba muy fuerte a mí, como si

nos enfrentásemos a un obstáculo que saltar, para luego volver al trote habitual. Así durante un rato. Al final del recorrido Ballantines emitió un grito corto y seco, como si tirase de las riendas y ordenase a su montura que se detuviera. Yo a cambio relinché de placer, a punto de desfallecer, esta vez de puro deleite. Luego ella desmontó y se tumbó a mi lado, satisfecha del recorrido. Quizá habíamos sido capaces de saltar todos los obstáculos sin tirar ninguno y estuviéramos clasificados para la siguiente ronda.

—Bueno, ¿qué? —me preguntó todavía jadeando, como quien espera ansiosamente un comentario o crítica sobre lo que acaba de hacer.

Yo también jadeaba, pero no por el esfuerzo del recorrido, sino porque no tenía ni idea de cómo explicarle lo que mi naturaleza supuestamente homosexual había experimentado.

—Yo creo que te ha gustado —prosiguió ella con una sonrisa de satisfacción—. Se te ha puesto muy dura. Si no te hubiera gustado no se te habría puesto tan dura, ¿no?

Dejé de jadear para contestar.

—Nunca se me había puesto tan dura con una mujer —dije.

Y no mentí, aunque ella entendió otra cosa.

—Me has hecho muy feliz —dijo.

Estaba claro que se refería a su logro de haber conseguido estimular a un homosexual, pero yo entendí otra cosa. Cada uno es libre de entender sus cosas. Permanecimos un rato en silencio, disfrutando del sosiego orgánico que sucede al placer sexual, tan inmóviles y abstraídos como si hubiéramos consumido un opiáceo o un ansiolítico. O un par de botellas de whisky. Pero mi cabeza no tardó en volver a la realidad, espoleada por la glucosa que el yogur líquido había inyectado en mis neuronas. No podía olvidar que estaba en peligro. Era un fugitivo escondido en una cuadra. Con una rubia escultural a mi lado, sí, vale, pero no dejaba de ser un fugitivo escondido en una cuadra.

—¿Cómo conociste al Enmascarado? —dije.

Ballantines se revolvió a mi lado y tardó unos segundos en responderme, quizá porque estaba decidiendo si decirme la verdad o mentirme.

—Vino al club donde trabajaba y me propuso rodar una película.

—¿En serio? —exclamé mirándola—. ¿Una película? ¿Y cómo se titulaba?

—*Las andanzas del Semental Enmascarado*.

—No me suena.

—Es una película pornográfica, Rhett.

Fruncí el entrecejo en un gesto de incredulidad que desveló mi sorpresa.

—¿A eso os dedicáis en la segunda planta de Kenwood Manor?

—Claro —respondió ella, más incrédula aún que yo—. ¿Es que no has visto las cámaras y los focos que hay enfrente de la cama? ¿No has oído las órdenes del ayudante del director? ¿Qué creías que estábamos haciendo? ¿Rodar un documental

sobre las distintas posibilidades del apareamiento humano?

—No.

—¿Entonces?

Me miró con las manos y los ojos tan unánimemente abiertos que yo también decidí ser sincero.

—Es solo que nunca había estado en el rodaje de una película pornográfica —dije.

—Lo hemos notado, cariño —respondió ella.

Y su sinceridad comenzó a parecerme un tanto cargante.

—Yo creía que el Enmascarado se hacía llamar simplemente así —dije quebrando el silencio que siguió después.

Ella negó.

—¿Te fijaste en el disfraz de superhéroe que llevaba el día de su fiesta?

—Sí —dije tratando de recordarlo.

—Tenía una ese bordada en el pecho.

—Creí que era por Superman.

—Era por Semental Enmascarado, que es su nombre artístico.

—Vale —dije agradeciendo la información y aprovechando la oportunidad que me brindaba—. ¿Y tú sabes que hay varios sementales enmascarados?

—¿Qué?

Ignoraba si no había comprendido la pregunta o se sorprendía de que una cosa así fuera posible.

—Lord Whirlpool no es el único Semental Enmascarado —expliqué.

—Ya lo sabía —respondió ella—. Al menos hay tres.

—¿Qué?

Esta vez el sorprendido fui yo.

—Teóricamente solo Lord Whirlpool es el Semental Enmascarado —continuó diciendo—, pero al menos he recibido en mi interior tres miembros viriles distintos con el mismo disfraz. No sé si me entiendes.

Ni yo tampoco. ¿Eran los miembros viriles los que se disfrazaban, como si estuvieran en una especie de carnaval para órganos sexuales, o se refería al disfraz del Semental Enmascarado?

—La vagina es un órgano mucho más sensible de lo que parece —añadió.

—Ya parece un órgano muy sensible —maticé yo, alzando las cejas para permitirme la obviedad.

—Por supuesto —aceptó ella—, pero no estoy hablando solo del placer sino de las sensaciones que es capaz de percibir y transmitir.

—Amplía ese punto —dije tratando de que no se diera cuenta de lo cachondo que me estaba volviendo a poner.

—Hay miembros viriles gruesos y finos —dijo ella alzando los hombros, supongo que para permitirse igualmente la obviedad—, unos más largos y otros más cortos.

Unos más calientes y otros más fríos. No son todos iguales.

—¿Y eres capaz de distinguirlos solo con la vagina? —pregunté esta vez sin alzar nada, ni cejas ni hombros.

—Lo soy —afirmó ella—, por eso sé que he recibido al menos a tres individuos distintos con el disfraz del Semental Enmascarado.

Uno era Lord Whirlpool, pensé para mí, otro Sam Sonite, pero... ¿y el tercero?

—Eso hace que mi misión sea casi un imposible —dije, poniendo un poco de misterio en la conversación.

—Tienes que averiguar quién es el heredero de Kenwood Manor, ¿no es así?

La miré desconcertado. No era posible que su vagina fuera tan extremadamente sensible.

—He escuchado parte de tu conversación con Visa Whirlpool —añadió ella.

Asentí en silencio muy aliviado. Prefería estar ante una mujer con buenos oídos que con una especie de receptor de radio entre las piernas.

—El hecho de que haya varios sementales lo complica todo —confesé—, si es que no estaba ya suficientemente complicado. Maldita sea.

—¿Por qué dices eso?

—Perdona, es que estoy muy enfadado.

—¿Por qué dices que ya estaba suficientemente complicado?

—No debo seguir hablando —dije negando con la cabeza—, ¿debo hacerlo?

Ella me miró con la misma cara que ponía yo al escuchar esas preguntas llenas a la vez de elegante retórica y redundancia significativa.

—¿Sabías que Lord Westinghouse tuvo un hijo con Lady Whirlpool? —dije.

—¿Qué dices?

—Que si sabías que Lord Westinghouse tuvo un hijo con Lady Whirlpool.

—Te he oído. Solo me estaba sorprendiendo.

—Ah.

—¿Y quién es?

—No lo sé, puede ser cualquiera de los tres: Sony, Tomtom o Visa. La única que lo sabe es Lady Whirlpool. Ella guarda el secreto.

—¿Dónde?

—En su... —comencé a decir.

Pero entonces una idea pasó por mi cabeza a galope tendido.

—En su... —repetí y acto seguido exclamé—. ¡Coño!

—Rhett —me riñó Ballantines—. No seas tan vulgar.

De pronto me había dado cuenta de que si la hija de Lord Westinghouse y Lady Whirlpool era Visa, cabía la posibilidad de que estuviera prometida con su propio hermanastro, dado que la primera muestra que había obtenido podía corresponder a Sam Sonite, que también sería de este modo hijo de Lord Westinghouse.

—Perdona —añadí recuperando parte de la compostura perdida y tratando de disimular al mismo tiempo, todo ello sin dejar de mirar el escote de mi interlocutora

—, es que acabo de darme cuenta de que si el hijo secreto de Lord Westinghouse es Sony quizá debería saber que le está haciendo el amor a su propia hermanastra.

No me atreví a desvelar el asunto de Visa y Sam: preferí desvelar el de Sony y Espido. Ballantines se levantó casi de un salto, como si esta vez fuera ella el caballo y se encontrara ante un obstáculo de varios metros de altura.

—Eso es lo que a ti te conviene, ¿no? —dijo con la boca colmada de algo muy agrio que al principio me pareció rabia y resultó ser un ataque de celos—. Que Sony Whirlpool se quede libre para que tú mantengas intactas tus opciones de conquistarlo.

Tuve que tranquilizarla un poco. No podía permitir que una crueldad falsa y sin ningún fundamento le hiciera tanto daño como para comportarse igual que un caballo. Por esa razón la abracé muy fuerte y acaricié su cuerpo con mis manos. Por eso y porque estaba desnuda y entonces sí, más que nunca, parecía una diosa recién salida de un mar de barro.

Nos dormimos allí mismo, tal como estábamos. Abrazados quiero decir, no de pie como hacen los caballos. No éramos caballos, aunque estuviéramos en una cuadra, hubiéramos cabalgado durante un buen rato e incluso relinchado varias veces. Fueron unas horas deliciosas. No recuerdo lo que soñé, pero sí recuerdo que al despertar creí estar soñando, sobre todo cuando contemplé el encanto con el que una yegua tan atractiva como Ballantines se había acomodado entre mis brazos. Deseé volver a cabalgar e incluso volver a relinchar, pero por encima de todo deseé volver a desayunar.

Me levanté y fui hasta la manguera que había usado Ballantines para quitarse el barro. No tardé en descubrir lo difícil que resulta abrir un grifo cuando se te han dormido los brazos y las manos. Los grifos no están hechos para los dientes. Tuve que esperar a que la sangre volviera a recorrer mis venas antes de lavarme la cara y darle los buenos días a *Grundig*. Los mozos del establo ya habían empezado su jornada de trabajo, como demostraba el ruido que provocaban y las voces con que se comunicaban. Debía marcharme de allí lo antes posible. No tenía tiempo ni para despedirme de Ballantines, aunque me asomé un momento a la cuadra para contemplarla una vez más durmiendo entre la paja.

Acababa de amanecer. Lo supe porque había luz, pero el sol no había aparecido todavía por el horizonte. Eso o que estaba mirando hacia el horizonte equivocado, el que sirve para que el sol desaparezca. No sé. Nunca he sido particularmente hábil en lo que se refiere a los puntos cardinales, lo cual podría explicar la cantidad y variedad de bandazos que he ido dando a lo largo de mi vida. Corrí hacia una de las puertas traseras de Kenwood Manor con la esperanza de no encontrarme con nadie. Recorrí el pasillo de los jarrones chinos con sumo cuidado, llegué a la cocina y cogí lo primero comestible que encontré sin contar a un par de cocineros que trajinaban al fondo: un paquete de mantequilla. No era el desayuno más apetitoso del condado ni tampoco el más saludable, pero sí el más rápido. Salí de la cocina en busca de la escalera que conducía a los dormitorios. La encontré después de dar un par de vueltas al pasillo de la planta baja. Podríamos decir que practiqué un poco de ejercicio matutino, una costumbre altamente saludable para compensar la grasa de la mantequilla.

Ya en mi dormitorio, me vestí, me duché y me desnudé, aunque afortunadamente no en el orden que lo cuento ahora. Me comí medio paquete de mantequilla usando mis dedos como tostadas, con un éxito de similitud tan rotundo que me di dos dolorosos bocados, uno en cada mano. Estuve a punto de beberme el yogur líquido que me había guardado para una ocasión de necesidad, pero decidí reservarlo para otra de mayor necesidad. El sol ya había aparecido por el horizonte correspondiente y sus rayos entraban por la ventana de mi habitación. Era hora de salir en busca de Lady Whirlpool y hablarle del carácter incestuoso que podrían tener las relaciones

amorosas de su hijo mayor con Espido o de su hija con Sam. Suspiré de pura incomodidad. No se puede suspirar de otra manera cuando uno tiene que tratar un tema tan comprometido con una elegante señora que se escora peligrosamente hacia la izquierda.

—¿Adónde crees que vas, pardillo?

Escuché estas palabras justo cuando posé mi mano en el pomo de la puerta, aunque la voz no tenía nada que ver con la puerta. Quiero decir que no se trataba de un sistema de alarma ni ningún automatismo parecido. Eran los dos gorilas de Lord Whirlpool seguidos por el propio Lord Whirlpool en persona.

—Tenemos que hablar —dijo este último.

Y me señaló la cama, como si quisiera echar una cabezadita.

—Siéntate ahí —me ordenó.

Un gorila se quedó junto a la puerta y el otro se dirigió al baño. Creí que tenía necesidad de orinar pero volvió al instante, de modo que solo pretendía comprobar que no hubiera nadie más en la habitación.

—¿Quién cojones eres? —me preguntó Lord Whirlpool, cruzándose de brazos delante de mi cama—. ¿De dónde coño has salido? ¿Qué mierdas te llevas entre manos? ¿Qué hostias sabes sobre mí?

No podía decirse que aquel señor fuera muy bien hablado, ciertamente.

—Escuche, Lord Whirlpool —comencé a decir.

—Ni escuche Lord Whirlpool ni escuche su puta madre —replicó él haciendo aspavientos con los brazos, para lo cual los descruzó previamente—. ¿Quieres explicarme qué cojones hacías con el disfraz del Semental Enmascarado?

Quizá me conviniera hacerme el despistado.

—¿A qué disfraz se refiere? —dije.

—Al que lleva mi suegro desde ayer por la tarde, maldita sea mi sangre y la de todos mis ancestros —respondió mi anfitrión dando voces—. No trates de hacerte el imbécil conmigo porque mis hombres te tienen ganas y pueden arrancarte los brazos y las piernas en cuanto yo se lo ordene. ¿Está claro?

Quizá no me conviniera hacerme el despistado después de todo.

—Por supuesto —dije chasqueando los dedos—, se refiere usted al disfraz del Zorro nudista.

—Ese mismo.

Debía tener cuidado.

—Lo encontré en el montón de la ropa sucia.

Entonces fue Lord Whirlpool quien chasqueó los dedos, señal que sus gorilas interpretaron acertadamente como de pasar a la acción. El que estaba en la puerta se acercó a la cama y empezó a tirar de mis manos, el otro me cogió de los pies. Y ambos tiraron en sentidos opuestos, uno para cada lado del horizonte. Creo que desde entonces mido dos centímetros más de alto. Comencé a gritar y Lord Whirlpool me puso una mano en la boca. La otra la usó para señalarme de un modo altamente

intimidatorio.

—Te voy a dar otra oportunidad, grandísimo bastardo —dijo masticando las palabras, como si hablara hacia dentro—. Vamos a soltarte y vas a contárnoslo todo. ¿Me entiendes? Todo. Necesito saber para quién cojones trabajas y qué demonios has descubierto.

Asentí con los ojos, dado que no podía mover la cabeza. Me habría gustado pronunciar alguna palabra malsonante también, para estar a la altura estilística de la conversación, pero no se me ocurrió ninguna. Es difícil expresarte soezmente cuando solo puedes mover los párpados.

—Liberadlo.

Esta vez me tomé la orden al pie de la letra, y me liberé. En cuanto dejé de sentir la presión en la boca, las manos y los pies salté de la cama rumbo hacia la puerta, tan rápida y ágilmente que los gorilas no pudieron impedirme que la abriera. Lo que sí lograron impedir fue que la cerrara. Bajé las escaleras apresuradamente, a punto de trastabillarme y aterrizar sobre ellas, y corrí por los pasillos de Kenwood Manor a tanta velocidad que ni el mismo Harrods hubiera podido darme alcance. Quién sabe si el yogur líquido que me había tomado la noche anterior contenía algún ingrediente secreto que duplicaba mis fuerzas. Tal vez fuera cosa de los lactobacillus. O quizá no haya reconstituyente más eficaz que el miedo que provocan dos matones capaces de hacerte crecer varios centímetros en un solo día.

—Buena mañana.

A mitad de carrera me encontré con Lady Whirlpool y Lady Thomson, que paseaban por el pasillo tranquilamente, cogidas del brazo. Lord Thomson iba detrás de ellas mirando al techo, a punto de quedarse dormido mientras caminaba.

—Buenos días —saludé deteniéndome un momento.

—¿Adónde va tan deprisa? —preguntó mi anfitriona.

—A ninguna parte —repliqué entre jadeos—, solo estoy practicando un poco de ejercicio.

Y reinicié un trotecillo a su alrededor para demostrarlo.

—¿Por el pasillo? —se extrañó Lady Thomson.

—¿No ha oído hablar de los deportes *indoor*, Rowenta? —le pregunté.

Y otra vez me gané una mirada de castigo de Lady Whirlpool.

—Se practican en lugares cerrados, principalmente en países de climas fríos —añadí—. Hay algunos muy interesantes.

—¿Por ejemplo?

—¿Conoce ese en que se frota el suelo para guiar un objeto que se desliza por una pista de hielo?

—¿Qué tiene de interesante?

—Lo limpio que queda todo cuando se acaba.

Lady Whirlpool no quiso seguir escuchando mis tonterías.

—¿Ha visto a mi padre? —dijo mirando hacia el fondo del pasillo—. Lady

Thomson quiere saludarlo.

No supe si miraba en esa dirección buscando a su padre o sorprendida por los gritos que proferían mis perseguidores.

—No —contesté precipitadamente—, no lo he visto ni oído. Y lo siento muchísimo, pero ahora tengo que irme.

Y me fui, contando además con la ventaja de que mis perseguidores también se detuvieron a saludar a las dos damiselas, circunstancia que aproveché para perderme por el pasillo y colarme rápidamente por una puerta abierta, doblar una esquina, bajar unas escaleras, subir otras y meterme en la primera sala que encontré, donde reinaba una oscuridad que por mor de su naturaleza no dejaba ver nada. Tuve que guiarme a tientas con los brazos extendidos, como un sonámbulo o un zombi, hasta que comprendí que me encontraba en una de las salas de Kenwood Manor que visitaban los turistas. Palpé unas cortinas de tela recia y decidí cobijarme tras ellas, en una esquina. Recobré el aliento y tuve que ponerme una mano en la nariz. O el General Motors había pasado por allí recientemente o la ducha que me había dado no había sido suficiente para liberarme del olor de su ropa.

En el exterior de la sala continuaba la actividad persecutoria. Escuché pasos, gritos y puertas que se abrían y cerraban con violencia. Cada vez con más violencia o, mejor dicho, con una violencia más audible. Los gorilas de Lord Whirlpool se estaban acercando. No sabía qué podía hacer para ocultarme mejor, tal vez palpar el suelo en busca de una trampilla que diera acceso a un escondite secreto o algo así. Lo único que sabía a ciencia cierta era que las posibilidades de que Kenwood Manor fuera elegida para la fiesta de bienvenida del nuevo vicario eran cada vez más remotas.

—Yo no he sido —escuché decir a alguien.

Y apareció ante mí el Zorro nudista armado con un sable que parecía de verdad, lo que instintivamente me habría hecho dar dos pasos hacia atrás si no hubiera estado ya pegado a la pared.

—¿Qué hace con ese sable, General? —exclamé—. ¿No sabe que el Zorro lleva siempre un florete?

Lo dije para sumirlo en la perplejidad y evitar que me atacara. Fue un acto reflejo. No quería acabar cubierto de sangre como el resto de sus víctimas, una vez asumido que había descubierto el arma blanca con que las atacaba.

—¿Un florete? —repitió él.

—Claro —insistí yo—. ¿Cómo va a dejar escrita la letra zeta sobre sus víctimas con un sable? ¿No ve que tiene la punta muy gruesa?

El viejo dibujó unos trazos en el aire con bastante más soltura de la que le había atribuido. Quizá había llegado mi hora y estaba a punto de morir con una zeta serigrafiada en el abdomen. Hasta mí llegó entonces el olor del miedo.

—Aquí huele fatal —dijo alguien entrando en la sala.

Era un gorila de Lord Whirlpool, uno con muy buen olfato.

—Será cosa de mi suegro —respondió Lord Whirlpool entrando detrás de él junto con el otro gorila.

—Guau —ladró otro ser, probablemente *Hendricks*.

Y se acercó hasta el Zorro nudista moviendo el rabo muy contento.

—Aquí está, Milord —dijo el gorila señalándome con un dedo.

Nadie le había dicho a aquel sujeto lo feo que resulta señalar a alguien de esa manera. Lord Whirlpool pronunció dos pasos al frente, me obsequió con una perversa sonrisa y se dirigió a sus hombres usando un tono de voz que habría asustado al mismo demonio.

—Rompedle las piernas —dijo.

Los gorilas asintieron y se acercaron a mí para cortarme como mínimo la retirada. Miré a un lado y al otro. Y arriba y abajo. Y detrás de mí. No tenía escapatoria. Ni sabía si prefería terminar mis días con las piernas partidas o con una zeta serigrafiada en el abdomen.

—Aquí nadie va a romperle nada a nadie —dijo entonces el Zorro nudista interponiéndose entre los gorilas y yo.

Y desenvainando su sable, pero no en sentido figurado ni nada por el estilo sino blandiéndolo firmemente ante ellos.

—Apártese, General —volvió a bramar su yerno.

—No —repuso el anciano con un tono valeroso y audaz que contrastaba con su ridículo disfraz—. No permitiré que le hagan daño a mi antecesor.

—¿A quién?

—Este hombre es el anterior Zorro nudista —explicó el anciano, señalándome con el sable—. Y me ha concedido el honor de sustituirlo.

—¿Así vestido? —se burló Lord Whirlpool.

—Llevo capa —contestó muy orgullosamente el nuevo Zorro nudista—. Lo único que me he permitido añadir al disfraz es mi viejo sable de caballería. De manera que cualquier cuenta que tengas pendiente con este hombre, tendrás que saldarla conmigo. En guardia.

Y adoptó la postura de un ágil espadachín, la pierna izquierda adelantada, el sable en todo lo alto, los atributos sexuales en todo lo bajo. Parecía estar protagonizando la viñeta de un cómic o el fotograma de una película, congelado, petrificado a la espera de un movimiento de su rival. Los gorilas se volvieron entonces hacia Lord Whirlpool, como pidiendo instrucciones ante las particularidades de la nueva situación bélica. Este se olvidó de ellos y se acercó a mí con intenciones criminales.

—Te voy a arrancar la cabeza —dijo.

Y me hizo reflexionar sobre la mejor forma de irme de este mundo: sin cabeza, sin piernas o con el abdomen serigrafiado. El Zorro nudista comenzó a dar sablazos a diestro y siniestro y, como es natural, provocó un orfeón de voces y gritos procedentes de los gorilas, insultos de Lord Whirlpool y ladridos de *Hendricks*, que creyó estar asistiendo a un divertido juego. Toda esa algarabía alertó a varias

personas, entre las que cabe destacar a Lady Whirlpool y Lady Thomson, que se encontraban cerca de allí, así como a Harrods, otros miembros del servicio, un nutrido grupo de turistas y el guardia de seguridad que jugaba a las adivinanzas con mi profesión.

—Buenos cielos.

Lady Whirlpool se desvaneció en el suelo, víctima del desánimo que le produjo sumar un nuevo punto negativo a los ojos de Lady Thomson. Sin embargo, varios turistas comenzaron a aplaudir. Alguno incluso jaleó al anciano, creyendo que aquel numerito formaba parte de la visita a la mansión, lo que demuestra que nadie lee los folletos que se entregan a la entrada de las mansiones y los museos. *Hendricks*, por su parte, levantó las orejas y, pese a no parecer malhumorado, comenzó a gruñir. Nuevos sonidos llegaban del exterior. Eran pasos desfilando al unísono y silbatos pitando. Quizá había una convención de *majorettes* en el condado. O de árbitros de rugby o balompié. Confié en que al menos no fueran el vicario y las distinguidas señoras de su fiesta de bienvenida.

—Quieto todo el mundo —dijo una voz en un tono poco eclesiástico.

—Todos contra la pared —dijo otra en un tono todavía más mundano.

No era el vicario sino dos sujetos que caminaban hacia el lugar de los hechos junto a Harrods, seguidos por cuatro policías que inmediatamente ocuparon las esquinas de la estancia.

—Lord Whirlpool —dijo Harrods dirigiéndose a su señor—, espero que no le importe, pero me he visto obligado a llamar a la policía. Aquí están el inspector Sainsbury y su ayudante Walmart.

Su señor elevó la vista al cielo y suspiró. No supe si estaba perdiendo la paciencia o temiendo que la policía accediera al piso superior de Kenwood Manor.

—Sainsbury —exclamó el General Motors dirigiéndose al recién llegado—, ¿cómo estás, viejo zorro?

Quizá no fuera un apelativo muy apropiado para dirigirse a su amigo en aquel preciso momento.

—¿Y tú? —replicó Sainsbury—. ¿De qué cojones vas vestido?

El General Motors se volvió hacia mí.

—Lo entenderás todo cuando te lo explique este señor —dijo señalándome.

Sainsbury me dedicó una breve mirada, la clase de gesto que se hace cuando se identifica una tipología de ser humano que ya se conoce. Luego miró a Lord Whirlpool, a sus gorilas, a *Hendricks*, que se había reencontrado con su dueño. Olfateó el ambiente de la estancia. Se volvió hacia Lady Whirlpool, que había vuelto en sí y se escoraba claramente hacia la derecha esta vez, observó a Lady Thomson y también a los turistas, uno de los cuales le hizo una fotografía en ese momento. Por último consultó visualmente con su ayudante y se dirigió a los presentes.

—¿Qué significa todo esto? —dijo.

Nadie respondió.

—Es largo de explicar —dijo finalmente Harrods—, y muy delicado.

—Entiendo —contestó Sainsbury con la indolencia de quien ha escuchado esa excusa miles de veces.

Y comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro. Mandó a los turistas a que continuaran con su visita, se deshizo de Lady Whirlpool y Lady Thomson, le dio el día libre al guardia de seguridad, ordenó cerrar la puerta, preguntó si el perro estaba debidamente vacunado y desparasitado, puso a dos de sus hombres frente a los gorilas de Lord Whirlpool, pidió a Harrods que perfumara la sala y nos invitó a todos a tomar asiento.

—Lord Whirlpool —dijo juntando muy despacio las yemas de los dedos de las manos—, ¿tiene la bondad de explicarme qué está sucediendo en su casa? Y no me diga que nada, se lo ruego. He recibido una llamada de socorro y he venido tan rápidamente como me ha sido posible. Nada más llegar me he encontrado a un sujeto con cara de susto, a su suegro vestido de Superman, aunque debo señalar que sin los calzoncillos rojos puestos, a dos tipos peleando con él, a su esposa desmayada, a otra señora tomando notas a su lado, a un señor dormido en el pasillo, a otro señor revisando las paredes con un microscopio, a un grupo de turistas haciendo fotografías que luego venderán a los periódicos del condado y a usted mismo amenazando al ya citado sujeto con cara de susto.

Lord Whirlpool negó con la cabeza una sola vez, si es que tal cosa es posible.

—No tengo por qué darle ninguna explicación, inspector —respondió—. Pregúntele al ya citado sujeto con cara de susto.

Entonces me di cuenta de que ese sujeto era yo.

—Muy bien —sentenció Sainsbury dirigiéndose a su ayudante—. Walmart, cachéelo.

La orden parecía destinada para Lord Whirlpool, pero el cacheado fui yo, lo cual me pareció injusto y arbitrario.

—Está limpio —dijo Walmart después de manosearme el tórax y las piernas.

No habría dicho lo mismo si me hubiera cacheado la conciencia.

—Siéntese —me indicó Sainsbury señalando una silla—, y dígame su nombre.

—Me llamo Rhett Bull —dije.

Y deletreé mi nombre de pila para que Walmart tomara notas correctamente en el cuaderno que acababa de sacar del bolsillo.

—¿A qué se dedica?

No sabía qué responder a eso y enmudecí durante unos segundos, como una de esas estatuas antropomorfas que representan un hombre reflexionando en silencio, si es que alguna de esas estatuas representa otra cosa. No quería desvelar la naturaleza de mi misión en Kenwood Manor ni podía permanecer callado indefinidamente. Consideré mis opciones e incluso descarté la idea de comenzar a expresarme en arapahoe.

—Soy jardinero —dije recordando las estatuas del jardín.

—¿Y qué está haciendo en Kenwood Manor?

La pregunta era más que esperable. Era inevitable. Y también incontestable.

—La yedra de Lady Whirlpool tiene clorosis —dije.

Y sumí a Sainsbury en un mutismo momentáneo. Tal vez creyó que le había contestado usando un lenguaje en clave y haciendo referencia a una misteriosa alegoría.

—¿Por qué va el General Motors vestido de Superman? —continuó preguntando el inspector cuando recuperó el habla.

—A mí qué me cuenta —dije sin hacerle saber que se había equivocado de superhéroe.

—El propio General me acaba de decir que lo entenderé todo cuando usted me lo explique —replicó Sainsbury, repasando mentalmente las palabras del anciano—, de modo que empiece a hacerlo lo antes posible. Se lo ruego.

Y señaló con la vista su reloj de pulsera, generando una tensa expectativa a mi alrededor. Sainsbury y Walmart querían saber la verdad, mientras que Lord Whirlpool, su suegro y sus matones se preguntaban cómo iba a salir de aquel atolladero.

—Verá usted —comencé a decir—. El padre de Lady Whirlpool no va vestido de Superman sino de Semental Enmascarado.

Hice una pausa para que Walmart tomara nota y, de paso, para poner nervioso a Lord Whirlpool, que no sabía hasta dónde estaba dispuesto a contar.

—Yo mismo le proporcioné el disfraz —añadí.

E hice otra pausa, esta ya lo suficientemente larga como para que Sainsbury tuviera que intervenir.

—¿Y por qué hizo usted semejante cosa?

—Tenía que deshacerme de él —relaté—. Yo me lo había puesto para tratar de pelear contra los lactobacillus que están causando la clorosis a la yedra de Lady Whirlpool.

No sé si Walmart fue capaz de tomar nota esta vez.

—¿Contra quiénes dice usted que tenía que pelear? —preguntó con la pluma y las cejas levantadas.

—Los lactobacillus se comen el hierro de la tierra y provocan graves daños a las yedras y otras especies vegetales. ¿No lo sabían ustedes? Es algo poco frecuente. La única forma de pelear contra ellos es asustándolos con un disfraz de superhéroe enmascarado, como traté de hacer yo.

Lord Whirlpool me miraba con las cejas pronunciadas y la boca entreabierta. Era evidente que agradecía la discreción con que estaba tratando el caso, aunque seguramente creía que me había excedido en el grado de fabulación. Sainsbury se rascó la cabeza con las uñas. Estaba totalmente desconcertado. E incluso es posible que no usara el champú más adecuado para su cuero cabelludo.

—¿Cómo dice? —dijo en un tono de voz más agudo que antes.

—¿No sabe usted lo que son los lactobacillus? —le pregunté.

Sainsbury miró a su ayudante en busca de ayuda. Supongo que para eso están los ayudantes.

—¿Se refiere a esos bichos que ponen en los yogures? —dijo con la inseguridad de quien se mueve en terreno desconocido.

—Exacto.

—¿Y dice que pretendía acabar con ellos disfrazado de superhéroe enmascarado?

—Así es —confirmé—. No sabe cómo se acojonan las bacterias y los virus cuando se les amenaza con el disfraz adecuado. Pregúntele al profesor Bosch, que es el sujeto que ha visto observando las paredes con su microscopio. Él se lo explicará todo.

A esas alturas de mi declaración Walmart había dejado ya de tomar notas. Sainsbury se levantó de la silla y se colocó frente a mí, aunque tuvo dificultades para sostenerme la mirada porque su cabeza comenzó a moverse hacia un lado, aquejada de un tic nervioso o un ataque de epilepsia.

—¿Pretende usted burlarse de nosotros? —dijo muy dignamente, tan dignamente que me dieron ganas de responderle que sí.

—En modo alguno.

—Entonces, ¿qué demonios está usted diciendo?

No tenía más recursos estilísticos ni más fabulaciones que inventar. Había llegado la hora de la sinceridad.

—Estoy aquí —dije suspirando entre el adverbio y la preposición, que es donde más dramáticamente quedaba mi suspiro— para tratar de enamorar a Sony Whirlpool.

Y como mi discurso no levantó ninguna clase de reacción entre los presentes, me vi obligado a añadir:

—Me bebo los vientos por sus huesos y haría cualquier cosa por conquistar la totalidad de su esqueleto.

Y logré que Sainsbury reaccionara al fin, tanto visible como audiblemente.

—Walmart —dijo con grave voz de mando, tratando infructuosamente de mirar hacia su ayudante—, arreste a este imbécil. Y léale sus derechos.

Pero Walmart no me arrestó. Ni mucho menos me leyó nada porque justo en ese momento la puerta se abrió y apareció ella, la verdad.

Lady Whirlpool entró en la sala con el paso firme y el equilibrio inestable, como quien sabe adónde se dirige pero ignora si logrará llegar a su destino o se perderá por el camino. Detrás de ella apareció el profesor Bosch con dos microscopios pegados a la cara con la ayuda de varios rollos de cinta americana.

—Señores —dijo ella sin excluir a nadie, ni siquiera a su patético acompañante—, por favor. Les ruego un momento de atención.

—¿Qué desea Lady Whirlpool? —dijo Sainsbury acercándose a ella.

—Tengo algo que confesarles.

—Usted dirá.

Y empleó más de quince minutos en explicar al inspector, su ayudante, su esposo, su padre y el resto de los presentes quién era yo, dónde me había encontrado, qué demonios hacía en aquella casa y todo lo que había descubierto hasta ese momento, salvo los detalles que todavía ignoraba, como por ejemplo que Sam Sonite era uno de los sementales enmascarados.

Lord Whirlpool había tomado asiento en un sillón orejero en cuanto su esposa había comenzado a hablar. Quizá lo hizo para evitar que las noticias le sorprendieran de pie. Los dos gorilas se quedaron con la boca abierta, como si nunca hubieran leído una novela de las que transcurren en una mansión de época. Harrods no dejó de mirarse las punteras de sus zapatos. *Hendricks* por su parte se tumbó junto a la ventana y se hizo el dormido.

—Entonces, ¿no es usted el heredero del actor Tyrone Power? —dijo el General Motors visiblemente abatido por la desilusión.

No supe qué contestar. Quién puede saber la cantidad de verdad que encierra un buen embuste.

—La cuestión no es quién es el heredero de Tyrone Power, mi General —intervino Sainsbury con sagacidad—, sino quién es el heredero de Lord Whirlpool. ¿No le parece?

El aludido se levantó del sillón hecho una furia.

—Esto es un ultraje intolerable —dijo a voz en grito—, una estafa y una burla. Por los demonios de todos los avernos. ¿Qué clase de bromistas son ustedes?

—Cálmese —le pidió el inspector.

—Les ordeno a todos que salgan inmediatamente de mi casa y me dejen en paz.

—Philips —intervino su esposa dando un paso al frente—, te ruego que me perdones por no haberte confiado mis planes, pero comprenderás que si los hubieras conocido habrías influido en su resolución. Eso es al menos lo que dice el profesor Bosch. Creo que lo llama el principio de Heisenberg.

—¿Quién es ese tipo? —siguió gritando Lord Whirlpool—. ¿Otro de tus amantes?

—Explíqueselo, Liebherr, tenga la bondad —dijo Lady Whirlpool, dando una

vuelta sobre sí misma para localizar al profesor—. ¿Dónde se ha metido?

—Estoy observando la fascinante vida doméstica de las garrapatas de *Hendricks* —respondió el profesor, que yacía arrodillado junto a su congénere—. Según el principio de incertidumbre de Heisenberg, la presencia del observador altera siempre el sistema que se desea observar.

Era curioso escuchar un corolario semejante en boca de alguien que llevaba dos microscopios pegados a la cabeza.

—¿Lo entiendes ahora? —sentenció Lady Whirlpool.

Su esposo tomó el suficiente aire como para darle cumplida y audible respuesta e incluso generar un pequeño tornado allí mismo, pero Sainsbury se interpuso oportunamente entre ellos.

—Basta de discusiones —dijo tratando de mantener quieta su cabeza—, y dígame una cosa.

La cosa iba dirigida hacia Lady Whirlpool.

—¿Qué desea saber?

—¿De verdad quiere resolver todo este asunto y averiguar quién es el padre de sus hijos?

—Por supuesto que quiero, ¿no lo hago? —respondió ella con sus arabescos lingüísticos habituales.

—Entonces solo hay un modo de hacerlo.

—Usted dirá.

—Walmart —dijo Sainsbury—, dele su cuaderno a la señora.

—Tenga.

—Lady Whirlpool —continuó el inspector—, sea tan amable de anotar los nombres de todos aquellos sujetos que pudieran ser los padres de sus hijos y de quienes no haya conseguido todavía una muestra de masculinidad.

La señora de la casa asintió con aparente naturalidad, pero enseguida, tan pronto como empezó a negar compulsivamente, quedó claro que había sido presa de un acto reflejo.

—¿Cómo quiere que haga una cosa así? —protestó.

—Ah, sí, perdone —se excusó Sainsbury—. Walmart, dele su pluma a la señora.

Lady Whirlpool recibió la pluma pero siguió negando con la cabeza. Lo hacía con tanto ritmo que, si hubiera movido algún otro miembro de su cuerpo, habría parecido que bailaba. El inspector no quiso acompañarla con los cada vez más frecuentes espasmos de su cabeza giratoria. Se dirigió primero a Harrods y luego a Walmart y comenzó a dar órdenes.

—Harrods, consígame una sala discreta que huela mejor que esta donde podamos estar cómodos —le dijo—, y Walmart, no quiero que ningún caballero abandone Kenwood Manor, así que le ruego que ponga un hombre en cada puerta.

—¿Y si se trata de una mujer?

—No me contradiga y haga el favor de poner un hombre en cada puerta.

—Me refiero a qué pasa si es una mujer quien desea abandonar Kenwood Manor.

—Las mujeres pueden ir donde les plazca.

—Entiendo —dijo Walmart con cara de no hacerlo.

—Y usted —continuó Sainsbury señalándome a mí con uno de sus dedos índices—, no se separe de mi lado en ningún momento. No quiero perderlo de vista.

—¿Podemos comer algo primero? —propuse.

—Harrods se ocupará de todo a su debido tiempo —contestó el inspector—, ¿no es así Harrods?

—Descuide usted, Sainsbury.

El inspector se detuvo para observar al mayordomo de abajo arriba, quizá porque en la innecesaria dicción de su apellido se ocultaba un reto inesperado.

—Dicen que es usted capaz de conseguir cualquier cosa —dijo Sainsbury como si aceptara el reto.

—Mi especialidad no es la alimentación —objetó Harrods sin acobardarse—, pero aun así no tendrá motivo de queja, inspector.

No me separé de Sainsbury en ningún momento, con la esperanza de que pronto tuviera apetito y Harrods nos sirviera algo de comer. Sin embargo, no sucedió nada parecido hasta mucho después de que entrásemos en el salón de la música, que fue la estancia elegida para que el inspector pusiera en marcha su plan. Por extraño que parezca no se produjo ningún conato de rivalidad entre Sainsbury y yo, quizá porque yo di un paso atrás y permití que él tomara las riendas del asunto sin más contratiempos. Todos sabemos lo mal que se llevan los policías y los detectives privados. Habría sido estúpido por mi parte oponerme a su método y disciplina, entre otras cosas porque yo carecía de ambas cosas y lo único que seguía teniendo era un hambre atroz.

Harrods corrió las cortinas y bajó las persianas del salón de la música. El inspector nos fue colocando a todos en un lugar determinado, como si fuéramos actores y estuviéramos a punto de escenificar una comedia.

—Usted, Lord Whirlpool, siéntese en aquel sillón —le dijo, y luego se dirigió a sus gorilas—. Sus dos acompañantes tendrán que esperar fuera.

Lord Whirlpool miró a Sainsbury y este consultó el cuaderno que le había devuelto su esposa, la de Lord Whirlpool.

—No están en la lista —se excusó.

Lord Whirlpool hizo un gesto a sus hombres para que se fueran.

—Exijo que se presente inmediatamente mi abogado —dijo a continuación.

Y Joffy-Tuffy no tardó en aparecer con el rostro desencajado, en estado de alerta, como supongo que habría hecho cualquier abogado en ejercicio cuyo conocimiento del derecho se restringiera a la historia de los pueblos visigodos.

—¿Qué sucede, Philips? —preguntó mirando hacia todas partes, como quien trata de orientarse.

—No lo sé —respondió Lord Whirlpool—, pero abre bien los ojos y los oídos

porque es posible que esto termine en una denuncia por allanamiento de morada, falsedad documental, difamación, calumnia y abuso de autoridad.

—Comprendido —dijo Foffy-Puffy traduciendo—, que me quite la chaqueta y las gafas y me prepare por si hay que comenzar a repartir una buena mano de hostias.

—Exacto.

Sainsbury siguió colocando a los sospechosos alrededor de la habitación. Estos entraban en la sala con una cara de asombro a medio camino entre la inquietud y la sorpresa, tratando de disimular el temor al futuro y la vergüenza del pasado, sin descuidar un aire de pretendida ingenuidad mezclado con un toque de cosmopolitismo muy forzado. Lo que, por abreviar, se conoce como cara de acelga, de canelo o de gilipollas. De entre ellos reconocí al pícaro aunque desafortunado Dyc, a su compañero de reparto Rob Roy, al guardia de seguridad, que finalmente no pudo disfrutar de su día libre, y a Sir Remington, un caballero muy distinguido que vivía al norte del condado. Había que contar también con la presencia del profesor Bosch, que seguía con los microscopios pegados a la cabeza, aunque se veían ya un poco caídos por culpa de su peso. Y, por último, varios agentes de policía, todos hombres. Cada uno ocupó el lugar que le correspondía según la escenografía de Sainsbury, que en ningún momento abandonó su posición de liderazgo, sin acordarse del principio de incertidumbre del tal Heineken.

—Bien, señores, les ruego unos minutos de atención —dijo el inspector una vez que Harrods cerró la puerta del salón y se colocó en el lugar que le correspondía, señal de que también estaba en la lista de Lady Whirlpool—. A continuación, mi ayudante, el sargento Walmart, les repartirá unos frascos de cristal en los que deberán depositar una muestra de su, esto, ejem, de sus flujos orgánicos más íntimos. Ustedes ya me entienden.

—No. Nosotros no entendemos nada —dijo Lord Whirlpool, dejando clara su actitud poco colaborativa—. ¿A qué flujos se refiere exactamente?

—A sus flujos más biológicamente masculinos, Lord Whirlpool.

La sala prorrumpió en un murmullo que lo mismo podía ser de incertidumbre que de alegría, dada la naturaleza de la petición de Sainsbury.

—No estoy dispuesto a admitir ninguna queja ni protesta —añadió Sainsbury, entendiendo el murmullo de otra manera—. Me da igual cuánto tarden en proporcionarme el, esto, ejem, la muestra. Les aseguro que no saldrán de aquí hasta que no lo hayan hecho.

—¿Quiere que eyaculemos en estos frascos? —preguntó Lord Whirlpool, traduciendo al cristiano los eufemismos del inspector.

—Se lo ruego, sí —contestó este con un hilo de voz.

—Esto es absurdo —siguió diciendo Lord Whirlpool, levantándose del sillón y dirigiéndose hacia su abogado—. Un atentado contra cualquier clase de dignidad moral. Ots, diles algo.

—A finales del siglo VII d. C. —comenzó a decir Floffy-Fleffy—, las luchas

internas por el poder entre el clero y la nobleza eran continuas. El rey Wamba, sucesor de Recesvinto, combatía en el norte de la península Ibérica cuando se produjo una tremenda rebelión en Septimania, región occidental de la Galia Narbonense.

—Muy bien dicho —aplaudí Lord Whirlpool volviendo a sentarse.

Sainsbury le hizo un gesto a su ayudante y Walmart le dio otro frasco de cristal a Focky-Locky.

—También necesitaré una muestra de sus flujos —le dijo sin poder remediar otro de sus bruscos movimientos de cuello—. Eso y que cierre la boca.

Estaba claro que a Sainsbury le importaban un carajo los principios de incertidumbre de la ciencia. Se paseó impasible por la sala, comprobando que todos los sospechosos disponían de su frasco de cristal, y terminó junto a mí.

—¿Conoce usted íntimamente a Lady Whirlpool? —me preguntó en voz baja.

—No sabría decirle —respondí después de carraspear un par de veces, como habría hecho cualquier caballero en mi lugar—. Intimé con ella en la biblioteca, pero no recuerdo el grado de intimidad que alcanzamos.

—¿No lo recuerda? —se extrañó él.

—¿Ha probado usted el ponche de Harrods?

—¿Qué tiene que ver eso con mi pregunta?

—Se nota que no lo ha probado —concluí.

Y conseguí que volviera a resoplar, aunque igualmente en voz baja.

—Proporcióneme una muestra de su masculinidad usted también —resolvió al fin—. Hágame el favor. Ya que estamos, prefiero pecar por exceso que por defecto.

—En ese caso —me permití señalar—, le ruego que haga venir también al señor Sonite, el prometido de Visa Whirlpool.

—¿Por qué habría de hacer una cosa así? —dijo consultando la libreta—. No está en la lista.

—Porque de lo contrario pecaría usted por defecto.

—De acuerdo —consintió.

Y dio instrucciones a Walmart, que salió del salón de la música con la velocidad de un *allegro ma non troppo*.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —preguntó Sainsbury consultando su reloj, como si tuviera prisa.

Quizá comenzara a tener apetito.

—Yo —dijo alguien desde el suelo.

Era el profesor Bosch, que había levantado la mano como si fuera un niño y se encontrara en el colegio. Se puso de pie y en ese momento uno de los microscopios se le cayó al suelo, le depiló por completo la ceja derecha y es incluso posible que le rompiera algún hueso del pie del mismo flanco.

—Profesor —dijo Sainsbury con un suspiro de impaciencia, demostrando que conocía bien a aquel sujeto—, le agradezco mucho su buena voluntad, pero le ruego que no nos interrumpa salvo que sea completamente imprescindible.

—Es que...

—¿Es completamente imprescindible?

—Defina imprescindible —intervino Sueps, el guardia de seguridad.

Liebherr permaneció unos segundos mirando a Sainsbury, con la cinta americana colgando de la ceja, como un juguete roto que ya no funciona bien. Se encogió de hombros, recogió su microscopio del suelo y volvió a pegárselo al ojo. Holly-Polly aprovechó el lance para mirarme y tocarse la sien con los nudillos. No supe si me hacía un gesto de complicidad o empezaba a tener una jaqueca.

En ese momento Walmart entró en la sala acompañado por un más que desorientado Sam Sonite.

—De acuerdo —volvió a decir Sainsbury—. Si nadie tiene nada más que añadir, podemos empezar. Señores, cierren los ojos, piensen en algo, no sé cómo decirlo, estimulante y depositen sus muestras en los frascos de cristal. Cuanto antes acaben, antes podremos irnos todos de aquí.

—¿Qué clase de farsa es esta? —preguntó Sam Sonite, mirando el frasquito que le habían dado como si fuera un meteorito procedente de otro planeta—. ¿Cómo quiere que pensemos en algo estimulante en esta sala, unos al lado de los otros? ¿No ha oído hablar de la intimidad? Es algo excelente, imprescindible en cuestiones sexuales.

Sainsbury dio dos pasos hacia él.

—Señor Sonite —dijo señalándome con una mano—, permítame recordarle que si el señor Bull, aquí presente, no ha logrado completar su investigación ha sido porque desconocía el origen exacto de las muestras orgánicas que iba recogiendo. Y eso es algo que no va a volver a suceder, se lo aseguro, ya que cada uno de ustedes va a depositar su, esto, su muestra en mi presencia o la de mis hombres. ¿Está claro?

Lord Whirlpool le dio un codazo a su abogado.

—Por Gardarigo el Grande, tercer rey godo después de la llegada a Escitia —dijo este—, esto es una provocación.

El ya citado Dyc y Rob también se quejaron, lo mismo que el guardia de seguridad, que además sostenía que intimidad procedía de *intimus*. Sir Remington no se pronunció, quizá porque había acudido a aquella extraña cita sin la compañía de su abogado.

—Inspector —dije yo, que tampoco estaba muy convencido de los métodos de Sainsbury—, le ruego que reconsidere su postura. No va a ser nada fácil complacerle, por mucho que insista. Estamos demasiado tensos.

Sainsbury miró por este orden a Walmart y a Harrods. Luego dejó la vista perdida en los volúmenes que llenaban las estanterías del salón de la música y se rascó la cabeza sin saber qué hacer.

—Podríamos beber algo —sugerí recordando el contenido de algunos de esos volúmenes.

—¿También tiene usted sed? —preguntó Sainsbury.

—Podríamos beber algo para relajarnos —maticé.

Y me dirigí a la estantería que tenía más cercana para rebuscar entre los libros hasta que di con uno de pega.

—Miren —dije sacando del libro una botella de brandy—, ¿les apetece un trago?

Estoy seguro de que Sainsbury iba a oponerse a mi ocurrente idea, pero el coro de aprobación de los demás sospechosos lo invitó a la transigencia, al menos esta vez.

—Está bien —dijo desarmado—, si creen ustedes que van a sentirse más cómodos echando un trago, pueden hacerlo.

—¿Quieren que prepare un poco de ponche? —propuso Harrods, dando un paso al frente, como un valiente voluntario.

—Esa sí que es una excelente idea —aplaudí yo—. Así el inspector comprenderá por qué es tan difícil acordarse de algo después de haberlo probado.

—No pienso hacer semejante cosa —replicó Sainsbury con un respingo de dignidad.

Pero no aclaró si no pensaba acordarse de algo después de haber probado el ponche de Harrods o si no pensaba probarlo de ninguna manera. Harrods abandonó el salón, no sin antes devolver el frasco de cristal a uno de los policías. Los demás sospechosos aprovechamos para buscar más libros de pega e ir calentando el ambiente con el brandy, el coñac y el whisky escocés que fuimos encontrando. Bebíamos directamente de las botellas, compartiéndolas con fraternal y creciente camaradería. El único que no probó una gota, aparte del profesor Bosch, que no estaba allí en calidad de sospechoso, fue Sir Remington. Ignoro si era abstemio o se estaba reservando para el ponche de Harrods, que no tardó en llegar a la sala, en dos recipientes de cristal sobre un carrito de los que se usan para servir los postres. Harrods había traído también copas y dos cazos para servir. Yo mismo le ayudé a hacerlo, e incluso me permití la licencia de ofrecerle una copa a Sainsbury para que pudiera usar ese argumento que tanto gusta a los policías.

—Lo siento —dijo rechazándola—, estoy de servicio.

Como si estar vigilando a una decena de borrachos a punto de vaciarse en unos frascos de cristal requiriese de algún tipo de sobriedad. Porky-Drinky, en cambio, se bebió dos copas de un trago, lo mismo que el sediento Dyc y Rob Roy, que no tardaron en entonar una conocida melodía popular, supongo que con la intención de incrementar la camaradería reinante.

—Les ruego que se abstengan de cantar —dijo Sainsbury, pidiendo calma con las manos.

Estaba claro que aquello se le estaba yendo de las mismas.

—No puede prohibirnos eso, Sainsbury —protestó Lord Whirlpool mirando a su alrededor—. Estamos en el salón de la música.

Y lanzó unas violentas carcajadas que fueron secundadas por sus compañeros de reparto.

—Lo que tienen que hacer es ir esto, este, estimulándose —nos recordó Sainsbury

señalando uno de los frascos de cristal—. No tenemos todo el día.

Sir Remington seguía sin beber. Y sin moverse. Era evidente que no iba a dar facilidades. Los únicos que se habían molestado en desenroscar la tapa del frasco eran el sediento Dyc y Rob Roy, pero no hay que olvidar que ellos jugaban con ventaja y ya estaban acostumbrados a mostrar sus pajaritos delante de otros congéneres. Y con cámaras delante. Sam Sonite se había bebido media botella de un whisky de más de veinticinco años en menos de veinticinco minutos, pero no había hecho ademán de bajarse la bragueta. Lo que sí había hecho era comentar la absurda futilidad con que los años pueden convertirse en minutos y la inconsistencia, por tanto, que caracteriza al discurrir del tiempo.

Sainsbury se acercó a su ayudante para cuchichear.

—Esto no está funcionando —oí que decía con un chasquido inicial de fastidio.

—¿Usted cree? —respondió Walmart escorándose claramente hacia la derecha.

Debía de ir por su tercera copa de ponche.

—Tal vez deberíamos proporcionarles la privacidad que reclaman —propuso Sainsbury.

—¿Cómo?

—Permitiendo que cada uno se alivie en privado.

—Eso nos llevaría mucho tiempo —contestó su ayudante mirando hacia el carrito de los postres—, y apenas queda ponche de Harrods.

El inspector se separó de él unos centímetros para valorar la objetividad de su respuesta. Pese a su incipiente estado de embriaguez, Walmart tenía razón y era imposible dar marcha atrás. Quizá todos los borrachos tengan razón cuando todavía están en su incipiente estado de embriaguez y su lengua comienza a liberarse de las ataduras de su conciencia antes de volver a ser cautiva de la de su inconsciencia.

—Inspector —intervine cuidando la pronunciación de las consonantes para evitar decir «insbegdor»—, le sugiero que hable con Lord Whirlpool. Él tiene la clave para que podamos estimularnos cómodamente y sin dificultades.

—¿A qué se refiere usted? —dijo Sainsbury, separándose de mí en busca de esa objetividad que buscaba sin descanso.

—Dígale que traigan a Ballantines, Carling, Baileys y las demás.

Sainsbury suspiró derrotado y cruzó las manos como si fuera a ponerse a rezar allí mismo por la salvación de nuestras almas.

—¿No han tenido bastante con el brandy, el coñac y el whisky que han encontrado entre los libros? —dijo entre dientes.

—Usted dígaselo y me comprenderá —insistí yo.

Y me alejé rumbo hacia el carrito de los postres porque, en efecto y como muy bien había señalado Walmart, apenas quedaba ponche en los recipientes. Menos de quince minutos después, cuando varias botellas vacías rodaban ya por las alfombras, la puerta del salón se abrió y entraron Baileys, Carling, Walmart, Ballantines y una chica nueva que nos fue presentada como Terry, todas ellas luciendo unos más que

estimulantes conjuntos de lencería de atrevidos colores. Walmart por su parte seguía llevando el traje de chaqueta que había traído, quizá con la camisa fuera del pantalón y la corbata desanudada. Si lo he nombrado después de Carling y antes de Ballantines es porque he enumerado a los recién llegados según su orden de aparición. Por nada del mundo querría violar el principio de incertidumbre de Geyperman.

Los sospechosos recibieron a las chicas con gritos de aprobación y silbidos de alegría. Incluso creo que alguno de los policías que nos custodiaban participó del entusiasmo comunitario. Baileys se tumbó boca abajo en un sillón orejero como el que ocupaba Lord Whirlpool. Carling usó una lámpara de pie a modo de barra americana. Walmart lamió las dos fuentes de cristal en busca de los restos de ponche. Ballantines cogió una silla y se sentó a horcajadas sobre ella, con el respaldo hacia nosotros, en plan cabaretero, y Terry se subió a una mesita auxiliar para ganar altura, lo que nos permitió observar ciertos detalles de su anatomía.

—Bravo, bravo —aplaudió Lord Whirlpool muy complacido—, cómo me gustan mis chicas. Son estupendas. Vamos, pandilla de babosos reprimidos y bastardos, aprovechad esta oportunidad y disfrutad un poco. No es el momento de ser tímidos.

Tenía toda la razón del mundo. Cuatro hembras de ensueño se movían con premeditada sensualidad delante de nosotros invitándonos por fin a la lujuria. Incluso Sir Remington pareció responder al campo magnético que provocaban el trasero y las caderas de Terry en movimiento. Walmart, que estaba a su lado, también se vio afectado por el magnetismo. No en vano se acercó a Sainsbury y le pidió un frasco de cristal.

—¿Es que alguien ha perdido el suyo? —preguntó el inspector.

—Es para mí —contestó el sargento.

—Walmart —le riñó el inspector—. Le recuerdo que, salvo el señor Sam Sonite y el profesor Bosch, todos los sospechosos que hay en este salón han mantenido relaciones íntimas con Lady Whirlpool.

—Por eso mismo.

Sainsbury lo miró con ojos redondos de sorpresa y fastidio, como si aquella declaración fuera la evidencia de que él mismo podría haber tenido una aventura con Lady Whirlpool, señora por la que sin duda sentía una especial atracción.

—*Et tu, Brute?* —le dijo.

Pero su ayudante no captó la ironía de la respuesta, digna del mismísimo Folly-Folly, quien justo en ese momento acababa de sacar un billete del bolsillo y se lo había metido entre las braguitas de color fucsia a mi adorada Ballantines. Los demás no tardaron en hacer lo mismo. No sé si este comportamiento se debió al gusto por la imitación que caracteriza la conducta humana o al hecho de que el espectáculo merecía realmente ser recompensado con unos cuantos billetes. Por si acaso le pedí uno prestado al inimitable Money-Locky y lo dispuse en el canalillo de Carling, que era la chica más cercana a mi posición, con la esperanza de que Ballantines no me viera. No estaba dispuesto a soportar una escena de celos en aquel lugar, con diez

tipos meneando sus pajaritos delante de cuatro mujeres en paños menores. Digo diez tipos, pero no conviene tomar este número como exacto, y esta vez no me refiero a ningún principio de incertidumbre, sino a que me pareció ver a uno de los policías refrotando innecesariamente su entrepierna contra las cortinas del fondo de la sala.

Las chicas fueron despojándose de las escasas prendas que vestían. Recogían los billetes que se acumulaban entre sus costuras y su cuerpo con una mano, mientras con la otra desabrochaban su sostén o se bajaban las bragas. Más o menos cuando las cuatro estuvieron completamente desnudas, mostrando sus cuerpos depilados al público, la puerta del salón de la música se abrió y aparecieron ellos dos.

—Disculpen —dijo ella—. Estamos buscando a Lady Whirlpool. ¿Les importaría indicarnos dónde podemos encontrarla?

Eran Lord y Lady Thomson, lo que inmediatamente me condujo a pensar que los principios de incertidumbre no sé, pero las Leyes de Murphy se cumplen siempre. Si Lady Thomson buscaba a Lady Whirlpool, el primer sitio al que acudiría sería el menos indicado, en este caso, la barra americana de Kenwood Manor. La distinguida señora admiró la escena en toda su dimensión, cualquiera que fuera la dimensión que pudiera tener la escena para una señora tan distinguida. A continuación suspiró muy débilmente, puso los ojos en blanco y se desmayó, pegándose además un buen castañazo contra el suelo porque Lord Thomson, que también admiraba la escena, fue incapaz de recogerla en sus brazos, absorto como estaba en los detalles escénicos.

Sainsbury fue el primero que reaccionó, seguramente porque era el único que se mantenía sobrio. Se acercó a la señora y le dio unos cachetes en las mejillas. Confío en que su intención fuera reanimarla y no se tratase de nada personal. Nunca se sabe. Lord Thomson seguía sin moverse. Ni siquiera pestañeaba. Tenía los ojos tan abiertos que temí que se le fueran a caer al suelo, una vez perdieran el contacto con sus cuencas oculares. Fue un pensamiento ridículo, lo admito, y en mi defensa puedo alegar que me había bebido más de media botella de whisky y no menos de cinco copas de ponche.

Harrods cogió la botella que tenía más cerca y se la acercó a Lady Thomson para que diera un trago. Ella bebió, tosió, carraspeó, escupió y abrió los ojos, imposible recordar si esta vez cito por orden de ejecución. Después de hacer todo eso pidió otro trago, lo que me confirmó que la señora había vivido lo suyo. No cabía duda. La única manera de enfrentarse a una escena como aquella era con una botella en la mano, cerca de la boca.

—Venga por aquí, se lo ruego.

Harrods la ayudó a levantarse y trató de conducirla hacia la puerta, pero ella opuso cierta resistencia. O no quería irse o no quería dejar allí al pasmado de su marido. Tal vez temiendo que volviera a desmayarse, Sainsbury le hizo sitio en uno de los sillones, creo que el mismo que había usado Baileys para tumbarse boca abajo, y la abanicó con lo que al principio me pareció un delicado pañuelo de encaje y resultaron ser las bragas de Carling. Lord Thomson dio unos pasos errabundos por la habitación. No sé si buscaba un sitio para tomar asiento, como había hecho su esposa, o se estaba dando una vuelta por aquella galería de nalgas, pechos y caderas en movimiento. En cualquier caso no tardó en llegar hasta donde se encontraba Sir Remington, a quien saludó con una genuflexión y un protocolo completamente innecesarios en una barra americana.

El calor que desprendían las chicas comenzaba a ser contagioso y la mayoría de nosotros ya nos habíamos despojado de alguna prenda. Los más sobrios nos habíamos quitado las chaquetas y los chalecos; los menos, los pantalones e incluso los calzoncillos. Hacía un rato que el guardia de seguridad iba mostrando sus

genitales a todos los presentes, Walmart había depositado ya una muestra en su frasquito de cristal y dos de los policías se habían quitado los cascos, uno de ellos para que sirviera de recipiente donde preparar un improvisado ponche usando brandy y coñac, quién sabe en qué proporciones.

—Defina bacanal o, en su defecto, defina desmadre.

Animada por el entusiasmo reinante, Carling comenzó a bailar con unos movimientos muy sensuales al ritmo de las palmas de los presentes. Se iba colocando junto a cada uno de nosotros y serpenteaba a nuestro alrededor con esa facilidad innata que tenía para la imitación de los animales de sangre fría.

—Querido amigo —me dijo Dancy-Locky, que bebía licor usando el frasquito de cristal como vaso—, póngase a la fila para bailar con Carling. Trae buena suerte.

—¿Usted cree?

—Pida un deseo y se cumplirá.

Pedí que él mismo comenzara a seguir el ritmo de las palmas y los pasos de baile lo llevaran muy lejos de allí. Y le di un empujón para que se colocara al lado de Carling. Y también porque me apetecía darle un empujón. Sainsbury se hallaba superado del todo por los acontecimientos. Hacía rato que su pequeño tic nervioso había ido creciendo hasta hacerse ridículamente patente, tanto visible como audiblemente, ya que además del brusco giro de cuello hacia la derecha emitía un sonido gutural a medio camino entre el aullido de un lobo y el graznido de un cuervo. Algo que sonaba parecido al arapahoe, en su versión más coloquial.

Ballantines aprovechó el júbilo reinante para acercarse a mí.

—¿Qué significa esto? —me preguntó con severidad.

Y se cruzó de brazos esperando mi respuesta. Presa del nerviosismo miré a mi alrededor, más que nada porque ignoraba lo que ese «esto» podía significar en el contexto que me rodeaba. Sainsbury graznaba a mi lado, Walmart seguía llenando su frasquito de cristal y el profesor Bosch bailaba muy torpemente con Carling, demostrando tener menos sentido del ritmo que común. Debía ser muy cauteloso con mi respuesta.

—¿Sabías que Septimania era una región occidental de la Galia Narbonense? —dije.

—Me refiero a qué haces tú esperando el turno de bailar con Carling —concretó ella—. Yo te he desvirgado y me debes fidelidad absoluta. ¿Lo entiendes o estás demasiado borracho para contestarme? ¿Qué has bebido?

—Ballantines —repliqué tratando de calmarla—, deja que te explique, por favor. Todos los presentes tenemos la obligación de llenar este frasquito.

Y emití una incontenible y quizá inoportuna carcajada.

—Bueno, cada uno su frasquito —maticé—. En este no cabría todo el asunto. Y además se mezclarían las identidades y el chiflado que lleva los microscopios pegados a los ojos no sabría quién es quién.

Ella hizo un gran esfuerzo para comprenderme, supongo que atando los cabos de

nuestra conversación de la noche anterior con lo que estaba sucediendo en el variopinto escenario que nos rodeaba.

—Si tienes que llenar algún frasquito —dijo en el mismo tono que antes—, que sea en mi presencia. ¿Está claro?

Más o menos en aquel momento la puerta del salón de la música se abrió de nuevo, esta vez para dar paso al jefe de estación, que venía acompañado de dos cámaras, dos tipos de sonido y otros dos que controlaban los cables, los trípodes y los focos.

—Lord Whirlpool —dijo el primero después de hacer un rápido barrido con la vista—, ¿le importa si filmamos la escena? La encuentro muy fotogénica.

—Por todos los diablos, buena idea —aprobó nuestro anfitrión con su vehemencia habitual—. Filma cuanto quieras. No había visto una orgía tan simpática en todos los años que llevo dedicado a la pornografía. Ni como productor, ni como director, ni como actor, ni siquiera como espectador.

Sus palabras fueron recibidas con nuevos signos de entusiasmo procedentes de los sospechosos, sus guardianes e incluso de Lady Thomson, que se atusó el cabello y se desabrochó el escote para salir guapa en la película. Para entonces, Sainsbury ya había comenzado a recoger los frasquitos de cristal e iba identificándolos con un rotulador indeleble.

—Walmart —dijo cuando tuvo en la mano el frasco de su ayudante—, ¿se puede saber cuántas veces se ha aliviado usted?

Y luego lanzó dos graznidos y dos cabezazos a la derecha. El obediente Dyc y Rob Roy le entregaron igualmente sus frasquitos y pidieron permiso para marcharse de allí. Sainsbury se lo concedió, supongo que harto ya de la escenografía que él mismo había montado. Incluso les indicó la puerta con la cabeza a modo de despedida. Eso o que le había dado otra vez el tic nervioso. Harrods también quería marcharse. Se dio la vuelta en busca de un poco de intimidad sin emitir ni un simple suspiro de complacencia y reapareció mientras enroscaba la tapa del frasquito, con la bragueta ya subida. Algo parecido hizo Lord Whirlpool, demostrando una gran profesionalidad a la vez que una atinada puntería.

Hosty-Polly, sin embargo, seguía encandilado admirando a Carling, que ya había dejado de bailar y comenzaba a entretenerse con los juguetitos que le había bajado el jefe de estación, ataviada con la chaqueta y el casco de uno de los policías. Lady Thomson por su parte se dejaba querer por una de las cámaras, risueña y procaz, imitando los movimientos de Baileys, que en ese momento reptaba por el sofá mientras ronroneaba como un gato y cerraba los ojos como un topo, componiendo una imagen inédita en el reino animal.

Sainsbury estuvo a punto de avisar a Lord Thomson del más que inadecuado comportamiento de su señora, pero no lo hizo porque a esas alturas Lord Thomson y Sir Remington se estaban dando piquitos en la boca, como dos adolescentes. O dos cigüeñas. Eso explicaba muchas cosas y, al mismo tiempo, generaba nuevos

interrogantes. Quedaba claro por qué el vecino del norte no se había excitado con las chicas de Lord Whirlpool, pero dejaba fuera de lugar su inclusión en la lista de nombres que había confeccionado Lady Whirlpool. Quién sabe si ella lo había seducido en el pasado con las mismas intenciones que Ballantines había tenido conmigo, en un desesperado intento de confirmar su feminidad. O quizá Sir Remington se había contagiado de la procacidad reinante en la sala y le daba igual besar a un hombre que a una mujer, siempre y cuando tuviera el suficiente bigote entre la nariz y la boca.

La cuestión es que Sainsbury no se atrevió a hablarle de su mujer. Y no me extraña. En realidad tendría que haber hecho justo lo contrario y dirigirse a Lady Thomson para señalar la más que inadecuada conducta de su esposo, aunque eso tampoco pudo hacerlo porque en ese momento la distinguida señora, a la que todos llamaban ya Rowenta, sonreía con picardía a Ostty-Happy y Walmart mientras comenzaba a interesarse por los juguetes de Carling, uniforme de policía incluido. Lo único que pudo hacer el bueno de Sainsbury fue cubrir el rostro de Lady Thomson con lo que él consideró otro pañuelo y eran en realidad los calzoncillos de uno de los sospechosos, imposible averiguar de quién sin la colaboración del profesor y sus microscopios.

Sam Sonite también entregó el frasquito y se marchó de la habitación, no sin antes sostenerme la mirada un par de segundos más de lo necesario con esa flema engominada que se gastaba, como si supiera que se encontraba allí por mi culpa. No pude prestarle mucha atención porque me encontraba cerrando cuidadosamente mi frasquito de cristal para entregárselo a Sainsbury. Sir Remington y Lord Thomson también estaban ocupados abriendo y cerrando sus braguetas y sus frasquitos. Sueps, el guardia de seguridad, roncaba sobre la alfombra y las cámaras seguían enfocando a Chochy-Mochy, Walmart, Baileys y Rowenta protagonizando lo que podríamos denominar una escena de jueguecitos traviesos con final en frasquito de cristal.

Carling y el jefe de estación ya se habían marchado. Sainsbury rotulaba todas las muestras y las iba depositando en el carrito del ponche, del que no se separaba en ningún momento. Las repasé con la mirada. Había cuatro rotuladas a nombre de Walmart, pero no supe si el inspector se había equivocado con los nombres o su ayudante extralimitado con los frascos. Incluso me fijé en que varias procedían de los agentes de policía y de uno de los cámaras.

Poco después Ballantines también se marchó. Me despedí de ella con un beso y me recompuse la ropa. Al hacerlo noté que llevaba algo en uno de los bolsillos del pantalón y me dirigí hacia el profesor Bosch.

—Liebherr —le dije con una familiaridad nada forzada a esas alturas de la velada —, tengo algo para usted.

Él se levantó del suelo y trató de enfocarme con todos sus oculares a la vez, como si estuviera delante de un microbio.

—He encontrado sus lactobacillus —añadí.

Y le entregué el yogur líquido que no me había tomado la noche anterior. El profesor se deshizo de los microscopios con tanta violencia que se afeitó la otra ceja y medio cuero cabelludo, lo que le dio cierto parecido con un indio arapahoe preparado para la batalla. O, mejor dicho, vuelto de la batalla.

—Muchas gracias —dijo emocionado.

Y me abrazó cubriéndome el rostro de besos, y de pegamento, quién sabe si contagiado por la camaradería del salón o llevado por su propia estulticia, palabra que se quedó sin definición ni etimología dado que el guardia de seguridad seguía durmiendo.

—¿Dónde estabais, pequeñines? —comenzó a decir, mirando embelesado el bote de yogur—. ¿Me habéis echado de menos?

Y volvió a pegarse firmemente los microscopios a los ojos para acceder a la intimidad de sus recién recuperadas mascotas. A su lado, Sainsbury hacía un recuento del carrito con un notorio esfuerzo. Muy notorio porque al ingente número de frasquitos había que sumar las dificultades que le ocasionaba su tic nervioso, viéndose obligado a comenzar el recuento varias veces. Cuando estuvo seguro de que tenía todas las muestras que necesitaba, se dirigió al profesor Bosch.

—¿Qué le pasa? —preguntó al verlo tan contento.

—No se lo va a creer, inspector —contestó el profesor—. He recuperado mis lactobacillus.

—Nyac nyac —exclamó Sainsbury—, ¿sus qué?

—Mis mascotas microscópicas —respondió el profesor—, ¿quiere verlas?

Y le enseñó el bote de yogur.

—No, gracias —rechazó Sainsbury dando tales cabezadas hacia la derecha que parecía estar recibiendo una descarga eléctrica—. Aquí tiene.

Y le mostró el carrito del ponche, como si fuera un camarero ofreciéndole algo de beber.

—Le ruego que se dé toda la prisa posible para realizar los análisis.

El profesor asintió e hizo una reverencia. O quizá la reverencia fuera ocasionada por los microscopios, que vencían su peso hacia delante.

—Por cierto —añadió Sainsbury—, ¿qué era lo que quería decirme antes?

Liebherr tuvo que hacer memoria para recordar. Habían pasado tantas cosas desde entonces.

—Cuando he preguntado si alguien más tenía algo que decir —insistió Sainsbury.

—Ah, eso —dijo Liebherr recordando al fin—. Iba a decirle que, según los principios científicos en los que se basa mi metodología, no necesitaba una muestra seminal de cada individuo para realizar la prueba de paternidad.

—¿Cómo?

—Bastaba con una muestra de saliva. O de sangre.

El inspector se quedó inmóvil, casi, casi inmóvil porque los espasmos nerviosos seguían su curso. Miró el carrito primero y recorrió la sala con la vista después, como

quien repasa lo sucedido.

—¿Quiere decir, nyac, que no hacía falta recoger todo este material? —preguntó señalando los frasquitos.

Liebherr negó, o trató de hacerlo porque los microscopios elevaban considerablemente el momento angular de su cabeza y casi no podía moverla hacia los lados. Sainsbury se llevó las manos a la cara y las acabó poniendo sobre su mejilla izquierda. Tenía problemas para entender lo ocurrido. No era capaz de asimilar que la orgía que acababa de presenciar había sido del todo innecesaria. Pobre hombre. Quizá no supiera que ninguna orgía es innecesaria, más bien al contrario, ninguna lo es suficientemente. Fui a consolarlo de alguna manera, poniéndole una mano en el hombro o dándole una palmada en la espalda, cualquier gesto que evitara tocarle su impredecible cabeza, pero no me dio tiempo de hacer nada. Sainsbury se quitó las manos de la mejilla izquierda, le arrebató al profesor Bosch el bote de yogur, lo abrió con violencia y se lo bebió de un trago.

—Estamos en paz —dijo cuando terminó.

El profesor también tuvo la intención de llevarse las manos a la cara, pero le fue igualmente imposible porque se tropezó con los microscopios colgantes, así que se las llevó a las orejas.

—¿Qué ha hecho? —dijo.

Y luego añadió:

—¿Qué ha hecho?

Quizá no se había oído a sí mismo la primera vez, dado que llevaba las orejas tapadas.

—Me he bebido sus bichos —dijo Sainsbury con una mano en el estómago.

El profesor se arrodilló en el suelo sin fuerzas para permanecer de pie, dejándose caer desconsoladamente, incapaz de comprender lo que acababa de suceder. Apenas necesitó unos segundos para que su incredulidad se transformara en un arranque de genio. Entonces se levantó y se encaró con Sainsbury.

—Vomítelos, vomítelos —decía el pobre diablo.

Sus gritos despertaron al guardia de seguridad e incomodaron en grado sumo a Sir Remington y Lord Thomson, que buscaban una privacidad imposible de encontrar en aquella mansión. El guardia se acercó al profesor y le pidió que dejara de lloriquear y gritar, del latín *plorare* y *quiritare* respectivamente. Liebherr dejó de hacerlo en el acto y se abrazó al guardia, no sé si porque buscaba su consuelo o porque le había molestado su sugerencia. Ambos rodaron por la alfombra hasta dar con Walmart y Chochy-Polly, que se unieron al abrazo, lo mismo que Baileys y Rowenta, esta última armada con un consolador de no menos de treinta centímetros de longitud (y además encendido) con el que amenazó a su marido. Sir Remington salió en su defensa adoptando la pose de un boxeador. Rocky-Chorry tomó partido por Rowenta y se encaró con Sir Remington. Dos de los policías, que aún llevaban puestos sus uniformes, sacaron sus pitos y los accionaron repetidamente, quizá cumpliendo las

órdenes que Sainsbury daba entre tic y tic, como si fuera un reloj dando los cuartos.

El inspector se acercó a mí y me miró con los ojos más tristes que he visto nunca sin maquillaje, como pidiendo auxilio.

—Nyac —me dijo muy serio.

La tensión de la escena era más que notable, era audible. Un movimiento equivocado y podíamos acabar todos protagonizando una pelea más propia de una tribu de arapahoes, o de ostrogodos, que de una mansión de época. Me dirigí hacia el profesor Bosch y el guardia de seguridad con intención de separarlos. El guardia sacó su porra y me amenazó con ella. Yo reaccioné dando un salto y sujetándome a lo primero que pude, que fueron las manos de Rowenta. Eso hizo que Lord Thomson me agarrase por los hombros. Y que Sir Remington sujetara por la cintura a Lord Thomson. Y que Walmart tratara de intervenir y se uniera al grupo sujetando los puños de Rocky-Cuatry. Y que este se agarrase a lo primero que pudo, que fueron los hombros de Rowenta. Y que Lord Thomson, quién sabe si molesto por lo solicitada que estaba su señora, tratase de separarnos con todas sus fuerzas, convirtiendo aquella escena en una especie de melé giratoria, como si estuviéramos jugando al rugby en una zona de la Tierra con la rotación muy acusada.

Justo entonces la puerta del salón de la música volvió a abrirse.

—¿Qué son esos ruidos? —preguntó Lady Whirlpool muy asustada, antes de ver la escena en toda su dimensión.

—¿Qué hacen ustedes? —continuó diciendo después de verla—. ¿Por qué se están abrazando?

Dejamos de girar alrededor del eje de la melé y nos miramos los unos a los otros sin atrevernos a responder.

—Estamos... —comenzó a decir Lady Thomson muy decidida, pero tuvo que callarse porque no supo qué estábamos haciendo.

—Estamos... —repitió Sorry-Chorry tratando de pensar en una coartada que pudiera explicar nuestra conducta, pero tampoco dijo nada.

—Estamos bailando —dije yo.

—¿Cómo? —se extrañó Lady Whirlpool.

—Ejecutando movimientos acompasados con el cuerpo, los brazos y los pies —explicó el guardia de seguridad—. También se pueden ejecutar con la cabeza y el cuello, aunque hay que tener cuidado con las cervicales.

Y a continuación se dirigió al resto de la melé.

—Una vez más, por favor, damas y caballeros —dijo disimulando—, *plié* y giro a la derecha.

Y, siguiendo sus movimientos corporales, todos nos agachamos lo más elegantemente que pudimos mirando hacia Lady Whirlpool.

—Vamos, Sir Remington, profesor —continuó diciendo Sueps—. En los días de viento he visto árboles en el parque moviéndose con más elasticidad que ustedes. Ahora todos juntos, muy despacio. Y cinco, seis, siete, *relevé* y brazos arriba.

Y seguimos obedeciendo sus instrucciones sin soltarnos los unos de los otros, en completa armonía.

—¿Y por qué motivo están ustedes bailando? —replicó Lady Whirlpool cuando concluimos nuestra breve coreografía.

Esta vez nadie se ofreció voluntario para contestar.

—El licor conduce directamente a la música, Candy —comenté yo—. Usted misma me lo dijo la primera vez que visité esta sala, ¿no lo recuerda?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Lo que ha pasado es que hemos comenzado a beber y luego a cantar. Ahora estamos bailando y quién sabe lo que vendrá después.

Harrods, que había entrado detrás de su señora, se dirigió a Sainsbury con cara de pocos amigos, como responsabilizándolo de lo ocurrido. O simplemente disgustado por lo mal que el inspector había ejecutado el *relevé*.

—Sepárense ahora mismo —ordenó el mayordomo.

Y todos los presentes fuimos haciéndolo muy despacio, disimulando nuestras intenciones originales, como si en verdad fuéramos unos consagrados bailarines, tal era la autoridad que transmitían las palabras y el tono de voz de Harrods.

—Les ruego que me disculpen —dijo Sir Remington juntando las palmas de las manos.

Y de alguna manera su educado comportamiento nos contagió a todos.

—Perdóneme —dijo alguien, quizá el profesor Bosch—, me he extralimitado tanto en la energía potencial como en la cinética.

—No faltaba más —respondió alguno de los policías, Walmart o cualquiera sabe quién.

—¿Le he hecho mucho daño?

—En absoluto.

—¿De quién es este aparato eléctrico con forma fálica?

—Démelo.

—¿Me devuelve mis calzoncillos, por favor?

—Tenga.

—Disculpe, pero creo que ese hombre me pertenece.

—Tenga, tenga.

—¿Alguien tendría la bondad de recordarme cómo me llamo?

—No hablen tan alto, que se va a despertar este señor.

Harrods dio dos sonoras palmadas al aire. Supongo que lo hizo para reclamar nuestra atención porque dudo que quisiera aplaudir nuestros pases de baile. En todo caso logró ambas cosas, además de despertar al guardia de seguridad, que había vuelto a dormirse, esta vez en brazos de Sir Remington. Lady Whirlpool nos miraba a todos sin reconocernos, como si padeciera un ataque agudo de amnesia. Luego miró al inspector y a su mayordomo sin comprender lo sucedido, y su cabeza pareció aquejada del mismo mal que Sainsbury, desencajada de su cuello, guillotizada por las

circunstancias. Supongo que pensaba que sus opciones de ser la anfitriona del vicario se habían esfumado para siempre. O tal vez estaba considerando la posibilidad de pedirle al jefe de estación una copia de la filmación para poder chantajear a Lady Thomson, como habría hecho cualquier persona sensata en su lugar. No sé. Es difícil ponerse en la piel de una dama de la alta sociedad que encuentra, medio desnudos y confundidos con otros invitados y unos cuantos policías, a los integrantes de la lista de amantes que ha anotado en una libreta ejecutando una coreografía insostenible de *pliés* y *relevés* sobre un suelo lleno de botellas vacías y un aire saturado de efluvios de alcohol, en el salón de la música de su propia casa.

El inspector se despidió de ella haciéndole una improvisada reverencia seguida de varios graznidos. Se llevó custodiado el carrito del ponche y salió acompañado de sus hombres, sin advertir que uno de ellos todavía iba desnudo y que otro era en realidad Carling disfrazada de policía. Yo me quedé consolando al profesor Bosch, cuyo arranque de genio se había vuelto a transformar en una profunda desolación.

—Tranquilícese, por favor —le dije acariciando su cabeza con muchas dificultades debido al pegamento que había dejado allí la cinta adhesiva—. ¿Tiene apetito?

Harrods me despegó la mano del cuero cabelludo del profesor y lo acompañó hasta donde se encontraba Lady Whirlpool.

—Vamos, Liebherr —le dijo ella—. Tiene usted mucho trabajo por delante.

Una vez más me quedé sin comer o sin cenar o quién sabe sin desayunar. Tal era el desconcierto orgánico que sentía en mi interior que ya había olvidado cuál era la comida del día que me tocaba ingerir. Tampoco sabía la hora que podía ser. Todo lo que tenía era un sueño atroz, fruto sin duda de la mezcla del ponche de Harrods y los demás licores que sí había logrado ingerir.

Como no me sentía capaz de llegar a mi habitación, me acomodé en un trozo de alfombra que quedaba libre, entre el guardia de seguridad y uno de los policías. Puede que en realidad buscara su protección, dado que Lord Whirlpool, sus gorilas o el propio Sam Sonite podían estar esperándome a la vuelta de cualquier esquina. No tardé en quedarme dormido, quizá porque no era la primera vez que me acostaba entre dos agentes de la ley, si es que los funcionarios de prisiones pueden ser considerados como tales.

Un número determinado de horas después, que sin embargo ignoro y por tanto puede considerarse indeterminado, fui despertado por Harrods y el servicio de limpieza de Kenwood Manor, compuesto por media docena de asistentes armados hasta los dientes con mopas, trapos, bayetas, cepillos y aspiradores eléctricos de distintas marcas. Me dieron estas dos opciones a elegir: o subía a mi habitación, me daba una ducha y me vestía para asistir a la reunión que había sido convocada por Lady Whirlpool y el inspector Sainsbury o sería succionado por uno de los aspiradores que ya habían comenzado a funcionar por la sala, tirado a la bolsa de la basura y depositado en el contenedor que había a las afueras de la mansión, según me indicó Harrods con su eficacia lingüística habitual. Por descontado que nunca antes me habían insultado usando tan buenas maneras, de modo que tomé sus palabras con una sonrisa de humildad porque siempre es agradable que te insulten con educación.

Además, comprendía su enfado. Al fin y al cabo se había visto involucrado por mi culpa en aquella espiral de botellas de alcohol, consoladores, pitos, focos, cámaras y frasquitos de cristal, aunque no era yo quien había anotado su nombre en la lista de Lady Whirlpool. O al menos eso creía. Mi cabeza seguía confundida y, tras hacer un rápido cálculo de lo que había bebido, concluí que seguiría estándolo durante unas cuantas horas más, así que elegí la opción de subir a mi habitación. Una ducha le iría bien a mi cabeza. Mis compañeros de alfombra tuvieron que elegir entre opciones parecidas, salvo el policía, que pidió algo de ropa para poder volver a la comisaría, aunque fuera andando. Estoy seguro de que lo hizo con la esperanza de que alguien lo acercara en automóvil, pero todo lo que consiguió fue un pantalón corto, una camiseta, unas zapatillas de deporte y la sugerencia de salir de allí al trote, repitiendo la consigna numérica «un dos un dos», como si estuviera practicando un poco de ejercicio físico, lo que confirmaba que Harrods era un hombre de infinitos recursos.

El agua caliente de la ducha me escoció en varias partes del cuerpo, cabeza incluida, convirtiendo algo placentero en un rosario de lamentos y escalofríos. No sé de qué me extrañaba. De resultas de la persecución, la orgía, la borrachera y las horas de sueño pasadas en la alfombra del salón de la música tenía varias contusiones y dolores musculares por todas partes. Eso y alguna costilla rota procedente de mi experiencia hípica de los días anteriores, además de una deficiencia alimentaria de pronóstico reservado y una ligera flaqueza de piernas que relacioné con las ganas de volver a ver a mi querida Ballantines, a la que echaba de menos con una preocupante y cada vez más angustiada intensidad.

Miré por la ventana para calcular la hora que podía ser, lo cual me fue imposible porque tampoco fui capaz de recordar qué horizonte tenía ante mí: si el de la mañana o el de la tarde. Todo lo que puedo decir es que era de día o que habían aumentado considerablemente la potencia de las farolas de Kenwood Manor. Abandoné mi habitación en un, por así decir, dramático estado de expectación metabólica, sin saber

si podía aspirar a comer algo, cualquier cosa, lo que fuera y en el orden que correspondiese. Quiero decir que me daba igual almorzar a la hora de desayunar, cenar a la de almorzar o desayunar a la de cenar. La cuestión era ingerir alguna sustancia que pudiera ser mínimamente aprovechable por mi sistema digestivo. Valía incluso beber los yogures líquidos con bichos del profesor Bosch. Todo menos dejarme conducir por Gilly-Polly a la planta segunda de la mansión o tener que volver a huir de los gorilas de Lord Whirlpool.

—Venga conmigo. Le estábamos esperando.

Harrods truncó todas mis expectativas de alimentación con estas palabras. Se posicionó a mi lado, unos centímetros adelantado como solía, y me guió por pasillos y escaleras hasta el comedor principal en forma de ele, el que había visto cuando me infiltré en el ejército de turistas que visitaban la mansión. Su gran mesa central mostraba unos prometedores juegos de café y se hallaba flanqueada por unas no menos prometedoras butacas, algunas de las cuales ya habían sido ocupadas.

—Buenos días —me dijo alguien a quien no reconocí en primera instancia.

Era Lord Thomson, que parecía otro con la corbata anudada en su sitio.

—Buenos días —respondí agradecido por la información temporal que contenía el saludo.

—Le ruego que tome asiento —me indicó Harrods, apartando una de las butacas para que lo hiciera—. Dentro de un momento se servirá el desayuno de trabajo.

Y entonces lo entendí todo. Estaba claro que me encontraba atrapado en uno de esos sueños que cumplen paso a paso y con dudosa credibilidad los más febriles deseos que uno tiene o ha tenido. Ya solo faltaba, por ejemplo, que Visa Whirlpool y mi querida Ballantines se subieran a la mesa en paños menores con intenciones pugilísticas.

—Menuda juerga nos corrimos ayer —escuché a mi espalda—, eh, viejo truhán.

Era Gilly-Chorry, que sonreía con la franqueza de un niño feliz, seguramente porque llevaba dos tiritas en la cara, una en una ceja y otra en la barbilla, igual que un niño feliz. Tal vez no estuviera soñando después de todo. Harrods le dio un sucinto y disimulado empujón para que se dirigiera al lugar que le habían asignado en aquella mesa con forma de consonante líquida. Y yo suspiré aliviado. Por nada del mundo habría querido tener a aquel pelmazo sentado a mi lado. Enfrente de mí estaba el profesor Bosch abrazado a lo que me pareció un orinal de porcelana. Quizá sí estaba soñando después de todo. A su izquierda, en el extremo de la mesa, había un sitio libre. A su derecha se encontraba Sony Whirlpool, tan callado como de costumbre. A la derecha de Sony vi a Tomtom, y a la derecha de este último a Visa Whirlpool.

—Hola —dije cuando me crucé con su mirada.

No me respondió, más bien al contrario. Volví a suspirar. Estaba tan hermosa como un huevo frito a la napolitana, con sus cabellos dorados cayendo sobre sus hombros igual que el queso fundido cae sobre la yema. Definitivamente estaba soñando.

—Buenos días y bienvenidos al gran espectáculo de Kenwood Manor —bramó una voz bien conocida por todos, entrando en la sala con la misma energía que un huracán—. Tomen asiento, señoras y señores, y presencien las evoluciones de los artistas en las distintas pistas de nuestro circo. No se pierdan la actuación de las fieras, los malabaristas, los funambulistas y, sobre todo, presten mucha atención a los payasos.

Me miró fijamente cuando dijo esto último. Tal vez por eso le dirigí una tristísima sonrisa. Detrás de él iban las fieras: sus dos gorilas. Y detrás de estos los malabaristas: el de nuevo recién duchado Dyc y Rob Roy. Los cinco tomaron asiento al fondo del comedor, junto al guardia de seguridad y Sam Sonite, que ocupaba la butaca del extremo, al lado de su prometida.

—Lamento el retraso.

Con estas palabras hizo acto de presencia Sir Remington, buscando sin disimulo a su querido Lord Thomson, junto al que se colocó después de dedicarle una mirada de desafío a Lady Thomson, que estaba sentada a mi izquierda. A mi derecha se sentó Walmart, con un ojo completamente cerrado y el otro entreabierto, como un púgil después de haber disputado un combate a quince asaltos.

—¿Qué le ha pasado? —le susurré.

—Esperaba que usted me refrescara la memoria.

—¿No se acuerda de lo ocurrido?

—Cada quince minutos tengo que mirar mi placa para recordar quién soy y a qué me dedico.

—No exagere.

—No lo hago, mire —dijo enseñándome su placa—. Me llamo Morrisons y soy agente de policía.

Lo que faltaba. Había cogido la placa de un compañero. Dudé entre sacarlo de su error o perseverar en él. No sabía cómo hacer ni una cosa ni la otra, de modo que asentí y elevé los hombros a la vez, como quien se hace cargo de una situación. Y le di una palmada de aplomo en la espalda. Pocas cosas unen tanto a los hombres como el alcohol, los espectáculos pornográficos y las peleas. Y creo que esta vez sí cito en el orden correcto.

En ese momento entraron en la sala Lady Whirlpool y el inspector Sainsbury. Él llevaba un cartapacio bastante voluminoso que depositó sobre la mesa, junto a mi desorientado compañero de la derecha.

—Cuide de estos documentos, Walmart —le dijo.

—¿Quién es Walmart? —susurró él mirándome a mí.

—Ni idea —respondí.

No creí que fuera el momento de hablar de su verdadera identidad. Ignoraba y sigo ignorando cuál es el mejor momento para hablar de la verdadera identidad de nadie. Además, un delicioso aroma a café y bollos recién hechos se había colado en la sala procedente del pasillo. El desayuno de trabajo se acercaba. Lady Whirlpool tomó

asiento junto al profesor Bosch y le pidió que quitara el orinal de encima de la mesa. Todas las butacas habían sido ocupadas ya, lo que significaba que el inspector Sainsbury tenía que desayunar de pie. O quizá íbamos a jugar al juego de las sillas y por eso faltaba una.

Lady Whirlpool hizo una seña con las cejas y Harrods ordenó que nos sirvieran el café.

—Tengo un hambre atroz —comenté con Walmart—, ¿usted no?

—No sé —respondió él, pensativo—. ¿Y si soy vegetariano?

Cuatro camareros entraron en la sala empujando sendos carritos como los que había usado Sainsbury para recoger las muestras de los sospechosos y comenzaron a llenar la mesa de platos con bollos de mantequilla, sándwiches de pepino, bombones, hojaldres y otros dulces similares. A continuación fueron llenando nuestras tazas de café o té, solos o acompañados de leche. Walmart estaba perplejo.

—¿Y si el café me sienta mal? —decía—. ¿Y si soy alérgico al pepino?

Pronto estuvimos todos servidos. Lady Whirlpool levantó su taza de té y recorrió la mesa en forma de ele con los ojos para, aun a riesgo de quedarse bizca, dar a entender que podíamos empezar a comer. Era un verdadero sueño. Los bollos de mantequilla estaban recién hechos y tenían la inconsistencia propia de las cosas recién hechas. Sé de lo que hablo porque me vi obligado a meterme cuatro en la boca para paliar dicha inconsistencia. Rowenta me miró con severidad, desaprobando mi comportamiento glotón y avaricioso.

—Señora —le dije por si acaso pensaba llamarme la atención—, su marido está haciendo manitas con Sir Remington.

Ambos señores habían comenzado ese juegucito de enamorados que consiste en darse de comer mutuamente con los ojos cerrados, manchándose los bigotes y las barbas de mantequilla y chocolate. No eran los únicos que estaban haciendo el payaso. Joffy-Chorry había cogido un sándwich y se había puesto una rodaja de pepino en cada ojo, como si estuviera en un salón de belleza, provocando unas sonoras carcajadas, que él consideró erróneamente de camaradería, entre los hombres de Lord Whirlpool.

—Lady Whirlpool —dijo Sainsbury después de beberse su café de un trago—, Lord Whirlpool, damas y caballeros. Les he convocado a este desayuno de trabajo para hacerles partícipes de los resultados analíticos que ha obtenido el profesor Bosch, prestigioso sabio de la ciencia aquí presente.

—No se olvide de avisarme cuando defeque —solicitó el aludido.

Y provocó uno de esos silencios fríos y densos que son a veces más significativos que las palabras, si es que tal cosa es posible, que lo dudo. El inspector miró al profesor y asintió con la cabeza. Estaba claro que habían llegado a una especie de pacto, lo que significaba que el orinal que llevaba Liebherr era más significativo que las palabras y mucho más significativo que los silencios.

—Lady Whirlpool quiere que sepan ustedes lo traumático que ha sido para ella

tomar la iniciativa en este asunto tan embarazoso —prosiguió el inspector, comenzando a dar señales de su tic nervioso—. Nunca resulta fácil enfrentarse al pasado, sobre todo cuando el pasado está lleno de incertidumbres sin resolver que, precisamente por eso, pueden influir en el desarrollo del futuro.

Hizo una pausa para respirar.

—Claro que, si esas incertidumbres estuvieran resueltas, no sé si podrían seguir denominándose incertidumbres —añadió tratando de no desviarse del tema principal—. No importa. La cuestión es que solo había una manera de probar fehacientemente quién es el verdadero heredero de Kenwood Manor.

Esta vez el silencio fue sustituido por unas cuantas voces, y bastante significativas a decir verdad.

—¿Qué cojones está usted diciendo? —clamó Lord Whirlpool desde su sitio—. El heredero de Kenwood Manor es mi hijo Sony. Por todos los diablos, no estoy dispuesto a soportar más humillaciones. Di algo Ots.

—No veo nada —dijo su abogado, que todavía llevaba las rodajas de pepino en los ojos.

—Exacto —aprobó en el acto Lord Whirlpool—. No queremos ver nada y nos vamos.

Y se levantó, acción que imitaron inmediatamente sus gorilas.

—Les ruego que permanezcan donde están —les pidió Sainsbury con los brazos extendidos, como si fuera un director de orquesta dirigiéndose a un coro—. Mis hombres están fuera y no permitirán que nadie abandone esta sala hasta que yo lo ordene, ¿está claro?

Lord Whirlpool volvió a sentarse con tanta violencia que parecía tener algo personal contra las butacas del comedor. Sus gorilas volvieron a imitarlo.

—Walmart —dijo Sainsbury mirando a su ayudante—, los informes, por favor.

—Preferiría que me llamara por mi verdadero nombre.

Sainsbury frunció imperceptiblemente el entrecejo y arrugó mucho la cara, como quien sufre un trauma desde hace tiempo.

—¿Quiere que le llame por su nombre de pila?

Walmart asintió. El cuello de Sainsbury se movió varios grados hacia la derecha.

—Como usted quiera, Renegy —dijo—, ¿me pasa los informes, por favor?

Entonces fue Walmart quien arrugó el entrecejo y se quedó pensativo. Tal vez no le sonara ese nombre, lo cual no tenía nada de extraño dado que se creía el agente de policía Morrisons. No obstante le dio los informes al inspector e inmediatamente después cruzó una mirada de desconcierto conmigo.

—¿Renegy Morrisons? —repitió en voz baja, como tratando de recordar.

—Rhett Bull, mucho gusto.

—En estos informes se encuentra la verdad —comenzó a decir Sainsbury, dotando a su discurso de una gravedad que tal vez no estuviera a tono con el orinal del profesor Bosch o las rodajas de pepino de Perky-Porky—. A continuación y con

permiso del señor Bull, aquí presente, voy a hacer un breve resumen de los hechos que han terminado por congregarnos en esta sala.

Y me miró como pidiendo mi permiso.

—Está bien pero yo también quiero que me llame por mi nombre de pila —dije por apoyar a mi compañero de la derecha.

—Muy bien, muy bien —concedió Sainsbury, lanzando un derrote con la cabeza —, como usted quiera, Red.

—Es Rhett —maticé—, con dos tes y hache intercalada entre la erre y la e.

—Perfectamente —respondió Sainsbury, como si tomara nota mentalmente—. Usted, Rhett, fue llamado por Lady Whirlpool para obtener una muestra de los flujos orgánicos de Lord Whirlpool, ¿no es así?

No supe si debía decir la verdad, mentir, hacerme el sueco o seguir vacilándole a Sainsbury con mi nombre y apellido, que eran básicamente las opciones que tenía. Miré a Lady Whirlpool en busca de su consentimiento y lo encontré. Si es que una breve flexión de su cabeza en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la vertical de su rostro era un consentimiento. Lo mismo se trataba de otro tic nervioso.

—Así es —dije imitando el gesto de mi anfitriona.

—Al objeto de cumplir con su cometido, y corrijame si me equivoco —prosiguió Sainsbury—, se desplazó usted hasta la planta de trabajo de Lord Whirlpool, más conocido como el Macho Enmascarado.

Harrods, que permanecía detrás del inspector, junto a la puerta, dio un paso al frente.

—Es Semental, mi querido Sainsbury —le dijo.

—Por supuesto, discúlpenme —se excusó Sainsbury, tratando de mirar a Lord Whirlpool, para lo cual tuvo que girar su cuerpo noventa grados a la izquierda—. La cuestión es que usted, Rhett, obtuvo una primera muestra que no pertenecía a Lord Whirlpool, pese a haber sido obtenida del Semental Enmascarado. ¿Es así?

—La deducción es correcta —dije poniendo voz de locutor de bingo, mientras le daba un codazo de complicidad a Walmart—, continuamos para resolución de caso.

Pero Walmart seguía mirando su placa, completamente abstraído y cabizbajo, sin prestarme atención.

—En efecto, la deducción es correcta —añadió Sainsbury después de lanzarle una fugaz mirada a su ayudante—, porque esa muestra tampoco se corresponde con la que Lord Whirlpool tan amablemente nos ha proporcionado.

Y, sin atender al revuelo que causaban sus palabras, abrió el cartapacio y sacó una hoja con unos datos.

—Aquí lo pone bien claro —siguió diciendo—, esa muestra que tomó usted en primer lugar, Rhett, correspondía al señor Sam Sonite, que también nos honra con su presencia.

Se armó un gran alboroto en el salón de la música, algo parecido al caos armónico que precede a un concierto, cuando los miembros de la orquesta afinan

individualmente sus instrumentos. Todos los congregados se pusieron a hablar a la vez. Y puede que en idiomas distintos porque no se entendía nada. Yo estuve a punto de contribuir al desconcierto general con unas palabras en arapahoe, pero en ese momento Walmart se dirigió a mí.

—¿Sabe usted si soy casado? —dijo mirándose las manos en busca de un anillo.

Lord Whirlpool se había vuelto a poner en pie y lanzaba improperios e insultos a discreción, como si estuviera en un estadio de balompié. Solo le faltaba la camiseta de su equipo y la bufanda conmemorativa. La polémica y el árbitro estaban servidos frente a él. Visa Whirlpool también se había levantado, mostrándonos a todos su estupenda figura de amazona. El único que permanecía en su sitio, tranquilo y mudo, era precisamente Sam Sonite.

—¿No tiene nada que decirnos, señor Sonite? —le preguntó el inspector.

El aludido negó con la cabeza muy despacio, quizá burlándose subrepticamente del tic nervioso de su inquisidor.

—Sam —dijo Visa.

Y él se acercó para decirle algo, probablemente lo que ella quería oír en ese momento, que es lo que habría hecho yo y cualquiera en su sano juicio en aquellas circunstancias.

—Prosigamos —propuso Sainsbury—. Una vez que la primera muestra resultó inútil para identificar al heredero de Kenwood Manor, el señor Bull, Rhett, quiero decir, fue instado a que consiguiera otra. ¿No es así?

—Más o menos —repuse muy dignamente.

—Y de nuevo consiguió una muestra del Semental Enmascarado.

Asentí con la misma dignidad pero sin abrir la boca, más que nada por no repetirme.

—Sin embargo, esa muestra —dijo Sainsbury, sacando algo del cartapacio—, cuyos análisis tengo en la mano y es distinta de la anteriormente obtenida, tampoco pertenece a Lord Whirlpool, lo que significa...

No pudo seguir hablando porque Lord Whirlpool y los suyos habían vuelto a los insultos balompédicos, como si el inspector acabara de pitar un penalti en contra de su equipo.

—... lo que significa —repitió este alzando la voz—, que al menos hay dos sementales enmascarados, además de usted, Lord Whirlpool. Quizá pueda aclararnos este punto. ¿O tiene miedo de hacerlo?

El aludido miró a su abogado y le indicó que era su turno de decir algo.

—Señor mío —dijo Joppy-Poppy poniéndose en pie—. Lord Whirlpool, exactamente igual que el rey ostrogodo Totila, conocido también por Baduila, que reinó después de Erarico y antes de Teya, es respetado por sus hombres y temido por sus enemigos. No conoce el significado de la palabra miedo ni ningún puto derivado de su jodido campo semántico.

Lord Whirlpool asintió una sola y contundente vez. Sainsbury negó con la cabeza,

aunque no de forma simétrica con respecto al eje de su rostro.

—Señor Hootsein Over —comenzó a decir.

Pero no pudo continuar.

—No le consiento que se tome la libertad de pronunciar mi nombre para hablar conmigo —dijo Osffy-Toffy muy enfadado, dando un puñetazo en la mesa—. Si quiere dirigirse a mí llámeme Othoo Seinver o Hootsy Versein.

Sainsbury siguió negando con la cabeza y se acercó a su ayudante. Necesitaba ayuda.

—¿Qué puedo hacer con él, Walmart?

—No me llame así —repuso este.

—¿Quiere que le siga llamado Renergy?

—Me llamo Morrisons.

Sainsbury miró hacia la puerta sin ningún esfuerzo.

—Morrisons está ahí fuera —dijo.

—Fíjese en mi placa si no me cree.

Y se la enseñó.

—Nyac —comentó Sainsbury mirando hacia la pared.

—Señores, por favor —intervine levantándome para sujetar al inspector, que parecía a punto de desplomarse—. Les ruego un poco de calma. Lo mejor será comer algo. Harrods, traiga más bollitos de mantequilla y más hojaldres, ¿quiere?

Harrods pidió permiso con la mirada a Lady Whirlpool antes de salir de la sala. El inspector se sentó en mi butaca y yo me quedé de pie. Si hubiéramos estado jugando al juego de las sillas, habría perdido. Me situé en el lugar que había ocupado Sainsbury y miré a los presentes. Lord Whirlpool y sus hombres seguían dando voces, Sam y Visa hablaban en voz baja, Sir Remington y Lord Thomson continuaban cogidos de la mano, sin decir nada. Lady Thomson observaba los movimientos de Lady Whirlpool y esta se abanicaba con la mano.

—Calma, damas y caballeros, por favor —dije olfateando el aire de la sala—. Harrods está a punto de traer más bollería para desayunar.

—Defina bollería —comentó el guardia de seguridad— y especifique si el término incluye churros.

Volvieron los camareros y los sendos carritos. La mesa se llenó de nuevo de dulces, jarritas de leche, cafeteras y teteras, y los congregados guardaron por fin un poco de silencio. No hay nada como la comida para hacer callar al pueblo, como muy bien sabían los monarcas del pasado, tanto los ostrogodos como los del resto de las nacionalidades. Sainsbury me hizo una señal con la mano para que continuara yo, dado que él había iniciado una espiral de espasmos musculares, negaciones de cabeza y salvas de graznidos que ponían en peligro la integridad física de su espina dorsal.

—¿Por dónde íbamos? —dije para convocar la atención de los presentes—. Morrisons, refrésquenos la memoria, por favor.

Lo hice participar en la resolución del caso por dos motivos. Uno, porque no tenía

ni idea de por dónde íbamos. Y dos, porque había quedado un hojaldre en uno de los platos y quería comérmelo.

—Al menos hay dos sementales enmascarados —respondió Walmart.

—Gracias —dije—, y eso significa...

Dejé mi frase en suspenso y me encaré con los presentes. Parecía un maestro repasando la lección con sus alumnos.

—¿Lady Whirlpool? —dije señalándola.

—Que el flujo recogido en la segunda muestra corresponde al verdadero padre de dos de mis hijos —dijo ella con el cuello tan estirado que también temí por la integridad física de su espina dorsal.

—¿Y quiénes son esos hijos? —seguí preguntando mirando a Walmart—. Morrisons.

—Los hijos son Sony y Thomas —leyó Walmart, sacando más papeles del cartapacio de Sainsbury.

—¿Y yo? —dijo Visa Whirlpool.

Y miró a sus hermanos con ojos de felina a punto de lanzarse sobre su presa.

—Hablaremos luego, cariño —intervino su madre—. Ahora no es el momento.

—Por todos los demonios, ¿cómo que ahora no es el momento? —gritó Lord Whirlpool levantándose a la vez que sus hombres—. ¿Cómo es posible que sea el padre de Sony y Tomtom y no lo sea de Visa? Exijo una explicación. Ots, diles algo.

—Mi cliente exige una jodida explicación.

—Muy bien dicho.

Nuevamente se produjo un revuelo en la mesa.

—Orden en la sala —dije yo como si llevara un martillo en la mano.

—Philips —dijo Lady Whirlpool, apoyando las manos sobre la mesa para levantarse—. Tú no eres el padre de Sony y Tomtom.

—Candy —respondió su esposo—, ¿cómo te atreves?

—Es la verdad.

Lord Whirlpool rugió como un león hambriento y por tanto enfadado. Apoyó las dos pezuñas sobre la mesa, miró a su abogado y señaló a su esposa.

—Ots, dile algo.

—¿Cómo se atreve a decir la verdad, señora?

—Philips —dijo ella—, no creo que debamos hablar de esto ahora, delante de todos estos, ejem, invitados. Podemos continuar hablando más tarde en la intimidad del hogar.

Hubo un murmullo de expectación. Estaba claro que ninguno de los, ejem, allí congregados queríamos renunciar a conocer el final de la historia. Lord Whirlpool se cruzó de brazos, se puso las gafas para ver de lejos y retó con la mirada a su mujer desde la distancia.

—Será mejor que siga usted, señor Bull —dijo Lady Whirlpool sin aceptar la afrenta.

Y volvió a abanicarse con la mano.

—Veamos —dije—, ¿por dónde íbamos? ¿Inspector?

—Nyac nyac.

—¿Morrison's?

—La segunda muestra corresponde al padre de Sony y de Tomtom.

—Exacto —subrayé dando una palmada para reclamar la atención de la clase, puesto que no tenía ningún martillo a mano—, ¿pero...?

—Pero no pertenece a Lord Whirlpool.

—No, señor —repetí—. ¿Puede consultar a quién pertenece, por favor, Morrison's?

—Enseguida —dijo.

Y se quedó petrificado delante del papel que tenía delante.

—¿Qué sucede? —dije acercándome a él.

—No puedo creer lo que estoy leyendo —contestó Walmart mostrándome los análisis.

—Ni yo —reconocí completamente perplejo.

Debo reconocer que no he leído muchas novelas policiacas a lo largo de mi vida o, mejor dicho, que no he leído muchas novelas en general, sin especificar el género. Precisamente por esta carencia de bagaje literario, no esperaba que el resultado de aquellos análisis resultara tan novelesco.

—¿Harrods? —dije, exclamé y pregunté a un tiempo—. ¿Usted?

El mayordomo dio un paso al frente, como si esperase mis órdenes.

—¿Usted es el padre de Sony y de Tomtom? —le pregunté mostrándole los análisis.

Harrods no me respondió pero miró a su señora, que bien mirado ya era una elocuente y puede que elegante forma de responder.

—¿Lady Whirlpool? —La invité a que se explicara.

—Es posible, sí —aceptó ella con los ojos fijos en la mesa de puro abatimiento—, por aquella época yo era una mujer muy desgraciada. Me encontraba muy sola.

—Mamá —dijo Tomtom poniéndose en pie—, ¿qué estás diciendo?

—Digo la verdad —replicó Lady Whirlpool mirando a su hijo, al borde de las lágrimas—. Tu padre no me hacía ningún caso.

—¿Mi padre? —repitió Tomtom—. ¿Cuál de ellos? ¿Papá o Harrods?

—Me refiero al que hasta ahora has considerado tu padre —tuvo que especificar Lady Whirlpool, a punto de lanzarle el orinal del profesor Bosch a la cabeza—. Nunca nos hemos querido. El nuestro fue un matrimonio de conveniencia. Yo en realidad amaba a otra persona.

—¿Amabas al mayordomo? —dijo Tomtom, sin poder creerlo.

—Amaba a Lord Westinghouse —confesó Lady Whirlpool con la voz rota por la pésimamente mal contenida rabia que mostraba.

Hubo un pasmo de conmoción que recorrió toda la sala, como un relámpago invisible. Lady Thomson se llevó las dos manos a la boca. No sé si por el pasmo, por ver cómo su marido le ponía su anillo de bodas a Sir Remington o porque había comido demasiados bombones.

—Basta —aulló Lord Whirlpool, haciendo una señal a sus gorilas para que le siguieran—. Ya he oído bastantes tonterías por hoy. Esto es una puta ridiculez.

Se levantó y caminó a grandes zancadas hacia la puerta de salida.

—No pienso quedarme a escuchar más insultos sobre mi trabajo, mi familia y mi persona —siguió aullando—. Yo también fui forzado a casarme contigo, Candy. ¿Crees que fue fácil para mí asumir nuestro matrimonio de conveniencia?

—Puede que tampoco fuese fácil para ti, Philips —admitió su esposa—, pero hay que reconocer que supiste compensar las penurias del día a día encontrando un estimulante pasatiempo.

—Tú también encontraste un buen pasatiempo —contraatacó él—. No hay más que leer la lista de nombres que le diste al inspector. Habría sido más sencillo haberle

dado el listín telefónico del condado.

—No exageres —le pidió ella.

—¿Que no exagere? —repitió él—. Me acabo de enterar de que no soy el padre de mis hijos y de que me has engañado con el puto mayordomo. Y encima he tenido que escuchar en mi propia casa el nombre de mi peor enemigo. ¿Qué más me falta por escuchar? ¿Que tampoco soy el padre de Visa?

Lady Whirlpool bajó la vista y comenzó a mordisquearse las uñas de su mano derecha. Su marido se acercó a ella y se la levantó, la vista, tirando de su mentón hacia arriba.

—¿No lo soy?

Nadie contestó.

—Por todos los infiernos, esto es el colmo —añadió Lord Whirlpool, soltando el mentón de su mujer para apoyarse en los hombros del profesor Bosch, que seguía sentado junto a ella—. ¿No soy el padre de mi propia hija?

—No.

—¿Y quién es?

—Él.

—¿El profesor?

—Winston.

—¿Lord Westinghouse?

—Sí.

—Mamá —se escuchó desde más atrás.

Y Visa Whirlpool se desplomó en brazos de Sam Sonite, lo que consideré una prueba de que hasta en los momentos más difíciles de la existencia hay tipos que saben convocar a la buena suerte.

—Ots —dijo Lord Whirlpool reclamando a su abogado—, prepara los papeles del divorcio.

—Philips... —repuso este como quien va a añadir una objeción.

—Prepara los malditos papeles del divorcio inmediatamente y asegúrate de que a esta fulana hija de puta no le quede absolutamente nada.

—¡Philips!

—¡Lord Whirlpool!

—¡Señor que hasta hace un momento consideraba mi padre!

—Haz lo que te digo —ordenó Lord Whirlpool—, y hazlo ahora mismo. Es más. Dile algo ya.

Oshy-Poshy se recompuso el nudo de la corbata y se aclaró la voz.

—Candy, querida —dijo acatando las órdenes de su patrón—, siento mucho lo que ha pasado, pero antes de seguir adelante quiero que sepas algo importante.

—Dime.

—Estoy loco por ti.

—Diantres —exclamó el guardia de seguridad—, interjección coloquial y

eufemismo de diablo.

—Ots —protestó Lord Whirlpool—, ¿qué carajo estás diciendo?

—Te amo desde hace años, desde siempre —prosiguió Jossy-Rossy—, desde que te conocí, cuando eras una chiquilla como Visa. En realidad ahora me gusta mucho más Visa que tú, pero creo que lo tendré más fácil contigo. Dame una oportunidad y te aseguro que dejaremos a este idiota en la ruina.

—Ots —suspiró Lady Whirlpool—, muchas gracias. Es lo más bonito que me han dicho nunca.

El aliento de Lord Whirlpool llegó desde el otro lado de la mesa.

—No tienes ni puta idea de lo que estás haciendo, estúpido majadero —le dijo a su abogado.

Y arreó a sus gorilas contra él. Uno rodeó la mesa para agarrarlo por detrás y el otro se subió a ella con el mismo propósito, salvo que trataba de hacerlo por delante. Ninguno de los dos consiguió su objetivo porque Polly-Polly se puso de rodillas y se escondió debajo de la mesa. Lady Whirlpool por su parte cogió el orinal y se lo lanzó a su marido, asestándole lo que podríamos denominar un orinalazo en la parte occipital de su cráneo. El profesor Bosch se tiró al suelo y adoptó su postura fetal de defensa, con el dedo en la boca y los ojos muy cerrados, sin cejas y medio calvo por culpa de la cinta americana que había usado el día anterior para sujetarse los microscopios. Había que verlo. Lady Thomson se quitó las gafas. Si iba a haber otra pelea en Kenwood Manor, no la iban a coger desprevenida esta vez. Se levantó de la butaca, cerró ambos puños y los dispuso delante de su rostro. Sam abanicaba a Visa con la ayuda de Sony, creando entre los dos una corriente de aire con las manos. El inspector Sainsbury graznaba a intervalos regulares. Parecía un metrónomo con forma de inspector de policía que está de servicio. Harrods se acercó para defender a su señora y Walmart abrió la puerta con el fin de que sus compañeros de la policía pudieran entrar tocando sus pitos para poner orden en la sala.

—Siéntense —ordenó el ayudante del inspector—, siéntense todos donde estaban.

Pero Lord Whirlpool no estaba de humor para acatar órdenes de nadie, mucho menos de un tipo que desconocía su propia identidad. Se marchó a toda prisa seguido de sus dos gorilas, el ya desayunado Dyc, Rob Roy, el guardia de seguridad, Lord Thomson y Sir Remington, estos últimos dándose mutuamente traviosos pellizcos en el trasero. La sala permaneció inmersa en un incómodo silencio durante unos minutos, bien es cierto que habría sido aún más incómodo si Lord Whirlpool y los suyos no se hubieran ido. O si, por ejemplo, se hubieran llevado todas las butacas consigo. Alguien tenía que romper el hielo y acabar de resolver el caso. La cuestión era quién.

Sainsbury se hallaba acurrucado en su butaca, inmóvil como un pajarillo asustado. Walmart trataba de reanimarlo hablándole en voz baja mientras le ofrecía miguitas de hojaldre. Según nos dijo, así era como había conseguido reanimar a una cría de gorrión que había encontrado en su jardín hacía solo unos días. Los demás

policías ignoraban lo sucedido, de manera que, por muy absurdo que pudiera parecer, la máxima autoridad legal que había en aquella sala era yo. Y además, a qué negarlo si no había mayor autoridad que la mía, me convenía ir pensando en cerrar el caso y marcharme de allí.

—Comprendo que lo sucedido ha debido de resultar muy sobrecogedor para ustedes, ¿no lo ha sido? —dije dirigiéndome a Lady Whirlpool y a sus hijos—, más aún sin tener a mano una copa del ponche de Harrods, pero debemos continuar.

Visa Whirlpool ya había vuelto en sí e incluso recordaba su nombre. En ese momento bebía de una petaca de plata que sostenía Sam Sonite. Harrods había ayudado al profesor Bosch a levantarse del suelo y tomar asiento, aunque continuaba con su dedo en la boca. Harrods no, el profesor. Lady Thomson se había quitado los guantes y puesto de nuevo las gafas. En las manos no, en los ojos. Lady Whirlpool suspiró profundamente, como quien toma aire para sumergirse en una atmósfera carente de oxígeno, y me hizo una señal para que continuara.

—Los análisis del profesor han sido muy convincentes —dije apuntándolo con un dedo—. A decir verdad han sido mucho más convincentes que él mismo. Ninguno de los hijos de Lady Whirlpool es de Lord Whirlpool. Los dos varones son hijos del mayordomo y Visa es hija del vecino de al lado. Lo que no acabo de comprender es quién demonios es usted.

Y di unos pasos para colocarme a la altura de Sam Sonite, solo que a este lado de la mesa, más o menos a metro y medio de distancia.

—¿Yo? —dijo él a la defensiva.

—Sí, usted —repetí con aplomo—. Si la primera muestra que obtuve era suya y correspondía a un hijo supuestamente secreto de Lord Westinghouse, es inevitable concluir que usted es ese hijo secreto.

Visa lanzó un grito agudo y algo afónico, parecido al piar de una cría de gorrión a punto de caer en el jardín de Walmart.

—Eso sería horrible, Sam —exclamó tras el grito.

—¿Por qué?

—Significaría que somos hermanos.

—¿Cómo?

—Por Amalasunta, hija de Teodorico el Grande.

—¿Puede repetir? —solicitó Walmart desde la otra punta de la mesa—. Me he perdido.

Sam se puso en pie muy despacio, accionando todas sus articulaciones a cámara lenta, como un atleta o un caballo llegando a la meta.

—Señores —dijo mirando a los caballeros—, señoras —añadió mirando a las damas—, querida —terminó mirando a Visa—. Me han descubierto ustedes. Excelente trabajo, les felicito. En efecto, soy el hijo de Lord Westinghouse.

—¿Cómo?

—Por Audofleda, madre de Amalasunta.

—¿Puede repetir?

—Como comprenderán, mi verdadero nombre no es Sam Sonite —prosiguió mirándonos esta vez a todos, de uno en uno—. ¿Cómo iba a llamarme así? ¿Qué creen que soy? ¿Una maleta? Por el amor del cielo, adopté ese nombre porque era el que aparecía en mi maletín de trabajo.

—¿Cómo te llamas entonces? —preguntó Visa.

—Delsey —respondió Sam—. Delsey Westinghouse.

—¿Perdón? —escuché que decía Walmart dirigiéndose a uno de los policías—. ¿No es ese el nombre de un famoso artista de cine?

—Cuando era un niño —continuó hablando Sam—, mi padre, Winston Westinghouse, me mandó a estudiar a un internado muy lejos de aquí. Posteriormente estuve en una universidad extranjera, todavía más lejos de aquí, y luego, cuando ya fui un hombre, volví a casa y me puse el nombre de mi maletín.

Había que reconocer que, como sinopsis de biografía, la historia no tenía desperdicio.

—Mi padre quería que me casara contigo, Visa, para poder acceder a lo que más quería en el mundo. —Hizo una pausa y tomó aliento para pronunciar con toda la gravedad posible las dos siguientes palabras—: Kenwood Manor.

Y logró generar un silencio igual de grave a su alrededor.

—¿Pediste mi mano para acceder a Kenwood Manor? —dijo Visa, como quien no puede creer lo que está diciendo, que no es más que lo que acaba de escuchar.

—Así es —confesó Sam—, pero tanto mi padre como yo ignorábamos por completo que tú también fueras hija suya, lo que supongo que significa el final de nuestro noviazgo.

Y entonces quien se levantó como accionada por un resorte fue Lady Whirlpool.

—Por supuesto que supone el final de vuestro noviazgo —dijo muy alterada, dirigiéndose a su exhijo político—. Nunca permitiría que una hija mía se casara con un hijo de tu madre.

—El problema, Lady Whirlpool —contestó él con su parsimonia característica—, no es que yo sea hijo de mi madre sino que asimismo soy hijo de mi padre.

Tampoco estaba mal como sinopsis biográfica. Incluso tenía un mayor grado de concisión lingüística.

—Lo siento, Visa —dijo Sam tomando la mano de su exnovia—, pero tienes que devolverme el anillo de prometida. No sabes lo que te pierdes al no poder casarte con uno de los sementales enmascarados.

Y le arrebató el susodicho objeto con una eficiencia y rapidez que para sí querrían muchos carteristas que se precian de sus artes. Luego hizo una reverencia ante Lady Whirlpool y abandonó la estancia, dejando en el aire el eco de sus pisadas. Y en la sala una butaca vacía.

—Discúlpeme —dijo entonces Walmart reclamando mi atención—. No entiendo nada. ¿Este joven que acaba de marcharse era el Semental Enmascarado?

—Era uno de ellos —respondió Lady Whirlpool por mí—. Mi marido creó un personaje imaginario, un seductor de hembras jóvenes y un incansable fornicador, tan incansable que tuvo que pedir ayuda para satisfacer a sus chicas y reclutó al menos a dos ayudantes. ¿No es así Harrods?

—Así es, Milady —admitió el imperturbable mayordomo—. Lord Whirlpool buscó candidatos de su misma altura, corpulencia y, ejem, potencia sexual. El exseñor Sam Sonite, actual señor Westinghouse Junior, fue uno de los elegidos. Y yo, perdónenme por la inmodestia de reconocerlo, el otro. Los tres parecíamos el mismo personaje con el antifaz, la capa y el cinturón del Semental Enmascarado.

Me crucé de brazos delante de Walmart, como dando un desplante al cuerpo de policía, algo que nos gusta hacer a los detectives privados cuando tenemos la oportunidad, quizá porque en el fondo somos policías renegados.

—¿Lo entiende ahora, Morrisons? —le pregunté con cierta impertinencia.

—¿Qué tengo que entender, señor? —respondió el policía que estaba junto a Walmart.

—Me refiero a él —dije señalando a este último.

—¿Él? —repitió el policía como quien no puede creer lo que está diciendo, que no es más que lo que acaba de escuchar—. Morrisons soy yo, mire.

Y me mostró su placa, en la que figuraba el nombre de Walmart.

—Huy, perdone —dijo el policía dirigiéndose a Walmart—. Creo que hemos intercambiado nuestras identificaciones. No me extraña, con el barullo de anoche. Tenga la suya.

Walmart cogió su placa y la miró durante unos segundos.

—Renergy Walmart —dijo sonriendo—, soy Renergy Walmart. ¿No es estupendo?

—Fantástico, sí —concedí dándole una palmada en la espalda.

Y suspirando muy hondo de impaciencia porque a esas alturas del mediodía lo único que quería era largarme de allí lo antes posible. Las reuniones familiares siempre me han parecido acontecimientos insoportables, con independencia de si hay o no mansiones de época que heredar. El caso parecía resuelto y todo el mundo sabía por fin quién demonios era todo el mundo, pero la suerte no estaba de mi lado esta vez y Churry-Chorry seguía teniendo dudas.

—Esperen un momento —dijo cogiendo los resultados de los análisis que había encima de la mesa—. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

A decir verdad eran unos folios mecanografiados, así que debería haber dicho encabezamiento y pie.

—¿Se puede saber quién es entonces el heredero de Kenwood Manor? —añadió.

Y me pareció que estaba formulando una pregunta retórica, en el supuesto de que una pregunta retórica fuera lo que yo creía que era. Lady Whirlpool afirmó varias veces con la cabeza, como si ella también se estuviera preguntando lo mismo, repetidamente.

—El hecho de que Lord Whirlpool no sea el padre de sus hijos no significa que no pueda ser el padre de otras personas —sugirió Chorry-Floffy dirigiéndose a Lady Whirlpool.

Visa le miró con ojos brillantes. O le había molestado la pregunta o se le estaba empezando a subir el licor de la petaca que había ingerido.

—Puede tener otros hijos —hubo de insistir el administrador de los Whirlpool—. Al fin y al cabo estamos hablando de uno de los sementales enmascarados.

—No —dijo una voz.

Pero nadie pareció haber abierto la boca. Tal vez Walmart estaba jugando a los ventrílocuos utilizando a Sainsbury como muñeco.

—Eso no es posible —repitió la voz.

Y todos miramos al profesor Bosch, que era de donde procedía.

—Los análisis han demostrado que Lord Whirlpool es completamente estéril —añadió.

—¿Cómo es posible? —exclamó Lady Whirlpool.

—En realidad es bastante sencillo —respondió el profesor—, solo es necesario hacer un recuento microscópico de los espermatozoides válidos.

—No estaba haciendo ninguna pregunta concreta, era más bien una pregunta...

—¿Retórica? —apunté yo.

—Exacto, retórica —confirmó ella.

Y de paso me libró de una duda semántica.

—El caso es que si hubiéramos hecho los análisis de paternidad con muestras de saliva o sangre —prosiguió el profesor, en uno de los parlamentos más lúcidos que le recuerdo—, esta deducción no habría sido posible. Si lo ha sido es gracias al empeño que ha puesto Sainsbury para recoger las muestras de líquido seminal. Y por ello le doy las gracias, inspector.

El aludido escuchó este alegato y pareció despertar de un mal sueño. Poco a poco elevó los brazos, como si se despertara después de haber estado hibernando en una cueva.

—Y no se olvide de mi orinal —añadió Liebherr—. Recuerde que tenemos un trato, ya sabe.

Sainsbury dejó caer los brazos sobre los ídem de la butaca y se levantó con ciertas dificultades, como si el suelo fuera de barro o le fallaran las piernas. O tuviera las piernas hechas de barro. Trató de decir algo, pero incurrió en un defecto articulatorio bastante grave, comoquiera que solo pronunció las consonantes de las palabras que pretendía decir. Así pues, lo único que logró fue provocar un coro de monosílabos interrogatorios en la sala.

—¿Qué le pasa? —preguntó Visa—. ¿En qué idioma habla?

—Está hablando en clave —expliqué yo, movido por mi conciencia corporativista—. A veces los miembros y cuerpos de seguridad del Estado hablamos entre nosotros en clave para que nadie nos entienda.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha dicho —dije mirando al profesor, como si tradujera— que, por lo que a él respecta, puede usted ponerse el orinal en la cabeza a modo de casco de la guardia imperial prusiana.

Sainsbury añadió algo más, prácticamente irreproducible y probablemente intrascendente, pero yo aproveché la ocasión.

—El inspector opina también que es usted un tarado mental digno de figurar en las vitrinas de un museo de las chaladuras y los despropósitos.

Me gané una palmada de aprobación de Sainsbury y un grito muy agudo y sostenido de Liebherr que, dadas las circunstancias, lo mismo podía ser de contrariedad que de risa.

—Si mi expadre no puede ser el padre de otras personas —dijo entonces Tomtom retomando el caso y tratando de resolverlo—, no hay ningún heredero legal de Kenwood Manor.

—¿Lord Whirlpool no tiene ningún hermano? —pregunté yo.

—No, es hijo único —respondió Lady Whirlpool—. Sus padres no quisieron tener más hijos. Eran muy particulares, unos auténticos...

—¿Primos?

—No exactamente, más bien antipáticos.

—Quería decir si Lord Whirlpool tiene algún primo.

—Discúlpeme —respondió ella carraspeando—. Claro que sí. El mismo Lord Westinghouse es uno de ellos.

Y en cuanto dijo estas palabras se llevó una mano a la boca, como si le quemara lo que acababa de decir.

—Recórcholis —exclamó Hossy-Possy—. Eso significa que Kenwood Manor podría pasar a manos de Lord Westinghouse y que, a su muerte, la propiedad pertenecería al exseñor Sam Sonite, actual señor Westinghouse Junior.

Y en cuanto dijo estas palabras se llevó una mano a la boca, como si le quemara lo que acababa de decir.

—Rápido, Visa —resolvió mirando hacia la puerta—, todavía estás a tiempo de ir en su busca y casarte con él. Harrods puede acompañarte.

—Soy su hermana.

—¿Eres la hermana de Harrods? —repitió confundido Sossy-Rossy.

—Yo también soy la hija de Lord Westinghouse —puntualizó Visa—. Si la propiedad pasara a mi padre, luego, a su muerte, yo sería la propietaria de la mitad de Kenwood Manor. La otra mitad pertenecería a mi hermanastro, el exseñor Sam Sonite, actual señor Westinghouse Junior.

Y en cuanto dijo estas palabras se llevó una mano a la boca, como si le quemara lo que etcétera, etcétera. Menudo lío se armó. Tomtom dijo que aquello era un ultraje y Sony, que hasta entonces había permanecido en silencio, se levantó muy calmado y comenzó a hablar.

—Speedo también es hija de Lord Westinghouse —dijo solemnemente.

—Eso habría que verlo —comentó el profesor Bosch dejando de gritar o de reírse o de lo que estuviera haciendo.

—Lo que significa —prosiguió Sony dirigiéndose a Visa— que Kenwood Manor sería tuya, del exseñor Sam Sonite, actual señor Westinghouse Junior, y de Speedo, a partes iguales. Si me caso con ella, tú dejarás de ser mi hermana para convertirte en mi cuñada. Y mis hijos, que serán tus sobrinos, heredarán una parte de la casa.

Me tranquilizó saber que, pasara lo que pasase, los hijos de Sony iban a ser los sobrinos de la que hasta entonces consideraba su hermana.

—¿Y qué pasa conmigo? —dijo Tomtom muy alterado—. ¿Quién soy yo?

—Tomtom, cálmate, por favor —le pidió su madre.

—¿Quién demonios soy?

Y miró a Walmart, que se había acercado a consolarlo.

—¿Le gustaría ser Renergy Walmart? —dijo este—. ¿Quiere que le cambie mi placa?

Se repitió el guirigay de voces, lamentos agudos y graznidos. Todo el mundo tenía algo que decir menos yo, así que aproveché el desconcierto general para deslizarme por la puerta del comedor rumbo a mi habitación. Ahora sí, el caso podía considerarse resuelto. Más o menos. Los flecos que quedaban pendientes de explicación no tenían nada que ver conmigo, dado que no solo no era notario ni abogado sino que, como ya he dicho, ni siquiera había terminado mis estudios.

En el pasillo me encontré al General Motors, seguido por *Hendricks*.

—Yo no he sido —dijo el anciano.

Ya no era el Zorro nudista. Vestía su traje de costumbre y sus manos volvían a estar manchadas de sangre.

—Perdone pero no estoy de acuerdo —le dije.

—¿Cómo dice?

—Digo que usted sí ha sido.

—Que no.

—Independientemente de si acaba de asesinar a alguien con su sable o no, cosa que de momento ignoro, usted es el culpable de todo —añadí señalándolo con un dedo—. Si no se hubiera opuesto a la boda de su hija con Lord Westinghouse, nada de esto habría sucedido.

—¿A qué se refiere?

—Su hija habría tenido una existencia feliz al lado del hombre que amaba, en lugar de haberse entregado a esa vida disoluta junto al Semental Enmascarado.

El anciano se sintió intimidado, quizá porque mientras hablaba me había acercado a él y lo tenía agarrado por las solapas de la americana, con los pies separados del suelo. Hay gente que se intimida enseguida, especialmente si no lleva encima su sable de caballería.

—Ataca, *Hendricks* —pidió cuando no pudo más.

Y el perro comenzó a ladrar lanzando agresivos mordiscos contra una de las columnas del pasillo.

—Sus nietos habrían sido hijos de un verdadero matrimonio —continué diciendo—, en lugar de tener procedencias distintas. Su nieta Visa podría casarse con su prometido, que no habría resultado ser su hermanastro. Su nieto Sony no se habría convertido en un renegado de la familia y su nieto Tomtom, en el supuesto de que no haya aceptado la placa de Walmart, sabría quién demonios es.

—Pero ¿qué dice usted?

—Digo que todo es por su culpa, así que no vuelva a decir eso de que yo no he sido, porque usted, señor mío, sí ha sido.

Y solté las solapas de la americana para que el General volviera a pisar el suelo y *Hendricks* pudiera dejar de morder la columna. Me sentía terriblemente irritado, harto ya de aquella estafalaria familia, de aquel caso y de aquella mansión de época en la

que se comía tan poco y tan mal. Subí las escaleras de tres en tres confiando en que el número de escalones fuera múltiplo de este número y llegué a mi habitación con la esperanza de que Ballantines me estuviera esperando, valga el juego de números y palabras. La busqué en la cama y en la ducha, pero no estaba. Ni seca ni mojada. Ni despierta ni dormida. Ni desnuda ni vestida. Simplemente no estaba.

Dispuse la maleta encima de la cama y vacié el armario en su interior, estantes y puertas excluidas.

—¿Se marcha usted?

Harrods había abierto la puerta con tanto sigilo que no lo había oído entrar.

—El caso está resuelto —respondí.

—Entonces tendrá que recibir sus honorarios —dijo él, dándome una caja que llevaba consigo—. Tenga.

La abrí y en su interior encontré el jarrón chino hecho pedazos.

—¿Qué es esto?

—Su valor es incalculable —comentó Harrods.

—Cuando estaba entero valía medio millón de libras.

Harrods hizo una mueca que desembocó en una tos. Creo que fue un ataque de risa convenientemente reprimido.

—¿Eso es todo? —dije con la esperanza de que me diera un cheque, un sobre con dinero o un sándwich de pepino.

—No —contestó Harrods—, en realidad tengo algunas preguntas que hacerle antes de que se marche.

—Sea rápido —repliqué mostrando mi impaciencia—. Vuelvo a estar hambriento.

—¿De verdad lleva usted braguitas de señora de color azul?

—No siempre.

—¿Lava usted su ropa con jabón extra de Marsella al acetato de Módena con aromas oceánicos de la isla de Svalbard, en el Ártico?

—Solo a veces.

—¿Siempre arranca su coche puenteando los cables que hay bajo el volante?

—Eso sí. Siempre.

—¿Por qué?

—¿Porque no tengo las llaves?

—Comprendido —dijo asintiendo—. Y ahora una última cuestión.

—Diga.

—¿Es Rhett Bull su verdadero nombre?

Lo miré a los ojos antes de responder.

—¿Es Harrods el suyo? —dije.

—Muchas gracias —contestó él haciéndome una reverencia—, he satisfecho completamente mi curiosidad.

—En ese caso, prepáreme el coche.

—A sus órdenes.

Cogió mi maleta y me guió por el pasillo, las escaleras y el *hall* de entrada de Kenwood Manor, donde nos estaban esperando Frosty-Ronchy y el profesor Bosch.

—Bull, viejo amigo —dijo el primero acercándose con los brazos abiertos—. No me diga que nos abandona.

—Mi trabajo aquí ha concluido —respondí tratando de evitar que me diera un abrazo.

Infructuosamente.

—Reciba este abrazo en prenda de mi amistad —añadió, y me provocó un grito de dolor por culpa de mis costillas rotas—. Sepa que lo aprecio a usted como el emperador Justiniano apreciaba a Belisario, que era su mejor general.

—Gracias —dije.

Y me revolví para que me soltara.

—¿Querrá ser mi padrino de bodas? —me preguntó.

—¿Va usted a casarse?

—Me casaré con Candy en cuanto ella se divorcie de Philips.

Tosí incómodo y señalé hacia Harrods.

—¿No le importa que él sea el padre de sus hijos?

—Yo no tengo hijos.

—De los hijos de Candy.

—No me importa. Serán mis hijastros.

—¿Los hijos del mayordomo de su esposa serán sus hijastros?

Se quedó un momento absorto, mirando al infinito.

—¿A que suena bien? —dijo volviendo de allí.

—Descacharrante.

Hice como que le daba dos cariñosas bofetadas de despedida en la mejilla, pero le aticé lo más fuerte que pude. Entonces el profesor Bosch se acercó a mí.

—Tenga —dijo dándome algo que llevaba en la mano.

—¿Qué es esto?

—Uno de mis rollos de cinta americana.

—Ejem, gracias —dije—, pero no pienso pegarme ningún microscopio a la cara.

—Ya lo sé —repuso el profesor—. Sin embargo, lleva usted un jarrón de la dinastía Ming completamente hecho pedazos en esa caja.

—Eso sí.

—Le aseguro que es la cinta más resistente que he probado jamás.

Acepté su obsequio y lo miré con el ceño fruncido. Al profesor, quiero decir, el rollo no tenía nada de especial. Era posible que aquel tipo no estuviera tan mal de la cabeza, después de todo.

—Se lo agradezco —dije.

—Ahora tengo que irme —contestó señalando hacia el pasillo—. Me he dejado el orinal en el comedor.

Asentí estoicamente, como quien en realidad desea negar.

—Y lo necesito para reunirme con mis lactobacillus.

Y se fue corriendo muy contento, como un niño en busca de sus juguetes. Salí al exterior y encontré mi flamante descapotable aparcado junto a la escalinata de acceso a la mansión. Y eso me hizo esbozar una sonrisa de complicidad conmigo mismo, porque yo también estaba a punto de reencontrarme con mi juguete.

—No hemos podido ponerlo en marcha —dijo Harrods.

Coloqué la maleta en el capó delantero y la caja con el jarrón chino en el asiento del copiloto, me senté al lado y accioné los cables que había colgando bajo el volante. El sonido del motor me provocó un estimulante escalofrío de satisfacción.

—¿No quiere despedirse de Lady Whirlpool? —me sugirió Harrods.

—No me gustan las despedidas —respondí al contraataque—, prefiero irme de los sitios sin que nadie me vea.

—¿Como si huyera? —apuntó él.

—Exacto —confirmé sin falsos pudores—. Lo único que deseo antes de marcharme es que me diga un par de cosas.

Era el turno de satisfacer mi curiosidad.

—Usted dirá —dijo él abriendo los brazos para dejarlos caer sobre los costados de su cuerpo, como dando a entender que no podía negarme un último deseo.

—¿No está afectado por lo sucedido?

—¿A qué se refiere?

—¿A qué me refiero?

Entonces fui yo el que abrí los brazos para dejarlos caer sobre el volante de mi automóvil. La indolencia de aquel hombre me desarmaba.

—Harrods —dije alzando los hombros para subrayar la evidencia de mis palabras—. Acaba usted de enterarse de que tiene dos hijos. Y bastante mayorcitos ya, por cierto.

—Ah, eso —respondió él.

—No va a poder seguir siendo el mayordomo de Kenwood Manor después de saber una cosa así —añadí—. Su vida tiene que cambiar de alguna manera.

—¿Por qué motivo? —insistió él igual de indolente.

—No conozco a ningún hombre que sea el mayordomo de sus hijos.

—Eso es porque no tiene usted hijos, Rhett —respondió—. La mayoría de los padres se comportan durante toda la vida como los mayordomos de sus hijos, precisamente.

Negué con la cabeza e incluso con el volante para que las ruedas delanteras negasen conmigo. Y tuve que recurrir, una vez más, a la retórica.

—Eso es lo que usted cree —dije—, ¿no lo hace?

—Rhett —repuso él colocando una mano en mi hombro—. Conozco a esos muchachos desde que eran niños. Los he criado, he estudiado con ellos, les he enseñado a montar en bicicleta, los he castigado, les he aleccionado en cuestiones sexuales, les he dado cobijo, consejo y alimento, los he cuidado cuando estaban

enfermos y he soportado sus críticas, su desobediencia y hasta sus burlas e imitaciones. Siempre he sido su padre puesto que me he comportado como un padre para ellos. El hecho de que lo sea desde el punto de vista de la biología no cambia nada.

Y apreté mi hombro como si quisiera poner un punto final a ese tema.

—De acuerdo —admití algo confundido, quizá porque nunca antes me habían hecho una síntesis tan lúcida de la paternidad.

—¿Algo más?

—Sí. Dígales a sus hijos que cambien el recorrido que hacen los turistas por la mansión.

—¿Cómo dice?

—Lo que les enseñan no tiene ningún interés —traté de explicarme—. Dígales que preparen un recorrido por la planta segunda y que anuncien como es debido los números en solitario de Carling y las dobles, triples y sucesivas penetraciones del Semental Enmascarado y sus acompañantes.

Hice una pausa.

—Se van a forrar —añadí.

—Se lo diré.

—Una cosa más —insistí—. ¿Cree que Lady Thomson elegirá Kenwood Manor para celebrar la fiesta de bienvenida del nuevo vicario?

—No me cabe ninguna duda.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta antes de contestar.

—Soy amigo de Eastman —dijo mostrando una tarjeta comercial.

—¿De quién?

—Es el técnico que revela las películas de Lord Whirlpool y ya le he pedido una copia de la filmación de ayer.

Asentí con la boca curvada hacia abajo. Me gustaba aquel tipo.

—Y ahora la última pregunta —dije—, la más importante.

—Le escucho.

—¿Puede decirme a qué sórdidos pasatiempos se dedica el General Motors?

—No le entiendo.

—Tiene un sable muy bien afilado y lleva siempre las manos manchadas de sangre. ¿No le parece sospechoso?

—Ah, eso.

Harrods suspiró profundamente y se rascó una ceja, supongo que decidiendo si responderme la verdad o hacer algo de literatura.

—El General Motors no se dedica a ningún sórdido pasatiempo —dijo chasqueando la lengua dos veces en sentido negativo—. Simplemente sufre unas terribles hemorroides y cada vez que va al servicio lo llena todo de sangre.

Negué con la cabeza.

—No es posible.

—Sí que lo es —respondió él, como habría hecho el mismo Sueps, el guardia de seguridad—. ¿No conoce usted la etimología del término hemorroides?

—¿Cómo dice? —dije.

—¿Qué cree que significa el prefijo hemo?

No respondí, pero compuse el rictus de quien de pronto comprende que sus suposiciones se han alejado de la realidad y resultan tan ridículas como la propia realidad, si no más.

—¿Creía que el General era peligroso o algo así? —me preguntó Harrods.

—¿No lo es?

—En modo alguno.

—¿Y entonces qué es eso tan grave que les hizo a los Westinghouse?

—¿A qué se refiere?

—Él mismo me lo contó —dije tratando de recordar sus palabras—. Hace años les hizo algo lo suficientemente grave para que la boda de Lady Whirlpool y Lord Westinghouse fuera imposible.

Harrods asintió y colocó su mano derecha en la barbilla, supongo que calibrando una vez más si debía contarme lo que sabía al respecto.

—El General Motors fue siempre un oficial arriesgado y combativo —dijo a modo de introducción—, tanto en el campo de batallas bélicas como en los demás campos de batallas. Ya me entiende. Su padre mantenía una más que enconada enemistad con los Westinghouse, igual que los Whirlpool. El General Motors, que en aquel tiempo era capitán, sedujo a la hija del entonces Lord Westinghouse, la madre de Winston, con la inequívoca intención de dejarla encinta. Posteriormente se casó con otra mujer, con la que concibió a su hija Candy. De esta forma ponía los medios biológicos necesarios para que Candy y Winston no pudieran sentir atractivo el uno por el otro, dado que serían hermanastros. Sin embargo, sus planes salieron mal y eso fue justamente lo que sucedió, de modo que el General, entonces comandante, tuvo que negarse a la boda tan firmemente como para calificarla de imposible.

Me quedé inmóvil. No sabía si inspirar, espirar, suspigar, conspirar o simplemente respirar. Aquel barullo de padrastros e hijastras me estaba provocando un apetito mucho más voraz del que ya tenía.

—¿Quiere decirme entonces —dije sujetándome el entrecejo con una mano— que el General Motors puede ser a la vez el abuelo paterno y materno de Visa?

Harrods asintió, aunque de un modo muy negativo.

—No podemos estar seguros —dijo—. Es posible que en aquella época la madre de Winston tuviera otro amante con quien se viera a la vez que con el General Motors, entonces capitán.

—¿Es posible?

—Nadie lo sabe —afirmó Harrods—. Es un caso todavía sin investigar. ¿Le interesaría hacerlo?

Me puse en guardia.

—¿Cómo dice?

—¿Le interesaría averiguar el origen genético de Visa Whirlpool para desvelar la identidad de su verdadero abuelo? Le advierto que tenemos más jarrones chinos para pagar sus servicios y que, además, podría contar con la valiosa colaboración del profesor Bosch y su equipo de investigación.

Mantuve la mirada de Harrods durante unos segundos más esperando que soltara una risotada y me dijera que todo era una broma de despedida o algo así. Luego, cuando comprendí que nada de eso iba a suceder, miré al frente, hacia la salida de la mansión, hacia el final de aquella época. Apreté el acelerador con fuerza para hacer rugir el motor del coche, pero, antes de soltar el embrague y marcharme, quise expresarle a Harrods lo que me parecía su proposición.

—Anda janda ma ma ruca ruca tof tof —dije.

Y nuevamente me pareció que lo de tof tof sobraba. El descapotable levantó una nube de polvo y piedras por la retaguardia y me sacó de Kenwood Manor a toda velocidad, como si fuera montado en un cometa de metal, dejando claro que, en efecto, no me estaba marchando sino que estaba huyendo de allí. Necesitaba urgentemente un brioso soplo de aire fresco en el rostro, aun a riesgo de quedarme tuerto. O ciego. O mudo, todo dependía de dónde me fueran acertando los mosquitos que traía el aire del campo. Necesitaba eso o que alguien me diera un par de bofetadas para devolverme a la realidad.

—Uf, qué alivio —escuché decir desde el asiento trasero—. No podía más aquí tumbada. Este coche es pequeñísimo.

Me volví un momento para descubrir la sonrisa de Ballantines, y sus pechos, y sus piernas. Y sus ojos. No sé si por este orden exactamente.

—¿Qué haces aquí? —dije sujetando el volante con una sola mano.

—No iba a permitir que te marcharas de Kenwood Manor sin mí —dijo ella saltando al asiento del copiloto, donde estaba la caja del jarrón.

—¿Por qué no? —pregunté mientras cerraba los ojos durante una décima de segundo.

Necesitaría todo el rollo de cinta americana del profesor para pegar el jarrón chino.

—Muy sencillo —respondió ella—, porque no todos los días es posible encontrar a una persona tan especial como tú, Rhett.

Miré un momento por el espejo retrovisor. No es que quisiera comprobar si algún vehículo oficial o particular nos seguía ni nada parecido. Simplemente quería contemplar la curva de satisfacción que aquel halago había provocado en mi boca, una imagen que apenas he tenido la oportunidad de ver a lo largo de mi vida.

—¿Qué me hace tan especial? —pregunté aun a riesgo de resultar retórico.

—Ya lo sabes —respondió ella colocando su cabeza sobre mi hombro—. A tu lado me siento una mujer de verdad.

En boca de una actriz pornográfica de su categoría, esas palabras cobraban un valor incalculable.

—Debo hacerte una confesión —le dije muy seriamente—. Nunca he estado enamorado de Sony Whirlpool.

—¿No?

—No. Y además no me gustan los hombres.

Ella me miró sorprendida.

—Sí que has cambiado en poco tiempo —dijo.

Resoplé de impaciencia, como quien no puede más y se quita el disfraz que lleva puesto.

—No me comprendes, Ballantines —tuve que decir—, no soy homosexual.

—Bueno —respondió ella sin inmutarse—, nadie es perfecto.